EL RETRATO DE DORIAN GRAY

OSCAR WILDE

Ediciones el**aleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

© 2000 – Copyright www.el**aleph**.com
Todos los Derechos Reservados

PRÓLOGO

El *Retrato de Dorian Gray* ofrece dos aspectos a nuestra consideración: el moral y el artístico. El primero ha sido el más discutido y, probablemente, la causa principal de su enorme difusión. De toda la obra de Wilde, ésta y *Salomé* son las más generalmente conocidas. Para el que ha estudiado la obra total del autor, esta preferencia tiene poco de justa, y obedece a razones ajenas al criterio estético. Razones que el lector un poco avisado no tardará en penetrar. La moral del Dorian Gray, por lo mismo que tan imprecisa, se ha prestado a muchas interpretaciones y confusiones, que, desde el momento de su publicación a la fecha, no han cesado.

Cuando, en 1890, el *Lippincott s Magazine* publicó la novela, la reprobación de la crítica inglesa fue casi unánime. Aprovecharon la moral discutible de la obra para atacar y zaherir al autor, cuya creciente celebridad desazonaba ya a muchos. Le acusaron de haber escrito una obra destinada a corromper el honesto sentir del público inglés, y no faltó quien reclamara la intervención del ministerio fiscal, y alguno, más perspicaz, que se preguntara irónicamente si tal obra alcanzaría nunca una segunda edición.

Entre todos los críticos, distinguióse Henley, bilioso celador de la pudibundez británica, y que pasaba por un árbitro en cuestiones literarias, por la saña y la insistencia de su persecución. Wilde, que no desdeñaba las ocasiones de que hablaran de él, condescendió a discutir con los periodistas, y en menos de dos meses escribió ocho cartas polémicas a *The St. Jame s Gazette, al Daily Chronicle y the Scotts Observer*, órgano este último de Henley[1]. Como él observara con indulgencia: "El crítico tiene que educar al público, y el artista tiene que educar al crítico".

La teoría de Wilde es la del arte por el arte. Empieza, pues, negando la posibilidad de criticar una obra de arte desde un punto de vista ético. El campo del artista es todo lo existente, y lo inexistente también, que la imaginación objetiva y realiza; y el fin del arte no es la verdad, sino la belleza. El creador está colocado siempre en una situación de perfecta indiferencia hacia el público.

Como tal creador, ni siquiera debe saber que existe. La inefectividad estética de nuestra crítica se debe, principalmente, al hecho de estar recordando de continuo al artista la existencia del público. "Si mi obra agrada a los pocos, me doy por satisfecho. Si no agrada, tampoco me causa pena alguna. En cuanto a la plebe, no siento el menor deseo de ser un novelista popular. Es demasiado fácil", dice Wilde. Luego

[1] Stuart Mason ha reunido en un interesante volumen: *Oscar Wilde*: *Art and Morality,* todos los artículos de esta controversia con una bibliografía completa y otras materias concernientes a esta novela (First published, 1907. New revised edition, with additional matter, 1912, F. Palmer, 5 s) También de este autor la monumental: *Bibligraphy of. O Wilde* (1914, T. Werner Laurie, 25 s.)

ataca el error que comete el público al asociar el yo del artista con el de sus personajes: "Llamar morboso a un artista por haberse ocupado de un tema morboso, es tan estúpido como si se llamara loco a Shakespeare por haber escrito el *Rey Lear*". Ya Keats había observado antes, que Shakespeare, el más cósmico de los hombres, experimentaba igual alegría en concebir el mal que el bien, y que en la creación de Otelo y de Yago, hay, sin duda, un parejo deleite. A los que le acusaban de haber escogido por protagonistas casos de anomalía, de los que la humanidad ofrece raros ejemplos, Wilde contesta que el arte sólo puede tratar de excepción y de lo individual, únicos que pueden revelar el alma humana y el misterio del mundo en sus profundidades. Dogma en que coinciden casi todos los grandes artistas de la época moderna.

Wilde se defiende con más tenacidad de lo que hubiera podido esperarse en él del cargo de inmoralidad contra Dorian Gray. "Cuando el público dice que una obra es ininteligible, quiere decir que el artista ha dicho o hecho una cosa bella que es nueva; cuando dice que una obra es inmoral, quiere decir que el artista ha dicho o hecho una cosa bella que es verdadera." Pero además, "Dorian Gray hasta tiene su moraleja: que todo exceso, como toda renunciación, trae consigo su castigo. El pintor Basil Hallward, que adora demasiado la belleza física, como la mayoría de los pintores, muere por mano de aquel en cuya alma ha despertado una soberbia absurda y monstruosa. Dorian, que ha llevado una vida sólo de sensación y de deleite, intenta matar la conciencia, y en ese momento se mata a sí mismo. Lord Henry Wo-

tton trata de ser simplemente un espectador de la vida, y encuentra que aquellos que esquivan la lucha quedan peor heridos que los que toman parte en ella... Sí, hay una terrible moraleja en Dorian Gray; una moraleja que los viciosos no serán capaces de descubrir, pero que será revelada a todos los de espíritu sano. ¿Es éste un error artístico? Mucho lo temo. Acaso sea el único error del libro". Y añade: "Pero esta moral está tan artística y deliberadamente atenuada, que no enuncia su ley como un principio axiomático, sino que se limita a mostrarse en la vida de los personajes, convirtiéndose así en un simple elemento dramático de una obra de arte, y no en el objeto mismo de la obra de arte. Así, para el desarrollo dramático de esta historia, era preciso rodear a Dorian Gray de una atmósfera de corrupción moral. De otro modo, la historia no hubiera tenido significación, ni desenlace posible la trama. Conservar vaga, indeterminada y maravillosa esta atmósfera, fue el propósito del artista que la escribió. Y me atrevo a creer que lo ha conseguido. Cada hombre ve en Dorian Gray su propio pecado. Cuales son los pecados de Dorian, nadie lo sabe. El que los encuentra, es que los ha llevado"[2].

Conviene, por otra parte, advertir que, a pesar de estas acusaciones de inmoralidad, el público de entonces no fijó a la obra el sentido que más tarde ha venido a atribuírsele. Es más: muchos diarios y revistas de carácter marcadamente religioso o espiritualista, como *The Christian Leader, The*

[2] En los veinticinco aforismos del Prefacio, que vienen a ser como su *Credo* estético, condensará Wilde poco más tarde su concepción del Arte y la Moral. Algunos de ellos son frases destacadas de estos artículos polémicos que cito.

Christian World Light, etcétera, aplaudieron la intención moral del libro, y en el primer número del *Bookman*, la severa revista de Sir William Robertson Nicoll, apareció una crítica laudatoria del libro, encomendada nada menos que a Walter Pater.

Respecto a lo que Wilde pensaba realmente de su novela, pocos testimonios más eficaces podrían aducirse que el de Lord Alfred Douglas, que afirma, en el libro que ha dedicado a difamar al que fuera su amigo[3], que: "Wilde hablaba a veces del *Dorian Gray* como de una obra altamente moral, que había sido mal comprendida por los críticos".

Las circunstancias en que fue escrita la novela abogan por la sinceridad del autor. Cuando los directores del *Lippincott* le encargaron una obra para su revista, Wilde atravesaba una época de dificultades económicas y las 200 libras que le ofrecieron constituían para él una ayuda de cierta consideración. Es de presumir, pues, que en estas condiciones trataría de cumplir el encargo a gusto de los editores, que hubieran podido rehusar la admisión de un libro de tendencias inmorales[4]. De todos modos, el éxito comercial, ni aun con el aliciente de escándalo, fue demasiado grande, y la primera

[3] *Oscar Wilde and myself* (1914, Long, 10 s. 6 d.). Hay traducción francesa, de William Claude, (1917, Émile-Paut, 3 fr. 50) y castellana, de R. Cansinos Assens ("Biblioteca Giralda" 1925, 5 ptas.). Un libro, modelo de insensatez, en que Lord Douglas trata de exculparse, vilipendiando a Wilde, de los terribles cargos que sobre él recayeron en el proceso que entabló contra Ransome en 1913, con motivo de la publicación del libro de éste; proceso que dio lugar a la lectura, en sala de justicia, de la parte inédita del *De Profundis*. La redacción del libro, por otra parte, según confesara más tarde el mismo Lord Douglas, fue encargada a un periodista mercenario, de cuyo nombre mejor es no acordarse.

[4] El argumento, que me parece muy cuerdo, es de Sherard.

edición, cuando salió en volumen, tardó cuatro años en agotarse.

Pero en este pleito de moralidad no cabe pronunciarse. Cada lector seguirá su humor y su naturaleza. Uno de sus comentaristas más certeros, Ransome, cree que "el énfasis con que predica, simbólicamente, contra el pecado, no puede disimular lo bastante el placer cordial que experimenta describiendo el lujo y su voluptuosidad". Y hace notar que, "en esta novela, el fin moral que aparece en el asunto está en continuo contraste con la entonación y el espíritu que la informan. Sí, al final, el vicio es castigado con una muerte miserable, durante todas las páginas del libro el pecado, la perversión, casi el delito, son justificados, adornados y exaltados". En cierto modo, se podría considerar un libro muy semejante, por su influencia, a la novela innominada de que se habla en el capítulo XI, que a tal punto alucinara a Dorian Gray.

Personalmente, la publicación de esta novela perjudicó en cierto sentido a Wilde. *El Retrato de Mr. W. H*, sutilísima exégesis de los sonetos de Shakespeare, ya había dado curso a los rumores que, desde hacía algún tiempo, venían formándose sobre sus costumbres. *El Retrato de Dorian Gray* fue una nueva arma, más afilada aún, en manos de sus enemigos. Por algunos de sus críticos se ha murmurado que esta novela era, en cierto modo, de clave, y que, así como no costaba trabajo adivinar al autor en el paradójico Lord Wotton, la figura del protagonista adolescente también había tenido su modelo, y no ha faltado, según parece, quien haya querido atribuirse el honor dudoso de haber servido de original.

Unos hablan de un tal John Gray; y, la mayoría, de Lord Alfred Douglas. Ello es completamente falso. En primer lugar, el procedimiento estaba en oposición radical con la estética de Wilde, que es una predicación continua de lo contrario. En segundo, cuando Wilde escribió esta novela, no tenía la menor noticia de uno ni de otro. A veces, hasta pienso que si Lord Douglas logró adquirir sobre Wilde, cuando le conoció en 1802, tan nefasto influjo, fue, en parte debido al hecho de haber escrito este *Dorian Gray*. El autor de *La Decadencia de la Mentira* debió sentirse singularmente interesado por la confirmación personal que daba la vida a su teoría, viendo cómo la realidad seguía una vez más las huellas del arte.

Artísticamente, la obra tampoco obtuvo una acogida muy propicia de la crítica oficial en Inglaterra[5]. Esto se explica sin trabajo. *El Retrato de Dorian Gray* rompía completamente con la forma tradicional de la novela inglesa. En público tan apegado a las tradiciones, esta independencia debió escandalizar tanto como las supuestas transgresiones de moral. El caso es, como observa Ransome, que "*El Retrato de Dorian Gray* es la primera novela escrita en Inglaterra

[5] En cambio, al otro lado del canal, no le fueron escatimadas las alabanzas. Citemos aquí, como opinión de mayor calidad, la carta de Mallarmé, al autor, que D. Enrique Gómez Carrillo reproduce en su libro *Almas y cerebros*: J'achève le livre, un des seuls qui puissent émouvoir, vu que d'une rêverie essentielle et de parfums d'âme les plus étranges et compliqués est fait son orage: redevenir poignant à travers l'inoü raffinement d'intellect, et humain en une pareille perverse atmosphère de beauté, est un miracle que vous accomplissez, et selon quel emploi de tous les arts de l'écrivain. C'est le portrait qui a été cause de tout. Ce tableau en pied, inquiétant, d'un Dorian Gray hantera, mais écrit, étant livre lui-même".

con esa libertad en la elección de asunto y desarrollo que, desde hacía muchos años, era habitual en la literatura francesa. Y en vano se buscaría después, entre nosotros, una obra tan libre de las banales convenciones de intriga amorosa, a que tan tristemente nos han acostumbrado".

Por otra parte, *El Retrato de Dorian Gray*, preciso es reconocerlo, no es una gran novela. Las circunstancias de premura en que fue escrita explican en cierto modo la falta de proporciones, de cohesión, de intensidad, que disminuye el valor de la obra. La idea inicial, que es de una admirable significación, a medida que se desarrolla va perdiendo su fuerza originaria, y hasta la acción interior se diluye. Y es que Wilde no fue propiamente un novelista, como tampoco fue propiamente un autor dramático, ni un ensayista, ni un poeta. Esta nota amalgamada de filosofía, lirismo, ingenio, emoción patética y plasticidad, constituye precisamente mi característica dominante de toda su obra, y le presta una gracia intelectual incomparable. Él usó la novela, al igual que la forma teatral, como un medio de expresar emocionalmente sus ideas; pero sus caracteres apenas son otra cosa que fantoches, criaturas irreales que prestan el encanto de su voz y la flor de su sonrisa a los pensamientos del autor. Puede decirse que los personajes de Dorian Gray, como los de sus comedias, apenas tienen más vida que los dos interlocutores de *Intenciones*.

Wilde sabía esta endeblez dramática de su novela[6]. En una de sus cartas polémicas declara: "Mi historia es un ensayo de arte decorativo. Viene a reaccionar contra la cruda brutalidad del realismo". Ya en ensayos anteriores había predicado "la resurrección del antiguo arte de la mentira", y Lord Wotton, en este libro, había de escribir "una novela tan hermosa y tan irreal como un tapiz persa".

La idea inicial, casi todos los críticos están acordes en que se la sugirió *La Peau de chagrin,* de Balzac. *The Strange case of Dr. Jekyll and Hyde*, de Stevenson; *El retrato oval*, de Poe, y *A Rebours*[7], de Huysmans, parecen haber también influido más o menos remotamente en esta novela. Ransome señala igualmente *Mademoiselle de Maupin*[8], y otro crítico recuerda la *Massimilla Doni*, de Balzac, en la concepción de Sibyl, y *The prophetic picture*, de Hawthorne.

---

[6] Por la que nunca pareció mostrar un excesivo aprecio. Gide cuenta cómo le dijo a él que la había escrito por apuesta con un amigo que no le cría capaz del aliento necesario para dar cima a una novela.

[7] En el proceso de 1895 contra Queensberry, en el que se hizo también arma, contra el autor, de esta obra, Wilde reconoció haberse referido a *A Rebours* en la novela que describe Dorian Gray. A la pregunta de si era un libro moral, contestó: "No estaba bien escrito, pero me dio una idea". Y se negó a seguir hablando de la obra de otro artista; "cosa que sería una impertinencia y una vulgaridad".

[8] Las relacionas de Wilde con el movimiento estético de 1880, se parecen a las de Gautier con el movimiento romántico de 1830. Gautier, como Wilde, se había alistado en un ejército ya en marcha cuyo mejor campeón fue pronto y el chaleco rojo del uno, vale por los calzones de terciopelo del otro. Podría llevarse la comparación más lejos y establecerse un paralelo entre *Dorian Gray y Mademoiselle de Maupin*. Un espíritu idéntico ha presidido la composición de ambas obras, sería fácil encontrar en Wilde por lo menos antes de su prisión, un alejamiento de la vida corriente muy semejante al de Gautier.

De todos modos, el *Retrato de Dorian Gray*, ya que no una de las grandes novelas de la literatura universal, es una obra curiosa, original y representativa, escrita armoniosamente, y contiene algunas de las observaciones psicológicas más profundas de Wilde, alguna que otra escena dramática de innegable fuerza (como la de la muerte de Basil Hallward) y un sin fin de alados epigramas, muchos de los cuales trasplantará más tarde (perfeccionándolos en algunos casos) a sus comedias.

Para que el lector pueda situar exactamente *El Retrato de Dorian Gray* en la producción de Wilde (Oscar Fingal O'Flahertie Wills), conviene recordar la fecha de su nacimiento: 16 de octubre de 1854, Dublin; y la de su muerte: 30 de noviembre de 1900, París. Cuando escribió esta novela había ya publicado los libros siguientes: *Ravenna* (Newdigate Prize Poem), 1878; *Vera*, 1880; *Poems*, 1881; *The Duchess of Padua* 1883[9]; *The Happy Prince and other tales*, 1888; y publicado en diferentes revistas: *The Sphinx*[10] *y The Harlot s house* (es decir, la totalidad de su obra poética, excluyendo *La Balada de la cárcel de Reading*); todos los cuentos que componen el volumen de *Lord Artlutr Savile s crime*; casi todos sus artículos de crítica y todas sus conferencias[11]; *The Portrait of Mr. W. H.*; tres de los ensayos de *Intentions* y dos de los cuentos de *A House of Pomegranates* (*El Rey adolescente* y *El Cumpleaños de la infanta*).

---

9 Esta obra y *Vera* aparecieron en ediciones privadas.

10 Aunque escrito probablemente en 1883, este poema no fue publicado hasta 1894.

11 Pronunciadas la mayoría en su excursión por América, y de publicación póstuma.

The Picture of Dorian Gray apareció en el número del Lippincott's Monthly Magazine, revista que se publicaba simultáneamente en Londres y Filadelfia, correspondiente al mes de julio de 1890, dividido en trece capítulos.

El *Prefacio* se publicó en el número del 1 de marzo de 1891 de *The Fortnightly Review*, que dirigía entonces Frank Harris, tal como aparece en las actuales ediciones, menos el aforismo que dice: "Ningún artista es jamás morboso, etc.", añadido en la primera edición del libro.

Ésta apareció en abril de 1891, en casa de Ward, Lock and Co., al precio de 6 s. El texto aparece con ligeras modificaciones y supresiones, seis capítulos adicionales, y el último dividido en dos, hasta completar el número de veinte. Los capítulos adicionales son los que en las ediciones actuales llevan los números III, V, XV, XVI, XVII y XVIII.

El manuscrito de la obra, tal como se publicó en el *Lippincott* se vendió en Nueva York el 8 de diciembre de 1909, por la Anderson Auction Company, en la suma de 1.000 dólares. En 1911 se vendieron en Londres, en la subasta de Sotheby, tres de los capítulos adicionales en 100, 50 y 40 libras esterlinas.

El Retrato de Dorian Gray ha sido llevado varias veces a la escena, siempre con poco acierto por los arregladores. Tenemos noticia de una adaptación estrenada en el Josefstadt Theater de Viena, en septiembre de 1916, y de otra de Edward Davis, el actor y empresario norteamericano, estrenada en el Temple Theatre de Detroit, en enero de 1910, y paseada luego por todos los Estados Unidos. Ambas parece que dejan mucho que desear. La adaptación de J. Constant

Lounsbery, en tres actos y un prólogo (London, Simpkin & Co., 1 s), que es la única que conocemos, estrenada por Lou-Tellegen en el Vaudeville Theatre el 28 de agosto de 1913, tampoco es recomendable. Posteriormente se estrenaron otras dos adaptaciones: *Dorian Gray*, por Jeron Criswell, y *The Life and loves of Dorian Gray*, por Cecil Clarke, en el Comedy Theatre, de New York, el 20 de julio y el 17 de agosto de 1936, respectivamente, no habiendo tenido éxito ninguna de las dos.

RICARDO BAEZA

PREFACIO

El artista es el creador de cosas bellas.

Revelar el arte, ocultando al artista: tal es el fin del arte.

El crítico es aquel que puede traducir en un nuevo modo o una materia distinta su impresión de las cosas bellas.

La más alta, como la más baja forma de crítica, es siempre una especie de autobiografía.

Los que encuentran un sentido feo en cosas bellas son corrompidos sin ser seducidos. Esto es un defecto.

Los que encuentran un sentido bello en las cosas bellas son los entendimientos cultos. Para éstos todavía hay esperanza.

Son los escogidos aquellos para quienes las cosas bellas sólo significan Belleza.

No hay libros morales ni inmorales. Los libros están bien o mal escritos. Simplemente.

La aversión del siglo XIX por el Realismo es la rabia de Caliban al ver su propia faz en un espejo.

La aversión del siglo XIX por el Romanticismo es la rabia de Caliban al no ver su propia faz en un espejo.

La vida moral del hombre forma parte de los materiales del artista; pero la moral del arte consiste en el uso perfecto de un medio imperfecto.

Ningún artista desea demostrar nada. Hasta las verdades pueden ser demostradas.

Ningún artista tiene simpatías éticas. Una simpatía ética en un artista es un imperdonable amaneramiento del estilo.

Ningún artista es jamás morboso. El artista puede expresarlo todo.

Pensamiento y palabra son para el artista instrumentos de un arte.

Vicio y virtud son para el artista materiales de un arte.

Desde el punto de vista de la forma, el arquetipo de todas las artes es el arte del músico. Desde el punto de vista del sentimiento, el oficio del actor es el arquetipo.

Todo arte es a la vez superficie y símbolo.

Los que van más adentro de la superficie, hácenlo así a cuenta y riesgo propios.

Los que descifran el símbolo, hácenlo así a cuenta y riesgo propios.

Es el espectador, y no la vida, lo que realmente el arte refleja.

Diversidad de opinión sobre una obra de arte prueba que la obra es nueva, compleja y vital.

Cuando los críticos están en desacorde, el artista está de acuerdo consigo mismo.

Podemos perdonar a un hombre que haga una cosa útil, con tal de que no la admire. La sola excusa de hacer una cosa inútil es admirarla inmensamente.

Todo arte es completamente inútil.

CAPÍTULO PRIMERO

Un intenso olor de rosas llenaba el estudio, y cuando, entre los árboles del jardín, se levantaba la brisa, llegaban por la puerta abierta el denso aroma de las lilas o el más delicado perfume de los agavanzos en flor.

Desde el rincón del diván de alforjas persas en que yacía, fumando, según costumbre, cigarrillo tras cigarrillo, Lord Henry Wotton podía divisar el resplandor dorado de las flores color de miel de un cítiso, cuyas ramas trémulas apenas parecían capaces de soportar el peso de tan flamante belleza, y de cuando en cuando, las sombras fantásticas de los pájaros cruzaban las largas cortinas de seda que cubrían el ancho ventanal, produciendo una especie de efecto japonés momentáneo, y haciéndole pensar en esos pintores de Tokyo, de rostro jade pálido, que por medio de un arte forzosamente inmóvil tratan de dar la impresión de la rapidez y el movimiento. El zumbido adusto de las abejas, abriéndose camino a través de la alta hierba sin segar, o revoloteando con monótona insistencia en torno de las polvorientas cabezuelas doradas de una dispersa madreselva, parecía hacer aún

más abrumadora esta quietud. El sordo estrépito de Londres era como el bordón de un órgano lejano.

En el centro de la habitación, sostenido por un caballete, veíase el retrato, de tamaño natural, de un joven de extraordinaria belleza, y frente a él, sentado a poca distancia, al pintor en persona, Basil Hallward, cuya súbita desaparición pocos años antes había causado tanta sensación y dado origen a tantas extrañas conjeturas.

Contemplaba el pintor la forma grácil y encantadora que tan diestramente reflejara su arte, y una sonrisa de satisfacción cruzó su rostro, pareciendo demorarse en él. Pero, de pronto, estremeciéndose, cerró los ojos y oprimióse los párpados con los dedos, como si quisiera aprisionar en su cerebro algún extraño sueño, del que temiera despertar.

–Es tu mejor obra, Basil; lo mejor que has hecho hasta ahora –dijo Lord Henry, lánguidamente-. Debes enviarla el año próximo a la exposición Grosvenor. La Academia es demasiado grande y demasiado vulgar. Siempre que he ido, o había tanta gente que no he podido ver los cuadros, cosa sumamente desagradable, o tantos cuadros que no he podido ver la gente, cosa peor todavía. Realmente, Grosvenor, es el único sitio.

–Creo que no lo enviaré a ninguno –contestó el pintor, echando hacia atrás la cabeza con aquel ademán singular que tanto hacía reír a sus condiscípulos de Oxford-. Sí; a ninguno.

Lord Henry enarcó las cejas, mirándole con estupor a través de las tenues espirales azules en que se rizaba caprichosamente el humo de su cigarrillo opiado.

–¿Qué no piensas enviarlo a ningún sitio? ¿Y por qué, puede saberse? ¿Tienes algún motivo? ¡Qué gente tan absurda sois los pintores! Andáis de coronilla para haceros una reputación, y en cuanto la conseguís, parecéis deseosos de echarla a rodar. Una tontería; pues sólo hay una cosa en el mundo peor que el que se hable mal de uno, y es que no se hable. Un retrato como éste te colocaría a cien codos por encima de todos los pintores jóvenes de Inglaterra, y haría rabiar de envidia a los viejos, si es que los viejos son todavía capaces de alguna emoción.

–Sé que vas a reírte de mí- replicó el pintor-; pero te aseguro que realmente no puedo exponerlo. He puesto demasiado de mí mismo en él.

Lord Henry se repatingó en el diván, soltando la carcajada.

–Sí, ya sabía que te reirías; pero, a pesar de todo, es verdad.

–¡Demasiado de ti mismo en él! Palabra de honor, Basil: no sabía que fueras tan presuntuoso. Te aseguro que no veo la menor semejanza entre tú, con esa cara ceñuda y viril, y este joven Adonis, que parece hecho de marfil y de rosas. ¡Caramba!, querido Basil: éste es un narciso, y tú... claro que tienes una expresión inteligente, no hay que decir. Pero la belleza, la verdadera belleza, acaba donde comience una expresión intelectual. La inteligencia es en sí misma un modo de exageración, y destruye la armonía de cualquier rostro. Desde el momento en que uno se sienta para meditar, se vuelve todo nariz, o frente, o cualquier otra cosa horrenda. Fíjate en los hombres que sobresalen en todas las profesio-

nes doctas. Son, sencillamente, repugnantes. Excepto, claro está, en la Iglesia. Pero es porque en la Iglesia no piensan. Un obispo continúa diciendo a los ochenta lo que le enseñaron a decir a los diez y ocho; por eso, y como consecuencia natural, siempre resulta delicioso. Tu misterioso amigo, cuyo nombre todavía no me has dicho, pero cuyo retrato realmente me fascina, no piensa nunca; estoy completamente seguro. Es una criatura admirable y sin seso, para tener en invierno, cuando no hay flores que mirar, y en verano, cuando necesitamos refrescar el entendimiento. No te hagas ilusiones, Basil; no te pareces a él lo más mínimo.

–No me has entendido, Harry –contestó el artista-. Naturalmente que no me parezco a él. Lo sé de sobra. Y, realmente, sentiría parecerme a él. ¿Te encoges de hombros? Te estoy diciendo la verdad. En toda preeminencia, física o intelectual, hay una especie de fatalidad: esa fatalidad que parece seguir la pista, a través de la historia, de los pasos vacilantes de los reyes. Es mejor no diferenciarse demasiado de los demás. Los feos y los necios tienen la mejor parte en este mundo. Pueden sentarse a sus anchas y bostezar ante la farsa. Y si nada saben de la victoria, tampoco tienen conocimiento de la derrota. Viven como todos deberíamos vivir: tranquilos, indiferentes y sin sacudidas. Ni llevan la ruina a los demás, ni la reciben de manos ajenas. Tú, con tu posición y tu riqueza, Harry; yo, con mi talento, con mi arte, valga mucho o poco; Dorian Gray, con su belleza, todos tendremos que sufrir por aquello que los dioses nos han concedido, y sufriremos terriblemente.

–¿Dorian Gray? ¿Conque ése es su nombre? –preguntó Lord Henry, dirigiéndose hacia Basil Hall-ward.

–Sí; ése es su nombre. No pensaba decírtelo.

–¿Y por qué no?

–¡Oh! No puedo explicártelo. Cuando quiero a alguien de verdad, no me gusta decir su nombre a nadie. Es como ceder una parte de él. Me he acostumbrado a amar el secreto. Es lo único que puede hacernos la vida moderna misteriosa y sorprendente. La cosa más vulgar se vuelve deliciosa en cuanto alguien nos la esconde. Yo, cuando me voy al campo, nunca digo a donde. Si lo hiciera, perdería todo encanto. Es una mala costumbre, lo confieso; pero no deja de traer cierto elemento novelesco a la vida de uno... ¿Qué, me crees loco de remate?

–De ningún modo –replicó Lord Henry-, de ningún modo, querido Basil. Pareces olvidar que estoy casado, y que el único encanto del matrimonio es que hace absolutamente necesaria a ambas partes una vida de superchería yo nunca sé dónde está mi mujer, y mi mujer nunca sabe dónde ando yo. Cuando nos encontramos -a veces nos encontramos, por casualidad, cuando comemos juntos en alguna casa o bajamos a ver al duque-, nos contamos las historias más absurdas, con la mayor seriedad del mundo. Mi mujer es en esto una notabilidad; muy superior a mí. Jamás se confunde en las fechas, y yo sí. Pero cuando me coge en alguna, no me hace escenas. A veces me gustaría que las hiciese; pero no, se contenta con reírse de mí.

–Detesto esa manera de hablar de tu vida conyugal, Harry –dijo Basil Hallward, dirigiéndose hacia la puerta que

conducía al jardín-. Estoy seguro de que eres un buen marido; pero te avergüenzas de tus propias virtudes. Eres un ser realmente extraordinario. No dices una sola cosa moral, y no haces ninguna inmoral. Tu cinismo no es más que una pose.

–La naturalidad no es más que una pose, y la más irritante de las que conozco –exclamó Lord Henry, echándose a reír.

Y salieron ambos al jardín, sentándose en un largo banco de bambú que había a la sombra de un gran laurel. El sol resbalaba sobre las hojas bruñidas. Unas cuantas margaritas blancas se estremecían entre la hierba.

Al cabo de una pausa, Lord Henry miró su reloj.

–Tengo que irme, Basil –murmuró–; pero antes insisto en que me contestes a la pregunta que te hice hace un rato.

–¿Qué pregunta? –dijo el pintor, sin levantar los ojos.

–De sobra lo sabes.

–Te aseguro que no.

–Bueno, te la repetiré. Quisiera que me explicases por qué no quieres exponer el retrato de Dorian Gray. El verdadero motivo.

–Ya te lo dije.

–No me lo dijiste. Dijiste que era a causa de lo mucho de ti mismo que había en ese retrato. Pero eso es una puerilidad.

–Harry –dijo Basil Hallward, mirándole en los ojos-, todo retrato pintado con emoción es un retrato del artista, no del modelo. Éste no es más que el accidente, la ocasión. No es él el revelado por el pintor, sino más bien éste quien, sobre el lienzo pintado, se revela a sí mismo. El motivo por el

que no quiero exponer este retrato es que temo haber mostrado en él el secreto de mi propia alma.

Lord Henry se echó a reír.

–¿Y qué secreto es ése? –preguntó.

–Voy a decírtelo –dijo Hallward. Pero una expresión de perplejidad cruzó su rostro.

–Soy todo oídos, Basil –exclamó su amigo, mirándole de reojo.

–¡Oh!, poco hay que contar, Harry –contestó el pintor-. Y mucho temo que no lo entiendas. Puede que ni siquiera lo creas.

Lord Henry sonrió, e inclinándose, arrancó de entre la hierba una margarita de pétalos rosados.

–Tengo la seguridad de que te comprenderé –replicó, contemplando atentamente el botón dorado con su corona de pétalos-; y en cuanto a creerte, yo puedo creer todo, con tal de que sea increíble.

El viento desprendió algunas flores de los árboles, y las lilas espesas, con sus penachos de estrellas, se balancearon en el aire lánguido. Un saltamontes comenzó su chirrido junto al muro y, como una hebra azul, pasó una libélula larga y tenue, sostenida por sus alas de gasa parda. Lord Henry creyó sentir los latidos del corazón de Basil, y aguardó con impaciencia lo que iba a oír.

–La historia es ésta –dijo el pintor al cabo de un rato-: Hace dos meses fui a una de esas apreturas en casa de Lady Brandon que ésta llama sus reuniones. Tú sabes que nosotros, pobres artistas, tenemos que exhibirnos de cuando en cuando en sociedad, lo preciso para recordar a la gente que

no somos unos salvajes. Con un frac y una corbata blanca, como tú dices, todo el mundo, hasta un agente de Bolsa, puede dárselas de civilizado. Bueno; llevaba ya diez minutos en el salón conversando con viudas emperifolladas y académicos aburridos, cuando, de pronto, tuve la sensación de que alguien estaba mirándome. Me volví a medias, y vi a Dorian Gray por vez primera. Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí que me ponía pálido. Un extraño sentimiento de terror se apoderó de mí. Comprendí que me hallaba frente a alguien cuya simple personalidad física era tan fascinadora que, si me abandonaba, absorbería por completo mi vida, mi alma, mi arte mismo. Y yo no quería influencia externa alguna en mi existencia. Tú sabes, Harry, lo independiente que soy por naturaleza. Yo siempre he sido mi propio amo; por lo menos, hasta que encontré a Dorian Gray. Entonces... Pero ¿cómo explicártelo? Algo parecía advertirme de que me hallaba al borde de una terrible crisis en mi vida. Tuve como el extraño presentimiento de que el Destino me tenía reservados exquisitos deleites y sufrimientos exquisitos. Sentí miedo, y me volví para salir del salón. No fue la conciencia lo que me hizo obrar así, sino una especie de cobardía. Me faltó la confianza en mí mismo, en mis propias fuerzas.

–Conciencia y cobardía son realmente una misma cosa, Basil. La conciencia es la marca de fábrica; eso es todo.

–No lo creo, Harry, y espero que tú tampoco. De todos modos, fuera cual fuera el motivo –quizás el orgullo, porque yo era entonces bastante orgulloso-, lo cierto es que me precipité hacia la puerta. Allí, naturalmente, me tropecé con

Lady Brandon. "¿No pensará usted en marcharse tan pronto, Mr. Hallward?", chilló. ¿Recuerdas la voz tan estridente y tan rara que tiene?

–Sí; es un pavo real en todo, excepto en la belleza –dijo Lord Henry, deshojando la margarita con sus dedos largos y nerviosos.

–No pude librarme de ella. Me presentó a una porción de altezas, y a señores con grandes cruces y jarreteras, y a damas maduras con diademas gigantescas y narices de papagayo. Habló de mí como de su más querido amigo. No me había visto más que una vez, pero se le metió en la cabeza lanzarme. Creo que por entonces había obtenido gran éxito algún cuadro mío; por lo menos se había charlado de ello en los diarios de medio penique, que son la pauta de la inmoralidad en el siglo XIX. De pronto, me encontré frente a frente con el joven cuyo rostro me había tan singularmente conturbado. Estábamos muy cerca, casi tocándonos. Nuestros ojos se encontraron de nuevo. Fue temerario por mi parte, pero rogué a Lady Brandon que me presentara. Después de todo, quizás no fue tan temerario. Era, simplemente, inevitable. Nos habríamos hablado sin presentación. Estoy seguro; y Dorian me ha dicho lo mismo después. Él también había sentido que estábamos destinados a conocernos.

–¿Y qué te dijo Lady Brandon de ese maravilloso joven? –preguntó Lord Henry-. Sé la manía que tiene de dar un rápido compendio de todos sus invitados. La recuerdo presentándome a un truculento y colorado anciano, todo cubierto de encomiendas y condecoraciones y susurrándome al oído, en un trágico cuchicheo que todo el mundo podía oír,

los detalles más estupefacientes. Claro que inmediatamente me batí en retirada. Yo soy de los que gustan de conocer a la gente por sí mismos. Pero Lady Brandon trata a sus invitados exactamente como un perito tasador sus mercancías. O los explica de tal modo que los agota, o cuenta minuciosamente todo, menos lo que a uno le interesaría saber.

–¡Pobre Lady Brandon! Eres duro con ella, Harry –exclamó Hallward negligentemente.

–Amigo mío, trató de fundar un salón, y no ha conseguido más que abrir un restaurant. ¡Cómo podría admirarla! Pero sigue, ¿qué te dijo sobre Dorian Gray?

–¡Oh!, vaguedades, algo por este estilo: "Muchacho encantador... Su pobre madre y yo absolutamente inseparables... Completamente olvidado en qué se ocupa...Temo que... no se ocupe en nada... ¡Ah, sí, toca el piano... ¿o es el violín, mister Gray?". Ninguno de los dos pudimos contener la risa y, sin más, nos hicimos amigos.

–La risa no es un mal comienzo de amistad, y es, de con mucho, el mejor fin de cualquiera –dijo el joven lord, arrancando otra margarita.

Hallward sacudió la cabeza.

–Tú no sabes lo que es la amistad, Harry, ni la enemistad –murmuró-, sobre todo en este caso. Tú quieres a todo el mundo, lo que viene a ser como no querer a nadie.

–¡Qué horrible injusticia! –exclamó Lord Henry, echándose hacia atrás el sombrero y levantando los ojos hacia las nubes, que, como enmarañadas madejas de seda blanca y lustrosa, navegaban a la deriva por la cóncava turquesa del cielo estival–. Sí, eres horriblemente injusto. Yo establezco

una gran diferencia entre la gente. Escojo mis amigos por su buen aspecto, mis conocidos, por su buen carácter, y mis enemigos por su buen entendimiento. Todo cuidado es poco en la elección de enemigos. Yo, todavía no he tenido ninguno tonto. Todos son hombres de cierta inteligencia, y, por tanto, me aprecian. ¿Es vanidad? Sí, quizá sea vanidad.

–No te quepa duda, Harry. Pero, ateniéndonos a tus categorías, yo debo ser simplemente un conocido.

–Querido Basil, tú eres mucho más que un conocido.

–Y mucho menos que un amigo. Una especie de hermano, ¿no?

–¡Oh, hermanos! ¡Para lo que me importan a mí los hermanos! Mi hermano mayor se empeña en no morirse, y los pequeños parece que no saben hacer otra cosa.

–¡Harry! –exclamó Hallward, frunciendo el entrecejo.

–Querido Basil, ya puedes comprender que no hablo completamente en serio. Pero no puedo menos de detestar a mis parientes. Puede que esto provenga de que no podemos soportar que los demás tengan los mismos defectos que nosotros. Yo simpatizo en absoluto con la rabia de la democracia inglesa contra lo que llaman los vicios de las clases altas. La plebe comprende que el alcoholismo, la estupidez y la inmoralidad son de su propiedad exclusiva, y que es entrar en su vedado el que uno de nosotros se embrutezca a semejanza de ellos. Cuando el pobre Southwark fue a los Tribunales con motivo de su divorcio, la indignación fue inmensa. Y, sin embargo, no creo que ni el diez por ciento del proletariado viva muy correctamente.

–No estoy conforme con una sola palabra de las que has pronunciado, y es más, Harry, estoy seguro de que tú tampoco.

Acarició se Lord Henry la barba oscura, cortada en punta, mientras con su bastón de ébano con borlas se daba unos golpecitos en el zapato de cuero fino.

–¡Cuidado que eres inglés, Basil! Es la segunda vez que me haces esa observación. Si se ofrece alguna idea a un verdadero inglés –cosa siempre bastante temeraria–, jamás se le ocurrirá pensar si la idea es buena o mala. Lo único que para él tiene importancia es si uno cree en ella. Ahora bien: el valor de una idea nada tiene que ver con la sinceridad del hombre que la expone. Realmente, mientras más insincero sea el hombre, más probabilidades hay de que la idea sea de mayor pureza intelectual, ya que en este caso no se habrá visto influida por sus necesidades, inclinaciones o prejuicios. Pero, en fin, no me propongo discutir de política, sociología, ni metafísica contigo. Me interesan las personas más que sus principios, y las que no tienen ninguno, más que nada en el mundo. Continúa hablándome de Dorian Gray. ¿Le ves a menudo?

–Todos los días. No me sería posible vivir tranquilo si no le viese todos las días. Me es completamente indispensable.

–¡Extraordinario! Nunca hubiera creído que te preocupases de otra casa que de tu arte.

–Él es ahora todo mi arte –repuso el pintor gravemente-. A veces pienso, Harry, que no hay más que dos eras de alguna importancia en la historia del mundo. La primera, es

la aparición de un nuevo medio de arte; y la segunda, la aparición de una nueva personalidad para el arte. Lo que la invención de la pintura al óleo fue para los venecianos, y el rostro de Antinoo para la escultura griega de la decadencia, será algún día para mí el rostro de Dorian Gray. No es que me sirva de modelo para pintar, dibujar o imaginar. Claro que he hecho todo esto. Pero es para mí mucho más que un modelo. No quiere esto decir que esté descontento de mi trabajo, ni que su belleza sea tal, que el arte no pueda expresarla. No hay nada que el arte no pueda expresar, y yo sé que mi trabajo, desde que encontré a Dorian Gray, es bueno, lo mejor que he hecho en mi vida. Pero, en cierto modo –no sé si me comprenderás-, su personalidad me ha sugerido otra manera de arte, una modalidad de estilo completamente nueva. Veo ahora las cosas de un modo distinto, las concibo diferentemente. Puedo dirigir mi vida por un camino que hasta ahora me había estado oculto. "Un sueño de formas en días de pensamiento..." ¿Quién ha dicho esto? Lo he olvidado, pero esto es lo que ha sido para mí Dorian Gray. La sola presencia de este muchacho –pues, para mí, a pesar de haber cumplido los veinte, no pasa de ser un muchacho-, su simple presencia visible... ¡Ah! ¡Si tú supieras lo que para mí significa! Inconscientemente define para mí las líneas de una nueva escuela, una escuela que tuviese en sí toda la pasión del espíritu romántico, toda la perfección del espíritu griego. La armonía del cuerpo y del alma, ¡nada menos! Nosotros, en nuestra demencia, los hemos separado, inventando un realismo que es vulgaridad, un idealismo que es vacío. ¡Ah, Harry, si tú supieras lo que Dorian Gray significa para mí ¿Te

acuerdas de aquel paisaje mío, por el que Agnew me ofreció un precio tan exorbitante, y del que no quise desprenderme? Es una de las cosas mejores que he hecho. ¿Y sabes por qué? Pues porque, mientras lo pintaba, Dorian Gray estaba sentado junto a mí. Alguna influencia sutil pasaba de él a mí, pues por primera vez en mi vida vi en el paisaje la maravilla que siempre había buscado, sin encontrarla jamás.

–¡Basil, eso que me cuentas es extraordinario! Es preciso que yo conozca a Dorian Gray.

Hallward se levantó del banco, poniéndose a caminar de arriba abajo por el jardín. Al cabo de unos momentos volvió.

–Harry –dijo-; Dorian Gray no es para mí más que un motivo de arte.

Tú, es posible que no vieras nada en él. Yo, lo veo todo. Nunca está más presente en mi obra que cuando no veo ninguna imagen suya. Es, como te he dicho, el surgimiento de una nueva modalidad. Lo encuentro en las curvas de ciertas líneas, en el encanto y sutileza de algunos colores. Eso es todo.

–Entonces, ¿por qué no expones su retrato? –preguntó Lord Henry.

–Porque, sin querer, he puesto en él como una expresión de toda esta extraña idolatría artística, de la que, naturalmente, nunca le he dicho nada a él. Él nada sabrá nunca de ella. Pero los demás podrían adivinarla; y yo no quiero desnudar mi alma ante ojos superficiales y fisgones. Mi corazón no será colocado bajo su microscopio. Hay demasiado de mí mismo en este retrato, Harry... ¡demasiado!

–Los poetas no son tan escrupulosos como tú. Saben lo útil que es la pasión a sus libros. Hoy, un corazón destrozado alcanza una porción de ediciones.

–Por eso los aborrezco –exclamó Hallward-. El artista debe crear cosas bellas; pero sin poner en ellas nada de su propia vida. Vivimos en una época en que los hombres tratan el arte como si no fuera otra cosa que una forma de autobiografía. Hemos perdido el sentido abstracto de la belleza. Algún día yo enseñaré al mundo lo que es. Por esto, el mundo no verá nunca mi retrato de Dorian Gray.

–Creo que haces mal, Basil; pero no quiero discutir contigo. Sólo los que no tienen remedio intelectual se empeñan en discutir. Dime: Dorian Gray, ¿te tiene mucho afecto?

El pintor quedó pensativo unos instantes.

–Sí –contestó al fin-; sé que me tiene afecto. Claro que yo le mimo lastimosamente. Encuentro un placer singular en decirle cosas que sé que sentiré haberle dicho. Generalmente está muy cariñoso conmigo, y nos sentamos en el estudio y hablamos de una porción de cosas. De cuando en cuando, sin embargo, es terriblemente aturdido, y parece complacerse en hacerme sufrir. Entonces comprendo, Harry, que he entregado mi alma entera a un ser que la trata lo mismo como si fuera una flor que prenderse en el ojal, una condecoración que halaga la vanidad, el adorno de un día de verano.

–Los días de verano son largos –murmuró Lord Henry-. Quizás seas tú el primero que se canse. Es doloroso de pensar; pero no cabe duda de que el genio dura más que la belleza. Esto explica por qué nos tomamos tanto trabajo en instruirnos. En la lucha sin tregua de la vida necesitamos

algo que perdure; por eso llenamos nuestra mente de ripios y de hechos, en la necia esperanza de conservar nuestro sitio. El hombre enterado de todo: tal es el ideal moderno. Y el espíritu de este hombre enterado de todo es una cosa abominable, un baratillo, todo monstruos y polvo, todo tasado en un precio más alto que su valor. En fin, sea lo que sea, creo que tú serás el primero en cansarte, un día mirarás a tu amigo, y lo encontrarás un poco desdibujado, o no te gustará su tono de color, o cualquier otra cosa por el estilo. Y se lo reprocharás amargamente en tu corazón, y creerás con toda seriedad que se ha portado muy mal contigo. Al día siguiente estarás con él perfectamente frío e indiferente. Lástima grande, porque empezarás a cambiar. Lo que me has contado es toda una novela, una novela de arte, por decirlo así; y lo peor de tener una novela, sea del género que sea, es que le deja a uno tan poco novelesco...

–Harry, no hables así. Mientras viva, la personalidad de Dorian Gray me dominará. Tú no puedes sentir como yo siento. Tú cambias con tanta facilidad...

-¡Ah, querido Basil, precisamente por eso puedo sentirlo! Los que permanecen fieles no conocen más que el lado trivial del amor; sólo los infieles saben de sus tragedias.

Y sacando una cerilla de una deliciosa fosforera de plata, Lord Henry encendió otro cigarrillo, con aire convencido y satisfecho de sí mismo, como si hubiera resumido el mundo en una frase. Un murmullo indistinto de píos de gorriones salía de las hojas verde laca de la hiedra, y las sombras azulencas de las nubes se perseguían sobre la hierba. ¡Qué delicioso estaba el jardín! ¡Y qué deliciosas eran las emociones

de los demás!... Mucho más deliciosas, para gusto de él, que sus ideas. El alma propia y las pasiones ajenas: tales eran las cosas sugestivas de la vida. Con mudo deleite se representaba el *lunch* que se había perdido por estar tanto tiempo con Basil Hallward. De haber ido a casa de su tía, seguramente hubiera encontrado allí a Lord Goodbody, y toda la conversación habría versado sobre la manutención del pobre y la necesidad de asilos modelos. Cada clase habría predicado la importancia de aquellas virtudes cuyo ejercicio no era necesario en su vida propia. El rico hablaría del valor del ahorro, y el ocioso se volvería elocuente al tratar de la dignidad del trabajo. ¡Qué felicidad haber escapado de todo esto! De pronto, al pensar en su tía, se le ocurrió una idea. Volviéndose hacia Hallward, dijo:

–Querido, acabo de acordarme...

–¿Acordarte de qué, Harry?

–De donde he oído el nombre de Dorian Gray.

–¿Dónde?–preguntó Hallward, frunciendo levemente el ceño.

–No pongas esa cara, Basil. Fue en casa de mi tía Lady Agatha. Me contó que había descubierto a un joven maravilloso, que se disponía a ayudarla en sus obras de caridad y que se llamaba Dorian Gray. Debo confesar que no me dijo ni una palabra acerca de su hermosura. Las mujeres no tienen el sentido de la belleza masculina; por lo menos, las mujeres honradas, me dijo que era un muchacho muy formal y de muy buenos sentimientos. Me imaginé enseguida un ser con gafas y pelo lacio, espantosamente pecoso y contoneán-

dose sobre unos pies inmensos. Me hubiera gustado saber que era tu amigo.

–Pues yo celebro en extremo que no lo supieras, Harry.

–¿Por qué?

–Porque prefiero que no lo conozcas.

–¿Qué prefieres que no le conozca?

–Sí.

–Mr. Dorian Gray está en el estudio, señor –dijo el mayordomo, entrando en el jardín.

–Pues, ahora, no vas a tener más remedio que presentármelo –exclamó Lord Henry, echándose a reír.

Volvíase el pintor hacia el criado, que permanecía de pie en el sol, parpadeando.

–Dile a Mr. Gray que tenga la bondad de esperar, Parker, que voy en seguida.

Inclinóse el criado y se retiró.

Entonces, mirando a Lord Henry, dijo Hallward:

–Dorian Gray es mi amigo más querido. Es una naturaleza sencilla y recta. Tu tía tenía razón en lo que dijo. No me lo eches a perder. No trates de influenciarlo. Tu influencia sería perniciosa. El mundo es ancho y lleno de seres interesantes. No separes de mí a la única persona que da a mi arte todo el encanto que éste pueda tener; mi vida de artista depende de él. Tenlo en cuenta, Harry; confío en ti.

Hablaba muy despacio, como si a pesar suyo se le escapasen las palabras.

–¡Qué tonterías estás diciendo! –exclamó Lord Henry, con una sonrisa.

Y cogiendo a Hallward por un brazo le condujo casi hacia el estudio.

CAPÍTULO II

Al entrar vieron a Dorian Gray. Estaba sentado al piano, de espaldas a ellos, hojeando un cuaderno de las *Escenas del Bosque*, de Schumann.

–Tienes que prestármelas, Basil –gritó-. Es necesario que las aprenda. Son deliciosas.

–Depende de como *poses* hoy, Dorian.

–¡Oh!, estoy harto de *posar*. ¡Y para la falta que me hace un retrato de tamaño natural! –contestó el mancebo, dando media vuelta sobre el taburete del piano, con ademán malhumorado y voluntarioso.

Cuando vio a Lord Henry, un ligero rubor coloreó sus mejillas, mientras se ponía en pie precipitadamente.

–Perdona, Basil, pero no sabía que tenías visita.

–Es Lord Henry Wotton, Dorian, uno de mis antiguos amigos de Oxford. Precisamente le acababa de decir lo bien que posabas, y ahora has venido a estropearlo.

–Pero no ha estropeado mi satisfacción de conocerle, Mr. Gray -dijo Lord Henry, adelantándose con la mano tendida-. Mi tía me ha hablado con frecuencia de usted. Es us-

ted uno de sus favoritos, y temo que también una de sus víctimas.

–¡Ay!, me parece que he caído en desgracia con Lady Agatha –contestó Dorian, con un cómico visaje de arrepentimiento-. Le había prometido ir con ella a un círculo de Whitechapel, el jueves pasado, y me olvidé en absoluto. Teníamos que tocar a cuatro manos una pieza; no, tres piezas, me parece. No sé lo que va a decirme. Sólo el pensamiento de ir a verla me asusta.

–¡Bah!, yo haré las paces. Ella le quiere a usted mucho. Y, realmente, no creo que haya tenido importancia la falta de usted. Es probable que el auditorio creyese que era a cuatro manos. Cuando mi tía Agatha se pone al piano hace ruido por dos.

–Es usted muy malo con ella, y no muy amable conmigo –contestó Dorian, echándose a reír.

Lord Henry le miró con atención. Sí, ciertamente que era de una belleza maravillosa, con sus labios rojos, deliciosamente modelados, y sus ojos azules e ingenuos y sus rizos de oro. Había algo en su rostro que, desde el primer momento, inspiraba confianza. Todo el candor de la juventud y toda su apasionada pureza. Se comprendía que aún el mundo no había contaminado. Nada tenía de extraño el culto de Basil Hallward.

–Es usted demasiado seductor para dedicarse a la filantropía, Mr. Gray... demasiado seductor.

Y Lord Henry se reclinó en el diván, sacando su pitillera.

El pintor había permanecido ocupado mezclando los colores y limpiando sus pinceles, con una cierta expresión de malestar. Al oír las últimas palabras de Lord Henry levantó los ojos hacia él, vaciló un instante, y al fin dijo:

–Harry, quisiera terminar hoy este retrato. ¿Sería una impertinencia que te rogase nos dejaras trabajar?

Lord Henry sonrió, mirando a Dorian Gray.

–¿Debo irme, Mr. Gray? –preguntó.

–¡Oh!, de ningún modo, se lo ruego, Lord Henry. Veo que Basil está hoy de mal talante, y cuando se pone así no se le puede aguantar. Además, deseo que me explique usted por qué no debo dedicarme a la filantropía.

–¡Oh!, no sabría qué contestar a usted, Mr. Gray. Es un tema tan enojoso, que tendríamos que tratarlo en serio. Pero me quedaré, ya que usted lo desea. ¿Te parece bien, Basil? Muchas veces te he oído decir que te gustaba que tus modelos tuviesen con quién hablar.

Hallward se mordió los labios.

–Desde el momento que Dorian lo quiere, inútil decir que debes quedarte. Los caprichos de Dorian son ley para todos, excepto para él.

Lord Henry cogió su sombrero y sus guantes.

–Eres muy amable, Basil, pero tengo que irme. Tengo una cita en el Orléans. Hasta la vista, Mr. Gray. Venga usted a verme una de estas tardes. A eso de las cinco estoy casi siempre. Pero póngame usted dos letras. Sentiría infinito que no me encontrara.

–Basil –exclamó Dorian Gray-; si Lord Henry Wotton se va, me voy yo también. En cuanto te pones a pintar no

dices esta boca es mía, y resulta espantosamente aburrido estar de pie sobre mi tarima, teniendo que poner cara sonriente. Dile que se quede. Tengo verdadero interés en que se quede.

–Quédate, Harry, haznos ese favor a Dorian y a mí –dijo Hallward, sin levantar los ojos del cuadro-. Es cierto, cuando me pongo a trabajar no hablo, ni oigo y comprendo que mis infortunados modelos se aburran mortalmente. Te suplico que te quedes.

–Pero, ¿y mi cita?

El pintor se echó a reír.

–No creo que eso sea un inconveniente. Anda, vuelve a sentarte, Harry. Y ahora, Dorian, sube a la tarima y no te muevas demasiado ni hagas caso de lo que te diga Lord Henry. Su influencia es nociva para todos sus amigos, con mi única excepción.

Subió Dorian Gray a la tarima, con el aire de un joven mártir griego, haciendo una pequeña mueca de enfado a Lord Henry, al que ya había tomado cierta simpatía. ¡Era tan diferente de Basil! Hacían un contraste delicioso. ¡Y tenía una voz tan agradable! Al cabo de pocos instantes le dijo:

–¿Es cierto que ejerce usted una mala influencia sobre sus amigos, Lord Henry? ¿Tan mala como dice Basil?

–No hay influencia buena, Mr. Gray. Toda influencia es inmoral... inmoral, desde un punto de vista científico.

–¿Por qué?

–Porque influenciar a una persona es prestarle nuestra propia alma. No piensa ya sus pensamientos naturales, ni arde con sus propias pasiones. Sus virtudes dejan de ser su-

yas. Sus pecados, si es que hay pecados, son de segunda mano. Se convierte en el eco de una música ajena, en el actor de un papel que no había sido escrito para él. El fin de la vida es el desenvolvimiento de la personalidad. Realizar nuestra propia naturaleza cabalmente: para esto hemos venido. Hoy los hombres se asustan de sí mismos, han olvidado el más alto de sus deberes, el deber que uno se debe a sí mismo. Sí, son caritativos; dan pan al hambriento y vestido al mendigo. Pero sus propias almas se mueren de hambre y van desnudas. El valor ha abandonado a nuestra raza. Quizás nunca lo tuvimos. El temor a la sociedad, que es la base de la moral; el temor de Dios, que es el secreto de la religión: tales son las dos fuerzas que nos gobiernan. Y, sin embargo...

–Vuelve un poco más la cabeza hacia la derecha. Dorian; sé buen chico –dijo el pintor, sumergido en su obra, pero dándose cuenta de que el rostro del mancebo tenía ahora una expresión que nunca viera hasta entonces.

–Y, sin embargo –continuó Lord Henry, con su voz queda, musical, y aquel suave ademán de la mano tan característico suyo y que ya tenía en sus días de Eton[12] -, creo que si un hombre se atreviera a vivir su vida plena y totalmente, a dar forma a cada sentimiento, expresión a cada pensamiento, realidad a cada ensueño... creo que el mundo cobraría de nuevo un ímpetu tal de alegría, que olvidaríamos todas las enfermedades del medievalismo, y tornaríamos al ideal helénico... a algo quizá más bello, más rico que el ideal helénico.

[12] Uno de los colegios más aristocráticos de Inglaterra, fundado en 1440 por Enrique VI, en los alrededores de Londres, a la orilla izquierda del Támesis.

Pero hasta el más audaz de nosotros tiene miedo de sí mismo. La mutilación del salvaje tiene su trágica supervivencia en la renuncia de sí mismo que frustra nuestras vidas. Y somos castigadas por ello. Cada impulso que luchamos por estrangular, germina en el espíritu y nos envenena. El cuerpo peca una vez, y acaba con su pecado, pues la acción es una especie de purificación. Nada queda entonces, excepto el recuerdo de un placer, o la voluptuosidad de un arrepentimiento. El único medio de librarse de una tentación es ceder a ella. Resistid, y vuestra alma enfermará de deseo por las cosas que se ha vedado a sí misma, de concupiscencia por aquello que sus leyes monstruosas han hecho ilícito y monstruoso. Se ha dicho que los grandes acontecimientos del mundo tienen lugar en el cerebro. En el cerebro también, y sólo en el cerebro, tienen lugar los grandes pecados del mundo. Usted mismo, Mr. Gray, usted mismo, con su juventud color de rosa y su blanca infancia, usted ha tenido pasiones que le han dado miedo, pensamientos que le han llenado de terror, sueños dormido y sueños despierto, cuyo simple recuerdo bastaría para teñir de vergüenza sus mejillas...

–¡Basta! –balbuceó Dorian Gray-, ¡basta! Me aturde usted. No sé que decir. Siento que a todo eso hay una respuesta; pero no puedo hallarla. No hable usted más. Déjeme pensar. O más bien déjeme que trate de no pensar.

Durante casi diez minutos quedó inmóvil, con los labios entreabiertos y en los ojos un brillo extraño. Se daba cuenta, indistintamente, de que una influencia nueva obraba en él. Sin embargo, le parecía como si esta influencia proviniese

realmente de sí mismo. Las pocas palabras que el amigo de Basil le había dicho –palabras casuales, sin duda, y llenas de premeditadas paradojas- habían conmovido en él alguna cuerda secreta, no tocada hasta entonces, pero que ahora sentía vibrante y latiendo en extrañas pulsaciones.

La música le había conmovido ya de ese modo. La música le había turbado muchas veces. Pero la música no es definida. No es un mundo nuevo, sino un nuevo caos lo que crea en nosotros. ¡Palabras! ¡Simples palabras! ¡Cuán terribles son! ¡Qué claras, y vivas, y crueles! ¡Imposible escapar de ellas! Y, sin embargo, ¡qué magia sutil reside en ellas! Parecen capaces de dar forma plástica a cosas informes y poseer una música propia tan dulce como la música del violín o del laúd. ¡Simples palabras! ¿Hay acaso nada más real que las palabras?

Sí; cosas había en su infancia que él no pudo entender. Ahora las comprendía. Súbitamente, la vida se tornaba de color de fuego para él. Le parecía haber marchado hasta entonces a través de llamas. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Sonriendo con su sonrisa sutil, Lord Henry le observaba. Sabía el momento psicológico preciso en que debía guardar silencio. Sentíase profundamente interesado. Y en extremo sorprendido de la impresión instantánea que sus palabras produjeran; y recordando un libro que había leído a los dieciséis años, libro que le había revelado muchas cosas que antes ignoraba, se preguntaba si Dorian Gray estaba pasando por una experiencia análoga. Él no había hecho más que disparar una flecha al aire. ¿Había dado en el blanco?... Realmente, era un muchacho interesante.

Hallward seguía pintando con aquella pincelada audaz y segura que le caracterizaba y que tenía ese refinamiento y delicadeza perfecta que en arte, por lo menos, sólo da la fuerza. Ensimismado en su trabajo no se daba cuenta del silencio.

–¡Basil, estoy cansado de posar! –exclamó, al fin Dorian Gray-. Me voy a sentar al jardín. Aquí hace un aire sofocante.

–Perdona, querido Dorian. Ya sabes que cuando pinto no pienso en otra cosa. Pero nunca has posado mejor. No te has movido en lo más mínimo. Y he logrado el efecto que buscaba... los labios entreabiertos y la mirada brillante. No sé lo que te habrá estado diciendo Harry; pero lo cierto es que te ha hecho poner una expresión maravillosa. Supongo que habrán sido cumplidos. No debes creerle ni una sola palabra.

–Puedes estar seguro de que no me ha dicho ningún cumplido. Quizá sea ésa la razón de que no crea nada de lo que me ha estado diciendo.

–De sobra sabe usted que sí –dijo Lord Henry, mirándole con sus ojos lánguidos y soñadores-. Iré al jardín con usted. Hace un calor horrible en este estudio. Basil, danos algo fresco de beber, algo con fresas.

–Con mucho gusto, Harry. Toca el timbre, y cuando venga Parker se lo diré. Tengo que acabar este fondo; así que dentro de un rato iré a reunirme con vosotros. No retengas demasiado tiempo a Dorian. Nunca me he sentido tan en vena de trabajar. Esto lleva camino de ser mi obra maestra. Sí: tal como está es ya mi obra maestra.

Cuando Lord Henry salió al jardín, encontró a Dorian Gray con el rostro escondido entre las lilas frescas, aspirando febrilmente su perfume, como si bebiese un vino exquisito. Acercándose a él le puso una mano en el hombro.

–Hace usted bien –musitó-. Sólo los sentidos pueden curar el alma, así como el alma es lo único que puede curar los sentidos.

El adolescente se estremeció y volvióse hacia él. Llevaba la cabeza desnuda, y las hojas habían descompuesto sus rizos rebeldes, enmarañando sus doradas hebras. Tenía en los ojos una expresión medrosa, como una persona a quien acaban de despertar bruscamente. Las aletas de su nariz, finamente dibujadas, palpitaban, y una oculta emoción hacía temblar el carmín de sus labios.

–Sí –continuó Lord Henry-, ése es uno de los grandes secretos de la vida: curar el alma por medio de los sentidos, y los sentidos por medio del alma. Es usted un ser privilegiado. Sabe usted más de lo que cree saber; pero menos de lo que desea saber.

Dorian Gray frunció el entrecejo, volviendo a otro lado la cabeza. No podía menos de sentir simpatía por aquel hombre alto, esbelto, en pie frente a él. Su rostro aceitunado y romántico, su expresión cansada, le interesaban. Había en su voz queda y lánguida, un no sé qué absolutamente fascinador. Sus manos frías, blancas, semejantes a flores, tenían también un encanto singular. Movíanse, al hablar, musicalmente, como si tuvieran un lenguaje propio. Pero le daba miedo, y vergüenza de tener miedo. ¿Por qué le había sido reservado a un extraño el revelarle a sí mismo? A Basil Ha-

llward le conocía desde hacía unos cuantos meses, y su amistad nunca le había turbado. Y, de pronto, alguien se había interpuesto en su vida para revelarle el misterio de la vida. Sin embargo, ¿qué había en ello que pudiera asustarle? Él no era un colegial ni una niña. Era absurdo tener miedo.

–Vamos a sentarnos a la sombra –dijo Lord Henry-. Parker nos ha traído ya de beber, y si permanece usted más tiempo a este sol, se estropeará usted el cutis, y Basil no volverá a pintarle. Realmente, no debe usted dejar que el sol le queme. Sería una lástima.

–¿Y qué importa? –exclamó Dorian Gray, riendo y tomando asiento en el banco que había a un extremo del jardín.

–A usted debería importarle mucho, Mr. Gray.

–¿Por qué?

–Porque tiene usted la juventud más maravillosa, y la juventud es la única cosa que vale la pena de ser deseada.

–No soy de esa opinión, Lord Henry.

–Sí; ahora no lo es usted. Día llegará, cuando sea usted viejo y arrugado y feo, cuando el pensamiento le haya devastado con sus surcos la frente, y la pasión quemado los labios con sus fuegos repugnantes, en que lo será usted. Ahora, adonde quiera que vaya, triunfará usted. Pero ¿será siempre así?... Ahora tiene usted un rostro de una belleza maravillosa, Mr. Gray. No frunza usted el ceño. Lo tiene. Y la belleza es una de las formas del genio; más alta, en verdad, que el genio, ya que no necesita explicación. Es una de las grandes realidades del mundo, como la luz del sol, o la primavera, o el reflejo en las aguas oscuras de esa concha de

plata que llamamos luna. No puede ponerse en duda. Es una soberanía de derecho divino. Hace príncipes a quienes la poseen. ¿Sonríe usted? ¡Ah!, cuando la haya perdido no sonreirá usted... Con frecuencia se dice que la belleza es cosa superficial. Quizás. Pero, en todo caso, no es tan superficial como el pensamiento. Para mí, la belleza es la maravilla de las maravillas. Únicamente los superficiales no juzgan por las apariencias. El verdadero misterio del mundo está en lo visible, no en lo invisible... Sí, Mr. Gray, los dioses han sido benévolos con usted. Pero lo que los dioses dan, pronto lo quitan. Pocos años le quedan a usted que vivir realmente, plenamente, perfectamente. Cuando su juventud pase, su belleza pasará con ella, y entonces, bruscamente, descubrirá usted que se acabaron los triunfos, o tendrá usted que contentarse con esos pequeños triunfos que el recuerdo del pasado hace más amargos que derrotas. Cada mes que transcurre le avecina a usted un porvenir espantoso. El tiempo tiene celos de usted, y guerrea contra sus azucenas y sus rosas. Se pondrá usted lívido, y sus mejillas se hundirán, y sus ojos perderán todo su brillo. Sufrirá usted horriblemente... ¡Ah!, realice usted su juventud mientras la tiene. No dispendie usted el oro de sus días, dando oídos al necio, tratando de remediar su irremediable fracaso, o arrojando su vida al ignorante y al vulgo. Tales son los fines enfermizos, los falsos ideales de nuestra época. ¡Viva usted! ¡Viva esa vida maravillosa que hay en usted! ¡No deje usted perder nada... Busque sin cesar sensaciones nuevas. No tema usted nada... Un nuevo hedonismo: eso es lo que ha menester nuestro siglo. Usted podría ser su símbolo visible. Con su

belleza, nada hay que no pudiera usted hacer. El mundo es suyo por una temporada... Desde el momento en que le vi a usted, comprendí que usted no se daba cuenta en absoluto de lo que realmente era usted, de lo que realmente podría ser. Había en usted tantas cosas que me atraían, que comprendí que era necesario revelarle a sí mismo. Pensé en lo trágico que sería que se frustrase usted. ¡Porque es tan breve el espacio de vida que le queda a su juventud... tan breve! Las flores del campo se marchitan; pero florecen de nuevo. Ese cítiso estará el próximo junio tan amarillo como ahora. Dentro de un mes, esa clemátide se cubrirá de estrellas de púrpura, y año tras año el verde nocturno de sus hojas sostendrá la púrpura de sus estrellas. Pero, nosotros, jamás recobraremos nuestra juventud. El pulso de alegría que late en nosotros a los veinte, va haciéndose cada día más perezoso. Nuestros miembros flaquean, nuestros sentidos se estancan. Degeneramos en muñecos repugnantes, obsesionados por el recuerdo de las pasiones que nos hicieron retroceder atemorizados y de las tentaciones exquisitas a que no tuvimos el valor de ceder. ¡Juventud! ¡Juventud! ¡Nada hay en el mundo comparable a la juventud!

Con los ojos muy abiertos, absorto, Dorian Gray escuchaba. La rama de lilas le cayó de las manos sobre la grava. Una velluda abeja zumbó un momento en torno de ella. Luego comenzó a pasear por los globitos ovales y estrellados de sus flores menudas. Dorian la miraba atentamente, con ese singular interés por las cosas triviales que tratamos de desarrollar cuando cosas de la más alta importancia nos sobrecogen o nos sentimos conmovidos por alguna emoción

nueva que no podemos expresar, o algún pensamiento que nos espanta toma de pronto asiento en nuestro cerebro, obligándonos a ceder a él. Al cabo de unos instantes, la abeja levantó el vuelo y Dorian la vio posarse en el cáliz moteado de un convólvulo tirio. La flor pareció estremecerse, y luego quedó balancéandose suavemente.

De pronto apareció el pintor en la puerta del estudio, haciéndoles signos reiterados de que entra-sen. Volviéronse uno a otro, sonriendo.

–Os estoy esperando –gritó Hallward-. Venid. Hay una luz perfecta en este momento. Podéis traer vuestros refrescos.

Levantáronse, y perezosamente se dirigieron hacia el estudio. Dos mariposas, verdes y blancas, pasaron revoloteando junto a ellos, mientras en el peral, que crecía en un ángulo del jardín, comenzaba a cantar un tordo.

–¿Se alegra usted de haberme conocido? –preguntó Lord Henry, mirándole.

–Sí; ahora me alegro. Pero ¿será siempre así?

–¿Siempre? ¡Palabra tremenda! ¡Cada vez que la oigo me estremezco! ¡Las mujeres son tan aficionadas a emplearla! Echan a perder todas las novelas por su empeño en hacerlas eternas. Por otra parte, es una palabra sin sentido. La única diferencia entre un capricho y una pasión para toda la vida, es que el capricho dura un poco más.

Al ir a entrar en el estudio, Dorian Gray puso su mano en el brazo de Lord Henry.

–En ese caso, que nuestra amistad sea un capricho –murmuró, ruborizándose de su atrevimiento.

Y subiendo de nuevo a la tarima recobró su pose.

Lord Henry se dejó caer en un amplio sillón de mimbre, y quedó absorto en su contemplación. El ir y venir del pincel sobre el lienzo era el único rumor que quebraba el silencio, excepto cuando, de tiempo en tiempo, retrocedía Hallward unos pasos para juzgar el efecto de su trabajo. En medio de los rayos oblicuos de sol que entraban por la puerta abierta danzaba un polvillo dorado. El aroma pesado de las rosas parecía envolverlo todo.

Al cabo de un cuarto de hora, dejó de pintar Hallward; contempló durante largo rato a Dorian Gray, y luego el retrato, mordiscando la punta de uno de sus grandes pinceles, las cejas contraídas.

–¡Terminado! –exclamó al fin, y agachándose escribió su nombre en el ángulo izquierdo del lienzo en grandes letras bermellón.

Acercóse Lord Henry para examinar el retrato. Indudablemente era una maravillosas obra de arte, y de un parecido también maravilloso.

–Querido Basil, te felicito calurosamente –dijo-. Es el retrato más hermoso de estos tiempos. Acérquese usted, Mr. Gray, y contémplese.

Estremecióse el adolescente, como si despertara de un sueño.

–¿Está completamente terminado? –murmuró, bajando de la tarima.

–En absoluto –repuso el pintor-. Y hoy has posado espléndidamente. Te estoy agradecidísimo.

–Eso me lo debes a mí –interrumpió Lord Henry-. ¿Verdad, Mr. Gray?

Sin contestar, negligentemente, Dorian fue a situarse frente al retrato. Cuando lo vio dio un paso atrás, y sus mejillas enrojecieron un momento de satisfacción. Sus ojos brillaron de alegría, como si acabara de reconocerse por vez primera. Quedó en pie, inmóvil, maravillado, dándose cuenta apenas de que Lord Henry le estaba hablando, pero sin comprender el sentido de sus palabras. La significación de su propia belleza se apoderó de él como una revelación. Jamás había sentido lo que ahora. Los cumplidos de Basil Hallward le habían parecido siempre simples exageraciones –encantadoras, eso sí- de la amistad. Los había escuchado, reído de ellos e inmediatamente olvidado. No habían influido en él lo más mínimo. Entonces había venido Lord Henry Wotton con su extraño panegírico de la juventud y la advertencia terrible de su fugacidad. El oírle, ya le había impresionado; pero ahora, al contemplar la sombra de su propia belleza, la plena realidad de sus palabras acababa de traspasarle. Sí, día llegaría en que su rostro se arrugara y marchitase, y sus ojos se tornasen incoloros y opacos, y la gracia de su figura quedara rota y deforme. El carmín se borraría de sus labios y el oro huiría de sus cabellos. La vida, que iba a modelar su alma, acabaría con su cuerpo. Se convertiría en algo horrendo, repugnante y grosero.

Al pensar en ello, una aguda congoja de dolor le traspasó como un cuchillo, haciendo vibrar cada fibra delicada de su naturaleza. Sus ojos se oscurecieron en un morado de

amatista y una bruma de lágrimas los empañó. Sentía como si una mano de hielo le estrujase el corazón.

–¿No te gusta? –exclamó, al fin, Hallward, un tanto mortificado por el silencio de Dorian, no dándose cuenta de lo que significaba.

–Naturalmente que le gusta –dijo Lord Henry-. ¿A quién no le va a gustar? Es una de las obras capitales del arte moderno. Te daré por él lo que pidas. Tiene que ser mío.

–No me pertenece, Harry.

–¿A quién pertenece entonces?

–A Dorian, como es natural –contestó el pintor.

–¡Dichoso él!

–¡Qué cosa tan triste! –murmuró Dorian Gray, con los ojos fijos aún en su retrato-. ¡Qué cosa tan triste! ¡Pensar que yo envejeceré y me pondré horrible, espantoso, y que este retrato permanecerá siempre joven! Nunca tendrá más edad de la que tiene en este día de junio... ¡Si fuese siquiera al revés! ¡Si fuera yo el que permaneciese siempre joven, y el retrato el que envejeciese! ¡No sé... no sé lo que daría por esto! ¡Sí, daría el mundo entero! ¡Daría hasta mi alma!

–Me parece que el trato no te convendría mucho, ¿eh, Basil? –exclamó Lord Henry, echándose a reír-. No tardaría tu obra en empezar a cuartearse.

–Puedes estar seguro de que me opondría con todas mis fuerzas, Harry –replicó el pintor.

Volvióse Dorian Gray hacia él.

–Lo creo, Basil. Tú quieres tu arte más que a tus amigos. Para ti no valgo más que cualquiera de esas figulinas de bronce verde. Y aun puede que no tanto.

El pintor le miró con asombro. ¿Cómo podía Dorian hablar así? ¿Qué había sucedido? Parecía profundamente irritado. Tenía el rostro encendido y las mejillas ardiendo.

–Sí –continuó–, soy menos para ti que tu Hermes de marfil o tu fauno de plata. A ellos siempre los querrás igual. ¿Cuánto tiempo me querrás a mí? Hasta que me salga la primera arruga, sin duda. Ahora sé que, cuando se pierde la belleza, sea grande o pequeña, se pierde todo. Ese retrato me lo ha enseñado. Lord Henry Wotton tiene razón. La juventud es la única cosa del mundo digna de ser codiciada. Cuando me dé cuenta de que estoy envejeciendo, me mataré.

Hallward palideció y le cogió la mano.

–¡Dorian! ¡Dorian! –exclamó–. No hables así. Nunca he tenido un amigo como tú, y nunca tendré otro semejante. Tú no puedes tener celos de una cosa puramente material, ¿no es cierto?; tú, que eres más hermoso que todas.

–Tengo celos de todo aquello cuya belleza no muere. Tengo celos de ese retrato que has pintado. ¿Por qué tiene él que conservar lo que yo tengo que perder? Cada momento que pasa me quita algo a mí para dárselo a él. ¡Oh, si siquiera fuese al revés! ¡Si el retrato pudiera cambiar en lugar mío, y yo permanecer tal como soy ahora! ¿Por qué lo has pintado? ¡Día llegará en que se burle de mí.. en que se burle cruelmente!

Sus ojos se arrasaron en lágrimas candentes, sus manos se retorcían. Arrojándose sobre el diván, escondió el rostro en los almohadones, como si estuviese rezando.

–Mira tu obra, Harry –dijo el pintor amargamente.

Lord Henry se encogió de hombros.

–Ese es el verdadero Dorian Gray, simplemente.

–No lo es.

–Si no lo es, ¿qué tengo yo que ver con ello?

–¡Si te hubieses ido cuando te lo indiqué! –dijo el pintor entre dientes.

–Me quedé cuando me lo rogaste –replicó Lord Henry.

–Harry, no voy a reñir con mis dos mejores amigos al mismo tiempo; pero entre ambos me habéis hecho aborrecer la obra mejor de mi vida, y voy a destruirla. ¿Qué es, al fin y al cabo, sino lienzo y pintura? No quiero que venga a interponerse entre nuestras tres vidas y a echarlas a perder.

Dorian Gray levantó la cabeza de los almohadones y, pálido el rostro y los ojos bañados en lágrimas, le miró dirigirse hacia la mesa de pintor, situada ante el ventanal. ¿Qué iría a hacer? Sus dedos erraban entre el desorden de tubos y pinceles, buscando algo. Sí, era la espátula, de hoja larga y flexible de acero. Al fin la encontró. ¡Iba a destrozar el lienzo!

Con un sollozo ahogado se puso en pie el adolescente, y, corriendo hacia Hallward, le arrancó de la mano la espátula, que tiró al otro extremo del estudio.

–¡No, Basil, no! –gritó–. ¡Sería un asesinato!

Celebro que al fin aprecies mi obra, Dorian –dijo el pintor fríamente, reponiéndose de la sorpresa–. Nunca lo hubiera esperado.

–¿Apreciarla? La adoro, Basil. Es como parte de mí mismo.

–Bueno, pues en cuanto estés seco, serás barnizado y enviado a tu casa. Entonces, podrás hacer contigo lo que gustes.

Y, atravesando la habitación, tocó el timbre para que trajesen el té.

–Tomarás una taza de té, ¿verdad, Dorian? ¿Y tú, Harry, también? ¿O presentáis alguna objeción a placeres tan sencillos?

–Yo adoro los placeres sencillos –dijo Lord Henry–. Son el último refugio de los hombres complicados. Pero no me gustan las escenas fuera del teatro. ¡Qué par de seres absurdos sois! Me asombra que hayan definido al hombre como un animal racional. ¡Definición prematura, si las hay! El hombre es todo lo que se quiera, menos racional. Y yo, por mi parte, me alegro de que no lo sea. Aunque no por eso deje de parecerme grotesco que os pongáis a reñir con motivo del retrato. Habrías hecho mucho mejor en cedérmelo, Basil. Este niño absurdo no lo necesita para nada, y yo sí.

–¡Si se los das a otro que a mí, Basil, no te lo perdonaré en mi vida! -exclamó Dorian Gray-; y no tolero a nadie que me llame niño absurdo.

–Ya sabes que el cuadro es tuyo, Dorian. Te lo di antes de que existiese.

–Y también sabe usted que se ha portado como un niño absurdo, Mr. Gray, y que no tiene usted por qué molestarse de que le recuerden que es sumamente joven.

–Esta mañana me habría molestado en extremo, Lord Henry.

–¡Ah, esta mañana! De entonces acá ha vivido usted mucho.

Llamaron a la puerta, y entró el mayordomo con el servicio de té, que colocó encima de una mesita de laca. Hubo un rumor de tazas y platillos y el silbar de una acanalada tetera de Georgia. Un criado trajo dos fuentes de porcelana cubiertas. Dorian Gray se levantó a servir el té, y los dos amigos se acercaron indolentemente a la mesa e investigaron lo que había bajo las coberteras.

–Vamos al teatro esta noche –dijo Lord Henry– Seguramente hay algo nuevo. Yo había prometido ir a cenar con los White; pero como se trata de un amigo de confianza, puedo avisarle diciéndole que estoy malo, o que un compromiso posterior me impide ir. Sí; me parece que esta última sería una excusa divertida, con todo el encanto de la ingenuidad.

–¡Es tan molesto tener que ponerse de frac! –murmuró Hallward-. ¡Y está uno tan fachoso con él!

–Sí –contestó Lord Henry como en sueños-; el traje del siglo diecinueve es lamentable. ¡Tan sombrío, tan deprimente! La verdad es que el pecado es el único elemento pintoresco que ha quedado en la vida moderna.

–Creo que no deberías decir esas cosas delante de Dorian, Harry.

–¿Delante de qué Dorian? ¿El que está sirviéndonos el té o el de ese retrato?

–Delante de los dos.

–Me gustaría ir al teatro con usted, Lord Henry, –dijo entonces el adolescente.

–Pues venga usted, y tú también, ¿eh, Basil?

–Me es absolutamente imposible. Tengo una porción de cosas que hacer.

–Bueno, en ese caso iremos los dos solos, Mr. Gray.

–¡Cuánto me alegro!

Mordióse el pintor los labios, dirigiéndose, con la taza en la mano, hacia el retrato.

–Yo me quedaré con el verdadero Dorian –dijo tristemente.

–¿Es ése el verdadero Dorian? –exclamó el original, avanzando hacia él–. ¿Soy, de veras, así?

–Exactamente.

–¡Qué maravilla, Basil!

–Por lo menos, así eres en apariencia. Pero éste no cambiará nunca –suspiró Hallward-. ¡Ya es algo!

–¡Cuánto ruido mete la gente a propósito de la constancia! –exclamó Lord Henry-. ¡Si hasta en el amor no es más que una cuestión fisiológica! ¿Qué tiene eso que ver con nuestra voluntad? Los jóvenes se empeñan en ser fieles y no lo pueden; los viejos tratan de no serlo, y tampoco pueden. A eso se reduce todo.

–No vayas esta noche al teatro, Dorian –dijo Hallward-. Quédate a cenar conmigo.

–No puedo, Basil.

–¿Por qué?

–Ya he prometido a Lord Henry acompañarle.

–No creas que te apreciará más por cumplir tu palabra. Él siempre falta a las suyas. Te ruego que te quedes.

Dorian Gray se echó a reír, moviendo negativamente la cabeza.

–Te lo suplico...

–Vacilante, el muchacho miró a Lord Henry, que les observaba desde la mesa con una sonrisa divertida.

–No tengo más remedio que ir, Basil –contestó.

–Perfectamente –dijo Hallward, yendo a dejar su taza en la bandeja -. Es bastante tarde, y, si tenéis que vestiros, haréis bien en no perder tiempo. Adiós, Harry. Adiós, Dorian. Ven pronto a verme. Ven mañana.

–Desde luego.

–¿No te olvidarás?

–Claro que no –exclamó Dorian.

–Y... ¡Harry!

–¿Qué, Basil?

–Acuérdate de lo que te pedí esta mañana en el jardín.

–Lo he olvidado.

–Confío en ti.

–¡Ojalá pudiera yo también confiar en mí! –dijo Lord Henry, riendo-. Vamos, Mr. Gray, tengo el coche a la puerta, y le dejaré a usted en su casa. Adiós, Basil. He pasado una tarde deliciosa.

Al cerrarse la puerta, dejóse caer el pintor en el diván, y una expresión de dolor contrajo su rostro.

CAPÍTULO III

Al día siguiente, a las doce y media, bajaba Lord Henry Wotton por la calle de Curzon, en dirección a la de Albany, con ánimo de ir a ver a su tío Lord Fermor, solterón bondadoso, si bien un tanto brusco, tachado de egoísta por la gente que no sacaba de él provecho alguno, pero al que la buena sociedad consideraba generoso, por el mero hecho de dar de comer a quienes le divertían. Su padre había sido embajador nuestro en Madrid, cuando Isabel era joven y Prim desconocido; pero se había retirado de la diplomacia en un momento de mal humor, porque no le ofrecieron la embajada de París, puesto para el que se consideraba especialmente designado a causa de su nacimiento, su indolencia, el buen inglés de sus despachos y su desordenada afición a los placeres. El hijo, que había sido secretario del padre, presentó la dimisión al mismo tiempo, un poco aturdidamente, según se dijo entonces, y pocos meses después, habiéndole sucedido en el título, se dedicó al grave estudio del gran arte aristocrático de no hacer absolutamente nada. Tenía dos hermosas casas en la ciudad; pero, para mayor comodidad, prefería vivir en un pisito amueblado, comiendo habitualmente en su

círculo. De cuando en cuando se ocupaba de la administración de sus minas de carbón, alegando, para excusarse de esta mácula de industria, que la única ventaja de tener carbón era que permitía a un gentilhombre el lujo de hacer fuego de leña en su propia chimenea. En política, era conservador; excepto cuando los conservadores subían al poder, período durante el cual les acusaba rotundamente de ser un hatajo de radicales. Era un héroe para su ayuda de cámara, que le tiranizaba, y el terror de casi todos sus deudos y parientes, a quienes, a su vez, tiranizaba. Sólo Inglaterra hubiera podido producirlo; y, sin embargo, continuamente repetía que el país *se iba al traste*. Sus principios estaban anticuados; pero, en cambio, mucho bueno podría decirse a favor de sus prejuicios.

Cuando Lord Henry entró en el cuarto encontró a su tío sentado en un butacón, vestido con una recia cazadora, fumando un puro y refunfuñando sobre un número del *Times*.

–¡Hola, Harry! –exclamó el viejo prócer-. ¿Qué es lo que te trae a estas horas? Yo creía que los jóvenes a la moda no os levantabais hasta las dos y no estabais visibles hasta las cinco.

–Puro amor de familia; se lo aseguro, tío Jorge. Necesito pedirle a usted una cosa.

–Dinero, supongo –dijo Lord Fermor, torciendo el gesto-. Bueno, siéntate y dime de qué se trata. Los jóvenes, hoy, creen que el dinero es todo.

–Sí –murmuró Lord Henry, abotonándose la americana-; y cuando llegan a viejos, lo saben. Pero no es dinero lo que necesito. Únicamente los que pagan sus cuentas necesitan

dinero, tío Jorge, y yo no pago las mías. El crédito es el capital de los hijos de familia, y se puede vivir de él perfectamente. Lo que necesito es un informe. No un informe útil, naturalmente, sino un informe inútil.

–Bien; puedo decirte todo lo que se encuentra en un *Libro Azul*[13] inglés, Harry; aunque esas gentes, hoy, escriben una porción de tonterías. Cuando yo estaba en la Diplomacia, las cosas iban mucho mejor. Pero, ahora, he oído que se entra por oposición. ¿Qué puede esperarse de gentes así? Los exámenes, señor mío, son una pura paparrucha, de cabo a rabo. Si un hombre es un caballero, en toda la acepción de la palabra, ya sabe bastante; y si no lo es, todo lo que aprenda no hará más que perjudicarle.

–Mr. Dorian Gray no tiene nada que ver con las *Libros Azules*, tío Jorge –dijo Lord Henry, lánguidamente.

–¿Mr. Dorian Gray? ¿Quién es ese Mr. Dorian Gray? –preguntó Lord Fermor, frunciendo sus espesas cejas blancas.

–Eso es lo que he venido a saber, tío Jorge. Es decir, quién es lo sé. Es el último nieto de Lord Kelso. Su madre era una Devereux: Lady Margaret Devereux. Desearía que me hablase usted de su madre. ¿Cómo era? ¿Con quién se casó? Usted, que conoció a casi todo el mundo de su época, debió conocerla a ella. Ese Mr. Gray me interesa mucho en estos momentos. Acabo de conocerle.

–¡El nieto de Kelso! –repitió el viejo prócer-. ¡El nieto de Kelso!... Naturalmente... conocí mucho a su madre. Era

13 Llámase así, por el color de las cubiertas, el libro que desde 1681, imprime y reparte el Gobierno inglés, conteniendo los documentos, memorias, dictámenes e informes por él presentados a las Cámaras.

una muchacha extraordinariamente bonita la tal Margaret Devereux, que dejó furiosos a todos escapándose con un mozo que no tenía un céntimo, un don nadie, subalterno en un regimiento de infantería, o algo por el estilo. Ya lo creo... Me acuerdo de toda la historia como si fuera ayer. Al pobre chico le mataron en duelo en Spa, pocos meses después de su matrimonio. Fue una historia bastante fea. Dicen que Kelso compró a un aventurero de la peor especie, alguna bestia belga, para que insultase en público a su hijo político –lo compró, sí señor, lo compró–, y que el fulano ensartó a su hombre como si fuera un pichón. Echaron tierra al asunto; pero, por fas o por nefas, el caso es que Kelso, a los pocos días, tenía que comer solo en el círculo. Recogió a su hija, me dijeron; pero ella no volvió a dirigirle nunca la palabra. ¡Historia fea, historia fea! La muchacha murió al cabo de un año... ¿Conque ha dejado un hijo, eh? Había olvidado ese detalle. ¿Y qué tal es ese muchacho? Si se parece a su madre debe ser un guapo chico.

–Guapísimo –asintió Lord Henry.

–Esperemos que caiga en buenas manos –continuó Lord Fermor-. Debe tener una bonita fortuna en perspectiva, si Kelso hizo bien las cosas. Su madre también tenía dinero. Todas las propiedades de Selby fueron a parar a ella, por parte de su abuelo, que detestaba a Kelso, juzgándole un perro tacaño. ¡Y vaya si lo era! Una vez vino a Madrid estando yo allí. Te aseguro que me avergonzó. La reina me preguntaba quién era aquel aristócrata inglés que se pasaba la vida disputando con los cocheros por unos céntimos. Fue toda una historia; estuve más de un mes sin atreverme a

asomar la nariz por la corte. Esperemos que haya tratado a su nieto mejor que a aquellos bribones.

–No sé –respondió Lord Henry-. Me parece que debe haber quedado bien. Todavía no es mayor de edad. Sé que tiene Selby. Por lo menos, así me lo ha dicho. Y... su madre, ¿era realmente bonita?

–Margaret Devereux era una de las mujeres más encantadoras que he visto en mi vida, Harry. Nunca he podido comprender qué pudo inducirla a hacer lo que hizo. Como que hubiera podido casarse con quien se le hubiese antojado. Carlington estaba loco por ella. Pero ella era una romántica. Todas las mujeres de esa familia lo fueron. Los hombres eran lamentables; pero, ¡caramba!, las mujeres eran extraordinarias. Carlington estaba de rodillas ante ella; él mismo me lo ha dicho. No había entonces una muchacha en Londres que no corriese tras él; pero ella se le rió en sus narices. Y a propósito, Harry, ya que hablamos de matrimonios absurdos, ¿qué paparrucha es ésa que me ha contado tu padre de que Dartmoor quiere casarse con una americana? ¿Es que no hay ninguna muchacha inglesa digna de él?

–¡Pero si ahora está de moda casarse con una americana, tío Jorge!

–¡Pues yo sostendré a las mujeres inglesas, aunque sea contra el mundo entero, Harry! –exclamó Lord Fermor, descargando un puñetazo sobre la mesa.

–Por el momento, las americanas están en alza.

–¡Bah!, me han dicho que carecen de resistencia -dijo entre dientes su tío.

–Una carrera larga las deja exhaustas; pero en el *steeplechase* no tienen rival. Cogen las cosas al vuelo.

–¿Y qué son los padres de ella? –gruñó el anciano aristócrata-. ¿Los tiene siquiera?

Lord Henry sacudió la cabeza.

–Las muchachas americanas son tan hábiles para ocultar sus padres, como las mujeres inglesas para ocultar su pasado –dijo, levantándose para irse.

–¡Siempre serán salchicheros!

–Así lo espero, tío Jorge, por fortuna para Dartmoor. He oído decir que la salchichería es la profesión más lucrativa en América, después de la política.

–¿Y es bonita?

–Hace como si lo fuera. La mayor parte de las americanas son así. Ese es el secreto de su encanto.

–¿Por qué no podrán esas americanas quedarse en su país? ¿No están siempre diciéndonos que aquello es el paraíso de las mujeres?

–Y lo es. Por eso, como Eva, tienen tanta prisa por salir de él –repuso Lord Henry-. Bueno, adiós, tío Jorge. Voy a llegar tarde a comer si me quedo más tiempo. Gracias por los informes que deseaba. Me gusta siempre saber todo lo que se refiere a mis nuevos amigos, y nada de lo que se refiere a los antiguos.

-¿Dónde comes hoy, Harry?

–En casa de tía Agatha. Nos ha invitado a mí y a Mr. Gray, que es su último protegido.

–¡Jum! Haz el favor de decir a tu tía Agatha, Harry, que no me moleste más con sus obras de caridad. Estoy de ellas

hasta la coronilla. ¡Caramba!, tu tía sin duda se figura que no tengo otra cosa que hacer que extender cheques para satisfacer su ridícula manía.

–Bien, tío Jorge, se lo diré; pero no le hará el menor efecto. Los filántropos pierden toda noción de humanidad. Es su característica.

El anciano gruñó aprobativamente y tocó el timbre para que viniera el criado.

Lord Henry tomó por la arcada baja de la calle de Burlington, encaminando sus pasos hacia la plaza de Berkeley.

¡Así, ésa era la historia de los padres de Dorian Gray! Crudamente, tal como le fue contada, le había, sin embargo, impresionado como una novela extraña y casi contemporánea. Una mujer hermosa arriesgándolo todo por una loca pasión. Unas cuantas semanas de dicha, bruscamente interrumpida por un crimen alevoso y repugnante. Meses de agonía muda, y luego un hijo nacido en el dolor. La madre arrebatada por la muerte; el niño abandonado a la soledad y a la tiranía de un viejo desalmado. Sí, era un fondo interesante. Hacía resaltar al mancebo, le hacía parecer más perfecto como quien dice. Detrás de todo lo que es exquisito hay siempre algo trágico. Mundos enteros tuvieron que ser removidos para que la más humilde planta pudiera florecer... ¡Y qué encantador había estado la noche antes, en la cena, con aquellos ojos atónitos y los labios entreabiertos de placer y temor, sentado frente a él en el comedor del círculo, mientras las pantallas rojas de las bujías teñían de un rosa más intenso la sorpresa creciente de su rostro! Hablarle, era como tocar en un violín maravilloso. Respondía al menor contacto

y vibración del arco... Había algo terriblemente apasionante en el ejercicio de la influencia. Ninguna actividad podía comparársele. Proyectar nuestra alma en una forma atractiva, dejándola reposar en ella por un instante; oír uno de sus ideas devueltas en eco, con toda la música añadida de la pasión y la juventud; transmitir nuestra naturaleza a otra como si fuera un fluido sutil o un extraño perfume. Había en todo esto un goce positivo; acaso el más perfecto de todos los que nos ha dejado una época tan limitada y banal como la nuestra, una época grosamente carnal en sus placeres y groseramente vulgar en sus ideales... Verdad que era un ejemplar maravilloso el mancebo a quien por tan singular casualidad conociera en el estudio de Basil; por lo menos, podía llegar a serlo. Encarnaba la gracia y la blanca pureza de la infamia y la belleza que los antiguas mármoles griegos nos han conservado. Nada había que no se pudiera conseguir de él. Lo mismo podría hacerse de él un titán que un juguete. ¡Lástima que belleza semejante estuviera destinada a marchitarse!... ¿Y Basil? Desde un punto de vista psicológico, ¡qué interesante! Una modalidad nueva de arte, un nuevo modo de concebir la vida, sugeridos tan extrañamente por la simple presencia visible de un ser, inconsciente de todo ello, el espíritu silencioso que moraba en los bosques umbríos, y caminaba invisible por las llanuras, mostrándose súbitamente, como una dríade sin miedo, porque en su alma que le buscaba había sido despertada esa visión maravillosa, única que revela las grandes maravillas; las simples formas y apariencias de las cosas depurándose, por decirlo así, y conquistando una especie de valor simbólico, como si fueran ellas a su vez moldes

de otras formas más perfectas, cuya sombra hiciesen real: ¡qué extraño todo ello! Algo análogo recordaba en la historia. ¿No era Platón, aquel artista en pensamiento, quien primero lo había analizado? ¿No fue Buonarotti quien lo cinceló en el mármol policromo de una serie de sonetos? Pero en nuestro siglo era realmente extraño... Sí; él trataría de ser para Dorian Gray lo que éste, sin saberlo, era para el pintor que había trazado el espléndido retrato. Él intentaría dominarlo; realmente, ya lo había conseguido a medias. Él haría completamente suyo aquel admirable espíritu. Había algo fascinante en este hijo del Amor y la Muerte.

De pronto se detuvo, y miró las fachadas. Advirtió que había pasado de casa de su tía, y sonriendo de sí mismo, volvió atrás. Al entrar en el vestíbulo un tanto sombrío, el mayordomo le dijo que ya se habían sentado a la mesa. Entregó a uno de los criados el sombrero y el bastón, y pasó al comedor.

–Tarde, como de costumbre, Harry –le gritó su tía, meneando la cabeza.

Inventó una excusa cualquiera, y ocupando el sitio vacío, junto a ella, paseó una mirada en torno para ver quién había. Dorian le hizo una tímida inclinación de cabeza desde un extremo de la mesa, ruborizándose de contento. Enfrente tenía a la duquesa de Harley, dama de carácter afabilísimo y humor excelente, muy querida por cuantos la conocían, y de esas amplias proporciones arquitectónicas que, en las mujeres, cuando no son duquesas, nuestros historiadores contemporáneos describen como obesidad. Junto a ella, a su derecha, se encontraba Sir Thomas Burdon, miembro radical

del Parlamento, que en la vida pública iba en pos de su jefe, y en la vida privada en pos de los buenos cocineros, comiendo con los conservadores y pensando con los liberales, con arreglo a una norma discreta y conocida. El puesto de su izquierda lo ocupaba Mr. Erskine, de Treadley, gentilhombre entrado en años, muy ameno y muy culto, que, sin embargo, había dado en la mala costumbre de callar, ya que, como explicó un día a Lady Agatha, había dicho antes de los treinta todo lo que tenía que decir. La vecina de Lord Henry era Mrs. Vandeleur, una de las amigas más antiguas de su tía, santa entre las santas; pero tan horriblemente desaliñada, que hacía pensar en un devocionario mal encuadernado. Afortunadamente para él, Mrs. Vandeleur tenía al otro lado a Lord Faudel, inteligentísima mediocridad entre dos edades, tan calvo como una declaración ministerial en la Cámara de los Comunes, con el que conversaba de esa manera profundamente seria que, como a menudo había observado, es el único error imperdonable en que caen todas las personas excelentes, y al que ninguna de ellas puede escapar por completo.

–Estábamos hablando de ese pobre Dartmoor, Lord Henry –gritó la duquesa, haciéndole un amable saludo con la cabeza-. ¿Cree usted que realmente se casará con esa interesante personita?

–Me parece que ella tiene la intención de proponérselo, duquesa.

–¡Qué horror! –exclamó Lady Agatha-. ¡Realmente habría que intervenir!

–Me han dicho, de buena tinta, que su padre tiene un almacén de novedades americanas –dijo Sir Thomas Burdon, con gesto despectivo.

–Mi tío le suponía salchichero, Sir Thomas.

–¿Novedades? ¿Qué novedades americanas son ésas? –preguntó la duquesa, levantando sus gruesas manos con ademán de asombro.

–Novelas americanas –repuso Lord Henry, sirviéndose un trozo de codorniz.

La duquesa pareció desconcertada.

–No le haga usted caso, querida –murmuró Lady Agatha-. Nunca sabe lo que dice.

–Cuando América fue civilizada... –dijo el miembro radical; y comenzó una fastidiosa disertación. Como todos los que tratan de agotar un tema, acababa siempre por agotar a sus oyentes.

La duquesa suspiró y ejerció su privilegio de interrupción.

-¡Ojalá no lo hubiera sido nunca! –exclamó-. Realmente, nuestras hijas, hoy, tienen poca suerte. Es una injusticia.

–Quizá, después de todo, no haya sido civilizada América –dijo Mr. Erskine-. Yo, por mi parte, diría que no ha sido más que descubierta.

–¡Oh!, aquí hemos visto algunas muestras femeninas de sus habitantes –respondió vagamente la duquesa-. Y preciso es confesar que la mayor parte de ellas son preciosas. Y se visten divinamente. Encargan todos sus trajes a París. Ya quisiera yo poder hacer lo mismo.

–Dicen que cuando los americanos buenos se mueren van a París –dijo, riendo entre dientes Sir Thomas, que tenía un guardarropa bien surtido de desechos de ingenio.

–¿De verdad? Y los americanos malos, ¿adónde van?

–Se quedan en América –murmuró Lord Harry.

Sir Thomas frunció el ceño.

–Temo que su sobrino esté prevenido en contra de ese gran país –dijo a Lady Agatha-. Yo lo he recorrido todo en trenes especiales y les aseguro a ustedes que esa visita es una enseñanza.

–¿Entonces va a ser preciso que veamos Chicago para acabar nuestra educación? –preguntó Mr. Erskine, lastimeramente-. Yo no me siento con ánimos para el viaje.

Sir Thomas levantó la mano.

–Mr. Erskine de Treadley tiene el mundo en sus estanterías. Nosotros, los hombres prácticos, necesitamos ver las cosas, en lugar de leer lo que dicen de ellas. Los americanos son un pueblo en extremo interesante. Pueblo de razón, si los hay. Creo que es su característica esencial. Sí, Mr. Erskine, un pueblo con sentido común. Le aseguro a usted que allí no se andan con sensiblerías.

–¡Qué horror! –exclamó Lord Henry-. La fuerza bruta, todavía se concibe; pero la razón bruta es completamente intolerable. Hay en el uso de ella algo bestial, algo que queda siempre por debajo de la inteligencia.

–No comprendo lo que quiere usted decir –repuso Sir Thomas, enrojeciendo.

–Yo, sí, Lord Henry –murmuró Mr. Erskine, con una sonrisa.

–Las paradojas están bien como pasatiempo –añadió sir Thomas-; pero...

–¿Era una paradoja? –preguntó Mr. Erskine-. No lo creo... Sí; es posible que lo fuera. Al fin y al cabo, el camino de la paradoja es el camino de la verdad. Para conocer la realidad es preciso verla en la cuerda floja. Hasta que las verdades no se hacen acróbatas no podemos juzgarlas.

–¡Santo Dios! –exclamó Lady Agatha-. ¡Qué cosas dicen ustedes los hombres! Estoy segura de que jamás podré entenderlas. ¡Ah, Harry! Estoy enfadadísima contigo. ¿Por qué has convencido a nuestro encantador Mr. Dorian Gray de que renuncie a mis sociedades obreras? Te aseguro que nos hubiera sido inapreciable, y que habría tenido un gran éxito tocando el piano.

–Quiero que toque para mí solo –contestó Lord Henry, sonriendo; y, mirando al extremo de la mesa, recogió la respuesta de una mirada brillante.

–¡Pero hay tantos desgraciados en Whitechapel![14] –replicó Lady Agatha.

–Puedo simpatizar con todo, menos con el sufrimiento –dijo Lord Henry, encogiéndose de hombros-. Con esto no me es posible simpatizar. Es demasiado feo, demasiado horrible, demasiado deprimente. Hay algo agudamente enfermizo en esta simpatía moderna por el dolor. Deberíamos simpatizar con el color, la belleza, la alegría de la vida. Mientras menos se hable de las miserias de ésta, mejor.

[14] Barrio obrero, en su mayor parte judío, de Londres.

–Sin embargo, el problema de las clases pobres es un problema de suma importancia –hizo observar Sir Thomas, con una grave inclinación de cabeza.

–¡Ya lo creo! –contestó Lord Henry-. Es el problema de la esclavitud, y tratamos de resolverlo divirtiendo a los esclavos.

El político le miró entornando los ojos.

–Entonces, ¿qué cambios propone usted, qué medidas?

Lord Henry se echó a reír.

–¡Oh! Yo no deseo cambiar nada en Inglaterra, como no sea la temperatura –contestó-. A mí me basta y me sobra con la contemplación filosófica. Pero, como el siglo XIX ha hecho bancarrota a causa de su prodigalidad de sentimentalismo, me limitaría a proponer que recurriésemos a la ciencia para volvernos al buen camino. La ventaja de las emociones es que nos descarrían, y la ventaja de la ciencia es no ser emocionante.

–¡Pero tenemos responsabilidades tan graves! –se aventuró a decir Mrs. Vandeleur.

–¡Terriblemente graves! –hizo eco Lady Agatha.

Lord Henry dirigió una mirada a Mr. Erskine.

–La humanidad se toma demasiado en serio. Es el pecado original del mundo. Si el hombre de las cavernas hubiera sabido reír, la historia sería otra.

–Es muy consolador eso que usted dice –susurró la duquesa-. Antes, siempre que venía a ver a su querida tía, casi me sentía culpable del poco interés que me inspiraban esas clases pobres. Desde ahora me atreveré a mirarla cara a cara, sin sonrojarme.

–El sonrojarse sienta muy bien, duquesa –observó Lord Henry.

–Cuando se es joven –contestó ella-. Pero cuando una vieja como yo se sonroja, mal síntoma. ¡Ay, Lord Henry! Dígame usted qué debo hacer para volver a ser joven.

Lord Henry quedó pensativo un instante.

–¿Podría usted recordar algún gran pecado de sus primeros años, duquesa? –preguntó, mirándola por encima de la mesa.

–¡Ay, temo que una porción! –exclamó la duquesa.

–Pues vuelva usted a cometerlos –dijo él gravemente-. Para recobrar la juventud no tiene uno más que repetir sus locuras.

–¡Deliciosa teoría! –gritó la duquesa-. ¡Tengo que ponerla en práctica!

–¡Peligrosa teoría! –dictaminaron los labios sumidos de Sir Thomas.

–Lady Agatha meneó la cabeza; pero no pudo abstenerse de sonreír. Mr. Erskine escuchaba.

–Sí –continuó Lord Henry-; éste es uno de los grandes secretos de la vida. Hoy, la mayor parte de las personas mueren de un sentido común a ras de tierra, y descubren, cuando ya es demasiado tarde, que lo único que se echa de menos son los propios errores.

Una risa general corrió por toda la mesa. Lord Henry jugó con la idea, obstinándose en ella; la arrojaba al aire, transformándola; la dejaba escapar, para capturarla de nuevo; la irisaba de fantasía y le daba alas de paradoja. El elogio de la locura se elevó hasta la filosofía, y la filosofía misma fue

rejuvenecida, y hurtando la música caprichosa del placer, con la túnica maculada de vino y coronada de hiedra, danzó como una bacante sobre las colinas de la vida, haciendo burla de la sobriedad del tardo Sileno. Los hechos huían ante ella como asustadas criaturas de la selva. Sus blancos pies hollaban el enorme lagar a cuya orilla el sabio Omar está sentado, hasta que el hirviente zumo de la uva inundó sus miembros desnudos con sus olas de purpúreas burbujas, desbordando en roja espuma por los flancos negros, rezumantes y viscosos de la cuba. Fue una improvisación extraordinaria. Sentía los ojos de Dorian Gray fijos en él, y la conciencia de que entre su auditorio se encontraba un ser cuyo espíritu quería fascinar, parecía aguzar su ingenio y policromar su imaginación. Estuvo brillante, fantástico, inspirado. Hizo caer en éxtasis a sus oyentes, que siguieron risueños tras su flauta. Dorian no separaba de él los ojos. Como bajo la influencia de un hechizo, las sonrisas se sucedían en sus labios y la sorpresa se hacía más grave en sus ojos sombríos.

Al fin, con la librea de la época, entró en el salón la realidad, en forma de lacayo, para anunciara la duquesa que su coche estaba aguardándola.

-¡Qué fastidio! –exclamó la duquesa, retorciéndose las manos con una desesperación cómica-. Tengo que ir a recoger a mi marido al círculo, para llevarle a no sé qué absurda reunión en Willis's Rooms, que tiene que presidir. Si me retraso, va a ponerse furioso, y con este sombrero no puedo tener una escena. Es demasiado frágil. Una palabra dura acabaría con él. Sí; no tengo más remedio que irme, querida Agatha. Adiós, Lord Henry; ha estado usted delicioso y te-

rriblemente inmoral. Temo no saber qué pensar de sus ideas. Tiene usted que venir a cenar con nosotros cualquier noche de éstas. ¿El martes, por ejemplo? ¿No tiene usted ningún compromiso para el martes?

–Por usted faltaría a todos, duquesa –dijo Lord Henry, inclinándose.

-¡Ah! Muy bien. Es decir, muy bien y muy mal –exclamó la duquesa-. Bueno, no se olvide usted.

Y salió apresuradamente del salón, seguida por Lady Agatha y las demás señoras.

Cuando Lord Henry hubo tomado asiento de nuevo, Mr. Erskine, bordeando la mesa, fue a sentarse junto a él.

–Siempre está usted hablando de libros –dijo, poniéndole la mano en el brazo-. ¿Por qué no escribe usted uno?

–Tengo demasiada afición a leerlos para pensar en escribirlos, Mr. Erskine. Sí, ciertamente, me gustaría escribir una novela; una novela que fuese tan hermosa como un tapiz persa, y tan irreal. Pero en Inglaterra no hay público más que para los periódicos, los devocionarios y las enciclopedias. De todos los pueblos de la tierra, el inglés es el que tiene menos sentido de la belleza literaria.

–Es posible que tenga usted razón –contestó Mr. Erskine-. Yo también tuve ambiciones literarias; pero hace tiempo que renuncié a ellas. Y ahora, mi querido y joven amigo, si me permite usted llamarle así, ¿puedo preguntarle si realmente piensa usted todo lo que nos ha dicho mientras comíamos?

–He olvidado en absoluto lo que dije –sonrió Lord Henry-. ¿Tan inmoral era?

–Inmoralísimo. Le considero a usted sumamente peligroso, y si sucediera algo a nuestra buena duquesa, todos le tendríamos a usted por el verdadero responsable. Pero me agradaría hablar con usted de cosas de la vida. La generación en que yo nací era extraordinariamente aburrida. Cualquier día, que esté usted cansado de Londres, venga a Treadley a exponerme su filosofía del placer ante un admirable borgoña que tengo la fortuna de conservar.

–Iré encantado. Una visita a Treadley es todo un privilegio. Un huésped perfecto y una perfecta biblioteca.

–Usted completará el conjunto –contestó el anciano gentilhombre, con un saludo cortés-. Ahora, preciso es que me despida de su excelente tía. Me esperan en el Ateneo. Es nuestra hora de dormir.

–¿Todos, Mr. Erskine?

–Cuarenta de nosotros, en cuarenta sillones. Estamos trabajando para fundar una Real Academia Inglesa.

Lord Henry sonrió, levantándose.

–Yo me voy al Parque –dijo en voz alta.

Al salir, Dorian Gray le tocó el brazo.

–Déjeme usted que le acompañe –murmuró.

-Pero, ¿no había usted prometido a Basil ir a verle? –preguntó Lord Henry.

–Preferiría ir con usted. Sí, comprendo que es preciso que vaya con usted. Déjeme que le acompañe. Y prométame hablar todo el tiempo. Nadie habla tan prodigiosamente como usted.

–¡Ah!, ya he hablado hoy bastante –dijo Lord Henry, sonriendo-. Todo lo que deseo ahora es mirar pasar la vida. Venga usted conmigo y mírela pasar también, si le interesa.

CAPÍTULO IV

Un mes después, hallábase Dorian Gray una tarde descansando en un mullido sillón, en la pequeña biblioteca de la casa de Lord Henry en Mayfair.

Habitación exquisita en su género, con su zócalo alto de roble ahumado, friso de color crema y techo con molduras de estuco, y la alfombra de fieltro color ladrillo, sembrada de sedosos tapices de Persia de largos flecos. Sobre una preciosa mesita de palo áloe se levantaba una estatuilla de Clodion, y junto a ella un ejemplar de *Les Cent Nouvelles*, encuadernado para Margarita de Valois por Clovis Eve, y salpicado de aquellas margaritas de oro que la reina eligiera para divisa suya. Unos cuanto tibores de porcelana azul y algunos abigarrados tulipanes adornaban la chimenea. A través de los vidrios emplomados de la ventana entraba la luz color de albérchigo de un día de estío londinense.

Lord Henry aún no había vuelto. Siempre llegaba tarde, por principio, declarando que la puntualidad es el ladrón del tiempo. No era, pues, extraño que Dorian pareciese bastante aburrido, mientras con dedos distraídos hojeaba una edición minuciosamente ilustrada de *Manon Lescaut* que había en-

contrado en uno de los estantes. El tic-tac acompasado y monótono del reloj Luis XIV le enervaba. Una o dos veces había estado ya a punto de irse.

Al fin oyó pasos fuera, y abrióse la puerta.

–¡Qué horas de venir, Harry! –murmuró.

–Temo que no sea Harry, Mr. Gray –contestó una voz aguda.

Volviéndose vivamente, Dorian se puso en pie.

–Perdón. Creí...

–Creyó usted que era mi marido. No es más que su mujer. Tiene usted que permitir que me presente a mí misma. Yo le conozco a usted perfectamente por sus fotografías. Creo que mi marido tiene unas diecisiete.

–¡No, diecisiete no, Lady Henry!

–Bueno, pues serán dieciocho. Además, le vi a usted la otra noche con él en la Ópera.

Reía nerviosamente al hablar, mirándole con sus ojos vagos de miosotis. Era una mujer singular, cuyos trajes parecían siempre ideados en un acceso de rabia y puestos en una tempestad. Siempre estaba enamorada de alguien y, como nunca era correspondida, había conservado todas sus ilusiones.

Trataba de parecer pintoresca, y no conseguía más que ser desaliñada. Se llamaba Victoria y tenía la invencible manía de ir a la iglesia.

–Fue en *Lohengrin*, Lady Henry, no?

–Sí; fue en ese querido *Lohengrin*. Me gusta la música de Wagner más que ninguna. Mete tanto ruido, que se puede

estar hablando todo el tiempo sin que nadie se entere. Eso es una gran ventaja; ¿no cree usted lo mismo, Mr. Gray?

La misma risa nerviosa y entrecortada brotó de sus labios finos, mientras sus dedos empezaban a jugar con una larga plegadera de concha.

Dorian sonrió, sacudiendo la cabeza.

–Siento no ser de esa opinión, Lady Henry. Yo, cuando oigo música, nunca hablo. Por lo menos, cuando oigo buena música. Claro está que, si es mala, es un deber anegarla en la conversación.

–¡Ah!, esa idea me parece que es de Harry, ¿no es cierto, Mr. Gray? Siempre me entero de las ideas de Harry por sus amigos. Es el único medio que tengo de conocerlas. Pero no vaya usted a figurarse que a mí no me gusta la buena música. La adoro, pero me da miedo. Me vuelve demasiado romántica. He tenido una verdadera pasión por los pianistas. En ocasiones por dos a la vez, al decir de Harry. No sé qué es lo que tienen. Quizá el ser extranjeros. Todos los son, ¿verdad? Hasta los que han nacido en Inglaterra se vuelven extranjeros al poco tiempo, ¿no es cierto? ¡Qué inteligentes!, ¿eh? Además, es un homenaje al arte. Así acaban de hacerlo cosmopolita, ¿verdad? Usted nunca ha venido a mis reuniones, ¿no es cierto, Mr. Gray? Tiene usted que venir. Yo no puedo permitirme el lujo de tener orquídeas; pero no reparo en gastos tratándose de extranjeros. ¡Adornan tanto los salones! Pero, ¡aquí está Harry! Harry, venía a preguntarte una cosa –ya no sé cuál–, y he encontrado aquí a Mr. Gray. Hemos tenido una conversación muy interesante sobre música. Tenemos en absoluto las mismas ideas. Aunque, no; me parece

que nuestras ideas son completamente opuestas. Pero ha estado divertidísimo. Me alegro mucho de haberle conocido.

–Y yo encantado, amor mío –dijo Lord Henry, arqueando sus cejas negras y contemplando a ambos con sonrisa jovial-. Desolado de la tardanza, Dorian. Fui en busca de una pieza de brocado antiguo a la calle de Wardour, y he tenido que regatear hora tras hora. Hoy, la gente sabe el precio de todo y el valor de nada.

–Tengo que irme –exclamó Lady Henry, rompiendo un silencio embarazoso con su risa intempestiva-. He prometido a la duquesa ir de paseo con ella. Adiós, Mr. Gray. Adiós, Henry. ¿Cenarás fuera, supongo? Yo también. Quizá nos veamos en casa de Lady Thornbury.

–Así lo espero, querida –dijo Lord Henry, cerrando la puerta tras ella, que, semejante a un ave del paraíso que hubiera pasado toda la noche a la lluvia, escapó de la habitación dejando tras sí un tenue olor a franchipán. Luego, encendió un cigarrillo y se dejó caer en el diván.

–No te cases nunca con una mujer de cabellos pajizos, Dorian –dijo después de unas cuantas chupadas.

–¿Por qué, Harry?

–Porque son demasiado sentimentales.

–Pero ¿y si a mí me gusta la gente sentimental?

–No te cases nunca, Dorian. Los hombres se casan por fatiga; las mujeres, por curiosidad. Ambos sufren un desengaño.

–No creo que me case, Harry. Estoy demasiado enamorado. Es uno de tus aforismos. Lo estoy poniendo en práctica, como hago con todo lo que dices.

–¿Y de quién estás enamorado? –preguntó Lord Harry, haciendo una pausa.

–De una actriz –dijo Dorian Gray, ruborizándose.

Lord Henry se encogió de hombros.

–*Debut* un tanto vulgar.

–No dirías eso si la vieses, Harry.

–¿Quién es?

–Su nombre es Sibyl Vane

–Nunca la he oído nombrar.

–Ni nadie. Pero algún día se hablará de ella. Es genial.

–Hijo mío, no hay mujer genial. Las mujeres son un sexo decorativo. Jamás tienen nada que decir, pero lo dicen deliciosamente. La mujer representa el triunfo de la materia sobre el espíritu, así como el hombre representa el triunfo del espíritu sobre las costumbres.

–¿Cómo puedes decir eso, Harry?

–Es la pura verdad, querido Dorian. Precisamente ahora me ocupo de analizar a las mujeres; de modo que estoy fuerte en la materia. Por otra parte, el tema no es tan abstruso como yo creía. He llegado a la conclusión de que no hay más que dos clases de mujeres: las desaliñadas y las que se pintan. Las mujeres desaliñadas son utilísimas. Si quieres adquirir una reputación de respetabilidad, no tienes más que invitarlas a cenar. Las otras son encantadoras. Sin embargo, caen en un error. Se pintan para parecer jóvenes. Nuestras abuelas se pintaban para hablar con ingenio. *Rouge y esprit* iban con frecuencia aparejados. Todo esto ha concluido ya. Hoy, una mujer, mientras puede parecer diez años más joven que su hija, se siente perfectamente satisfecha. Y en punto a

conversación, no hay más que cinco mujeres en todo Londres con las que valga la pena de charlar; y, de esas cinco, dos no pueden ser admitidas en sociedad. Pero continúa hablándome de ese genio. ¿Desde cuándo la conoces?

–¡Ah!, Harry, tus teorías me asustan.

–No hagas caso de ellas. ¿Desde cuándo la conoces?

–Desde hace unas tres semanas.

–¿Y dónde la has encontrado?

–Voy a decírtelo; pero confío en que no te reirás de mí. Después de todo, nunca me habría ocurrido si no te hubiese conocido a ti. Tú me infundiste el deseo frenético de conocer la vida en su totalidad. A raíz de nuestro encuentro, durante días y días, un no sé qué desconocido parecía latir dentro de mis venas. Vagando por el Parque, callejeando por Piccadilly, me fijaba en todos los que pasaban a mi lado, preguntándome, con una curiosidad loca, cómo serían sus vidas. Algunos me fascinaban. Otros me llenaban de terror. En el aire parecía flotar no sé qué veneno delicioso. Me sentía ávido de sensaciones... Una noche, a eso de las siete, decidí salir en busca de alguna aventura. Sentía como si este Londres gris y monstruoso, con sus millones de habitantes, sus pecadores sórdidos y sus espléndidos pecados, como tú dijiste una vez, tuviese para mí en reserva alguna sorpresa. Imaginaba un sin fin de cosas. Sólo la sensación del peligro me procuraba ya una sensación de deleite. Recordaba todo lo que me dijiste aquella noche maravillosa en qué cenamos juntos por vez primera, sobre la persecución de la belleza, que es el verdadero secreto de la vida. No sé qué es lo que esperaba, pero me dirigí hacia los barrios bajos, extravián-

dome al poco rato en un laberinto de callejones infectos y plazuelas negruzcas, sin jardincillos. Las ocho y media serían cuando acerté a pasar por delante de un absurdo teatrucho, alumbrado profusamente con grandes mecheros de gas y cubierto de carteles llamativos. Un repugnante judío, con el chaleco más sorprendente que he visto en mi vida, estaba en pie a la entrada, fumando una tagarnina. Por debajo del sombrero le asomaban unos rizos aceitosos, y un enorme diamante fulguraba en la pechera de su camisa mugrienta. "¿Un palco, milord'?", dijo al verme, descubriéndose con un ademán mirífico de servilismo. Había algo en él, Harry, que me hacía gracia. Era un verdadero monstruo. Ya sé que te reirás de mí; pero el caso es que entré, después de pagar una guinea por el proscenio. Todavía no he conseguido explicarme por qué lo hice; y, no obstante, querido Harry, si no lo hubiese hecho, habría perdido la más hermosa novela de mi vida. ¿Ves?, ya te estás riendo. Encuentro eso muy feo.

–No me río, Dorian; por lo menos, no me río de ti. Pero no deberías decir la novela más hermosa de tu vida. Di, más bien, la primera novela de tu vida. Tú siempre serás amado, y siempre estarás enamorado del amor. Una gran pasión es el privilegio de la gente que no tiene nada que hacer. Es lo único para que sirven las clases desocupadas de un país. Puedes estar tranquilo. Te esperan una porción de goces exquisitos. Esto no es más que el comienzo.

–¿Tan superficial me crees? –exclamó Dorian Gray, resentido.

–No, por lo mismo que te creo profundo.

–¿Qué quieres decir, entonces?

–Hijo mío, los que no aman más que una vez en su vida son los verdaderamente superficiales. Lo que llaman su lealtad y su constancia, yo lo llamo el letargo de la costumbre o su falta de imaginación. La fidelidad es a la vida sentimental lo que la consecuencia en las ideas es a la vida intelectual: simplemente una confesión de impotencia. ¡La fidelidad! Algún día la analizaré. La pasión del propietario se esconde en ella. ¡Cuántas cosas arrojaríamos si no temiésemos que otros pudieran recogerlas! Pero no quiero interrumpirte. Continúa tu historia.

–Bueno; pues me encontré sentado en un horroroso palquito interior, frente a un telón corrido, vulgarísimo. Me dediqué a examinar la sala. Era un verdadero horror, con un decorado de lo más charro, todos cupidos y cornucopias, como una tarta de bodas de tercer orden. En la galería y en el patio había bastante gente; pero las dos filas de butacas mugrientas estaban totalmente vacías, y apenas había un alma en lo que supongo llamarían butacas de balcón. Por en medio del público circulaban vendedoras de naranjas y cerveza de jengibre, y se hacía un consumo de nueces fenomenal.

–Nada; como en los días gloriosos del drama inglés.

–Por completo, supongo. Y te aseguro que era un espectáculo poco grato. Empezaba ya a preguntarme qué resolución tomar, cuando me fijé en el programa: ¿Qué obra crees que daban, Harry?

–Supongo que *El niño idiota, o Mudo, pero inocente*. Nuestros padres eran bastante aficionados a este género de obras. A medida que vivo, Dorian, comprendo más agudamente

que lo que satisfacía a nuestros padres no puede ya satisfacernos a nosotros. En arte, como en política, *les grand péres ont toujours tort*[15].

–La obra también podía satisfacernos a nosotros, Harry. Era *Romeo y Julieta*. Debo confesar que la idea de ver representar Shakespeare en un chamizo semejante no me hacía mucha gracia. Sin embargo, en cierto modo, me sentí intrigado. Por si acaso, decidí aguardar al primer acto. Había una endiablada orquesta, dirigida por un joven hebreo que tocaba un piano desvencijado, y que estuvo a punto de ponerme en fuga; pero, al fin, se levantó el telón y empezó la obra. Romeo era un galán corpulento y entrado en años, de cejas tiznadas con corcho quemado, una voz catarrosa de tragedia y el aspecto general de un tonel de cerveza. Mercutio era por el estilo de malo: uno de esos cómicos de baja estofa que meten morcillas y están en los mejores términos con la galería. Ambos eran tan grotescos como el decorado, y parecían recién salidos de una barraca de feria. ¡Pero Julieta, en cambio! Imagínate, Harry, una muchacha de apenas diecisiete años, con una carita en flor, una cabecita griega con rodetes trenzados de cabello castaño, ojos como pozos morados de pasión, labios como pétalos de rosa. Era la cosa más bonita que había visto en mi vida. Tú me dijiste una vez que lo patético te dejaba insensible, pero que la belleza, la simple belleza, podía arrasarte los ojos en lágrimas. Pues bien, Harry: te aseguro que las lágrimas empañaron de tal modo los míos, que apenas podía verla. ¡Y su voz! Jamás he oído una voz

[15] *Sic* en el texto. Las pocas palabras francesas del original han sido conservadas en su mayoría.

semejante. Al principio era muy queda, con notas profundas y melodiosas, que parecían caer una a una en el oído. Luego se fue haciendo más alta, y sonaba como una flauta o un oboe lejano. En la escena del jardín tuvo todo el éxtasis trémulo que se oye poco antes del alba cuando los ruiseñores están cantando. Hubo momentos, poco después, en que tuvo la pasión ardorosa del violín. Tú sabes lo que una voz puede conmovernos. Tu voz y la de Sibyl Vane son dos cosas que jamás podré olvidar. Cuando cierro los ojos, oigo ambas, y cada una dice algo distinto. No sé a cuál seguir. ¿Por qué no voy a querer a Sibyl Vane? Sí, Harry, la quiero. Es todo para mí en la vida. Noche tras noche voy a verla representar. Una noche es Rosalinda, y a la siguiente es Imogenia. La he visto morir en las tinieblas de una tumba italiana, libando el veneno de labios de su amante. He seguido sus pasos por la selva de las Ardenas, disfrazada de mancebo, en jubón y calzas, tocada con un lindo birrete. Ha estado loca, y ha ido a presencia de un rey culpable, y le ha dado un manojo de ruda y otras hierbas amargas. Era inocente, y las negras manos de los celos han estrujado su garganta, frágil como un junco. Yo la he visto en todas las épocas y en todos los trajes. Las mujeres corrientes no excitan nuestra imaginación. Se ven limitadas a su propio siglo. No hay hechizo ni encantamiento que las transfigure. Se conoce su alma tan fácilmente como sus sombreros. Se puede penetrar en ellas de continuo. No hay misterio alguno en ellas. Pasean en coche por el Parque de mañana, y cotorrean por las tardes en los tés. Tienen sonrisas estereotipadas y van siempre a la moda. Son vacías, completamente vacías y transparentes. ¡En

cambio, una actriz! ¡Qué diferencia de una actriz! Harry, ¿cómo no me has dicho nunca que las únicas criaturas dignas de ser amadas son las actrices?

–Pues porque he querido a un porción de ellas, Dorian.

–¡Sí; mujeres horribles, con el pelo teñido y la cara pintada!

–No hables mal del pelo teñido y las caras pintadas. A veces, tienen un encanto extraordinario –dijo Lord Henry.

–Siento ya haberte hablado de Sibyl Vane.

–No habrías podido dejar de hacerlo, Dorian. Toda la vida tendrás ya que contarme cuanto hagas.

–Sí, Harry, tal creo. No puedo dejar de contártelo todo. Tienes sobre mí un extraño influjo. Si alguna vez cometiese un crimen, ten por seguro que iría a confesártelo. Tú me comprenderías.

–Los hombres como tú, rayos de sol caprichosos de la vida, nunca cometen crímenes. Pero no importa; de todos modos, te quedo muy agradecido por la gentileza. Y ahora, dime (alcánzame las cerillas, sé buen chico; gracias): ¿en qué estado se encuentran actualmente tus relaciones con Sibyl Vane?

Dorian Gray se puso en pie, con las mejillas cubiertas de rubor y los ojos ardiendo.

–¡Harry, Sibyl Vane es sagrada!

–Sólo las cosas sagradas valen la pena de ser conseguidas, Dorian –dijo Lord Henry, con una extraña sombra de ternura en la voz-. Pero ¿a qué molestarte? Supongo que algún día, tarde o temprano, será tuya. Cuando se está enamorado, siempre comienza uno por engañarse a sí propio, y

siempre acaba por engañar a los demás. Esto es lo que el mundo llama una novela. Bueno; supongo que, por lo menos, la conocerás.

–Claro que la conozco. La primera noche que fui al teatro, el horrible judío vino a rondar el palco, al final de la representación, y me ofreció llevarme al escenario y presentarme a ella. Yo me puse furioso, y le dije que Julieta había muerto hacía cientos de años y que su cuerpo descansaba en una tumba de mármol en Verona. Comprendí, por su mirada de estupefacción, que pensaba que yo había bebido demasiado champagne, o algo por el estilo.

–No me extraña.

–Entonces me preguntó si yo escribía en algún periódico. Le contesté que ni siquiera los leía, cosa que pareció producirle una terrible decepción. Luego me confesó que todos los críticos dramáticos se habían conjurado contra él, y que todos ellos eran gentes venales que no querían más que ser comprados.

–No me sorprendería que tuviese razón. Pero, por otra parte, a juzgar por las apariencias, no deben ser muy caros que digamos.

–Sí; pero sin duda él creía que no estaban a su alcance– dijo Dorian, riendo-. Mientras tanto, habían ido apagando las luces, y tuve que marcharme. Quiso, entonces, hacerme probar unos cigarros, que me recomendó con grandes elogios; pero decliné la invitación. A la noche siguiente, como puedes suponer, volví al teatro. En cuanto me vio me hizo una profunda reverencia, y me aseguró que yo era un generoso protector del arte. Es una bestia completa, a pesar de su

extraordinaria pasión por Shakespeare. Una vez me dijo, con orgullo, que sus cinco bancarrotas se debían por completo al *Bardo*, como él se empeña en llamarle. Sin duda considera esto como un título de gloria.

–Y lo es, mi querido Dorian; un gran título de gloria. La mayoría de los que hacen bancarrota es por haber interesado demasiado dinero en la prosa de la vida. Haberse arruinado por amor a la poesía, es un honor. Pero ¿cuándo hablaste por primera vez con Miss Sibyl Vane?

–La tercera noche. Había hecho de Rosalinda. No pude contenerme. Le había arrojado unas flores a escena, y ella me había mirado; o, por lo menos, se me figuró. El viejo judío insistió de tal modo, tan decidido parecía a presentarme, que al fin consentí. Es extraña esta falta mía de deseo por conocerla, ¿verdad?

–No; no me parece.

–¿Y por qué, mi querido Harry?

–Otro día te lo explicaré. Ahora, continúa tu cuento de la muchacha.

–¿De Sibyl? ¡Oh, es tan tímida, tan candorosa! Hay en ella algo de niña. Abrió los ojos de par en par, deliciosamente sorprendida, cuando le hablé de su talento; parecía totalmente inconsciente de su arte. Los dos nos sentimos un poco cortados. El judío estaba en pie a la puerta del polvoriento saloncillo, hilvanando complicados discursos a cuenta nuestra, mientras nosotros continuábamos mirándonos uno a otro como chiquillos. Como el judío se empeñaba en llamarme *milord*, tuve que asegurar a Sibyl que no era lord ni mucho menos. Ella me contestó con toda ingenuidad: "Más

bien parece usted un príncipe; el príncipe de los cuentos de hadas".

–¡Caramba, Dorian, sabes que Miss Sibyl es experta en piropos!

–No la has entendido, Harry. Ella me consideraba simplemente como un personaje de una obra. ¿Qué sabe ella de la vida? Vive con su madre, una vieja descolorida y mustia que representaba el papel de dama Capuleto, la primera noche, vestida con una especie de peinador magenta, y que tiene un aire de persona que ha venido a menos.

–Conozco ese aire. Siempre me deprime –murmuró Lord Henry, examinando sus sortijas.

–El judío quiso contarme su historia; pero le declaré que no me interesaba.

–Hiciste bien. Siempre hay algo mezquino en las tragedias de los demás.

–Sibyl es la única que me interesa. ¿Qué me importa su origen? Desde su cabecita hasta sus piecesitos, toda ella es divina, absolutamente divina. Todas las noches voy a verla representar, y cada noche es más maravillosa.

–¡Ah!, ésa es la razón, sin duda, de por qué ahora no cenas nunca conmigo. Supuse que tendrías alguna aventura singular entre manos. Y la tienes; pero no es completamente lo que yo esperaba.

–¡Pero, querido Harry, si todos los días comemos o cenamos juntos y he ido contigo a la ópera una porción de veces! –exclamó Dorian, abriendo de par en par sus ojos azules.

–Siempre llegas con un retraso tremendo.

–Sí, es cierto; pero no puedo dejar de ver a Sibyl, ni siquiera en un solo acto. Tengo hambre de su presencia; y cuando pienso en el alma maravillosa que se esconde en aquel cuerpecito de marfil, me siento lleno de temor.

–¿Y esta noche, puedes cenar conmigo, Dorian?

–Esta noche es Imogenia –repuso, meneando la cabeza -. Y mañana será Julieta.

–¿Y cuándo es Sibyl Vane?

–Nunca.

–Te felicito.

–¡Qué malo eres! Ella es todas las grandes heroínas del mundo en una sola persona. Es más que un ser individual. Sí, ríete; pero te aseguro que tiene genio. La quiero, y haré que ella me quiera. Tú, que sabes todos los secretos de la vida, dime cómo conseguir que Sibyl Vine me quiera. Tengo que dar celos a Romeo. Quiero que los amantes muertos de este mundo oigan nuestra risa, y se entristezcan. Quiero que un soplo de nuestra pasión vuelva la conciencia a sus cenizas y las despierte nuevamente al dolor. ¡Dios mío, cómo la adoro, Harry!

Paseaba de un lado a otro por la habitación, mientras hablaba. Dos rosetones de fiebre quemaban sus mejillas. Se sentía terriblemente sobreexcitado.

Lord Henry le contemplaba con un vago sentimiento de placer. ¡Cuán diferente ahora de aquel muchacho tímido, asustadizo, que había conocido en el estudio de Hallward! Su naturaleza se había desarrollado como una planta, había florecido en flores de púrpura y de fuego. El alma había ras-

treado fuera de su oculto retiro, y a su encuentro había venido el deseo.

–¿Y qué piensas hacer? –preguntó, al fin, Lord Henry.

–Quiero que tú y Basil vengáis una de estas noches a verla trabajar. No tengo el más mínimo temor del resultado. Estoy seguro de que los dos os daréis cuenta de su genio. Luego, procederemos a arrancarla de las garras del judío. Ella tiene firmado un contrato por tres años; es decir, dos años y ocho meses a contar desde ahora. Claro que tendré que pagar algo. Cuando todo esté arreglado, la llevaré a un buen teatro y la daré a conocer como es debido. Entonces enloquecerá al mundo como me ha enloquecido a mí.

–¡Esto último, hijo mío, me parece bastante difícil!

–No, ella lo hará. No es arte sólo lo que tiene, el instinto supremo del arte, sino también personalidad; y más de una vez te he oído decir que son las personalidades, y no los principios, quienes mueven al mundo.

–Bueno, ¿qué noche vamos?

–Espera. Hoy es martes. Vamos mañana. Mañana hace Julieta.

–Perfectamente. En el Bristol, a las ocho. Yo recogeré a Basil.

–No, a las ocho no, Harry, te lo ruego. A las seis y media. Es preciso que estemos allí antes de levantarse el telón. Tenéis que verla en el primer acto, cuando se encuentra con Romeo.

–¡A las seis y media! ¡Vaya una hora! Será como un pastel de carne fría o la lectura de una novela inglesa. Pongamos

a las siete. Nadie que se estime come antes de las siete. ¿Verás tú mismo a Basil? ¿O quieres que le escriba yo?

–¡Pobre Basil! Hace una semana que no le he visto. Realmente, no está bien. Acaba de enviarme el retrato, con un marco estupendo, dibujado especialmente por él; y, aunque estoy un poco celoso del cuadro, que ya tiene un mes menos que yo, debo confesar que me entusiasmo. Quizás sería preferible que le escribieses. No querría verle a solas. Me dice siempre cosas molestas. Me da buenos consejos.

Lord Henry sonrió.

–¡Qué afición tiene la gente a dar aquello de que está más necesitada! Es lo que yo llamo el abismo de la generosidad.

–¡Oh!, Basil es el mejor de los hombres, pero me parece un poquitín filisteo. Desde que te conozco, Harry, he llegado a este descubrimiento.

–Hijo mío: Basil pone todo lo mejor de él en su obra. El resultado es que no le quedan para la vida más que sus prejuicios, sus principios y su sentido común. Los únicos artistas personalmente encantadores que he conocido, son malos artistas. Los buenos, existen sólo en lo que hacen; y, en consecuencia, carecen de todo interés como sujetos. Un gran poeta, un verdadero gran poeta, es la menos poética de las criaturas. En cambio, los poetas menores son absolutamente deliciosos. Mientras peores son sus rimas, más pintorescos parecen ellos. El mero hecho de haber publicado un volumen de sonetos de segunda mano, hace irresistible a un hombre. Vive la poesía que no puede escribir. Los otros escriben la poesía que no se atreven a llevar a cabo.

–Es posible, Harry –dijo Dorian Gray, poniéndose esencia en el pañuelo, de un panzudo frasco de tapón dorado que había sobre la mesa-. Así debe ser, cuando tú lo dices. Y, ahora, me voy. Imogenia me aguarda. No te olvides mañana. Adiós.

Apenas hubo salido de la habitación, cerró Lord Henry sus párpados, y comenzó a meditar. Ciertamente, pocos seres le habían interesado al punto que Dorian Gray; y, sin embargo, la frenética adoración del mancebo por otra persona no le causaba el menor sentimiento de molestia ni de celos. Al contrario, le complacía. Hacía de él un estudio más interesante. Siempre le habían atraído los métodos de las ciencias naturales; pero los fines propios de estas ciencias le habían parecido triviales y sin trascendencia. Así, él había comenzado por hacer la vivisección de sí propio, y acabado por hacer la de los demás. ¡La vida humana! Ésta era la única cosa que le parecía digna de ser investigada. En su comparación, todo el resto carecía de valor. Cierto que, para examinar la vida en su extraño crisol de dolor y de alegría, no podía uno ponerse la mascarilla de cristal del químico, ni impedir que los vapores sulfurosos turbaran el cerebro y enturbiasen la imaginación con monstruosas fantasías y sueños deformes. Había venenos tan sutiles, que para conocer sus propiedades era preciso experimentarlos en sí mismo. Había enfermedades tan extrañas, que era preciso pasar por ellas si se quería comprender su naturaleza. Y, sin embargo, ¡qué magnífico premio el que se recibía! ¡Cuán maravilloso se nos tornaba el mundo entero! Observar la lógica singular e inflexible de las pasiones, y la vida emocional y policroma de

la inteligencia; ver dónde se encuentran y dónde se separan, en qué punto marchan al unísono y en cuál se muestran desacordes... ¡qué deleite en todo ello! ¿Qué importa el coste? Ningún precio es excesivo para pagar una sensación.

Él sabía –y el pensamiento trajo un destello de placer a sus ojos de ágata oscura– que ciertas palabras suyas, palabras musicales, dichas musicalmente, eran las que habían hecho que el alma de Dorian Gray se hubiese vuelto hacia aquella blanca doncellita, inclinándose en adoración ante ella. En gran parte, el mancebo era creación suya. Él lo había hecho prematuro. Esto ya era algo. La mayoría de las personas esperan que la vida vaya descubriéndoles por sí mismas sus secretos; pero a los menos, a los elegidos, los misterios de la vida les son revelados antes de que el velo sea descorrido. A veces, por efecto del arte, y principalmente del arte de la literatura, que está en relación más inmediata con las pasiones y el entendimiento. Pero, de vez en cuando, alguna personalidad compleja hacía las veces y asumía el oficio del arte, siendo realmente, a su modo, una verdadera obra de arte, porque la vida tenía también sus obras maestras, lo mismo que la poesía, la escultura o la pintura.

Sí; el mancebo era prematuro. En primavera, entrojaba ya su cosecha. El pulso y la pasión de la juventud latían en él, pero ahora empezaba a cobrar conciencia de sí mismo. Era un gozo el observarlo. Con su admirable rostro y su alma admirable, era algo maravilloso. ¿Qué importaba el fin de todo aquello, ni si estaba fatalmente destinado a tener un fin? Era como una de esas gráciles figuras de comedia, cuyas alegrías parecen remotas de nosotros, pero cuyos dolores

suscitan nuestro sentido de la belleza, y cuyas heridas son como rosas rojas.

¡Alma y cuerpo, cuerpo y alma! ¡Qué hondos misterios! También el alma tenía su animalidad, y el cuerpo sus momentos de espiritualidad. Los sentidos podían depurarse, y la inteligencia podía degradarse. ¿Quién podría decir dónde cesa el impulso carnal, y dónde el impulso psíquico comienza? ¡Cuán vanas las definiciones arbitrarias de los psicólogos! Y, sin embargo, ¡qué difícil decidir entre las pretensiones de las diversas escuelas! ¿Era el alma una sombra reclusa en la casa del pecado? ¿O bien estaba el cuerpo en el alma como pensaba Giordano Bruno? La separación del espíritu y la materia era un misterio, y misterio también la unión del espíritu con la materia.

Preguntábase si podríamos llegar alguna vez a hacer de la psicología una ciencia tan absoluta, que los más mínimos resortes de la vida nos fuesen revelados. Hoy por hoy, continuamente nos engañábamos respecto a nosotros mismos, y raramente conseguíamos comprender a los demás. La experiencia no tenía valor ético alguno. Era simplemente el nombre que dábamos a nuestros errores. Los moralistas, por regla general, la han considerado como una especie de advertencia, reclamando para ella cierta eficacia moral en la formación del carácter, preconizándola como algo que nos enseña lo que conviene seguir y nos muestra lo que es preciso evitar. Pero la experiencia carecía de toda fuerza motriz. Como causa activa, era tan poca cosa como la misma conciencia. Todo lo que realmente demostraba era que nuestro futuro sería igual a nuestro pasado, y que el pecado que en

otro tiempo cometimos con repugnancia, volveríamos a cometerlo una porción de veces con satisfacción.

Para él no ofrecía duda que el método experimental era el único por medio del cual se podía llegar a un análisis científico de las pasiones; y ciertamente que Dorian Gray era un sujeto bien propicio, y que parecía prometer ricos y fructuosos resultados. Su amor súbito y desmedido por Sibyl Vane era un fenómeno psicológico de no poco interés. Desde luego que la curiosidad había entrado por mucho en él, la curiosidad y el deseo de nuevas experiencias; pero, sin embargo, no era una pasión simple, sino bien compleja. Lo que había en ella del instinto puramente sensual de la pubertad, había sido transformado por el trabajo de la imaginación, cambiado en algo que a él mismo le parecía extraño a los sentidos, y, por esta razón, tanto más peligroso. Las pasiones sobre cuyo origen nos engañamos, son las que nos tiranizan más duramente. Nuestros móviles más endebles son aquellos de cuya naturaleza nos damos cuenta. Con frecuencia ocurre que, cuando creemos hacer una experiencia sobre los demás, la estamos haciendo sobre nosotras mismos.

Continuaba Lord Henry meditando en estas cosas, cuando, después de llamar a la puerta, entró su ayuda de cámara a recordarle que ya era hora de vestirse para la cena. Poniéndose en pie, echó una mirada hacia la calle. El ocaso inflamaba con un oro escarlata las ventanas altas de las casas de enfrente. Los cristales centelleaban como placas de metal candente. Encima, el cielo era como una rosa mustia. Pensó en la llameante juventud de su amigo, y en cómo acabaría todo aquello.

Al volver a su casa, a eso de las doce y media, vio sobre la mesa del vestíbulo un telegrama. Lo abrió: era de Dorian Gray, para decirle que había dado palabra de casamiento a Sibyl Vane.

CAPÍTULO V

–¡Madre, madre, que feliz soy! –susurró la muchacha, escondiendo el rostro en el regazo de la vieja descolorida y marchita, que, sentada en el único sillón de la mugrienta salita, volvía la espalda a la viva claridad que entraba por la ventana.

–¡Qué feliz soy! –repitió-. ¡Y también usted tiene que ser feliz!

Dando un respingo en el sillón, puso la señora Vane sus manos blanqueadas al albayalde sobre la cabeza de su hija, y exclamó:

–¡Feliz! Yo no soy feliz más que cuando te veo trabajar, Sibyl. Y no debería pensar en otra cosa que en tu arte. Mr. Isaacs ha sido muy bueno con nosotros, y le debemos dinero.

–¡Dinero! –gritó la muchacha, levantando la cabeza con un mohín de disgusto-. ¿Y qué importa el dinero? El amor vale más que el dinero.

–Mister Isaacs nos ha adelantado cincuenta libras pera pagar nuestras deudas y equipar decentemente a James; no lo

olvides, Sibyl. Cincuenta libras es una cantidad crecida. Mr. Isaacs ha estado muy considerado.

–No es un caballero, madre, y detesto la manera que tiene de hablarme –dijo la muchacha, levantándose y yendo hacia la ventana.

–Pues no sé cómo íbamos a arreglárnoslas sin él –replicó la vieja quejumbrosamente.

Sacudiendo la cabeza echóse a reír Sibyl Vane.

–Ya no lo necesitamos para nada, madre. El príncipe se ocupará de nosotras.

Hizo una pausa. Una ola de rubor corrió por sus venas, tiñendo sus mejillas. Un alentar anheloso entreabría los pétalos trémulos de sus labios. Un vendaval de pasión sopló sobre ella agitando los pliegues graciosos de su falda.

–Le quiero –dijo simplemente.

–¡Locuela! ¡Locuela! –reconvino la vieja, acentuando grotescamente la palabra con un ademán de sus dedos engarfiados, cubiertos de sortijas falsas.

Rió de nuevo la muchacha. Había en su voz la alegría de un pájaro enjaulado. Sus ojos recogían la melodía, repitiéndola en resplandor; luego cerrábanse por un instante, como para esconder su secreto. Cuando volvía a abrirlos, la bruma de un ensueño había pasado por ellas.

La cordura de labios secos continuaba hablándole desde un raído sillón, sugiriendo máximas de prudencia, tomadas de ese libro de cobardía, cuyo autor remeda el nombre de sentido común. Pero ella no escuchaba. Sentíase libre en su cárcel de pasión. Su príncipe, el príncipe de los cuentos de hadas, estaba con ella. Ella había acudido a la memoria para

fingir su presencia. En busca suya envió su alma, y ésta le había traído consigo. De nuevo, el beso de él quemaba sus labios, y su aliento caldeaba sus párpados.

Entonces la cordura cambió de rumbo y habló de indagación y espionaje. Quizá aquel joven era rico. En ese caso, podía pensarse en el matrimonio. Estrellábanse contra la concha de los oídos de ella las olas de la malicia humana. Silbaban en torno suyo los dardos de la astucia. Veía moverse los secos labios y sonreía.

De pronto sintió la necesidad de hablar. Aquel vacío de palabras la turbaba.

–¡Madre, madre! –exclamó-. ¿Por qué me quiere él tanto? Yo sí sé por qué le quiero. Le quiero porque es como debe ser el mismo amor. Pero él, ¿qué es lo que ve en mí? Yo no soy digna de él y, sin embargo, no sé por qué, aunque me siento tan por debajo de él, no me siento humilde. Al contrario, me siento llena de orgullo. Madre, ¿quiso usted a mi padre tanto como yo quiero al príncipe?

Palideció la vieja bajo la espesa capa de polvos ordinarios que enjalbegaban sus mejillas, y crispáronse sus labios en un espasmo de dolor. Sibyl corrió hacia ella, echándole los brazos al cuello y besándola.

–Perdón, mamá. Sé lo que la hace sufrir a usted el recuerdo de padre. Y eso, precisamente, demuestra cuánto le quería usted. No se ponga usted triste. Me siento hoy tan feliz como hace veinte años lo era usted. ¡Ay, ojalá pueda serlo siempre!

–Hija mía: eres demasiado joven para pensar en amores. Además, ¿qué sabes tú de ese joven? Ni siquiera su nombre.

Nada de esto tiene pies ni cabeza; y la verdad es que, precisamente en el momento en que James se marcha a Australia y tengo tantas cosas en qué pensar, podías haber tenido un poco de consideración. Sin embargo, como ya dije, si ese joven es rico...

-¡Ah, madre, madre, déjeme usted ser feliz!

Miróla tiernamente la señora Vane, y con una de esas falsas actitudes melodramáticas, que con tanta frecuencia llegan a constituir una segunda naturaleza en la gente de teatro, la estrechó entre sus brazos. En ese momento abrióse la puerta, y un mozo, de pelo áspero y moreno, entró en el cuarto. Era de tipo recio y cuadrado, torpe de movimientos, con pies y manos enormes, y sin la finura y distinción de su hermana. Trabajo habría costado adivinar el próximo parentesco que los unía; tan desemejantes eran. La señora Vane clavó en él los ojos, y acentuó su sonrisa. Mentalmente, elevaba a su hijo a la dignidad de público. Estaba segura de que el cuadro era conmovedor.

–Bien podías guardar alguno de esos besos para mí, Sibyl –dijo el mozo con un gruñido afable.

–¡Pero si tú eres un oso y no te gustan los besos! –exclamó ella corriendo a abrazarle.

James Vane miró a su hermana con ternura.

–Quisiera que vinieses conmigo a dar una vuelta, Sibyl. Me parece que no volveré a ver este condenado Londres, y a fe que no lo sentiré mucho.

–No digas cosas tan tristes, hijo mío –murmuró la señora Vane, suspirando; y recogiendo del suelo un traje de escena de colores chillones, se puso a remendarlo. Le había

producido una ligera decepción que su hijo no se hubiese unido al grupo. Sin duda habría acrecentado la fuerza teatral de la situación.

–¿Y por qué no, madre, si así lo pienso?

–Me haces sufrir, hijo mío. Espero que podrás volver de Australia con una buena posición. Creo que en las colonias no se hace vida de sociedad de ningún género; por lo menos, nada que pueda conceptuarse como tal; así que, cuando hayas hecho fortuna, debes volver a establecerte definitivamente en Londres.

–¡Vida de sociedad! –refunfuñó el mozo–. ¿Y qué tengo yo que ver con eso? Si yo quiero hacer algún dinero es para retirarlas a usted y a Sibyl del teatro. ¡Cómo lo aborrezco!

–¡Qué poco amable eres, Jim![16] –dijo Sibyl, riendo-. ¿Pero es de veras que quieres dar una vuelta conmigo? ¡Eso está bien! Temía que te fueras a despedir de algún amigote tuyo; de Tom Hardy, que te regaló esa horrorosa pipa; o de Ned Langton, que te hace burla cuando te ve fumar en ella. Es una delicadeza el dedicarme tu última tarde. ¿Adónde quieres que vayamos? ¿Te parece que al Parque?

–Voy demasiado fachoso –repuso él, frunciendo el ceño-. Al Parque no va más que la gente elegante.

–¡Qué tontería, Jim! –susurró ella, tomándole de un brazo.

–Bueno –dijo él, al fin, después de vacilar un momento-. Pero no tardes mucho en vestirte.

[16] Diminutivo de James (Jaime).

Echó ella a correr, bailando alegremente. Oyósela cantar escaleras arriba, y pronto resonaron sus pisadas en el piso de encima.

Él dio dos o tres vueltas por la habitación, sin despegar los labios. Al fin, se detuvo, volviéndose hacia la figura inmóvil en el sillón.

–¿Están listas todas mis cosas, madre? –preguntó

–Todo está listo, James –contestó ella sin levantar los ojos de su labor.

Meses hacía que experimentaba cierto malestar cuando se encontraba a solas con este hijo suyo, tan serio y tan áspero. Todo su natural frívolo y vano se turbaba al encontrar sus ojos. Preguntábase a menudo si sospechaba algo. El silencio, pues de nuevo había caído él en su taciturnidad, se le hizo intolerable. Empezó a lamentarse. Las mujeres se defienden atacando, así como otras veces atacan con súbitas y extrañas sumisiones.

–Espero que te sentirás a gusto en tu vida de marino, James –dijo.

No olvides que tú mismo eres quien la ha elegido. Hubieras podido entrar en el estudio de un procurador. Los procuradores son una clase muy considerada; y, en provincias, las familias más principales les invitan a comer con mucha frecuencia.

–Detesto las oficinas, y detesto a los empleadas –contestó él-. Pero tiene usted razón. Yo mismo he elegido la vida que más me convenía. Todo lo que le pido a usted es que guarde bien a Sibyl. Que no le ocurra ninguna desgracia, madre. Guárdela usted bien.

–¡Qué cosas dices, James! Claro que la guardaré bien.

–Me han dicho que hay un señor que va al teatro todas las noches, y habla en el saloncillo con ella. ¿Es verdad eso? ¿Está eso bien, madre?

–Estás hablando de lo que no entiendes, James. En nuestra profesión estamos acostumbradas a recibir muchas atenciones. Yo misma, ¡cuántos ramos no he recibido en otro tiempo! ¡Entonces sí que se apreciaba nuestro trabajo! Por lo que a Sibyl se refiere, aún no sé si ha tomado la cosa en serio. Pero no cabe duda de que el muchacho es todo un caballero. Siempre está muy atento conmigo. Además, todas las apariencias son de que es rico, y las flores que envía son preciosas.

–Sí; pero todavía no sabe usted cómo se llama –dijo él agriamente.

–Es cierto –replicó la madre, con semblante plácido-. Todavía no ha revelado su verdadero nombre. Me parece que debe ser muy romántico Probablemente pertenece a la aristocracia.

James Vane mordióse los labios.

–Guarde usted bien a Sibyl, madre –exclamó-; guárdela usted bien.

–Hijo mío, me aflige tanta recomendación. Sibyl está siempre a mi cuidado. Claro que, si ese caballero fuese rico, no habría razón para que dejase de contraer alianza con él. Yo creo que es de la aristocracia. Tiene todas las apariencias. Sería un matrimonio brillantísimo para Sibyl. Harían una pareja encantadora. El aspecto de él no puede ser mejor; todo el mundo lo ha notado.

Murmurando unas palabras entre dientes, el mozo tamborileó un momento con sus dedos sobre el cristal de la ventana. Volvíase de nuevo para decir algo, cuando se abrió la puerta y entró Sibyl corriendo.

–¡Qué serios estáis los dos! –exclamó-. ¿Qué ocurre?

–Nada –contestó él-. Alguna vez hay que estar serio. Adiós, madre; hasta luego. Comeré a las cinco. Excepto las camisas, ya he empaquetado todo; así que no tiene usted que molestarse.

–Adiós, hijo –contestó la señora Vane, con un saludo de estudiada majestad.

Sentíase considerablemente vejada por el tono que había adoptado con ella, y algo creyó ver en sus ojos que le había dado miedo.

–Deme usted un beso, madre –dijo la muchacha; y sus labios en flor se posaron sobre la mustia mejilla, entibiando su hielo.

–¡Hija mía! ¡Hija mía! –exclamó la señora Vane, mirando hacia el techo en busca de una galería imaginaria.

–¡Vamos, Sibyl! –dijo el hermano, impaciente.

Detestaba los efectismos y latiguillos de su madre.

Salieron al atardecer, encendido y ventoso, bajando por el lúgubre paseo de Euston. Miraban los transeúntes con cierto asombro a aquel mocetón, tosco y fornido, y un tanto astroso en efecto, en compañía de aquella muchachita tan esbelta y distinguida. Parecía un jardinero rústico paseando con una rosa.

Fruncía Jim el ceño, de cuando en cuando, al sorprender alguna de aquellas miradas inquisitoriales. Experimentaba esa

aversión a ser mirado que se apodera de los hombres célebres al final de su vida, y que nunca abandona al vulgo. Pero Sibyl no se daba la menor cuenta del efecto que producía. Su amor se hacía risa en sus labios. Iba pensando en su príncipe, y, para poder pensar mejor, no hablaba de él, sino del barco en que Jim iba a embarcarse, en el oro que seguramente encontraría, en la maravillosa heredera cuya vida salvaría de manos de aquellos condenados *bushrangers*[17] de camisas rojas. Porque él no iba a ser siempre marinero, o sobrecargo, o cualquier otra cosa por el estilo. ¡De ningún modo! La vida de los marinos es horrible. ¡Estar encerrado en un barco, con las olas roncas y encrespadas que intentan de continuo meterse dentro, y un viento del infierno que derriba los mástiles y hace jirones las velas! No; él debía abandonar el barco en Melbourne, después de despedirse cortésmente del capitán, y enseguida marcharse a las minas de oro. No pasaría una semana sin que encontrase una enorme pepita de oro puro, la pepita más grande que se hubiese encontrado nunca, y que él conduciría hasta la costa en un carro custodiado por seis policías a caballo. Los *bushrangers* les atacarían por tres veces, y serían derrotados con pérdidas tremendas. O no; mejor sería que no fuese para nada a las minas. Eran sitios muy malos, donde los hombres se emborrachaban, y se mataban a tiros en las tabernas y decían palabrotas. Él debía ser ganadero, y una tarde, al caer la noche, cabalgando hacia su caza, tropezaría con la rica heredera, a quien un bandido habría raptado en un caballo negro. Y él les daría caza, y la pondría

[17] Bandidos de los bosques australianos, que constituyeron una verdadera plaga del país.

en libertad. Ella, como es natural, se enamoraría de él, y él de ella, y se casarían, y volverían entonces a Londres, donde vivirían en una casa espléndida. Sí; le aguardaban muchas cosas extraordinarias. Pero él debía ser muy bueno, y no echar a perder su salud ni gastar el dinero tontamente. Ella no le llevaba más que un año; pero sabía mucho mejor que él lo que era la vida. También debería escribirle en todos los correos, y rezar sus oraciones todas las noches antes de dormirse. Dios era muy bueno, y velaría por él. Ella también rezaría por él, y dentro de pocos años él volvería rico y feliz.

Escuchábala el mozo, cejijunto, sin contestar palabra dolorido en el fondo de tener que abandonar su hogar.

Y no era esto sólo lo que le tenía caviloso y malhumorado. A pesar de su inexperiencia, presentía lo peligroso de la situación de Sibyl. Ese petimetre que le hacía el amor podía ir con mal fin. Era un señorito, y esto bastaba para que él le odiase, con ese singular instinto de casta, de que él no podía darse cuenta, y que, por esto mismo, le dominaba más imperiosamente. Conocía también la frivolidad y vanidad de su madre, y veía en ello un inmenso peligro para Sibyl y su porvenir. Los hijos comienzan por querer a sus padres; al hacerse mayores, los juzgan; y a veces, hasta los perdonan.

¡Su madre! Algo tenía él que preguntarle, algo que, desde hacía meses, rumiaba en silencio. Una frase casual oída en el teatro, una burla murmurada que había llegado a sus oídos una noche en que esperaba a la puerta del escenario, le habían desatado un tropel de horribles pensamientos. Se acordó de ello como de un latigazo que le hubiese cruzado el

rostro. Frunciéronse duramente sus cejas, y con un espasmo de sufrimiento mordióse el labio inferior.

–No me escuchas ni una palabra de lo que digo, Jim –exclamó Sibyl-. Y eso que estoy haciendo los planes más magníficos para tu porvenir. ¡Contesta algo!

–¿Y qué quieres que conteste?

–Pues que serás bueno, y no te olvidarás de nosotros –dijo ella, sonriéndole.

Encogióse él de hombros.

–Más fácil es que tú me olvides que yo a ti, Sibyl.

–¿Qué quieres decir, Jim? –preguntó ella, poniéndose colorada.

–Me han dicho que tienes un amigo nuevo. ¿Quién es? ¿Por qué no me has hablado de él? Nada bueno irá buscando.

–¡No sigas, Jim! –gritó ella-. No digas nada en contra suya. ¡Le quiero!

–¿Y ni siquiera sabes su nombre? –repuso el mozo-. ¿Quién es? Tengo derecho a saberlo.

–Se llama el Príncipe. ¿No te gusta el nombre? ¡Tonto! No deberías olvidarlo. Si lo hubieses visto, dirías también que es el ser más maravilloso del mundo. Ya lo conocerás; cuando vuelvas de Australia. Y le querrás mucho. Todo el mundo le quiere, y yo... ¡Yo, le adoro! ¡Ojalá pudieses venir al teatro esta noche! ¡Allí estará él, y yo haré Julieta! ¡Ah, cómo voy a hacerlo! ¡Figúrate, Jim, estar enamorada y hacer Julieta! ¡Y tenerle a él enfrente! ¡Trabajar para él solo! Tengo miedo de asustar al público; asustarlo o subyugarlo, ¡quién sabe! Estar enamorado es sobrepujarse a sí mismo. El pobre

Mr. Isaacs va a proclamarme un "genio" a sus contertulios del bar. Ya me ha preconizado como un dogma; esa noche me anunciará como una revelación, estoy segura. Y todo esto es obra de él, sólo de él, de mi príncipe, de mi maravilloso galán, de mi Dios de las mercedes. ¡Qué pobre soy a su lado! ¿Pobre? ¿Y qué importa? Cuando la miseria entra cautelosamente por la puerta, el amor entra volando por la ventana. Hay que rehacer nuestros refranes. Fueron hechos en invierno, y ahora estamos en verano; para mí, en primavera: un verdadero baile de flores en el azul del cielo...

–Es un señorito –interrumpió el hermano hoscamente.

–¡Un príncipe! –exclamó ella, musicalmente-. ¿Qué más quieres?

–Quiere hacer de ti una esclava.

–¡Sólo el pensamiento de ser libre me estremece!

–¡Desconfía de él!

–Verle es amarle; conocerle, es confiar en él.

–¡Estás loca, Sibyl!

Echóse ella a reír y se colgó de su brazo.

–Querido Jim, hablas como si tuvieras cien años. También tú te enamorarás algún día. Entonces sabrás lo que es. No pongas esa cara enfurruñada. Deberías alegrarte al pensar que, aunque te vas, me dejas más feliz que he sido nunca. La vida fue muy dura con los dos, muy dura y muy difícil. Pero ahora cambiará. Tú te marchas a un mundo nuevo, y yo he descubierto ya uno. Mira, aquí hay dos sillas; sentémonos y miremos pasar a la gente *chic*.

Sentáronse en medio de un grupo de mirones. Los macizos de tulipanes llameaban como palpitantes círculos de

fuego. Una nube de polvo blanco fluctuaba en el aire abrasado. Las sombrillas de colores brillantes iban y venían como gigantescas mariposas.

Sibyl hizo hablar a su hermano de sí mismo, de sus esperanzas, de sus proyectos. Hablaba él lentamente, con esfuerzo. Pasábanse uno a otro las palabras como los jugadores se pasan las fichas. Sibyl se sentía oprimida. No lograba comunicar su alegría. Una débil sonrisa, dilatando por un instante aquellos labios adustos, fue todo lo que consiguió. Al poco rato quedó silenciosa. De pronto, tuvo la visión fugacísima de unos cabellos dorados y unos labios risueños, y Dorian Gray, con dos damas, pasó en un carruaje abierto.

De un salto se puso en pie, gritando:

–¡Ahí va, ahí!

–¿Quién? –preguntó Jim Vane.

–¡Él, el príncipe! –contestó ella, siguiendo el coche con los ojos.

Levantóse él bruscamente, cogiéndola con rudeza por el brazo.

–¡Enséñamelo! ¿Quién es? Señálamelo con el dedo. ¡Quiero conocerle! –exclamó.

Pero en ese momento el carruaje del duque de Berwick se interpuso, y cuando hubo pasado, ya el coche de Dorian había salido del Parque.

–Se fue –murmuró Sibyl tristemente-. Me habría gustado que lo vieses.

–Yo también me habría alegrado; pues, tan fijo hay un Dios en el cielo, que si te trae alguna desgracia le mataré.

Miróle ella aterrorizada. Repitió él sus palabras, que cortaban el aire como un puñal. Comenzaba ya la gente a agolparse en torno suyo. Una señora, casi al lado de ella, reía entre dientes.

–Vamos, Jim, vamos –susurró Sibyl.

Siguió él tras ella, hendiendo la multitud, satisfecho de lo que había dicho.

Al llegar a la estatua de Aquiles, se volvió ella. Veíase en sus ojos una compasión, que pronto se tornó en risa en sus labios. Sacudió la cabeza.

–Estás loco, Jim, loco de remate. Un chico mal genioso, eso es lo que eres. ¿Cómo se te pueden ocurrir semejantes horrores? No sabes lo que dices. Eso no son más que celos y mala intención. ¡Ah, ojalá te enamorases! El amor hace buena a la gente y le quita esas ideas.

–Tengo dieciséis años –contestó él-, y sé lo que me digo. Madre no te sirve de nada. No sabe cómo debe cuidar de ti. ¡Ojalá no tuviese que irme ahora a Australia! No te puedes figurar las ganas que me entran de echarlo todo a rodar. Y de no haber firmado ya el contrato, ¡vaya si lo haría!

–¡Oh, no te pongas tan serio, Jim! Pareces un héroe de esos absurdos melodramas que tan aficionada era mamá a representar. No voy a reñir contigo. ¡Le he visto! Y verle es la felicidad absoluta. No riñamos. Sé que tú nunca harás daño a nadie que yo quiera, ¿verdad?

–Mientras lo quieras, no –contestó él a regañadientes.

–¡Le querré siempre! –exclamó ella.

–¿Y él?

–¡También siempre!

–Es lo mejor que puede hacer.

Soltóse ella vivamente. Luego, riendo, volvió a colgarse de su brazo. ¡Qué niño era!

Al llegar a Marble Arch tomaron un ómnibus, que les dejó en la calle de Euston, cerca de su casa. Eran las cinco pasadas, y Sibyl tenía que dormir un par de horas antes de ir al teatro. Jim insistió para que así lo hiciera. Dijo que prefería despedirse de ella a solas. Si su madre estaba presente, no dejaría de hacer una escena, y él detestaba las escenas, fueran del género que fueran.

En el mismo cuarto de Sibyl se despidieron. Sentía el mozo henchido de celos el corazón, y un odio vehemente y homicida contra aquel extranjero, que le parecía había venido a interponerse entre ambos. Sin embargo, cuando los brazos de ella rodearon su cuello, y sus dedos le acariciaron los cabellos enternecióse y la besó con verdadero cariño. Mojados de Lágrimas tenía los ojos al bajar la escalera.

Su madre le esperaba abajo. Al entrar refunfuñó algo sobre su falta de puntualidad. Sin contestar, Jim se sentó a la mesa. Revoloteaban las moscas alrededor y caminaban sobre el sucio mantel. A través del estruendo de los ómnibus y el rodar de los coches, seguía oyendo la voz zumbadora, devorando cada uno de los minutos que le quedaban por vivir allí.

Al cabo de unos momentos, rechazó el plato y escondió la cabeza entre las manos. Parecíale que tenía derecho a saber. Antes deberían habérselo dicho, si era lo que él sospechaba. Llena de temor, su madre le observaba, mientras las palabras se escapaban maquinalmente de sus labios y sus dedos retorcían un andrajoso pañuelito de encaje. Al dar las

seis en el reloj, levantóse y fue hacia la puerta. Luego, volviéndose en redondo hacia ella, la miró fijamente. Sus ojos se encontraron. Parecióle ver en los de ella una súplica desesperada. Aquello, lejos de enternecerle, le irritó.

–Madre, tengo algo que preguntar a usted comenzó.

Sin despegar los labios, la señora Vane paseó los ojos por la habitación.

–Dígame usted la verdad. Tengo derecho a saberla. ¿Estaba usted casada con mi padre?

La señora Vane exhaló un profundo suspiro. Fue un suspiro de alivio. El terrible momento, el momento que noche y día, durante semanas y meses, había temido, por fin había llegado; y, sin embargo, no sentía miedo. En cierto modo hasta era una decepción para ella. La vulgaridad de la pregunta a quemarropa requería también una respuesta rotunda. La situación no había sido traída gradualmente. Era cruda, sin el menor arte. Parecía un primer ensayo.

–No –contestó maravillándose de la simplicidad brutal de la vida.

–¡Entonces, mi padre era un canalla! –gritó el mozo, apretando los puños.

Ella sacudió la cabeza.

–Yo sabía que él no era libre. ¡Pero nos queríamos tanto! De haber vivido ya se habría ocupado de nosotros. No hables mal de él, hijo mío. Era tu padre; y todo un caballero. Estaba muy bien emparentado.

De labios del mozo brotó una blasfemia.

–No, si yo por mí, no me preocupo –añadió-; pero ¿y Sibyl? Tenga usted mucho cuidado con ella... ¿No es también

un caballero el que le hace el amor? Por lo menos, así lo dice. Y supongo que también divinamente emparentado.

Por un momento, una horrible sensación de humillación se apoderó de ella. Dejó caerla cabeza sobre el pecho; enjugóse los ojos con mano trémula.

–Sibyl tiene una madre –murmuró-. Yo no la tenía.

Conmovióse el mozo. Fue hacia ella, e inclinándose, la besó.

–Siento haberla entristecido a usted preguntándole por mi padre –dijo-; pero no pude contenerme. Ahora, tengo que irme. Adiós. No olvide usted que ya no tendrá que cuidar más que de una hija; y tenga usted la seguridad de que si ese hombre hace algún daño a mi hermana, sabré quién es, seguiré su pista y lo mataré como a un perro. Lo juro.

La exagerada vehemencia de la amenaza, la gesticulación apasionada que la acompañó, las palabras melodramáticas e insensatas, hicieron parecer más viva la vida a los ojos de la madre. Ella estaba familiarizada con esa atmósfera. Respiró más libremente, y por vez primera desde hacia meses, pudo admirar a su hijo. Ella habría querido continuar la escena al mismo nivel emocional; pero él cortó en seco. Había que bajar las maletas y atar las mantas. El mozo de la casa de huéspedes no hacía más que entrar y salir. Hubo que ajustar el precio con el cochero. El momento se perdió en detalles vulgares. Con un nuevo sentimiento de decepción, la señora Vane agitó por la ventana el andrajoso pañuelo de encaje, mientras el hijo se alejaba en el coche. Comprendía que había perdido una magnífica ocasión. Se consoló diciendo a Sibyl lo desolada que iba a ser su vida, ahora que ya no ten-

dría que cuidar más que de una hija. Recordaba la frase, que le había gustado; pero, de la amenaza, no dijo nada. Había sido enérgica y dramáticamente exagerada. Día llegaría en que todos juntos la recordasen riendo.

CAPÍTULO VI

–Supongo sabrás la noticia, ¿eh, Basil? –dijo Lord Henry aquella noche, en el momento de entrar Hallward en el reservado del Bristol, donde ya estaba dispuesta una mesa con tres cubiertos.

–No, Harry –repuso el artista, entregando el abrigo y el sombrero al criado-. ¿De qué se trata? Espero que no será de política, ¿eh? Ya sabes que la política no me interesa. Difícilmente se encontraría una sola persona en la Cámara de los Comunes digna de ser pintada; aunque a muchos de ellos no les vendría mal un pequeño revoco.

–Dorian Gray se casa –dijo Lord Henry, mirándole fijamente.

Estremecióse Hallward; luego, frunció el ceño.

–¿Que Dorian se casa? –exclamó-. ¡Imposible!

–Absolutamente exacto.

–¿Con quién?

–Con una actriz de segundo orden, o algo por el estilo.

–No puedo creerlo. Dorian es lo bastante cuerdo.

–Dorian es lo bastante cuerdo para no hacer, de cuando en cuando, tonterías, querido Basil.

–Pero el casarse no es cosa que pueda hacerse de cuando en cuando, Harry.

–Salvo en América –replicó Lord Henry, lánguidamente-. Pero yo no he dicho que se haya casado, sino que piensa casarse. Hay una gran diferencia. Yo me acuerdo perfectamente de estar casado, pero no tengo la más pequeña reminiscencia de haber pensado nunca en casarme. Como que me siento inclinado a creer que no pensé jamás en tal cosa.

–Pero piensa en el nacimiento de Dorian, en su posición, en su fortuna. Sería absurdo que contrajese un matrimonio tan desigual.

–Si quieres verle casarse con esa muchacha, no tienes más que decirle eso, Basil. Puedes estar seguro de que lo haría sin vacilar. Cuando un hombre se decide a hacer una estupidez, siempre es por los motivos más elevados.

–Espero que, por lo menos, esa muchacha será buena y honrada, Harry. No querría ver a Dorian ligado a una mujerzuela, que pudiese degradar su naturaleza y arruinar su inteligencia.

–¡Oh!, es más que buena... es bonita –murmuró Lord Henry, apurando a sorbitos una copa de vermouth y *bitters*-. Dorian dice que es bonita, y él no suele equivocarse en estos juicios. Tu retrato ha madurado su criterio respecto al físico de la gente. Ha producido, entre otros, ese excelente resultado. En fin, esta noche le veremos, si es que no ha olvidado la cita.

–¿Hablas en serio?

–Completamente, Basil. Nunca he hablado más en serio.

–Pero ¿es que tú apruebas eso, Basil? –preguntó el pintor, paseando de arriba abajo por la habitación y mordiéndose los labios-. No es posible que lo apruebes. Sería una locura.

–Yo nunca apruebo ni desapruebo nada. Es una actitud absurda en la vida. No hemos venido al mundo para ventilar nuestros prejuicios morales. Yo nunca me entero de lo que dicen los necios, ni me meto en lo que hacen los discretos. Si una persona me atrae sea cual sea el modo de expresión que esa persona elija, siempre lo encuentro delicioso. Dorian se enamora de una muchacha preciosa, que representa Julieta, y decide casarse con ella. ¿Por qué no? Aunque se casara con Mesalina, no por eso dejaría de ser menos interesante. Tú bien sabes que yo no soy precisamente un campeón del matrimonio. El verdadero inconveniente del matrimonio es que le hace a uno altruista. Y la gente altruista es incolora. Carece de personalidad. Sin embargo, hay ciertos caracteres a los que el matrimonio hace más complejos. Conservan su egotismo, y añaden a él otros varios *egos*. Se ven obligados a tener más de una vida. Adquieren una organización más elevada; cosa que, a mi entender, es para el hombre el fin de la existencia. Además, toda experiencia tiene su valor; y, dígase lo que se diga contra el matrimonio, siempre es una experiencia. Espero que Dorian se casará con esa muchacha, la adorará locamente seis meses, y luego, de pronto, se sentirá fascinado por cualquier otra. Sería un estudio maravilloso.

–No sientes ni una palabra de todo eso, Harry; de sobra lo sabes. Si la vida de Dorian se frustrase, nadie lo lamentaría más que tú. Eres mucho mejor de lo que pretendes.

Lord Henry se echó a reír.

La razón de que todos seamos tan amigos de pensar bien de los demás, es que todos tememos por nosotros mismos. La base del optimismo es simplemente el miedo. Creemos ser generosos porque adornamos al prójimo con todas aquellas virtudes que pueden beneficiarnos. Ensalzamos al banquero, a fin de poder confiar en él, y encontramos buenas cualidades al salteador de caminos, en la esperanza de que hará gracia a nuestro bolsillo. Pienso todo lo que he dicho. Tengo el más profundo desprecio por el optimismo. En cuanto a lo de frustrar una vida, sólo se frustra aquello cuyo desarrollo se estaciona. Si quieres estropear un carácter, no tienes más que intentar rehacerlo. Respecto a ese matrimonio, claro que sería estúpido, pero hay otros lazos más interesantes entre el hombre y la mujer. Y yo no vacilaré en fomentarlos. Tienen, además, la ventaja de estar de moda. Pero aquí viene Dorian en persona. Él te dirá más de lo que yo pueda decirte.

–¡Querido Harry, querido Basil, tenéis que darme la enhorabuena! –exclamó el joven, despojándose de su capa de *soirée*, y estrechando la mano de ambos amigos-. Nunca he sido tan feliz. Claro que es una felicidad súbita, como todas las cosas agradables. Y, sin embargo, me parece como si fuera la única cosa que he buscado en mi vida.

La animación y la alegría le sonrosaban el rostro, embelleciéndolo extraordinariamente.

–Espero que serás siempre muy feliz, Dorian –dijo Hallward-; pero no te perdono el que no me hayas dicho nada

de tu próximo casamiento. A Harry bien se lo has comunicado.

–Y yo no te perdono que hayas venido tan tarde a comer –interrumpió Lord Henry, poniéndole la mano en el hombro y sonriendo-. Venid, sentémonos; veamos de lo que es capaz el nuevo cocinero, y luego nos contarás todo al detalle.

–¡Oh!, no hay mucho que contar –exclamó Dorian, mientras los tres tomaban asiento alrededor de la mesa-. He aquí simplemente lo ocurrido: Anoche, cuando nos separamos, Harry, fui a vestirme, comí en ese pequeño *restaurant* italiano de la calle de Rupert, al que tú me llevaste una vez, y a las ocho me dirigí al teatro. Sibyl representaba Rosalinda. Naturalmente, la *mise en scéne* era espantosa, y el Orlando, absurdo. ¡Pero Sibyl! ¡Si la hubieses visto! Cuando entró vestida de muchacho, estaba maravillosa. Llevaba un jubón de terciopelo negro, con mangas canela, calzas de color pardo, un birrete verde con una pluma de halcón prendida por un broche, y una capita de capucha forrada de rojo mate. Nunca me había parecido tan deliciosa. Tenía toda la gracia delicada de esa figulina de Tanagra que tienes en tu estudio, Basil. Sus cabellos se ensortijaban alrededor de su rostro, como hojas oscuras en torno de una rosa pálida. En cuanto a su trabajo... Bueno, ya la veréis esta noche. Ha nacido artista; simplemente. Sentado en el palco mugriento, la miraba como hechizado. Olvidé que estaba en Londres y en el siglo XIX. Me sentía lejos, con ella, en un bosque nunca contemplado por ojos humanos. Al terminar la representación, pasé al escenario y hablé con ella. Estando sentados, uno al lado del otro,

vi de pronto pasar por sus ojos una mirada que no había visto hasta entonces. Mis labios se tendieron hacia ella. Nos besamos. No puedo describiros lo que experimenté en aquel momento. Me pareció como si toda mi vida hubiese quedado reducida a un instante de gozo perfecto. Ella temblaba de pies a cabeza, y oscilaba como un blanco narciso. Luego, dejándose caer de rodillas, se puso a besar mis manos. Comprendo que no debería contaros todo esto, pero no puedo menos. Naturalmente, nuestras relaciones son un secreto absoluto. Ella, ni siquiera se lo ha dicho a su madre. No sé lo que van a decir mis tutores. Lord Radley seguramente se pondrá furioso. No me importa. Antes de un año seré mayor de edad, y podré hacer lo que me plazca. ¿Verdad que he hecho bien, Basil, en ir a buscar mi amor a la poesía y encontrar mi mujer en las obras de Shakespeare? Labios que Shakespeare enseñó a hablar han susurrado en mi oído su secreto. He tenido, alrededor de mi cuello, los brazos de Rosalinda, y he besado la boca de Julieta.

–Sí, Dorian, creo que has hecho bien –dijo Hallward en voz queda.

–¿La has visto hoy? –interrogó Lord Henry.

Dorian Gray movió la cabeza negativamente.

–La dejé en la selva de las Ardenas; la encontraré en un huerto de Verona.

Lord Henry apuró su copa de champagne con aire pensativo.

–¿En qué momento pronunciaste la palabra matrimonio, Dorian? ¿Y qué te contestó ella? ¿O quizás lo has olvidado?

–Querido Henry, yo no traté el asunto como si fuera un negocio, ni hice ninguna proposición concreta. Le dije que la amaba, y ella me contestó que no era digna de ser mi mujer. ¡Que no era digna! ¡Y el mundo entero a su lado no es nada para mí!

–¡Qué maravillosamente prácticas son las mujeres! –murmuró Lord Henry-. Mucho más prácticas que nosotros. En situaciones semejantes, nosotros, a menudo, olvidamos hablar de matrimonio; pero ellas se encargan siempre de recordárnoslo.

Hallward le puso la mano en el hombro.

–Basta, Harry. Has disgustado a Dorian. Dorian no es como los demás. Él nunca querrá hacer sufrir a nadie. Es demasiado bueno.

Lord Henry miró a Dorian por encima de la mesa.

–Dorian no puede disgustarse conmigo –dijo-. Si yo le hacía esa pregunta era con la mejor intención; la única, realmente, que excusa todas las preguntas: la simple curiosidad. Mi teoría es que siempre son las mujeres las que se declaran a nosotros, y no nosotros los que nos declaramos a ellas. Excepto, como es natural, en la clase media. Pero la clase media no está nunca a la orden del día.

Echóse a reír Dorian, sacudiendo la cabeza.

–No tienes arreglo, Henry; pero me tiene sin cuidado. No es posible enfadarse contigo. Cuando veas a Sibyl Vane comprenderás que para hacerla sufrir se necesitaría ser una fiera, una fiera sin corazón. No puedo comprender cómo hay quien sienta deseos de deshonrar al ser amado. Y yo quiero a Sibyl Vane. Necesito colocarla sobre un pedestal de

oro, y ver cómo el mundo adora a la mujer que es mía. ¿Qué es el matrimonio? Un voto irrevocable. Tú te burlas de ello. ¡Ah!, no te burles. Un voto irrevocable es el que yo quiero pronunciar. Su confianza me hace fiel; su fe me hace bueno. Cuando estoy con ella, deploro todo lo que me has enseñado. Me siento distinto de lo que tú me has enseñado a ser, cambiado por entero. Y el simple contacto de la mano de Sibyl Vane me hace olvidarte, a ti y tus teorías falsas, fascinadoras, envenenadas y deliciosas.

–¿Y son...? –interrogó Lord Henry, sirviéndose ensalada.

–¡Oh!, tus teorías sobre la vida, el amor, el placer. En fin, todas tus teorías, Harry.

–El placer es la única cosa sobre la cual vale la pena de tener una teoría –replicó Lord Henry, con su voz queda y melodiosa-. Pero temo no poder reivindicar la teoría como propia. Pertenece a la Naturaleza, y no a mí. El placer es el testimonio de la Naturaleza, su signo de aprobación. Cuando somos felices, siempre somos buenos; pero cuando somos buenos, no siempre somos felices.

–¡Ah!, ¿pero qué entiendes tú por bueno?–exclamó Basil Hallward.

–Sí –repitió Dorian, recostándose en su silla y mirando a Lord Henry por encima de los lirios morados que ocupaban el centro de la mesa-; ¿qué entiendes por bueno, Harry?

–Ser bueno es estar en armonía consigo mismo –respondió Lord Henry, acariciando el pie frágil de su copa con los dedos pálidos y afilados-. Ser malo es verse obligado a estar en armonía con los demás. La vida propia: he ahí lo

importante. En cuanto a las vidas ajenas, si nos empeñamos en ser pedantes o puritanos, podemos desplegar nuestras ideas morales sobre ellas; pero, en realidad, no son de incumbencia nuestra. Además, el individualismo es el fin más alto. La moral moderna consiste en ajustarse a la pauta de la época. Yo, por mi parte, considero que ajustarse a la pauta de su época es para un hombre culto un acto de la más crasa inmoralidad.

–Pero, ¿no crees que a veces se paga terriblemente caro el vivir sólo para uno mismo, Harry? –insinuó el pintor.

–Sí; hoy nos cobran de más en todo. A veces pienso que la verdadera tragedia de los pobres es no poder proporcionarse más que la abnegación. Los pecados bellos, como las cosas bellas, son privilegio de los ricos.

–No siempre se paga en dinero...

–¿En qué entonces, Basil?

–¡Qué sé yo! En remordimientos, en dolor, en... sí, en la conciencia de la propia degradación.

Lord Henry se encogió de hombros.

–Querido, el arte medieval es delicioso; pero las emociones medievales están anticuadas. Claro que pueden usarse en literatura; pero es que precisamente las únicas cosas que pueden usarse en literatura son las que ha dejado uno de usar en la vida real. Créeme, ningún hombre civilizado lamenta nunca un placer, y ninguno incivilizado llega jamás a saber lo que es un placer.

–Yo sé lo que es el placer –exclamó Dorian Gray-. Es adorar a alguien.

–Cosa, ciertamente, mejor que ser adorado –repuso Lord Henry, jugando con las frutas-. Ser adorado es muy molesto. Las mujeres nos tratan lo mismo que la humanidad trata a sus dioses. Nos adoran, pero se pasan la vida pidiéndonos que hagamos algo por ellas.

–Yo diría que, pídannos lo que nos pidan, antes nos lo han dado ellas a nosotros –murmuró el mozo, gravemente-. Hicieron nacer en nuestra alma el amor. Tienen derecho a reclamarlo.

–Completamente exacto, Dorian –profirió Hall-ward.

–No hay nada completamente exacto –dijo Lord Henry.

–Esto lo es –interrumpió Dorian-. Reconocerás, Harry, que las mujeres dan a los hombres el oro mismo de su existencia.

–Es posible –suspiró Lord Henry-; pero invariablemente tratan de ganar algo en el cambio. Esta es la lástima. Las mujeres, como dijo un francés de mucho ingenio, nos inspiran el deseo de hacer obras maestras, y nos impiden siempre llevarlas a cabo.

–¡Eres un monstruo, Harry! No sé por qué te tengo tanto afecto.

–Siempre me lo tendrás, Dorian –replicó Lord Henry-. ¿Tomaréis café, verdad? ¡Mozo: café, coñac y cigarrillos! No; cigarrillos no; todavía me quedan. Basil, no puedo consentirte que fumes un cigarro. Toma un pitillo. El pitillo es el tipo perfecto de un placer perfecto. Es exquisito, y le deja a uno insatisfecho. ¿Qué más se puede desear? Sí, Dorian, siempre me tendrás afecto. Represento para ti todos los pecados que no has tenido el valor de cometer.

–¡Qué tonterías dices, Harry! –exclamó el mancebo encendiendo un cigarrillo en el dragón de plata vomitando fuego que acababa el mozo de colocar en la mesa-. Vámonos al teatro. Cuando aparezca Sibyl en escena concebiréis un nuevo ideal de vida. Será para vosotros algo que no habéis todavía conocido.

–Yo he conocido todo –dijo Lord Henry, con una mirada de cansancio–; pero estoy pronto siempre a toda emoción nueva. Temo, sin embargo, que, para mí al menos, no exista ya tal cosa. No obstante, tu maravillosa doncella puede todavía conmoverme. Adoro el teatro. Es mucho más real que la vida. Vamos, Dorian, tú vendrás conmigo. Lo siento infinito, Basil, pero no hay sitio más que para dos en mi *brougham*. Tú vendrás detrás en un *hansom*[18].

Levantáronse y pusiéronse los abrigos, tomando el café en pie. El pintor estaba silencioso y preocupado. Sentíase entenebrecido. No podía aprobar aquel matrimonio, y, sin embargo, le parecía preferible a otras muchas cosas que habrían podido suceder. Al cabo de unos minutos bajaron todos. Hallward subió en un *hansom*, como se había convenido, sin perder de vista las fulgurantes linternas del carricoche de Lord Henry, que iba delante. Un extraño sentimiento de vacío se apoderó de él. Comprendía que Dorian Gray no volvería a ser nunca para él todo lo que había sido en el pasado. La vida se había interpuesto entre ambos... Sus ojos se nublaron; las calles, concurridas y resplandecientes, se torna-

[18] *Brougham*: coche cerrado de dos o cuatro ruedas, tirado por un caballo. Trae el nombre de su inventor, Lord Brougham (1778-1868). *Hansom*: coche de punto, de dos ruedas, con pescante en la zaga.

ron borrosas. Al detenerse el coche a la puerta del teatro, le pareció haber envejecido unos cuantos años.

CAPÍTULO VII

Por una u otra razón, la sala estaba atestada aquella noche, y el gordo empresario judío, al que encontraron a la puerta, resplandecía de oreja a oreja con una untuosa y temblona sonrisa. Escoltóles hasta el palco con una especie de pomposa humildad, sacudiendo sus manos adiposas y enjoyadas, y hablando a voz en cuello. Dorian Gray lo encontró más abominable que nunca. Sentía como si, habiendo venido para ver a Miranda, se hubiese tropezado con Caliban. Lord Henry, en cambio, casi lo halló de su gusto. Por lo menos, así lo declaró, e insistió en estrecharle la mano, asegurándole que se sentía orgulloso de encontrar a un hombre que había descubierto a un artista realmente genial y hecho bancarrota por un poeta. Hallward se distrajo en observar los rostros del patio. Hacía un calor sofocante, y la enorme araña del centro fulguraba como una dalia monstruosa de amarillos pétalos de fuego. Los mozos, en la galería, se habían despojado de chaquetas y chalecos, colgándolos de la barandilla. Hablábanse de un lado a otro del teatro, y compartían sus naranjas con las criaturas vestidas de colores chillones que tenían al lado. Algunas mujeres reían en el patio. Sus voces eran horrible-

mente agudas y discordantes. Del bar llegaba el taponazo de las botellas descorchadas.

–¡Qué sitio para encontrar a la deidad de uno! –exclamó Lord Henry.

–Sí –repuso Dorian Gray-. Aquí fue donde la hallé, más divina que todo lo existente. Cuando salga a escena lo olvidaréis todo. Esta gente, vulgar y tosca, con sus rostros soeces y sus ademanes brutales, en cuanto ella sale, cambia por completo. Guardan silencio y la contemplan. Lloran y ríen a voluntad de ella. Son, para ella, como un violín en el cual tocase. Ella los espiritualiza y nos hace sentir que son de la misma carne y de la misma sangre que nosotros.

–¡De la misma carne y la misma sangre que nosotros!

–¡Oh, espero que no! –exclamó Lord Henry, examinando con sus gemelos a los espectadores de la galería.

–No le hagas caso, Dorian –dijo el pintor-: Yo comprendo lo que quieres decir, y tengo fe en esa muchacha. Todo ser al que tú quieras tiene que ser maravilloso; y una muchacha que produce el efecto que dices, preciso es que sea bella y noble. Espiritualizar a nuestros contemporáneos, ya es tarea digna de emprenderse. Si esa muchacha puede dar alma a los que han vivido sin ella; si puede suscitar el sentido de la belleza en gentes cuyas vidas han sido sórdidas y feas; si puede despojarlas de su egoísmo y prestarles lágrimas para llorar dolores que no son los suyos propios, realmente es digna de toda tu admiración y digna de la admiración del mundo. Ese matrimonio es perfectamente razonable. Al principio no lo creí así; pero ahora lo reconozco. Los dioses

han hecho a Sibyl Vane para ti. Sin ella, hubieras quedado incompleto.

–Gracias, Basil –contestó Dorian Gray, estrechándole la mano-. Estaba seguro de que tú me entenderías. Harry es tan cínico, que me da miedo. Pero ya empieza la orquesta. Es tremenda; pero no dura más que cinco minutos. Luego se levantará el telón, y veréis a la mujer a quien voy a dar mi vida entera, a la que he dado ya todo lo que hay en mí de bueno.

Un cuarto de hora después, en medio de una tempestad de aplausos, entró Sibyl Vane en escena. Sí, ciertamente que era atractiva; una de las criaturas más deliciosas que había visto nunca, pensó Lord Henry. Había algo del cervatillo en su gracia tímida y sus ojos medrosos. Un leve rubor, semejante a la sombra de una rosa en un espejo de plata, coloreó sus mejillas al posar la mirada en aquella multitud entusiasmada que llenaba la sala. Retrocedió unos pasos, y sus labios parecieron temblar. Basil Hallward, poniéndose en pie vivamente, comenzó a aplaudir. Inmóvil, como en un sueño, Dorian Gray permanecía sentado, contemplándola absorto. Lord Henry requirió sus gemelos, murmurando: "¡Deliciosa! ¡Deliciosa!".

La escena era en un salón de casa de los Capuleto, y Romeo, disfrazado de romero, acababa de entrar con Mercutio y sus otros amigos. La banda atacó unos compases de música, y el baile empezó. En medio de la multitud de racionistas desgarbados y fachosos, Sibyl Vane se balanceaba, al bailar, como una planta en el agua. La curva de su cuello era

la curva de una blanca azucena. Sus manos parecían hechas de frío marfil.

Sin embargo, parecía extrañamente inatenta. No mostró señal alguna de alegría al detener los ojos en Romeo.

Las pocas palabras que tenía que hablar:

Good pilgrim, you do wrong your hand too much,
Which mannerly devotion shows in this;
For saints have hands that pilgrims hands do touch.
And palm to palm is holy palmer s kiss,[19]

con el breve diálogo que sigue, fueron dichas de un modo afectado. La voz era deliciosa, pero la entonación enteramente falta, equivocada de color, despojando de toda vida el verso, haciendo irreal la pasión.

Dorian Gray palideció observándola, confundido, anhelante. Ninguno de sus dos amigos se atrevió a decirle nada. A ambos les pareció una actriz mediocrísima, y ambos se sintieron horriblemente defraudados.

Sin embargo, sabían que la prueba decisiva de toda Julieta es la escena del balcón en el segundo acto. Esperaron; si fracasaba allí, es no que había nada en ella.

Realmente estaba encantadora cuando apareció a la luz de la luna. Esto no podía negarse. Pero su afectación era insoportable, y por momentos iba agravándose. Su manera de accionar se resentía de un absurdo amaneramiento, y a

[19] "Buen peregrino: sois demasiado severo con vuestra mano, que en esto muestra sólo una cortés devoción; pues manos tienen las santas que tocan las manos de los peregrinos, y con sus palmas besa el remero piadoso." Acto I. Escena V.

todo lo que decía le daba un énfasis excesivo. El bellísimo pasaje:

Thou know est the mask of night is on my face,
Else would a maiden blush bepaint my cheek
For that which thou hast heard me speak to-night,[20]

fue declamado con la penosa precisión de una colegiala, enseñada a recitar por un profesor de declamación, de segundo orden. Cuando se inclinó sobre el balcón y llegó a aquellos versos maravillosos:

Although I joy in thee,
I have no joy of this contract to-night:
It is too rash, too unadvised, too sudden,
Too like the lightning which doth cease to be
Ere one can say It lightens! Sweet, good-night!
This bud of love, by summer s ripening breath
May prove a beauteaous flower when next we meet,[21]

pronunció las palabras como si no tuviesen sentido alguno para ella. No era azoramiento, no. Al contrario, parecía ab-

[20] "Mi rostro cubre el antifaz de la noche; de otra suerte, un rubor virginal teñiría mis mejillas, por las palabras que de mis labios esta noche oíste." Acto II. Escena II.

[21] "Aunque tu presencia sea mi alegría, este contrato nocturno no puede alborozarme: es demasiado brusco, demasiado imprudente, demasiado súbito, demasiado como el relámpago, que, antes de poder decir. "¡Relampaguea!", ya ha cesado... ¡Buenas noches, mi bien! Quizás la próxima vez que nos veamos, este capullo de amor, madurado por el soplo del estío, se habrá convertido en flor galana..."

solutamente dueña de sí misma. Era, simplemente, arte malo; un completo fiasco.

Hasta el público vulgar e ineducado del patio y de la galería perdió todo interés en la obra. Comenzaron a agitarse, a hablar alto, a sisear. El empresario judío, de pie en el fondo de la sala, pateaba y juraba de rabia. La única persona tranquila era ella.

Al terminar el segundo acto, se desencadenó un huracán de silbidos, y Lord Henry se levantó de su silla y se puso el gabán.

–Es preciosa, Dorian –dijo-; pero no tiene idea del teatro. Vámonos.

–Quiero ver toda la obra –contestó el mozo, con voz sorda y amarga-. Siento infinito haberte hecho perder la noche, Harry. A ambos os pido mil perdones.

–Querido Dorian, Miss Vane debe estar indispuesta –interrumpió Hallward-. Volveremos otra noche.

–¡Pluguiera al cielo que estuviese enferma! –replicó Dorian-. Pero me parece, simplemente, insensible y fría. Ha dado un cambio completo. Anoche era una gran artista. Hoy, no pasa de ser una actriz mediocre y adocenada.

–No hables así de una mujer que amas, Dorian. El amor es cosa mucho más maravillosa que el arte.

–Ambos no son más que simples formas de imitación –hizo observar Lord Henry-. Pero salgamos. No debes permanecer aquí más tiempo, Dorian. Ver representar mal, es sumamente pernicioso para la moral de uno. Además, no creo que quieras que tu mujer continúe en el teatro. ¿Qué importa, pues, que haga Julieta como una muñeca de palo?

Es muy bonita, y si sabe tan poco de la vida como del teatro, será una experiencia deliciosa. No hay más que dos clases de personas que sean realmente sugestivas: las que lo saben todo, y las que no saben nada en absoluto. ¡Por Dios, hijo mío, no pongas esa cara tan trágica! El secreto de permanecer joven es no tener nunca una emoción desagradable. Ven al club con Basil y conmigo. Fumaremos y beberemos a la belleza de Sibyl Vane. Es preciosa. ¿Qué más puedes desear?

–¡Vete, Harry, vete! –gritó el mozo-. Necesito estar solo. Y tú también, vete, Basil. ¡Ah!, ¿no veis que se me está rompiendo el corazón?

Sus ojos se llenaron de lágrimas ardientes; tembláronle los labios, y corriendo hacia el fondo del palco, se apoyó contra la pared y escondió el rostro en las manos.

–Vámonos, Basil –dijo Lord Henry, con una extraña ternura en la voz. Y ambos salieron juntos.

Pocos momentos después se encendieron las candilejas, y levantóse el telón para el tercer acto. Dorian Gray volvió a ocupar su silla. Estaba pálido, altivo e indiferente. La obra avanzaba penosamente, y parecía interminable. La mitad del auditorio se marchó, con un ruido de pies pesados y riendo.

El fracaso era completo. El último acto, transcurrió ante los bancos casi desiertos. El telón cayó entre unas risitas burlonas y unos cuantos gruñidos.

Apenas hubo terminado, corrió Dorian Gray hacia el saloncillo. Allí estaba la muchacha, sola, con una expresión de triunfo. En sus ojos brillaba un fuego intenso. Toda ella parecía resplandecer. Sus labios entreabiertos sonreían a algún secreto sólo de ella conocido.

Al entrar Dorian, le miró con una mirada de alegría infinita.

–¡Qué mal he estado esta noche!, ¿verdad, Dorian? –exclamó.

–¡Horriblemente! –contestó él, contemplándola estupefacto-. ¿Estás enferma? No tienes idea de lo mal que has estado. No puedes figurarte cuánto he sufrido.

La muchacha sonrió.

–Dorian –repuso, deteniéndose con voz musical en el nombre, como si fuera más dulce que la miel a los pétalos rojos de su boca-, Dorian, deberías haber comprendido. Pero ahora sí comprendes, ¿verdad?

–¿Comprendo, qué? –preguntó él, coléricamente.

–Por qué he estado tan mal esta noche. Por qué estaré ya siempre mal. Por qué no volveré ya nunca a trabajar bien.

Encogióse Dorian de hombros.

–Quiero suponer que estás enferma. Pero, en ese caso, no deberías salir a escena. Te pones en ridículo. Nos has hecho pasar un mal rato, a mis amigos y a mí.

Ella no parecía escucharle. La alegría la transfiguraba. Un éxtasis de felicidad se había apoderado de ella.

–¡Dorian, Dorian! –exclamó-; antes de conocerte el teatro era la única realidad de mi vida. El teatro era el único lugar en que vivía. Creía que todo lo que en él representábamos era verdad. Una noche era Rosalinda, y Porcia a la siguiente. La alegría de Beatriz era mi alegría, y el dolor de

Cordelia[22] también era el mío. Creía en todo. La gente vulgar que trabajaba conmigo me parecía semejante a los dioses. Las decoraciones pintadas eran mi mundo. No conocía sino sombras, y me parecían reales. Viniste tú... –¡oh amor mío!– y libertaste mi alma de su cárcel. Me enseñaste lo que es la realidad. Esta noche, por primera vez en mi vida, he visto la vanidad, la ficción y la estupidez de la farsa sin sentido en que hasta ahora me he movido. Esta noche, por vez primera, me he dado cuenta de que Romeo era repugnante, y viejo y pintado, de que la luz de la luna en el huerto era ficticia, de que el decorado era atrozmente vulgar, y de que las palabras que tenía que pronunciar eran mentira, no eran mis palabras, no eran lo que yo quería decir. Tú me has traído algo más elevado, algo de que todo el arte es sólo un reflejo. Tú me has hecho comprender lo que realmente es el amor. ¡Amor mío! ¡Amor mío! ¡Mi príncipe! ¡Príncipe de mi vida! Me repugnan ya las sombras. Tú eres más para mí que todo cuanto pueda ser el arte. ¿Qué tengo que ver yo con los muñecos de una comedia? Cuando esta noche salí a escena no podía comprender cómo era que todo esto se había ido de mí. Creí que iba a estar maravillosa, y vi que no podía hacer nada. De pronto se hizo en mí la luz, y comprendí. Les oía silbarme, y sonreía. ¿Qué podían ellos saber de un amor como el nuestro? Llévame contigo, Dorian... llévame contigo, adonde podamos estar completamente solos. Odio el teatro. Podría fingir una pasión que no sintiese, pero no puedo simular una

[22] Heroínas de dramas y comedias de Shakespeare: Rosalinda de *Como gustéis*; Porcia, de *El Mercader de Venecia*; Beatriz, de *Mucho ruido para nada*; Cordelia, de *El Real Lear*.

que me quema como fuego. ¡Oh Dorian, Dorian!, ¿comprendes ahora lo que esto significa? Y aunque pudiera hacerlo, sería para mí una profanación salir a escena estando enamorada. Tú me has hecho ver esto.

Dorian se dejó caer en el sofá, y apartando los ojos de ella, murmuró:

–Has matado mi amor.

Ella le miró asombrada, y se echó a reír. Él no dijo nada. Entonces ella se le acercó suavemente y le acarició con sus dedos menudos los cabellos. Luego se arrodilló y le besó las manos. Retirólas él, estremeciéndose.

De pronto, levantándose, se dirigió hacia la puerta.

–Sí –gritó-, has matado mi amor. Antes excitabas mi imaginación, y ahora, ni siquiera consigues despertar mi curiosidad. Me dejas completamente frío. Yo te quería porque eras maravillosa, porque había en ti genio y entendimiento; porque hacías realidad los sueños de los grandes poetas, y dabas formas y sustancia a las sombras del arte. Tú misma te has despojado de todo. Eres superficial y tonta. ¡Santo Dios, qué loco fui en quererte! ¡Qué necio! En este momento, ya no eres nada para mí. No quiero volver a verte. No quiero pensar más en ti, ni acordarme de tu nombre. ¡Tú no sabes lo que eras antes para mí! Antes... ¡Pero no quiero pensar más en ello! ¡Ojalá no te hubiesen visto nunca mis ojos! Tú has destruido la novela de mi vida. ¡Qué poco sabes del amor, si piensas que perjudica a tu arte! Sin tu arte no eres nada. Yo te habría hecho famosa, rica y magnífica. El mundo te habría adorado, y tu hubieses llevado mi nombre. ¿Qué

eres ahora, en cambio? Una actriz de tercer orden, tonta y bonita.

La muchacha palidecía y temblaba. Juntó las manos y murmuró con una voz que parecía anudarse en la garganta:

–No es posible que hables en serio, ¿verdad, Dorian? Estás representando una comedia.

–¿Representando? Eso lo dejo para ti. ¡Lo haces tan bien! –replicó él, mordazmente.

Levantóse ella, y con una lastimera expresión de dolor en el rostro vino hacia él. Le puso la mano en el brazo y le miró en los ojos. Él la rechazó, gritando:

–¡No me toques!

Ella lanzó un sordo gemido, y se derribó a los pies de él, quedando inmóvil, como una flor pisoteada.

–¡Dorian, Dorian, no me abandones! –musitó-. ¡Siento tanto haber estado mal esta noche! Pensaba en ti todo el tiempo. Pero yo trataré... sí, te aseguro que trataré... ¡este amor que tengo ha sido para mí una cosa tan súbita! Creo que nunca lo habría conocido si tú no me hubieses besado... si no nos hubiésemos besado. ¡Bésame de nuevo, amor mío! No te vayas; no me dejes. Mi hermano... No; ¿a qué pensar en ello? Él no quería decir eso. Hablaba en broma... Pero tú, tú, ¿no puedes perdonarme por esta noche? Yo trabajaré, estudiaré mucho, y trataré de progresar. ¡No seas cruel conmigo, sólo porque te quiero más que a nada en el mundo! Después de todo, hoy es la única vez que no te he gustado. Pero tienes razón de sobra, Dorian. Yo debería haberme mostrado más que una artista. Fue una tontería, lo reconoz-

co; pero no podía hacer otra cosa... ¡Oh, no me dejes, no te vayas!

Un acceso de sollozos apasionados la sofocó. Quedó acurrucada en tierra como una bestezuela herida.

Dorian Gray la contempló un momento, y sus labios se contrajeron en una mueca de exquisito desdén. Siempre hay algo ridículo en las emociones de aquellas personas que hemos dejado de querer. En aquel instante, Sibyl Vane le parecía absurdamente melodramática. Sus lágrimas y sollozos le molestaban.

–Me voy –dijo al fin, con su voz clara y tranquila-. Lo siento mucho, pero no me es posible volver a verte. Me has defraudado por completo.

Ella lloraba silenciosamente. No dijo nada; pero se acercó, arrastrándose, a él. Sus manecitas se tendieron como las de un ciego, pareciendo buscarle. Él volvió los talones, y salió del cuarto. Pocos segundos después estaba en la calle.

Apenas se dio cuenta del rumbo que tomaba. Se acordaba de haber vagado a través de callejuelas obscuras, pasadizos sombríos y casas siniestras. Mujeres de voz bronca y risa agria habían siseado llamándole. Borrachos, maldiciendo y monologando confusamente, habían pasado junto a él, haciendo eses, como simios monstruosos. Había visto niños como sabandijas, arracimados delante de algunos umbrales, y oído chillidos y blasfemias que salían de los portales lóbregos.

Amanecía cuando se encontró en los alrededores de Covent Garden[23]. Las tinieblas se iban disipando, y el cielo,

[23] Principal mercado de legumbres, frutas y flores de Londres.

encendiéndose en fuegos tenues, iba trocándose en una perla perfecta. Grandes carretas atestadas de cabeceantes azucenas rodaban lentamente por las bruñidas calles desiertas. Un aroma denso traspasaba el aire, y la belleza de las flores pareció traer un lenitivo a su angustia. Entró en el mercado, y miró a los hombres descargando sus carros. Uno de ellos, vestido con una blusa blanca, le ofreció unas cerezas. Le dio las gracias, asombrado de que se negara a aceptar una propina, y comenzó a comerlas distraídamente. Habían sido cogidas a media noche, y la frescura de la luna las había penetrado. Una larga hilera de muchachos con canastas de tulipanes rayados y rosas rojas y amarillas desfilaron ante él, por entre las enormes pirámides verde jade de las hortalizas. En el pórtico de grises columnas, emblanquecidas por el sol, vagabundeaba un tropel de muchachas, sucias de tierra y sin nada a la cabeza, esperando el final de la subasta. Otras, se apiñaban delante de las puertas giratorias de los cafetines de la Piazza. Los pesados caballos de los carros resbalaban sobre el adoquinado desigual, sacudiendo sus collarones de cascabeles. Algunos de los conductores yacían dormidos sobre un montón de sacos. Con sus patitas rojas y sus cuellos irisados, corrían y revolaban de un lado a otro los pichones, picoteando los granos esparcidos.

Al cabo de poco rato, tomó un coche para ir a su casa. Ya en el umbral de ésta, detúvose unos momentos contemplando la plaza silenciosa, las cerradas ventanas con sus persianas de colores vivos. El cielo era ahora un puro ópalo, y los tejados brillaban como plata. De una chimenea elevábase

una tenue espiral de humo. Rizábase, como una cinta violeta, sobre el fondo de nácar.

En la gran linterna veneciana, toda dorada, despojo de la góndola de algún Dux, que colgaba del artesonado del vasto *hall* revestido de roble, ardían aún tres vacilantes mecheros, como azulosos pétalos de llama, orillados de un fulgor blanquecino. Los apagó, y después de arrojar sobre una mesa su capa y su sombrero, se dirigió, atravesando la biblioteca, hacia su alcoba, ancho aposento octogonal del piso bajo, que él mismo, en su naciente afición al lujo, se había ocupado en decorar, colgándolo con unos hermosos tapices del Renacimiento que descubriera en un olvidado desván de Selby Royal. Al dar la vuelta al pomo de la puerta, cayeron sus ojos sobre el retrato que le había hecho Basil Hallward. Asombrado, dio un paso atrás. Enseguida, rehaciéndose, entró en la alcoba un tanto desconcertado. Acababa de desabotonarse el frac, cuando pareció titubear. Al fin, volvió atrás, se acercó al retrato y lo examinó. A la luz escasa que luchaba por atravesar los estores de seda crema, el rostro se le antojó un tanto cambiado. La expresión parecía otra. Hubiérase dicho que había en la boca un cierto dejo de crueldad. Realmente era extraño.

Volviéndose, se dirigió a la ventana y descorrió el estor. La aurora inundó la estancia, barriendo las sombras caprichosas a los rincones polvorientos, donde quedaron estremeciéndose. Pero la extraña expresión que notara en el rostro del retrato parecía persistir, más profundamente aún si cabe. La luz viva y palpitante del sol le mostraba alrededor de la boca unas arrugas de crueldad, con la misma claridad

que si se hubiese contemplado en un espejo después de realizar algún acto horrendo.

Retrocedió, y cogiendo de la mesa un espejito oval, enmarcado de amorcillos de marfil, uno de los muchos regalos de Lord Henry, contemplóse ávidamente en sus bruñidas profundidades. Ninguna arruga turbaba la línea de sus labios rojos. ¿Qué podía, pues, significar aquello?

Se restregó los ojos, y acercóse luego al retrato para examinarlo de nuevo. Nadie lo había tocado desde que lo trajeron; y, sin embargo, no cabía duda de que la expresión general había cambiado. No era una simple fantasía suya. La cosa era espantosamente visible.

Dejándose caer en un sillón, se puso a meditar. De pronto, le fulguró en la memoria lo que había dicho en el estudio de Basil Hallward el mismo día que éste había acabado su retrato. Sí, se acordaba perfectamente. Había formulado el deseo absurdo de permanecer él joven, y de que envejeciera el retrato en lugar suyo; el deseo de que su propia belleza perdurase sin mácula, mientras el rostro pintado sobre el lienzo fuera el que llevase el peso de sus pasiones y pecados; de que la imagen pintada se marchitase bajo las arrugas del dolor y el pensamiento, mientras él conservaría toda la delicada lozanía y el encanto de su adolescencia, ya consciente de sí misma. ¿No le habría sido otorgado su deseo? Pero tales cosas eran imposibles. Pensar sólo en ello, era ya monstruoso. Y, sin embargo, allí estaba el retrato, ante él, con su sombra de crueldad en la boca.

¿Crueldad? ¿Había sido él cruel, acaso? La culpa era de ella, y no suya. Él había soñado en ella como en una gran

artista, le había entregado su amor por creerla genial. Luego, ella le había desilusionado. La había visto vulgar, indigna de él. Sin embargo, un remordimiento infinito le invadía, al recordarla caída a sus pies, sollozando como un niño. Recordó con qué insensibilidad la había mirado entonces. ¿Por qué sería él de ese modo? ¿Por qué le habría sido dada un alma semejante? Pero también él había sufrido. Durante las tres terribles horas que había durado la representación, había vivido siglos de dolor, eternidades de tortura. Su vida, bien valía la de ella. Si él la había herido para toda una vida, ella, en cambio, le había frustrado un momento. Además, las mujeres son más aptas para soportar el dolor que los hombres. Viven de sus emociones. No piensan más que con sus emociones. Cuando toman un amante, no es sino para tener alguien a quien poder hacer escenas. Así se lo había dicho Lord Henry, que sabía a qué atenerse respecto a las mujeres. ¿Por qué iba él a inquietarse a causa de Sibyl Vane? Esta ya no era nada para él.

Pero ¿y el retrato? ¿Qué decir de esto? ¿El retrato poseía el secreto de su vida, y contaba su historia? Él le había enseñado a amar su propia belleza. ¿Le enseñaría también a aborrecer su alma? ¿Podría él mirarlo de nuevo?

No; todo había sido una ilusión de sus sentidos conturbados. Aquella horrible noche que había pasado, dejó fantasmas detrás. De improviso, esa motita roja que vuelve dementes a los hombres, se había deslizado en su cerebro. El retrato no había cambiado. Era locura pensarlo.

Sin embargo, allí estaba mirándole, con su hermoso rostro desfigurado y su sonrisa cruel. Sus cabellos sedosos

rebrillaban al sol de la mañana. Los ojos azules tropezaron con los suyos. Un sentimiento de infinita compasión, no de sí mismo, sino de la imagen pintada, se apoderó de él. De la imagen ya alterada, y que cada día iría alterándose más. Su oro se marchitaría, hasta tornarse gris. Sus rosas blancas y encarnadas morirían. A cada pecado que cometiese, un nuevo estigma vendría a marcar y destruir su hermosura. Pero él no quería pecar. El retrato, cambiado o no, sería para él el emblema visible de la conciencia. Él resistiría las tentaciones. No volvería a ver a Lord Henry..., no volvería, a ningún precio, a escuchar aquellas sutiles y envenenadas teorías que, por vez primera, en el jardín de Basil Hallward, habían despertado en su alma el deseo de cosas imposibles. Volvería al lado de Sibyl Vane, le pediría perdón, se casaría con ella, trataría de quererla otra vez. Sí; ése era su deber. Ella debía de haber sufrido más que él. ¡Pobre criatura! Él había sido egoísta y cruel con ella. La fascinación que ella había ejercido sobre él renacería. Serían felices el uno junto al otro. Su vida sería hermosa y pura.

Levantándose del sillón, fue a correr un alto biombo delante del retrato, no sin estremecerse al verlo de nuevo.

–¡Qué horror! –murmuró, atravesando la estancia y abriendo la puerta acristalada que daba al jardín.

Al pisar el césped, respiró profundamente. El aire fresco de la mañana pareció ahuyentar todos sus pensamientos sombríos. Pensó únicamente en Sibyl. Un eco apagado de su amor resonó en él. Una y otra vez repitió el nombre de ella. Los pájaros que cantaban en el jardín, empapado de rocío, parecían estar hablando de ella a las flores.

CAPÍTULO VIII

Hacía tiempo que dieran las doce cuando despertó. Su ayuda de cámara había entrado varias veces de puntillas en la alcoba para ver si aún dormía, sorprendido de un sueño tan prolongado. Al fin sonó la campanilla, y Víctor entró suavemente con una taza de té y un montón de cartas encima de una bandejita de Sèvres antigua, y fue a descorrer las cortinas de seda color oliva, forradas de azul, que velaban los tres ventanales.

–El señor ha dormido bien esta mañana –dijo sonriendo.

–¿Qué hora es, Víctor? –preguntó Dorian, todavía soñoliento.

–La una y cuarto, señor.

–¡Qué tarde! Se incorporó, y después de tomar unos sorbos de té, se dispuso a abrir sus cartas. Una era de Lord Henry, traída a mano aquella misma mañana. Titubeó un momento, y al fin la dejó a un lado. Luego abrió indolentemente las demás. Contenían la acostumbrada colección de tarjetas, invitaciones a comer, invitaciones para exposiciones particulares, programas de conciertos benéficos y demás

impresos que llueven sobre todo joven distinguido cada mañana. También había una cuenta bastante subida por un juego de tocador, de plata cincelada Luis XV, cuenta que aún no había tenido valor para enviar a sus tutores, gente muy chapada a la antigua, incapaces de comprender que vivimos en una época en que sólo las cosas superfluas nos son necesarias, y unas cuantas proposiciones, redactadas en términos obsequiosos, de prestamistas de Jermyn Street, que se ofrecían a adelantarle, con intereses muy razonables, cualquier suma que le hiciese falta.

Levantóse al cabo de diez minutos, y echándose encima una bata de casimir, bordada en seda, pasó al cuarto de baño, pavimentado de ónice. El agua fría le tonificó después del largo sueño. Le parecía haber olvidado todo lo ocurrido. Una o dos veces tuvo la vaga sensación de haber tomado parte en una singular tragedia; pero el recuerdo tenía toda la irrealidad de un sueño.

Apenas vestido, entró en la biblioteca, donde se sentó ante un ligero almuerzo a la francesa, servido sobre una mesita redonda, junto a la abierta ventana. Hacía un tiempo delicioso. El aire tibio pareció cargado de especias. Entró una abeja, zumbando en torno del jarrón azul que, lleno de rosas amarillo azufre, ocupaba el centro del velador. Se sentía completamente feliz.

De pronto, sus ojos se fijaron en el biombo que colocara delante del retrato, y se estremeció.

–¿Tiene frío el señor? –preguntó el criado, colocando una tortilla sobre la mesa-. ¿Quiere que cierre la ventana?

Dorian meneó la cabeza.

–No; no tengo frío –murmuró.

¿Luego era cierto? ¿Habría cambiado realmente el retrato? ¿O fue sólo su imaginación la que le hizo ver una expresión de maldad donde hubo una expresión de alegría? ¿Podía acaso cambiar un lienzo pintado? La cosa era absurda. ¡Bah!, una historieta divertida que contar a Basil algún día. Seguramente le haría sonreír.

Y, sin embargo, ¡qué vivo y preciso tenía el recuerdo de todo ello! Primero, en la penumbra de la aurora y luego a la luz de la mañana, había visto aquella mueca de crueldad en torno de sus labios sinuosos. Casi temía que el criado saliera de la habitación. Sabía que al quedarse solo tendría que examinar el retrato. Le asustaba esta certidumbre. Cuando el criado le hubo traído el café y los cigarrillos, y había dado media vuelta para irse, sintió un deseo frenético de decirle que se quedase. No había acabado de cerrar la puerta, cuando, sin poderse contener, le llamó. El mozo aguardó, en pie sobre el umbral, las órdenes. Dorian le miró un momento. Al fin dijo, con un suspiro:

–No estoy en casa para nadie, Víctor.

El criado saludó y se retiró.

Levantándose de la mesa, encendió Dorian un cigarrillo y fue a echarse en un diván cubierto de suntuosos cojines que había frente al biombo. Este era antiguo, de dorado cuero de Córdoba, estofado y labrado en estilo Luis XIV un tanto florido. Dorian lo contempló con curiosidad, preguntándose si ya habría escondido alguna vez el secreto de la vida de un hombre.

Y, después de todo, ¿a qué tocarlo? ¿Por qué no dejarlo estar allí? ¿Para qué saber? Si la cosa era cierta, era terrible. Si no lo era, ¿a qué inquietarse? Pero, ¿y si, por una espantosa casualidad, otros ojos que los suyos lo descubrían y veían el horrible cambio? ¿Qué hacer si Basil Hallward venía alguna vez para ver su cuadro? Y seguramente que Basil no dejaría de hacerlo. No, no había más remedio que poner la cosa en claro; y sobre la marcha. Todo sería preferible a aquel estado angustioso de duda.

Levantándose, corrió los pestillos de las dos puertas Por lo menos, vería a solas la máscara de su vergüenza. Luego, echó a un lado el biombo, y se contempló a sí mismo cara a cara. Sí; era absolutamente cierto. El retrato había cambiado.

Como a menudo recordaba más tarde, y siempre con no poca extrañeza, se sorprendió examinando el cuadro con un sentimiento casi de interés científico. No podía creer que hubiera tenido lugar un cambio semejante. Y, sin embargo, era un hecho. ¿Había, pues, alguna sutil afinidad entre los átomos químicos condensados en forma y color sobre el lienzo y el alma que habitaba en él? ¿Era posible que lo que esta alma pensaba, aquellos átomos lo reflejaran; que lo que ella soñaba, ellos lo hicieran visible? ¿O habría alguna otra y más terrible razón? Aterrado y trémulo, retrocedió hasta el diván, donde quedó desplomado, contemplando el retrato con un creciente pavor.

Comprendía, sin embargo, que le debía una cosa: la conciencia de lo cruel e injusto que había estado con Sibyl Vane. Menos mal que aún estaba a tiempo de reparar lo hecho. Todavía podía Sibyl ser su esposa. Su amor imaginativo

y egoísta cedería a una influencia más pura, se transformaría en una pasión más noble, y el retrato que pintara Basil Hallward le serviría de guía a través de la vida, sería para él lo que la santidad para algunos y la conciencia para otros, y el temor de Dios para todos. Había narcóticos para el remordimiento, drogas capaces de adormecer el sentido moral. Pero éste era un símbolo visible de la degradación del pecado, una señal constante de la ruina a que lleva el hombre su alma.

Dieron las tres, y las cuatro, y la media hizo sonar su doble juego de campanas, sin que Dorian Gray se moviera. Estaba tratando de reunir los hilos escarlata de la vida y tejerlos en un nuevo patrón; tratando de encontrar su camino en medio del ardiente laberinto de pasiones por que vagaba. No sabía ya qué hacer ni qué pensar. Al fin, se sentó a la mesa y escribió una carta apasionada a Sibyl Vane, implorando su perdón y acusándose a sí mismo de locura. Página tras página cubrió de exaltadas palabras de remordimiento y gritos de dolor. El auto reproche es un lujo. Censurándonos, imaginamos que nadie tiene ya derecho a hacerlo. Es la confesión, y no el sacerdote, lo que nos da la absolución. Al terminar la carta, Dorian ya se sentía perdonado.

De pronto, dieron unos golpecitos en la puerta y oyó la voz de Lord Henry.

–Necesito verte, Dorian. Ten la bondad de abrirme. No puedo soportar verte así encerrado.

Al principio, no contestó y permaneció completamente inmóvil. Los golpecitos, entonces, continuaron y se hicieron más fuertes.

¡Bah!, era preferible dejar entrar a Lord Henry y explicarle la nueva vida que se proponía llevar, y reñir con él, si era preciso, y romper de una vez, si era inevitable. Poniéndose en pie de un salto, fue precipitadamente a correr de nuevo el biombo, y luego abrió la puerta.

–No te puedes figurar cuánto lo he sentido, Dorian –exclamó Lord Henry, entrando-. Pero, en fin, no debes pensar más en ello.

–¿Te refieres a Sibyl Vane? –preguntó Dorian.

–Naturalmente –contestó Lord Henry, hundiéndose en un sillón y quitándose lentamente los guantes amarillos–. Es horrible, desde cierto punto de vista, pero no ha sido culpa tuya. Cuéntame: ¿la fuiste a ver al terminar la representación?

–Sí.

–Estaba seguro. ¿Y tuviste con ella una escena?

–Estuve brutal, Harry... absolutamente brutal. Pero todo ha pasado ya. Y no siento nada lo ocurrido. Me ha enseñado a conocerme mejor.

–¡Vaya, me alegro de que lo tomes así, Dorian! Temía encontrarte sumido en remordimientos y arrancándote esos hermosos rizos.

–¡Ah, todo eso ya pasó! –dijo Dorian, moviendo la cabeza y sonriendo-. Ahora me siento completamente feliz. Por lo pronto, sé lo que es la conciencia. No es lo que tú me dijiste, no. Es lo más divino que hay en nosotros. No te burles, Harry, no te burles... por lo menos delante de mí.

Yo quiero ser bueno. No puedo soportar la idea de que mi alma se convierta en una cosa repugnante.

–¡Encantadora base para la moral, Dorian! Te felicito por ella. Pero, ¿por dónde vas a empezar?

–Por casarme con Sibyl Vane.

–¿Casarte con Sibyl Vane? –exclamó Lord Henry, poniéndose en pie y mirándole estupefacto-. Pero, querido Dorian...

–Sí, Harry, ya sé lo que vas a decirme. Alguna atrocidad sobre el matrimonio. No la digas. No vuelvas a decirme nunca cosas por ese estilo. Hace dos días di palabra de casamiento a Sibyl, y no voy a romperla ahora Será mi mujer.

–¡Tu mujer! ¡Dorian!...¿No has recibido mi carta? Te escribí esta mañana, y te la envié a mano, por mi propio criado.

-¿Tu carta? ¡Ah!, sí, recuerdo. Aún no la he leído, Harry. Temí encontrar en ella algo que no fuera de mi agrado. Con tus epigramas siempre haces trizas la vida.

–Entonces, ¿no sabes nada?

–¿A qué te refieres?

Lord Henry cruzó la estancia, y sentándose al lado de Dorian Gray, le cogió ambas manos, estrechándoselas apretadamente.

–Dorian –dijo al fin-, mi carta... no te asustes... era para decirte que Sibyl Vane ha muerto.

Un grito de dolor se escapó de los labios del adolescente, que saltó en pie, arrancando sus manos de las de Lord Henry.

–¡Muerta! ¡Sibyl muerta! ¡No es cierto! ¡Es una mentira abominable! ¿Cómo puedes atreverte?...

–Es cierto, Dorian, demasiado cierto –repuso Lord Henry gravemente-. Viene en todos los periódicos de la ma-

ñana. El objeto de mi carta era rogarte que no leyeses ninguno hasta que yo viniera. Como es natural, la justicia hará indagaciones, y tú no debes aparecer mezclado para nada en el asunto. Esas cosas, en París, pueden poner a un hombre de moda. Pero, en Londres, la gente tiene tantos prejuicios... Aquí, nunca se debe debutar con un escándalo. Estos hay que reservarlos para dar algún interés a nuestra vejez. Supongo que en el teatro no sabrán tu nombre, ¿verdad? En ese caso todo va bien. ¿Te vio alguien entrar en su cuarto? Este es un punto de gran importancia Dorian estuvo unos momentos sin contestar. Sentíase petrificado de horror. Al fin, tartamudeó con voz ahogada:

–¿Indagaciones, Harry? ¿Qué quieres decir? ¿Acaso Sibyl? ... ¡Oh, no quiero pensarlo! Pero habla, habla pronto; dímelo todo de una vez.

–No me cabe la menor duda de que no fue un accidente, Dorian, aunque se deba hacer pasar por tal a los ojos del público. Parece que, al salir del teatro con su madre, a eso de las doce y media, con el pretexto de que se le había olvidado una cosa, volvió a subir a su cuarto. Después de esperarla un buen rato, y viendo que no bajaba, subieron a buscarla y la encontraron muerta, caída en el suelo, delante de su tocador. Había, por error, ingerido una substancia venenosa; sin duda, alguna de esas porquerías que usan los cómicos. No sé lo que sería, pero debía tener ácido prúsico o albayalde. Más bien ácido prúsico, pues parece que la muerte fue instantánea.

–¡Qué horror, Harry, qué horror! –gimió Dorian.

–Sí; realmente es muy trágico, pero tú no debes, de ningún modo, aparecer complicado en este asunto. He leído en *The Standard* que tenía diecisiete años. Hubiera jurado que era más joven. ¡Parecía tan niña y tan ignorante de lo que era el teatro!... En fin, Dorian, tú no debes consentir que este incidente te impresione más de lo debido. Ven a comer conmigo, y después daremos una vuelta por la Ópera. La Patti canta esta noche, y la sala estará brillantísima. Podemos ir al palco de mi hermana. Habrá, sin duda, unas cuantas mujeres bonitas.

–¡Luego he matado a Sibyl Vane! –murmuró Dorian, casi para sí-. La he asesinado, sí; lo mismo que si la hubiese degollado con un cuchillo. Y, sin embargo, las rosas no han perdido su hermosura. Los pájaros siguen cantando igual en el jardín. Y esta noche comeré contigo, y luego iremos a la Ópera, y después, supongo que a cenar a cualquier parte. ¡Qué extraordinariamente dramática es la vida! Si yo hubiese leído todo esto en un libro, Harry, creo que me habría hecho llorar. Y, sin embargo, ahora que me ha sucedido a mí, me parece demasiado maravilloso para llorar. Esta es la primera carta de amor que he escrito en mi vida. Es extraño, ¿verdad?, que mi primera carta de amor haya sido dirigida a una muerta. ¿Podrá sentir ese pueblo opaco y silencioso, que llamamos los *muertos*? ¡Sibyl! ¿Podrá ella sentir, oír, darse cuenta? ¡Ah, Harry, cuánto la he querido! Hace ya años, me parece ahora. Ella lo fue todo para mí. Luego vino esta terrible noche... -¿fue, realmente, anoche?- en que ella estuvo tan mal y mi corazón a punto de romperse. Ella me lo explicó todo. Era extraordinariamente patético, pero yo no me con-

moví lo más mínimo. La juzgué banal, vulgarísima... De pronto, ocurrió algo que me dejó aterrado. No puedo decirte el qué, pero era terrible. Me prometí volver a ella. Comprendí que había obrado mal. ¡Y ahora me encuentro con que ha muerto! ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué hacer, Harry? Tú no sabes el peligro que corro, y del que nada puede salvarme. Ella era la única que podía hacerlo. No tenía derecho a matarse. Ha sido un egoísmo suyo.

–Querido Dorian –contestó Lord Henry, sacando un pitillo y una cerilla dorada-, el único medio que puede emplear una mujer para reformar a un hombre es fastidiarle de tal modo que le haga perder todo posible interés en la vida. Si te hubieras llegado a casar con esa muchacha, habrías sido desgraciado. Claro que tú te habrías portado bien con ella. Siempre puede uno portarse bien con las personas que le tienen sin cuidado. Pero ella no habría tardado en descubrir que le eran completamente indiferente. Y cuando una mujer descubre esto, o descuida espantosamente su *toilette*, o le da por llevar sombreros elegantísimos, que, como es natural, tiene que pagar el marido de otra mujer. No digo nada del error social, que habría sido lamentable, y que yo, desde luego, no habría aprobado, pero te aseguro que, desde todos los puntos de vista, la cosa habría resultado un fiasco completo.

–Es posible –murmuró el adolescente, horriblemente pálido, paseando de arriba abajo por el aposento-. Pero yo creía que era mi deber. No es culpa mía si esta terrible tragedia me ha impedido cumplirlo. Recuerdo haberte oído decir que siempre pesa una fatalidad sobre las buenas resoluciones: la de tomarlas demasiado tarde. La mía es un ejemplo.

–Las buenas resoluciones son vanas tentativas de injerencia en las leyes científicas. Su origen es la vanidad; simplemente. Y su resultado es siempre nulo. De vez en cuando, nos procuran alguna de esas emociones voluptuosas y estériles, que tienen cierto encanto para los débiles. Esto es cuanto puede decirse en favor de ellas. Son simples cheques que el hombre expide contra un banco en el que no tiene la menor cuenta.

–Harry –exclamó Dorian Gray, viniendo a sentarse junto a él-, ¿por qué no podré sentir esta tragedia como yo desearía? ¿No será porque carezca de corazón, verdad?

–Has hecho demasiados disparates en estos últimos quince días para tener derecho a abrigar esa sospecha, Dorian –replicó Lord Henry, con su sonrisa suave y melancólica.

El adolescente frunció el ceño, y repuso:

–No es de mi gusto esa explicación, Harry; pero celebro que no creas que carezco de corazón. No; yo sé que lo tengo. Y, sin embargo, me veo obligado a reconocer que esto que ha sucedido no me ha afectado como debiera. Se me antoja, simplemente, un admirable final a un drama maravilloso. Tiene toda la terrible belleza de una tragedia griega, una tragedia en la que yo hubiera tomado gran parte, pero sin salir herido de ella.

–Cuestión interesante –dijo Lord Henry, que encontraba un placer exquisito en jugar con el egotismo inconsciente del mozo-, sumamente interesante. Supongo que la verdadera explicación debe ser ésta. Sucede casi siempre que las tragedias reales de la vida tienen lugar de un modo tan

antiartístico, que nos hieren por su cruda violencia, su absoluta incoherencia, su falta absurda de sentido, su carencia total de estilo. Nos afectan al igual que una vulgaridad. Nos dan una impresión de pura fuerza bruta, y nos rebelamos contra ella. A veces, sin embargo, una tragedia, con elementos artísticos de belleza, se cruza en nuestra vida. Si estos elementos de belleza son reales, el incidente suscita sólo nuestro sentido de los efectos dramáticos. Nos encontramos, súbitamente, con que ya no somos los actores, sino los espectadores del drama. O, mejor dicho, ambos a la vez. Nos observamos a nosotros mismos, y la simple maravilla del espectáculo basta a dominarnos. En el caso actual, ¿qué es lo que ha sucedido realmente? Que una mujer se ha matado por amor tuyo. Afortunadamente, yo no he pasado por una experiencia semejante. Me habría hecho enamorar del amor para el resto de mis días. Las mujeres que me han adorado –no han sido muchas, pero, en fin, ha habido algunas– se han empeñado siempre en continuar viviendo después de haber dejado ya de interesarme, o yo a ellas. Se han puesto gordas e insoportables, y en cuanto tropiezo con ellas se desbocan enseguida por el camino de los recuerdos. ¡Oh, esa terrible memoria de las mujeres! ¡Qué cosa tan tremenda! ¡Y qué absoluto estancamiento intelectual revela! Se debe retener y asimilar el color de la vida, pero nunca recordar sus detalles. Los detalles son siempre vulgares.

–Yo tendré que sembrar de adormideras mi jardín –suspiró Dorian.

–No es preciso –prosiguió su interlocutor-. La vida trae siempre adormideras en sus manos. Claro que, de vez en

cuando, las cosas se obstinan en durar. Una vez, recuerdo no haber llevado más que violetas durante toda una estación, como una forma de luto artístico por una novela que no quería morir. Pero, al fin, acabó por morir. No recuerdo lo que la mató. Me parece que fue su ofrecimiento de sacrificar el mundo entero por mí. Este es siempre un momento pavoroso. Le llena a uno del terror a la eternidad. Bueno, pues -¿podrás creerlo?- hace una semana, en casa de Lady Hampshire, comí a su lado, y no te puedes figurar cómo insistió para que reanudáramos la aventura; empeñada en desenterrar el pasado y enterrar el futuro. Yo había sepultado mi novela en un lecho de asfódelos. Ella pretendió exhumarlo, asegurándome que yo había arruinado su vida. Debo confesar que comió una enormidad; así, que no sentí el menor remordimiento. Pero, ¡qué falta de buen gusto! El único encanto del pasado es que ha pasado. Pero las mujeres nunca se dan cuenta de cuándo cae el telón. Necesitan siempre un sexto acto, y apenas ha concluido el interés de la obra, proponen continuarla. Si las dejáramos, toda comedia tendría un final trágico, y toda tragedia culminaría en farsa. Son deliciosamente artificiales, pero no tienen el menor sentido del arte. Tú has sido más afortunado que yo. Puedo asegurarte, Dorian, que ninguna de las mujeres que he conocido habría sido capaz de hacer por mí lo que Sibyl Vane acaba de hacer por ti. Casi todas las mujeres se consuelan por sí solas. Algunas, vistiéndose de colores sentimentales. No te fíes nunca de una mujer que vaya de malva, tenga la edad que tenga, ni de una que, cumplidos los treinta y cinco, sea aficionada a las cintas color de rosa. Señal infalible de que tienen historia.

Otras hallan gran consuelo en descubrir inopinadamente las buenas cualidades de sus maridos. Y lucen su felicidad conyugal como si fuera el más fascinador de los pecados. También la religión consuela a algunas. Sus misterios tienen todo el encanto de un *flirt*, según me dijo en una ocasión una de ellas, cosa que comprendo perfectamente. Además, nada le envanece a uno tanto como oírse llamar pecador. La conciencia nos hace a todos egoístas. Sí, realmente son innumerables los consuelos que ofrece a la mujer la vida moderna. Y eso que aún no he mencionado el más importante.

–¿Y qué consuelo es ése, Harry? –preguntó Dorian con indolencia.

–¡Oh!, el más fácil. Tomar el adorador de otra cuando se pierde el propio. En la buena sociedad, esto siempre rejuvenece a una mujer. Pero, realmente, Dorian, ¡qué diferente debía ser Sibyl Vane de todas las mujeres con que uno tropieza por ahí! Hay algo en su muerte que me parece de una belleza absoluta. Me alegro de vivir en un siglo en que aún ocurren semejantes maravillas. Nos hacen creer en la realidad de las cosas con que jugamos, tales como aventura, pasión y amor.

–Olvidas que estuve horriblemente cruel con ella...

–Temo que las mujeres tengan una especial predilección por la crueldad, la buena crueldad, franca y categórica. Son de un primitivismo admirable en cuestión de instintos. Nosotros las hemos emancipado, pero no por eso han dejado de ser esclavas en busca de amo. Gustan de ser dominadas. Estoy seguro de que estuviste magnífico. Nunca te he visto real y positivamente irritado; pero me figuro lo delicioso que

estarías. Por otra parte, anteayer me dijiste algo que entonces me pareció pura fantasía; pero ahora veo que era completamente cierto, y me da la clave de todo.

–¿Y qué fue, Harry?

–Me dijiste que Sibyl Vane representaba para ti todas las heroínas de leyenda; que era Desdémona una noche, y Ofelia a la siguiente; que si moría como Julieta, volvía a la vida como Imogenia.

–¡Ya no volverá nunca a la vida! –murmuró el mancebo, escondiendo el rostro entre las manos.

–No, ya no resucitará. Ya representó su último papel. Pero tú debes pensar en esa muerte solitaria en el camerino, chillón y grotesco, como si fuera un fragmento extraño y terrorífico de alguna tragedia jacobista, una escena maravillosa de Webster, o Ford, o Cyril Tourneur. Ella nunca vivió realmente; por lo tanto, nunca pudo morir. Para ti, al menos, fue siempre un sueño, un fantasma que revoloteaba entre las obras de Shakespeare, acrecentando la belleza de ellas con su presencia; una flauta a través de la cual sonaba la música de Shakespeare más rica y más jubilosa. En el momento en que entró en la vida real, la echó a perder, y ésta la echó a perder a ella, y tuvo que desaparecer. Llora por Ofelia, si quieres. Cubre de ceniza tu cabeza por haber sido estrangulada Cordelia. Impreca contra el cielo a causa de la muerte de la hija de Brabancio. Pero no malgastes tus lágrimas sobre la tumba de Sibyl Vane, que era menos real que ellas.

Hubo un silencio. El crepúsculo comenzaba a ensombrecer el aposento. Calladamente, con pies de plata, las som-

bras entraban del jardín. Los colores se desvanecían cansadamente de las cosas.

Al cabo de unos minutos, Dorian Gray levantó la cabeza.

–Me has explicado a mí mismo, Harry –murmuró, con un suspiro de alivio-. Yo sentía todo lo que tú has dicho; pero, en cierto modo, me daba miedo, y no atinaba tampoco a expresarlo. ¡Cómo me conoces! Pero no hablemos más de lo ocurrido. Ha sido una maravillosa experiencia. Simplemente. No creo que la vida me reserve ya nada tan maravilloso.

–La vida te reserva aún todo, Dorian. Nada hay, con tu hermosura, que no seas capaz de conseguir.

–Pero piensa, Harry, que me volveré viejo, y feo, y arrugado. ¿Y entonces?

–¡Ah!, entonces –respondió Lord Henry, levantándose para irse-, entonces, querido Dorian, tendrás que luchar por tus victorias. Mientras que ahora vienen a ti; las ganas sin combate. No; es preciso que conserves tu apariencia física. Vivimos en una edad que lee demasiado para ser sabia, y piensa demasiado para ser hermosa. No podemos prescindir de ti. Por lo pronto, harías bien en vestirte para ir al club. Me parece que vamos a llegar tarde.

–Prefiero ir a buscarte a la Ópera, Harry. Me siento demasiado cansado para probar bocado. ¿Qué número es el del palco de tu hermana?

–Creo que el veintisiete del principal. Verás su nombre en la puerta. Pero siento que no vengas a comer.

–No me siento con fuerzas –contestó Dorian, perezosamente-. Pero te agradezco infinito todo lo que me has dicho. Realmente, eres mi mejor amigo. Nadie me ha entendido tan bien como tú.

–Nuestra amistad no ha hecho más que empezar, Dorian –dijo Lord Henry, dándole un apretón de manos-. Adiós. Espero que te veré antes de las nueve y media. Recuerda que canta la Patti.

Apenas había cerrado la puerta, cuando Dorian Gray tocaba la campanilla, y, al cabo de pocos minutos, aparecía Víctor con las lámparas y cerraba las persianas. Aguardó con impaciencia que el criado se retirase, pareciéndole que tardaba en todo una eternidad.

En cuanto hubo salido, corrió hacia el biombo, que echó a un lado. No, el retrato no había sufrido ningún otro cambio. Él había sabido la muerte de Sibyl Vane antes que el mismo Dorian, como si tuviera noticia de los sucesos de la vida a medida que ocurrían. La maligna crueldad que deformaba la línea de su boca, había aparecido, indudablemente, en el mismo momento en que la muchacha tomaba el veneno. ¿O bien era indiferente a las consecuencias, atento sólo a lo que tenía lugar dentro del alma? Meditó en ello, con la esperanza de ver algún día operarse este cambio ante sus ojos; esperanza que le hizo estremecer.

¡Pobre Sibyl! ¡Qué novelesco había sido todo ello! Con frecuencia había ella representado la muerte sobre la escena. Y la Muerte misma la había cogido y llevado consigo. ¿Cómo habría hecho aquella terrible escena postrera? ¿Le habría maldecido al morir? No; ella había muerto por amor de él, y

ya siempre el amor sería para él un sacramento. Ella lo había expiado todo con el sacrificio de su vida. Él no quería pensar más en lo que le había hecho sufrir aquella horrible noche en el teatro. Cuando la recordase, sería siempre como una maravillosa figura trágica enviada al escenario del mundo para mostrar la suprema realidad del Amor. ¿Una maravillosa figura trágica? Los ojos se le cuajaron de lágrimas, recordando su aire infantil y sus caprichos de niña mimada, y su gracia tímida y temblorosa. Restregóselos apresuradamente, y contempló de nuevo el retrato.

Comprendió que, realmente, le había llegado el momento de escoger en la vida. ¿O bien su elección había sido ya hecha? Sí, la vida había decidido por él... la vida, y también su ilimitada curiosidad de vivir. Eterna juventud, infinita pasión, placeres sutiles y secretos, alegrías ardientes y pecados aún más ardientes... todo esto tenía él que conocerlo. El retrato llevaría el peso de su ignominia.

Un sentimiento de dolor se insinuó en él al pensar en la profanación que aguardaba a aquel hermoso rostro pintado en el lienzo. Una vez, en burla infantil de Narciso, había besado, o hecho ademán de besar, aquellos labios pintados, que ahora le sonreían tan cruelmente. Día tras día, se había sentado frente al cuadro, maravillándose de su belleza, enamorado casi de él, pensaba a veces. ¿Iría a alterarse ahora a cada estado de alma por que él pasase? ¿Iría a convertirse en una cosa monstruosa y repugnante que tener escondida en un cuarto cerrado, lejos de la luz del sol, que tantas veces había trocado en oro refulgente la ondulada maravilla de su cabellera? ¡Qué lástima, qué lástima!

Durante un momento pensó en implorar que la espantosa afinidad que había entre él y el cuadro cesara de existir. ¿No había cambiado el retrato como resultado de un deseo? Pues acaso como resultado de otro deseo pudiera permanecer inmutable. Y, sin embargo, ¿quién que supiese algo de la vida renunciaría a la probabilidad de permanecer siempre joven, por fantástica que pudiera ser tal probabilidad, o por fatales que fuesen las consecuencias que pudiera acarrear? Por otra parte, ¿dependería aquello de su voluntad? ¿habría sido, realmente, su deseo la causa de la sustitución? ¿No podría haber alguna extraña razón científica en todo ello? Si el pensamiento podía ejercer su influencia sobre un organismo vivo, ¿no podría ejercerla también sobre una cosa inorgánica y sin vida? ¿Y no podrían, a su vez, las cosas externas, sin pensamiento o intención consciente, vibrar al unísono de nuestros estados de alma y pasiones, por un amor secreto o una extraña afinidad de átomo con átomo? Pero ¿qué importaba la causa? Él no tentaría más con súplica alguna tan terrible poder. Si el retrato seguía cambiando y transformándose, ¡tanto peor! ¿A qué profundizar más?

Por otra parte, no dejaba de haber su placer en este examen y vigilancia. Así podría seguir a su espíritu en sus más escondidos repliegues. El retrato sería para él el más mágico de los espejos. Lo mismo que antes le había revelado su cuerpo, ahora le revelaría su alma. Y cuando el invierno cayese sobre el cuadro, él seguiría aún en el punto en que la primavera tiembla al borde del verano. Cuando la sangre fuese huyendo del rostro pintado y dejando atrás una pálida mascarilla de escayola, con ojos de plomo, él conservaría el

hechizo de la adolescencia. Ni una sola flor de su hermosura mustiaríase nunca. Ni un solo latido de su vida se debilitaría. Semejante a los dioses de los griegos, sería fuerte, ágil y alegre. ¿Qué podía importar lo que ocurría a la imagen pintada sobre el lienzo? Él viviría sano y salvo. Eso era todo.

Volvió a colocar el biombo delante del retrato, sonriendo al hacerlo, y pasó a su alcoba, donde ya el criado le esperaba. Una hora después estaba en la Ópera, y Lord Henry se apoyaba en el respaldo de su silla.

CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente estaba almorzando Dorian Gray, cuando entró Basil Hallward en la habitación.

–Me alegro de encontrarte, Dorian –dijo el pintor gravemente-. Vine anoche, pero me dijeron que estabas en la Ópera. Ya supuse que esto no era posible; pero sentí que no hubiesen dejando dicho adónde ibas realmente. Pasé una noche espantosa, temiendo casi una segunda tragedia. Debiste avisarme desde el primer momento. Me enteré por pura casualidad, leyendo en el club la última edición del *Globo*. Vine aquí enseguida, y sentí en el alma no encontrarte. No te puedes figurar cómo me ha sacudido todo esto. Me figuro lo que debes sufrir. Pero ¿adónde habías ido? ¿Acaso a ver a la madre? Estuve tentado un momento de ir a buscarte allí. Sabía las señas por el periódico. Es en Euston Road, ¿verdad? Pero temí importunar un dolor que en nada podía aliviar. ¡Pobre mujer! ¡En qué estado debe encontrarse! ¡Además, su única hija! ¿Qué dice la infeliz?

–¿Y cómo voy yo a saberlo, querido Basil? –murmuró Dorian, bebiendo a sorbitos un vino amarillo pálido en una copa estriada de oro, de fino cristal veneciano, y con aire de

hondo aburrimiento-. Estuve, efectivamente, en la Ópera. Deberías haber ido a buscarme allí. Conocía Lady Gwendolen, la hermana de Harry. Fuimos a su palco. Es encantadora, y la Patti cantó de un modo divino. No me hables de cosas desagradables. Si no se habla de una cosa, es como si no hubiera tenido lugar. La expresión, como dice Harry, es la que da realidad a las cosas. Lo único que puedo decirte es que no era hija única. Le queda un hijo, creo que excelente muchacho. Pero no se ha dedicado al teatro. Me parece que es marino, o algo por el estilo. Y, ahora, háblame de ti y dime qué es lo que estás pintando.

–¿Que estuviste en la Ópera? -dijo Hallward lentamente y con un leve temblor de tristeza en la voz-. ¿Que estuviste en la Ópera, mientras el cadáver de Sibyl Vane yacía en un cuartucho infecto? ¿Y puedes hablarme de que otras mujeres son encantadoras, y de que la Patti canta de un modo divino, antes de que la muchacha a quien tanto querías tenga siquiera la paz de una tumba en que dormir? ¿Es posible que no pienses en el horror que aguarda a ese blanco cuerpecito que fue el suyo?

–¡Basta, Basil; no quiero oírlo! –gritó Dorian, poniéndose en pie bruscamente-. ¿A qué hablar más de ello? Lo hecho, hecho está. Lo pasado, pasado está.

–¿Y llamas pasado al ayer?

–¿Qué importa el tiempo transcurrido? Sólo la gente superficial requiere años para verse libre de una emoción. Un hombre dueño de sí mismo puede poner término a un sufrimiento con la misma facilidad que inventar un placer. Yo

no quiero estar a merced de mis emociones. Quiero usar de ellas, gozar de ellas, y dominarlas.

–¡Es horrible, Dorian! Algo te ha hecho cambiar por completo. En apariencia, sigues siendo el mismo muchacho maravilloso, que venía todos los días a mi estudio para que yo pintase su retrato. Pero entonces eras sencillo, natural y afectuoso. El ser menos echado a perder del mundo. Ahora, no sé qué es lo que ha ocurrido, pero hablas como si carecieses de corazón y de todo sentimiento compasivo. La influencia de Harry ha sido; demasiado lo veo.

Sonrojóse el adolescente, y acercándose a la ventana contempló unos momentos el jardín verde y bruñido de sol.

–Mucho le debo a Harry, Basil –dijo al fin-; más que a ti. Tú, sólo me enseñaste a ser vanidoso.

–¿Sí? Pues bien castigado me veo por ello... o me veré algún día.

–No entiendo lo que quieres decir, Basil –exclamó Dorian, volviéndose-. No sé a qué te refieres. Habla.

–Quisiera encontrar al Dorian Gray que yo pintaba –dijo el artista con tristeza.

–Basil –dijo el adolescente, dirigiéndose hacia él, y poniéndole la mano en un hombro-; has llegado demasiado tarde. Ayer, cuando supe que Sibyl Vane se había matado...

–¡Matado! ¡Santo cielo!, ¿estás seguro? –gritó Hallward, clavando en él los ojos con expresión de horror.

–¡Querido Basil! No es posible que tú hayas creído que se trataba de un simple accidente. Claro que se ha matado.

El pintor escondió el rostro entre las manos, y murmuró, estremeciéndose:

-¡Qué horror!

–No –dijo Dorian Gray-; no hay en ello horror alguno. Es una de las grandes tragedias románticas de la época. Por regla general, nadie lleva una vida más vulgar que los actores. Son buenos maridos, o esposas fieles, o cualquiera otra insipidez por el estilo. Ya sabes lo que quiero decir... virtud clase media y compañía. ¡Qué distinta era Sibyl! Vivió su más hermosa tragedia. Fue siempre una heroína. La última noche –la noche que tú la viste– representó mal, porque había conocido la realidad del amor. Cuando conoció su falsedad, murió como Julieta podía haber muerto. Entró de nuevo en la esfera del arte. Hay en ella algo del mártir. Su muerte tiene toda la patética inutilidad del martirio, toda su desolada belleza. Pero, como te decía, no vayas a creer que yo no he sufrido. Si hubieras entrado ayer en un momento dado –las cinco y media o seis menos cuarto, próximamente–, me habrías encontrado anegado en lágrimas. Ni siquiera Harry, que estaba presente, y que fue, en realidad, quien me dio la noticia, sospechó lo más mínimo de lo que pasaba por mí. Sufrí espantosamente. Luego, todo pasó. No puedo repetir una emoción. Nadie, excepto los sentimentales, puede hacerlo. Y tú eres horriblemente injusto, Basil. Vienes a consolarme –cosa muy delicada-; me encuentras consolado, y te pones furioso. ¡Magnífico; eso se llama altruismo! Me recuerdas una historia que me contó Harry de un cierto filántropo que gastó veinte años de su vida tratando de encontrar algún agravio que deshacer, o una ley injusta que modificar, no recuerdo a punto fijo. Al fin lo consiguió, y nada podría pintar su desilusión. Sin nada ya que hacer, se murió casi de

tedio y volvióse un misántropo empedernido. Por otra parte, mi querido Basil, si realmente quieres consolarme, enséñame a olvidar lo sucedido, o a considerarlo desde un punto de vista artístico. ¿No es Gautier el que hablaba de la *consolation des arts*?[24]. Recuerdo haber hojeado un día en tu estudio un tomito encuadernado en pergamino, y tropezado en él, por casualidad, con esta frase deliciosa. No es que yo sea como ese joven de que me hablaste cuando estuvimos juntos en Marlow; aquel joven que decía que la seda amarilla podía consolarle a uno de todas las miserias de la vida. Claro que me gustan las cosas bellas que se pueden tocar y coger. Mucho puede aprenderse de los brocados viejos, los bronces verdes, las lacas, los marfiles tallados, de todas las cosas exquisitas que pueden rodearle a uno, y del lujo, y del refinamiento; pero el temperamento artístico que estas cosas van creando, o revelando al menos, me interesa más todavía. Convertirnos en el espectador de nuestra propia vida, como dice Harry, es escapar al sufrimiento de la vida. Sé que te sorprenderá oírme hablar así. Tú no te has dado cuenta de mi desenvolvimiento. Yo era un colegial cuando te conocí. Ahora soy ya un hombre. Tengo nuevas pasiones, nuevos pensamientos, nuevas ideas. Soy otro; pero no por eso debes quererme menos. He cambiado; pero tú debes siempre ser mi amigo. Es verdad que tengo mucho afecto a Harry. Pero sé que tú eres mejor que él. No eres más fuerte –tienes demasiado miedo de la vida-, pero eres mejor. ¡Y qué contentos hemos estado siempre que hemos estado juntos! No te

[24] El consuelo de las artes. (En francés en el texto)

enfades conmigo, Basil, ni rompas nuestra amistad. Yo soy como soy. Es todo lo que tenía que decirte.

El pintor se sentía singularmente conmovido. Profesaba al adolescente un cariño entrañable, y él había sido el punto decisivo en su arte. ¿A qué más censuras y reproches? Después de todo, quizá su indiferencia no fuese más que una disposición de ánimo pasajera. ¡Había en él tanta bondad y tanta nobleza!

–Bueno, Dorian –dijo al fin, sonriendo tristemente-; no volveré a hablarte nunca de este horrible suceso. Espero que tu nombre no aparecerá para nada mezclado en él. La instrucción debe tener lugar esta misma tarde. ¿Te han citado?

Dorian movió la cabeza negativamente, haciendo una ligera mueca de contrariedad al oír la palabra "instrucción". ¡Era tan cruda y tan vulgar aplicada a lo sucedido!

–No saben mi nombre –repuso.

–¿Tampoco ella lo sabía?.

–Mi nombre de pila sólo, y ése estoy seguro de que no lo dijo a nadie. En una ocasión me dijo que todos tenían gran curiosidad por saber quién era yo, y que ella, invariablemente, les contestaba que mi nombre era el Príncipe. ¿Verdad que era delicioso? Tienes que hacerme un dibujo de Sibyl, Basil. Me gustará tener de ella algo más que el recuerdo de unos cuantos besos y alguna que otra frase patética.

–Intentaré hacer algo, Dorian, si así lo deseas. Pero tienes que venir a servirme otra vez de modelo. No puedo prescindir de ti.

–¡Imposible, Basil, que te sirva otra vez de modelo! –exclamó Dorian, estremeciéndose.

El pintor le miró asombrado.

–¡Cómo! Eso quiere decir que el retrato que te hice no es de tu agrado. Por cierto, ¿dónde está? ¿Por qué lo has tapado con ese biombo? Déjame verlo. Es lo mejor que he hecho hasta ahora. Quita ese biombo, Dorian. Es una descortesía de tu criado el haber escondido así mi obra. Ya me pareció, al entrar, que había algo cambiado en el cuarto.

–Mi criado no tiene la culpa, Basil. Ya comprenderás que no le dejo arreglar la casa a gusto suyo. A lo sumo, si se ocupa de elegir y colocar las flores. No; he sido yo mismo. Había demasiada luz para el retrato.

–¡Demasiada luz! De ningún modo, querido Dorian. Es un sitio admirable. Déjame que lo vea-. Y Hallward se dirigió hacia el retrato.

Un grito de terror se escapó de labios de Dorian, que corrió a interponerse entre el pintor y el biombo.

–No lo verás, Basil –dijo, poniéndose palidísimo-; no quiero que lo veas.

–¡Que no vea mi propia obra! No es posible que hables en serio, ¿Por qué no voy a verla? –exclamó Hallward, riendo.

–Si tratas de verla, Basil, te doy mi palabra de honor que no volveré a hablarte en la vida. Te lo digo completamente en serio. No puedo darte la explicación, ni tú debes pedírmela. Pero ten presente que si tocas ese biombo, todo habrá terminado entre nosotros.

Hallward se había quedado como petrificado. Miraba a Dorian con una estupefacción absoluta. Nunca le había visto de aquel modo: pálido de rabia, con los puños apretados y

las pupilas como dos discos de fuego azul, temblando de pies a cabeza.

–¡Dorian!

–¡Ni una palabra!

–Pero ¿qué ocurre? Desde luego que no lo miraré si no quieres –dijo con cierta frialdad, volviendo los talones y dirigiéndose hacia la ventana-. Pero, realmente, parece un tanto absurdo que yo no pueda ver mi propia obra, sobre todo yendo a exponerla en París este otoño. Probablemente habrá que darle antes otra mano de barniz, y entonces no tendré más remedio que verla. ¿Por qué no ahora?

-¡Exponerla! ¿Qué piensas exponerla? –exclamó Dorian Gray, presa de una extraña sensación de terror.

¿Iría, pues, el mundo a ver su secreto, a quedarse perplejo ante el misterio de su vida? ¡Imposible! Era preciso hacer, sin demora, algo –no sabía el qué– que lo impidiese.

–Sí; supongo que no tendrás inconveniente, Georges Petit va a reunir mis mejores cuadros para una exposición particular en su salón de la calle de Sèze, que se abrirá en la primera semana de octubre. El retrato estará fuera sólo un mes. Espero que podrás separarte de él sin dificultad por ese tiempo. Además, seguramente no estarás en Londres. Y si lo tienes siempre detrás de un biombo, señal de que no te interesa gran cosa.

Dorian Gray se pasó la mano por la frente, empapada en sudor. Comprendía que estaba al borde de un gran peligro.

–Hace un mes me dijiste que no pensabas exponerlo nunca –dijo-. ¿Cómo es que has cambiado de idea? Voso-

tros, los que presumís de consecuentes, sois igual de caprichosos que los demás. Con la diferencia de que vuestros caprichos carecen de sentido. No es posible que hayas olvidado lo solemnemente que me aseguraste que nada en el mundo podría decidirte a enviarlo a una exposición. Y exactamente lo mismo dijiste a Harry.

De pronto se detuvo; y por sus ojos cruzó un relámpago. Acababa de recordar que Lord Henry le había dicho una vez, mitad en serio, mitad en broma: "Si quieres pasar un curioso cuarto de hora, haz que Basil te diga por qué no quiere exponer tu retrato. Él me explicó las razones, que fueron para mí una revelación". Sí; acaso Basil tenía también su secreto. Él trataría de arrancárselo.

–Basil –dijo, acercándose a él, y mirándole bien en los ojos-; los dos tenemos nuestros secretos. Dime el tuyo, y yo te contaré el mío. ¿Cuál era la razón de que te negases antes a exponer mi retrato?

El pintor no pudo contener un estremecimiento.

–Si te lo dijese, Dorian, es posible que luego me quisieras menos, y seguramente te reirías de mí. Ninguna de ambas cosas podría soportarla. Si te empeñas en no dejarme ver nunca más tu retrato, bien está, me resigno. Siempre podré siquiera verte a ti. Si deseas que mi mejor obra permanezca siempre ignorada del mundo, perfectamente, lo acepto. Tu amistad me importa mucho más que la fama o la gloria.

–No, Basil; es preciso que me lo digas –insistió Dorian-. Creo que tengo derecho a saberlo. Su terror se había ya desvanecido, y la curiosidad ocupado su lugar. Estaba decidido a descubrir el misterio de Basil Hallward.

–Sentémonos, Dorian –dijo el pintor, al parecer turbado– Sentémonos, y responde a una pregunta: ¿No has notado en el retrato nada extraño? Algo que probablemente, al principio, no te llamó la atención; pero que, de repente, te fue revelado.

–¡Basil! –gritó Dorian, asiéndose a los brazos de su sillón con manos trémulas, y mirándole con ojos ardorosos y extraviados.

–Veo que sí. No hables. Espera a oír lo que tengo que decirte. Dorian, desde el momento en que te conocí, tu personalidad ejerció sobre mí la más extraordinaria influencia. Me sentí dominado, alma, cerebro y fuerza, por ti. Tú te convertiste para mí en la encarnación de ese ideal invisible, cuyo recuerdo nos persigue a los artistas como un sueño inefable. Te adoré. Me sentía celoso de todo aquel a quien dirigías la palabra. Necesitaba tenerte todo para mí solo. No me sentía feliz más que cuando estabas conmigo. Y cuando estabas lejos de mí, estabas todavía presente en mi arte... Claro que yo no te di a entender nunca nada de esto. Hubiera sido imposible. Tú no lo habrías comprendido. Apenas si yo mismo lo comprendo. Sabía sólo que había visto la perfección, cara a cara, y que el mundo se había convertido en algo maravilloso a mis ojos... demasiado maravilloso quizá, pues en estas adoraciones insensatas hay un peligro, el de perderlas, no menor que el peligro de conservarlas... Pasaron semanas y semanas, y cada día me absorbía más en ti. Entonces comenzó una fase nueva. Yo te había dibujado como Paris, revestido de una delicada armadura; como Adonis, con la capa de cazador y la bruñida jabalina. Coronado de pesa-

das flores de loto, tú te sentaste en la proa de la barca de Adriano, con los ojos puestos más allá del Nilo turbio y verde. Tú te inclinaste sobre la charca tranquila de una selva griega y viste en la plata del agua silenciosa el milagro de tu propio rostro. Y todo esto era como el arte debería ser: inconsciente, ideal y remoto. Un día, día fatal creo a veces, decidí pintar un espléndido retrato tuyo, tal como eres en la actualidad, no en el atavío de las edades muertas, sino en tu mismo traje y en tu propio tiempo. Si fue el realismo del método, o el simple milagro de tu personalidad, presentándoseme así, directamente, sin bruma ni velo, es cosa que no podría decir. Lo que sé es que, mientras pintaba, cada pincelada me parecía revelar mi secreto. Empecé a temer que los demás se dieran cuenta de mi idolatría. Comprendí, Dorian, que había dicho demasiado, que había puesto demasiado de mí mismo en esa obra. Entonces fue cuando resolví no permitir nunca que se expusiera el retrato. Tú te enfadaste un poco; pero entonces tú no comprendías todo lo que significaba para mí. Harry, a quien le hablé de ello, se burló de mí. Pero ¿qué me importaba? Cuando concluí el retrato y me senté para mirarlo a solas, vi que tenía yo razón... Sin embargo, al cabo de pocos días, cuando salió el cuadro de mi estudio, y apenas me vi libre de la invencible sugestión de su presencia, me pareció que había sido una locura ver en él otra cosa que tu belleza y que yo sabía pintar. Aun ahora, en este momento, no puedo menos de pensar que la pasión que experimenta uno al crear, jamás se muestra realmente en la obra creada. El arte es siempre más abstracto de lo que nos imaginamos.

La forma y el color nos hablan de la forma y del color, simplemente. A veces pienso que el arte más oculta al artista que lo revela. Así, cuando recibí ese ofrecimiento de París, decidí hacer de tu retrato el punto culminante de mi exposición. No se me pudo ocurrir que tú te negases. Ahora veo que tenías razón. El retrato no puede ser expuesto. No me guardes rencor, Dorian, por todo lo que te he dicho. Como decía una vez a Harry, tú has sido hecho para ser adorado.

Dorian Gray respiró libremente. El color volvió a sus mejillas, y una sonrisa jugueteó en sus labios. El peligro había pasado. Estaba a salvo por el momento. Sin embargo, no podía menos de sentir una infinita compasión por el pintor, que acababa de hacerle esa extraña confesión, preguntándose si él mismo llegaría alguna vez a verse tan dominado por la personalidad de un amigo. Lord Henry tenía el encanto de ser sumamente peligroso, pero nada más. Era demasiado inteligente y demasiado cínico para poder quererle de veras. ¿Encontraría alguna vez a alguien capaz de inspirarle tan extraña idolatría? ¿Sería ésta una de las cosas que le reservaba la vida?

–Lo que me parece extraordinario, Dorian –agregó Hallward-, es que tú hayas visto eso en el retrato. ¿Lo viste realmente?

–Algo veía en él –contestó Dorian-, que, a veces, me parecía muy singular.

–Bueno; ¿me permites ahora que lo mire?

Dorian sacudió la cabeza.

–Te ruego que no insistas, Basil. No me es posible dejarte frente a ese retrato.

–Pero algún día me dejarás, ¿no?

–Nunca.

–Bien; acaso tengas razón. Adiós, pues, Dorian. Tú has sido la única persona que realmente ha influido en mi arte. Todo lo bueno que he hecho a ti te lo debo. ¡Ah!, tú no sabes lo que me cuesta decirte todo lo que te he dicho.

–Pero, ¿y qué es lo que me has dicho, querido Basil? –dijo Dorian-. Simplemente que sentías admirarme demasiado. Eso ni siquiera es un cumplido.

–No tenía la intención de ser un cumplido. Fue una confesión. Ahora que la he hecho, parece como si me hubiese desprendido de algo. Quizá no deberíamos nunca traducir nuestra adoración en palabras.

–Ha sido una confesión que me ha defraudado.

–Pues, ¿qué era lo que esperabas, Dorian? ¿Viste acaso algo más en el retrato? Era lo único que había.

–No, no vi más. ¿Por qué me lo preguntas? Pero no debes hablar de adoración. Es una tontería. Tú y yo somos amigos, Basil, y siempre lo seremos.

–Ya tienes a Harry –dijo el pintor tristemente.

–¡Oh, Harry! –exclamó Dorian con una carcajada -. Harry se pasa el día en decir cosas increíbles, y la noche en hacer cosas inverosímiles. Exactamente el género de vida que a mí me gustaría hacer. Pero no creo que acudiese a Harry en un momento de apuro. Antes acudiría a ti, Basil.

–¿Me servirás otra vez de modelo?

–¡Imposible!

–Echas a perder mi vida de artista negándote, Dorian. Nadie tropieza dos veces con su ideal, y pocos son los que tropiezan una.

–No me es posible explicártelo, Basil; pero nunca volveré a servirte de modelo. En todo retrato hay algo de fatalidad. Tienen una vida propia. Iré a tomar el té contigo, y lo pasaremos igualmente bien.

–Tú, mucho mejor, desde luego –murmuró Hallward apesadumbrado-. Hasta la vista, pues. Siento que no me dejes ver por última vez el retrato. Pero ¡qué se le va a hacer! Me doy perfecta cuenta de tus sentimientos.

Cuando se hubo marchado, Dorian se sonrió a sí mismo. ¡Pobre Basil! ¡Qué poco sabía de la causa verdadera! ¡Qué singular que, en vez de haberse visto obligado a revelar su propio secreto, hubiese conseguido, casi por casualidad, arrebatar el suyo a su amigo! ¡Cuántas cosas le explicaba esta extraña confesión! Los absurdos arrebatos de celos del pintor, su devoción frenética, sus extravagantes panegíricos, sus extrañas reticencias, todo lo comprendía ahora, con tristeza. Le parecía ver algo trágico en una amistad tan novelesca.

Suspiró, y tiró de la campanilla. Era preciso, a toda costa, ocultar el retrato. No podía exponerse otra vez al riesgo de un descubrimiento semejante. Había sido una locura conservarlo, una hora siquiera, en una habitación a la que todos sus amigos tenían acceso.

CAPÍTULO X

Cuando entró el criado, Dorian le miró fijamente, preguntándose si se le habría ocurrido fisgar detrás del biombo. El mozo permaneció impasible, aguardando sus órdenes. Dorian encendió un cigarrillo, dirigióse a un espejo y se contempló atentamente. En él podía ver reflejarse con toda claridad la cara de Víctor. Era como una plácida careta de servilismo. Nada había en ella de temible. Sin embargo, juzgó prudente estar en guardia.

Hablando muy reposadamente, le dijo que avisara al ama de llaves que deseaba verla, y luego a la tienda en que le hacían los marcos, para que le enviasen inmediatamente dos empleados. Al salir el criado, le pareció que había lanzado una mirada en dirección al biombo. ¿O sería imaginación suya?

Al cabo de unos instantes, mistress Leaf, con su traje de seda negra y las manos sarmentosas enfundadas en sus mitones de punto, entraba vivamente en la biblioteca. Dorian le pidió la llave del estudio.

–¿La antigua sala de estudio, Mr. Gray? –exclamó mistress Leaf-. ¡Pero si está toda llena de polvo! Tengo antes

que limpiarla y ponerla en orden. Está impresentable. Le aseguro a usted que está impresentable.

–No me importa. Nada de eso hace falta. La llave es lo único que necesito.

–Bueno, bueno; se llenará usted de telarañas. Como que hace cerca de cinco años que no se ha abierto. Desde que el señor murió.

Estremecióse Dorian a la mención de su abuelo. Conservaba de él un pésimo recuerdo.

–No importa –repitió-. Se trata sólo de echar un vistazo. Deme usted la llave.

–Aquí está la llave –dijo la anciana, buscando en su llavero con dedos trémulos e inseguros-. Aquí está. Al momento la tendrá usted. Pero no se le habrá ocurrido trasladarse allá arriba, ¿verdad?, estando aquí tan bien instalado.

–No, no, no pase usted cuidado –exclamó él con impaciencia-. Gracias. Puede usted retirarse.

Pero mistress Leaf se demoró unos instantes, charlando de algunos detalles del manejo de la casa. Dorian suspiró y le dijo que hiciera en todo lo que creyese más conveniente. Al fin, mistress Leaf salió de la habitación, deshaciéndose en sonrisas.

Apenas se cerró la puerta, guardóse Dorian la llave en el bolsillo y echó una ojeada a su alrededor. Sus ojos se detuvieron en una amplísima colcha de seda morada, toda bordada de oro, espléndido trabajo veneciano del siglo XVII, que su abuelo encontrara en un convento de las cercanías de Bolonia. Sí; aquello serviría para envolver el objeto horren-

do. Quizá habría servido alguna vez de paño mortuorio. Ahora iba a ocultar algo que también tenía su podredumbre, peor que la misma podredumbre de la muerte... algo que engendraría horrores y, sin embargo, nunca moriría. Lo que el gusano era para el cadáver, serían sus pecados para la imagen pintada sobre el lienzo. Ellos corromperían su belleza y devorarían su gracia. La profanarían, la convertirían en algo inmundo. Y, sin embargo, aquello continuaría viviendo; no moriría nunca.

Tuvo un estremecimiento, y por un instante sintió no haber dicho a Basil la verdadera razón por la que deseaba ocultar el retrato. Basil le habría ayudado a resistir la influencia de Lord Henry, y las influencias, todavía más perniciosas, de su propia naturaleza. En el amor que le tenía –pues realmente era amor– nada había que no fuese noble y espiritual. No era la simple admiración física de la belleza que nace de los sentidos, y se extingue con el cansancio de éstos. Era un amor como lo habían conocido Miguel Ángel y Montaigne, y Winckelmann, y Shakespeare. Sí, Basil le habría salvado. Pero ya era demasiado tarde. El pasado podía anularse. El remordimiento, la negación o el olvido podían conseguirlo. Pero el futuro era inevitable. Había en él pasiones que siempre encontrarían su terrible salida, sueños que harían real la sombra de su maldad.

Cogió la amplia colcha de púrpura y oro que cubría el diván, y pasó con ella al otro lado del biombo. ¿Estaba el rostro más horrendo que antes? Le pareció que no había sufrido ningún cambio; pero, a pesar de ello, su repugnancia creció. Los cabellos dorados, los ojos azules, los labios pur-

purinos... todo ello estaba allí. Sólo la expresión se había alterado. Era horrible de crueldad.

Comparados a todo lo que veía en ella de acusación y de censura, ¡qué superficiales resultaban los reproches de Basil a propósito de Sibyl Vane! ¡Qué superficiales y qué insignificantes! Su misma alma estaba mirándole desde el lienzo y llamándole a juicio. Sintió una crispación de dolor, y apresuróse a arrojar el rico paño mortuorio sobre el cuadro. En aquel momento llamaron a la puerta, y acababa de salir de detrás del biombo cuando entró el criado.

–Ahí están los de la tienda, señor.

Le pareció que debía alejar con cualquier pretexto a aquel hombre. No convenía que se enterase de adónde llevaban el cuadro. Había en él un no sé qué de taimado, y tenía ojos de astucia y de perfidia. Sentándose a la mesa, puso unas líneas a Lord Henry, rogándole que le enviase algo que leer, y recordándole que a las ocho y cuarto estaban citados.

–Espera la contestación –dijo entregándosela-, y que pasen esos hombres.

Al cabo de dos o tres minutos volvieron a llamar, y Mr. Hubbard, en persona, el dueño de la famosa tienda de marcos de la calle de South Audley, entró seguido de un joven ayudante de aspecto un tanto cerril. Mr. Hubbard era un hombrecito vivaracho, de patillas rojas, cuya admiración por el arte estaba considerablemente atenuada por la inveterada inopia de la mayor parte de los artistas con que trataba. Por regla general, nunca salía de su tienda. Esperaba que la gente viniese a buscarle a él. Pero siempre hacía una excepción en

favor de Dorian Gray, tal era la seducción que éste ejercía sobre todo el mundo. Verle sólo, era ya un placer.

–¿En qué puedo servirle, Mr. Gray? –exclamó restregándose las manos gordezuelas y pecosas-. He creído de mi deber acudir en persona a preguntárselo. Justamente acabo de adquirir en una subasta una maravilla de marco. Florentino antiguo. Proveniente de Fonthiel, me parece. Admirable para algo de asunto religioso, Mr. Gray.

–Siento infinito que se haya usted molestado en venir, Mr. Hubbard. Desde luego pasaré a ver ese marco –aunque, por el momento, el arte religioso no me interese gran cosa-. Pero hoy no se trata más que de transportar un cuadro al último piso. Como es bastante pesado, se me ocurrió que usted podría prestarme un par de sus empleados.

–Ninguna molestia, Mr. Gray. Encantado siempre de servirle. ¿Dónde está esa obra de arte?

–Aquí –contestó Dorian, separando el biombo-. ¿Podrá transportarse tal como está cubierta? Sentiría que se estropease al subirla por la escalera.

–No hay dificultad, Mr. Gray –dijo el ilustre enmarcador, empezando, con ayuda de su acólito, a descolgar el retrato de las largas cadenas de cobre que lo sostenían-. Y ahora, ¿adónde hay que llevarlo, Mr. Gray?

–Yo le mostraré el camino, Mr. Hubbard, si tiene usted la bondad de seguirme. O quizá sería mejor que pasasen ustedes delante. Temo que esté demasiado alto. Subiremos por la escalera principal, que es más ancha.

Les abrió la puerta, atravesaron el *hall* y empezaron la ascensión. El carácter ornamental del marco hacía el retrato

extremadamente voluminoso, y de cuando en cuando, a pesar de las serviciales protestas de Mr. Hubbard, que, a fuer de verdadero comerciante, no gustaba de ver hacer a un hombre de la alta sociedad nada útil, Dorian ponía también manos a la obra y trataba de ayudar.

–¡Uf, buena carga, Mr. Gray! –exclamó entrecortadamente el hombrecito, al llegar al último rellano, esponjándose la frente lustrosa.

–Sí, sí que pesa –murmuró Dorian, abriendo la puerta de la habitación que iba a guardar el extraño secreto de su vida y a esconder su alma a los ojos humanos.

Hacía más de cuatro años que no había entrado allí; desde que la había empleado: primero, como cuarto de recreo, y más tarde, de mayorcito, como sala de estudio. Era una estancia amplia y bien proporcionada, que el último Lord Kelso mandara construir especialmente para uso de su nieto, al que, debido a su singular parecido con su madre y también por otras razones, siempre había aborrecido y deseado conservar a cierta distancia. Poco había cambiado desde entonces la habitación. Por lo menos, tal le pareció a Dorian. Allí estaba el enorme *cassone*[25] italiano, con sus tableros fantásticamente pintados y sus empañados ataires dorados, en el que tantas veces se había escondido de niño; y la librería de palo áloe, llena de libros de clase con las puntas dobladas. Detrás, clavado en la pared, colgaba el mismo andrajoso tapiz flamenco, en el cual un rey y una reina jugaban al ajedrez en un jardín, mientras una compañía de halconeros cabalgaba por las cercanías con las aves encapirotadas sobre

[25] Arcón

el puño. ¡Cómo se acordaba de todo! Cada momento de su infancia solitaria volvía a él mientras paseaba los ojos en torno. Recordaba la pureza inmaculada de su vida de niño, y le parecía horrible que aquella misma estancia fuera a ocultar el retrato maldito. ¡Qué lejos estaba de pensar, aquellos días lejanos, en todo lo que la vida le tenía reservado!

Pero no había otro lugar en la casa tan a cubierto de toda mirada indiscreta. Él tenía la llave, y nadie podía entrar allí. Debajo de su sudario de púrpura el rostro pintado sobre el lienzo podría tornarse bestial, monstruoso y repugnante. ¿Qué importaba? Nadie podría verlo. Ni él mismo lo vería siquiera. ¿A qué espiar la odiosa corrupción de su alma? Él conservaría su juventud, que era lo importante. Además, quién sabe, ¿no podría acaso su naturaleza mejorar y purificarse? No había razón alguna para que el futuro fuese sólo de vergüenza. Algún amor podía cruzarse en su vida, y depurarle, y ponerle a salvo de aquellos pecados que ya parecían germinar en su espíritu y en su carne... esos extraños pecados no descritos, cuyo mismo misterio les presta su sutileza y atractivo. Quizá, un día, la expresión de crueldad se habría borrado de los tiernos labios rojos, y podría mostrar al mundo la obra maestra de Basil Hallward.

No; esto era imposible. Hora por hora, y semana tras semana, el rostro envejecería sobre el lienzo. Podría escapar de la deformidad del pecado, pero la deformidad del tiempo le aguardaba indefectiblemente. Las mejillas quedarían sumidas y fláccidas. Las patas de gallo amarillentas se ensañarían alrededor de sus ojos empañados; el cabello perdería su brillo; la boca, entreabierta o caída, tendría esa expresión estú-

pida o atontada que tienen las bocas de los viejos. Sería el cuello arrugado, las manos frías, de abultadas venas azules, el cuerpo encorvado, que recordaba en el abuelo que tan duro fuera con él en su infancia. Sí, era preciso esconder el retrato. No había otro remedio.

–Tengan ustedes la bondad de entrarlo, Mr. Hubbard –dijo cansadamente, volviéndose hacia él-. Y perdone que le haya hecho esperar. Estaba pensando en otra cosa.

–Nunca está de más descansar un rato. Mr. Gray –repuso el industrial, que todavía estaba tomando aliento- ¿Dónde lo ponemos?

–¡Oh!, en cualquier parte. Ahí mismo. No hace falta colgarlo. Basta con apoyarlo en la pared. Gracias.

–¿Y no podía verse esta obra de arte, Mr. Gray?

Dorian se estremeció.

–No le interesaría a usted, Mr. Hubbard –dijo, sin perderle de vista, dispuesto a saltar sobre él y derribarlo en tierra si se atrevía a levantar el paño suntuoso que escondía el secreto de su vida-. Bueno, no le molesto más. Y muchísimas gracias por su amabilidad viniendo en persona.

–De nada, de nada, Mr. Gray. Encantado siempre de servirle.

Y Mr. Hubbard empezó a bajar la escalera, seguido de su ayudante, que de cuando en cuando volvía la cabeza hacia Dorian, con una expresión de tímido asombro en su rostro tosco y poco agraciado. Nunca había visto belleza semejante en un hombre.

Apenas se hubo apagado el ruido de los pasos, cerró Dorian la puerta y guardó la llave en su bolsillo. Al fin se

sentía en salvo. Nadie podría contemplar ya aquel horror. Mirada alguna, excepto la suya, podría ver su vergüenza.

Al entrar de nuevo en la biblioteca, advirtió que acababan de dar las cinco y que el té estaba ya servido. Sobre un velador de oscura madera odorífera, con incrustaciones de nácar, regalo de Lady Radley, mujer de su tutor, deliciosa inválida de profesión, que había pasado el invierno anterior en el Cairo, encontró una esquela de Lord Henry, con un libro de cubierta amarilla, ligeramente desgarrada, y cortes un tanto manchados. En la bandeja del té halló un número de la tercera edición de *The St. James Gazette*. Era evidente que Víctor había vuelto. Pensó si se habría encontrado en el *hall* con los hombres, al salir éstos de la casa, y si les habría sonsacado lo que habían estado haciendo. Seguramente echaría de menos el retrato... mejor dicho, ya lo habría echado de menos al entrar el té. El biombo no había sido colocado de nuevo en su sitio, y en la pared era bien visible el hueco. Quizás alguna noche se lo encontrase subiendo de puntillas la escalera y tratando de forzar la puerta del estudio. Era horrible tener un espía en la propia casa. Él había oído hablar de gentes ricas que se habían pasado toda la vida explotadas por un criado que leyera una carta, o sorprendiera una conversación, o recogiera una tarjeta con unas señas, o encontrara debajo de una almohada una flor seca o un jirón arrugado de encaje.

Suspiró, y después de servirse una taza de té, abrió la esquela de Lord Henry. Era simplemente para decirle que le enviaba un periódico de la tarde y un libro que podría interesarle, y que a las ocho y cuarto estaría en el club. Desplegó el

periódico negligentemente, y se puso a hojearlo. Una raya de lápiz rojo en la página quinta llamó su atención. Leyó el párrafo que señalaba:

Muerte de una actriz.- Esta mañana se ha verificado en Bell Tavern, Hoxton Road, por Mr. Danby, *coroner*[26] del distrito, la instrucción sobre la muerte de Sibyl Vane, joven actriz recientemente contratada en el Royal Theatre, Holborn. Se dictó veredicto de muerte por accidente. La madre de la difunta, que se mostró grandemente afectada durante su declaración y la del doctor Birrell, que había efectuado la autopsia de la muerta, recibió vivas muestras de simpatía."

Frunciendo el ceño, rompió en dos el periódico, y cruzando la habitación arrojó los pedazos afuera. ¡Qué horrible era todo aquello! ¡Y qué espantosamente real hacía todo la fealdad! Sintió que a Lord Henry se le hubiese ocurrido enviarle aquella reseña. Y no dejaba de ser una indiscreción haberla marcado con lápiz rojo. Víctor podía haberla leído. Sabía suficiente inglés para ello.

Acaso la había leído y empezado a sospechar algo. Sin embargo, ¿qué importaba? ¿Qué tenía que ver Dorian Gray con la muerte de Sibyl Vane? No había por qué temer. Él no la había matado.

Sus ojos cayeron sobre el libro que le enviaba Lord Henry. ¿Qué sería? Dirigióse hacia el pequeño velador octogonal de tonos nacaradas, que siempre se le había antojado obra de algunas singulares abejas egipcias que trabajasen la

[26] Funcionario judicial, cuyo deber es instruir los casos de muerte súbita o sospechosa, en presencia del jurado convocado con este fin.

plata, y cogiendo el volumen se acomodó en una butaca y empezó a hojearlo. Al cabo de unos minutos se sintió absorto. Era el libro más extraño que había leído. Le parecía como si, exquisitamente ataviados, y al son delicado de las flautas, desfilasen ante él en mudo cortejo todos los pecados del mundo. Cosas vagamente soñadas, de pronto se le hacían reales. Cosas nunca soñadas se le iban revelando paulatinamente.

Era una novela sin intriga, y con un solo personaje, simple estudio psicológico de un joven parisiense que empleara su vida en tratar de realizar, en pleno siglo XIX, todas las pasiones y modalidades de pensamiento que fueron de todos los siglos, excepto del suyo, y, como si dijéramos, de resumir en sí los diversos estados por que el mundo había pasado, amando, por su mismo artificio, esas renuncias que los hombres han llamado insensatamente virtud, al igual que esas rebeliones naturales que los hombres sensatos llaman todavía pecado. Todo ello escrito en ese estilo curiosamente cincelado, a la vez oscuro y centelleante, lleno de *argot* y de arcaísmos, de expresiones técnicas y paráfrasis complicadas, que caracteriza la obra de algunos de los mejores representantes de la escuela francesa de las simbolistas. Había metáforas monstruosas como orquídeas, y del mismo matizado sutil. La vida de los sentidos era descrita en términos de filosofía mística. Había momentos en que no se sabía si se estaban leyendo los éxtasis espirituales de algún santo de la Edad Media o las confesiones morbosas de un pecador de hoy día. Era un libro ponzoñoso. El aroma pesado del incienso parecía adherirse a sus páginas para turbar el cerebro. La simple

cadencia de la frase, la sutil monotonía de su música, tan llena de complejos estribillos y de movimientos sabiamente repetidos, producía en el espíritu del adolescente, a medida que se iban sucediendo los capítulos, una especie de divagación, de ensueño enfermizo, que le hacía no darse cuenta del día muriente y las sombras que nacían.

Sin nubes, y taladrado por una sola estrella, el cielo verde de cobre lucía a través de las ventanas. A esta luz pálida leyó hasta que no pudo más. Entonces, y tras de recordarle el criado varias veces lo tardío de la hora, se levantó, pasó a la estancia contigua, y dejando el libro sobre el velador florentino que le servía de mesa de noche, empezó a vestirse para la comida.

Las nueve iban a dar cuando llegó al club, donde ya Lord Henry le esperaba, sentado en el salón, con cara de gran aburrimiento.

–Lo siento infinito, Harry –exclamó-; pero la culpa tuya es. Ese libro que me enviaste me fascinó de tal manera, que no me di cuenta de la hora.

–Sí; ya sabía yo que te gustaría –replicó Lord Henry, poniéndose en pie.

–No he dicho que me gustara, Harry, sino que me ha fascinado. Es muy distinto.

–¡Ah!, ¿has hecho ese descubrimiento? –murmuró Lord Henry.

Y pasaron al comedor.

CAPÍTULO XI

Bastantes años tardó Dorian Gray en libertarse de la influencia de aquel libro[27]. Aunque más exacto sería decir que nunca trató de ello. Nada menos que nueve ejemplares de lujo de la primera edición hizo venir de París, mandándolos encuadernar en diferentes colores, de suerte que pudiesen avenirse con su varios estados de ánimo y las volubles fantasías de una naturaleza, sobre la cual, en ciertos momentos, parecía haber perdido todo imperio. El héroe del libro, aquel joven y extraordinario parisiense, en quien los temperamentos romántico y científico aparecían tan singularmente fundidos, fue para él una especie de prefiguración de sí mismo. Y, en verdad, que el libro entero le parecía contener la historia de su propia vida, escrita antes de haberla vivido. En un punto era más afortunado que el héroe imaginario del cuento. Él nunca conoció –realmente, nunca tuvo motivo para conocerlo– aquel horror un tanto grotesco a los espejos, superficies bruñidas de metal y aguas quietas, que asaltara tan tempranamente al joven parisiense, ocasionado por la súbita ruina de una belleza en otro tiempo, al parecer, tan singular.

[27] Véase al final de la novela la nota sobre este capítulo.

Con un deleite casi cruel –es muy posible que en casi todos los deleites, como en todo placer, la crueldad también tenga su sitio– leía siempre aquella última parte del libro; con su relato, no por enfático menos trágico, del dolor y la desesperación de un hombre que pierde en sí mismo lo que en los demás, y en el mundo, más alto había evaluado.

Pues la milagrosa belleza que de tal modo fascinara a Basil Hallward, y a tantos otros, parecía no abandonarle jamás. Hasta aquellos que sabían los horrores que de él se contaban –pues, de cuando en cuando, los más extraños rumores acerca de su vida íntima se propalaban por Londres y eran la comidilla de los *clubs*– no podían darles crédito cuando le veían. Su aspecto era siempre el de un hombre que ha sabido preservarse de toda mácula del mundo. Cuando él entraba en un sitio, todas las conversaciones licenciosas se acallaban. En la pureza de su rostro había algo que les hacía enmudecer. Su sola presencia parecía traerles el recuerdo de la inocencia perdida. Todos se preguntaban cómo un ser tan grácil y encantador podía haber escapado a la ignominia de una época a la vez sensual y sórdida.

Con frecuencia, al volver a su casa después de alguna de aquellas prolongadas y misteriosas ausencias que provocaran tan extrañas conjeturas entre sus amigos –o que por tales se tenían- subía a paso de lobo la escalera hasta la cerrada habitación, abría la puerta con la llave que nunca le abandonaba, y allí, en pie frente al retrato obra de Basil Hallward, con un espejo en la mano, miraba alternativamente el rostro perverso y envejecido del lienzo y la faz joven y hermosa que le sonreía desde el cristal. La misma violencia del contraste

avivaba su deleite. Cada día se sentía más enamorado de su propia belleza, más interesado en la corrupción de su alma. Examinaba con minucioso cuidado, y a veces con una delectación monstruosa y terrible, los surcos odiosos que estigmatizaban la frente contraída o crispaban los labios bestiales, preguntándose cuáles eran más horribles, si las huellas de la edad o las señales del vicio. Colocaba sus manos blancas y tersas junto a las horrendas manos hinchadas del retrato, y sonreía. Burlábase del cuerpo deforme y los miembros degenerados. Claro que había momentos, por la noche, cuando, desvelado, reposaba en su alcoba, delicadamente perfumada, o en el sórdido cuartucho de aquella taberna mal afamada, junto a los Docks, que, con nombre supuesto y bajo un disfraz, solía frecuentar, en que pensaba en la ruina a que había llevado a su alma, con una compasión tanto más viva cuanto que era puramente egoísta. Pero esos momentos eran raros. Aquella curiosidad por la vida que Lord Henry suscitara en él por vez primera aquella tarde en el jardín de Basil; parecía aumentar jubilosamente. Mientras más conocía, más deseaba conocer. Le acometían apetitos frenéticos, más voraces cuanto más los saciaba.

Sin embargo, no por eso descuidaba sus relaciones mundanas. Una o dos veces al mes, durante el invierno, y todo los miércoles por la noche, mientras duraba la estación, abría a sus amigos y conocidos los espléndidos salones de su casa y los músicos más famosos del día deleitaban a sus huéspedes con la maravilla de su arte. Sus comidas íntimas, en cuya confección siempre Lord Henry le ayudaba, eran conocidas, tanto por la escrupulosa selección y colocación de

los invitados, como por el gusto exquisito con que estaba puesta la mesa, con sus combinaciones sinfónicas de flores exóticas, sus manteles bordados y sus fuentes antiguas de oro y plata. Realmente había muchos, especialmente entre la gente joven, que veían, o creían ver, en Dorian Gray, la verdadera realización del tipo en que tan a menudo soñaran durante sus días de Eton o de Oxford, tipo que debía reunir algo de la verdadera cultura del sabio con toda la gracia y distinción y modales refinados de un hombre de mundo. A éstos parecíales Dorian uno de aquellos de que habla Dante, que han tratado de "perfeccionarse a sí propios por el culto de la belleza". Como Gautier, él era un hombre para quien el mundo visible existía.

Y, ciertamente, la vida era en sí misma para él la primera, la más grande de las artes, y, junto a ella, todas las demás artes parecían sólo una preparación. La Moda, por medio de la cual lo imaginario se hace un momento universal, y el Dandismo, que, a su modo, es una tentativa para afirmar la absoluta modernidad de la belleza, ejercían, como es natural, cierta fascinación sobre él. Su manera de vestir, y los diferentes estilos que, de cuando en cuando, adoptaba, influían poderosamente en los jóvenes refinados de los bailes de Mayfair y los balcones de los clubs de Pall Mall[28], que le copiaban en todo, esforzándose en reproducir el encanto accidental de sus graciosas afectaciones, a que él, por otra parte, no concedía mayor atención.

[28] Mayfair: el barrio más elegante de Londres. Pall Mall: avenida en que radican los clubs más distinguidos de la ciudad.

Pues, aunque dispuesto a aceptar la situación que apenas entrado en su mayor edad se le ofreciera, y halagado realmente a la idea de llegar a ser para el Londres de su tiempo lo que para la Roma neroniana fuera el autor del *Satiricón*, sin embargo, en sus adentros, él aspiraba a ser algo más que un *simple arbiter elegantiarum* y un hombre al que se consulta acerca de una joya, o el nudo de una corbata o el manejo de un bastón.

Él quería crear un nuevo modelo de vida, que tuviese su filosofía sistemática y sus principios metódicos, a fin de encontrar en la espiritualización de los sentidos su más alta realización.

El culto de los sentidos ha sido con frecuencia, y muy justamente, vilipendiado, sintiendo como sienten los hombres un natural impulso de terror ante pasiones y sensaciones que parecen más fuertes que ellos, y que saben comparten con las formas menos altamente organizadas de la existencia. Pero parecíale a Dorian Gray que la verdadera naturaleza de los sentidos nunca ha sido comprendida, y que si permanecen salvajes y en estado de animalidad es simplemente porque el mundo ha tratado de someterlos por hambre o matarlos por el dolor, en vez de intentar hacer de ellos elementos de una nueva espiritualidad, cuya característica dominante sería un instinto sutil de la belleza. En una ojeada retrospectiva, viendo al hombre moverse a través de la Historia, un sentimiento de pérdida le asaltaba. ¡A cuántas cosas se había renunciado! ¡Y por qué poco! Negativas insensatas y absurdas, formas monstruosas de autotortura y de renunciamiento, cuyo origen era el miedo, y cuyo resultado una

degradación infinitamente más terrible que aquella imaginaria degradación de la que, en su ignorancia, intentaran escapar. La Naturaleza, con su maravillosa ironía, había impulsado al anacoreta a vivir con los animales salvajes del desierto y había dado al eremita las bestias del campo por compañeras.

Sí; cómo Lord Henry profetizara, un nuevo Hedonismo se acercaba, que forjaría de nuevo la vida, salvándola de este grosero y desgraciado puritanismo a cuyo singular renacimiento asistimos. Ciertamente que estaría sometido y subordinado a la inteligencia; pero jamás aceptaría ninguna teoría o sistema que entrañase el sacrificio de un modo cualquiera de experiencia pasional. Su fin, realmente, era la experiencia misma, y no los frutos de la experiencia, por dulces o amargos que éstos fuesen. Del ascetismo que amortece los sentidos, como del vulgar libertinaje que los embota, era preciso huir. Pero, en cambio, había que enseñar al hombre a reconcentrarse en los momentos de una vida que apenas era otra cosa que un momento.

Pocos serán los que no se hayan despertado alguna vez antes del alba, después de una de esas noches sin sueños, que casi nos hacen amar la muerte, o una de esas noches de horror y de deleite informe, cuando, a través de las cámaras del cerebro se deslizan fantasmas más terribles que la misma realidad, animados de esa vida intensa que palpita en todos los grotescos, y que presta al arte gótico su perenne vitalidad, arte que podría imaginarse obra de aquellos cuyo espíritu fue turbado por la enfermedad del ensueño. Poco a poco, blancos dedos trémulos parecen insinuarse por entre los cortino-

nes. En negras formas caprichosas, sombras mudas se arrastran por la habitación y agazápanse, al fin, en los rincones. Afuera comienza la algarabía de los pájaros entre la fronda; óyese el rumor de los obreros que pasan hacia el trabajo, el suspiro y los sollozos del viento que baja de las montañas y vaga en torno de la casa en silencio, como si temiese despertar a los que duermen y, al mismo tiempo, se viese obligado a hacer salir al sueño de su caverna de púrpura. Velo tras velo de tenue gasa obscura se descorren, y paulatinamente las cosas van recobrando sus formas y colores, y vemos cómo la aurora va rehaciendo el mundo por el mismo patrón de antes. Los pálidos espejos entran de nuevo en posesión de su vida mímica. Las bujías, apagadas, están donde las habíamos dejado, y, junto a ellas, el libro a medio abrir que leíamos, o la flor que llevamos aquella noche en el ojal, o la carta que temíamos leer o que leímos tantas veces. Nada nos parece cambiado. De las sombras irreales de la noche, vuelve a nosotros la vida que conocíamos. Nos vemos obligados a reanudarla en el punto en que la abandonamos, y se apodera de nosotros una terrible sensación de la necesidad de continuar el esfuerzo en el mismo círculo tedioso de costumbres estereotipadas, o un frenético anhelar, acaso, de que nuestros párpados se abran alguna mañana sobre un mundo forjado de nuevo en las tinieblas para deleite nuestro, un mundo en que las cosas tuviesen formas y colores nuevos, y fuese distinto, y guardara otros secretos; un mundo en que el pasado apenas encontrase sitio, o, por lo menos, no sobreviviera en forma alguna consciente de gratitud o de

remordimiento, pues hasta la remembranza de la alegría tiene su amargura, y los recuerdos del placer su pena.

La creación de semejantes mundos: tal le parecía a Dorian Gray el verdadero, o uno de los verdaderas, fines de la vida. Y en su rebusca de sensaciones que fuesen nuevas y deliciosas, y poseyeran ese elemento de singularidad tan esencial a la imaginación, él no vacilaría en adoptar algunas formas de pensamiento que sabía realmente ajenas a su naturaleza, entregándose a su sutil influencia y abandonándolas, después de haber apresado, por decirlo así, su colorido y satisfecho su curiosidad intelectual, con esa singular indiferencia que, lejos de ser incompatible con el ardor de temperamento, es muchas veces, según algunos psicólogos modernos, su condición precisa.

En una ocasión se susurró que iba a convertirse al catolicismo; y ciertamente que el ritual romano siempre tuvo para él gran atractivo. El diario sacrificio de la misa, más espantoso en verdad que todos los sacrificios del mundo antiguo, le conmovía, tanto por su soberbio desdén a la evidencia de los sentidos, como por la primitiva simplicidad de sus elementos y el eterno sentimiento de la tragedia humana que trataba de simbolizar. Gustaba de arrodillarse sobre el frío pavimento de mármol, y de contemplar al sacerdote, en su rígida casulla floreada, descorriendo lentamente, con sus manos pálidas, el velo del tabernáculo, o levantando en alto la enjoyada custodia, de forma de faro, con aquella blanca oblea que, a veces, se siente uno tentado de creer el verdadero *panis coelestis*, el pan de los ángeles, o, revestido con los atributos de la Pasión de Cristo, rompiendo la hostia dentro

del cáliz y golpeándose el pecho por sus pecados. Los incensarios humeantes, que los graves monaguillos, vestidos de escarlata y encajes, balanceaban en el aire, como grandes flores doradas, ejercían sobre él una sutil fascinación. Al pasar, miraba con asombro los oscuros confesionarios, sintiendo no poder sentarse al abrigo de aquella penumbra para escuchar a los hombres y mujeres que venían a musitar, a través de la gastada rejilla, la historia verídica de sus vidas.

Pero jamás cayó en el error de detener su desenvolvimiento intelectual con la aceptación formal de credo ni sistema alguno, ni de tomar por mansión en que habitar el albergue, bueno, a lo sumo, para pasar una noche o unas cuantas horas de una noche sin estrellas y sin luna. El misticismo, con su maravillosa facultad de transmutar a nuestros ojos en cosas extraordinarias las más vulgares, y las sutiles antinomias que parecen acompañarlo siempre, le interesaron una temporada; y una temporada también se sintió inclinado a las doctrinas materialistas del darwinismo alemán, encontrando un singular deleite en seguir la pista a los pensamientos y pasiones de los hombres hasta alguna célula nacarina del cerebro o un blanco nervezuelo del cuerpo, complaciéndose en la concepción de la absoluta dependencia del espíritu a ciertas condiciones físicas, morbosas o saludables, normales o insólitas. Sin embargo, como queda dicho, ninguna teoría de la vida le parecía de la menor importancia en comparación con la vida misma. Él tenía conciencia de lo estéril que es toda especulación intelectual cuando se la separa de la acción y la experiencia. Sabía que los sentidos, al igual del alma, tenían sus misterios espirituales que revelar.

Así, se dedicó a estudiar los perfumes y los secretos de su manufactura, destilando aceites de aroma violento y quemando gomas odoríferas de Oriente. Vio que no había estado de espíritu que no encontrase su correspondencia en la vida sensorial, y trató de descubrir sus verdaderas relaciones, inquiriendo qué podía haber en el incienso que así incitaba al misticismo, y en el ámbar gris que enardecía las pasiones, y en las violetas que despertaban el recuerdo de los amores pasados, y en el almizcle que turbaba el cerebro, y en la champaca que pervertía la imaginación. Intentó, con frecuencia, establecer una psicología positiva de los perfumes, determinar las diversas influencias de las raíces bien olientes y las flores henchidas de polen, perfumado, de los bálsamos aromáticos y de las obscuras maderas odoríferas; del espicanardo que extenúa; de la hovenia, que hace enloquecer a los hombres, y del áloe, que dicen ahuyenta del alma la melancolía.

Otras veces consagrábase por completo a la música, y en una vasta habitación artesonada de oro y bermellón, y paredes de laca verde oliva, celebraba extraños conciertos, con gitanas en delirio, que arrancaban salvajes melodías de sus cítaras, o graves tunecinos, en sus jaiques amarillos, pulsando monstruosos laúdes, mientras unos negros gesticulantes redoblaban monótonamente en sus tambores de cobre, y, acurrucados sobre sus esterillas carmesíes, unos indios cenceños, tocados con turbantes, soplaban en largas flautas de caña o bronce, fascinando, o fingiendo fascinar, grandes serpientes de capucha y horrendas víboras cornudas. Los agrios acordes y estridentes disonancias de aquella músi-

ca bárbara, lograban sacudirle en ocasiones, cuando ya la gracia de Schubert y las suaves tristezas de Chopin y las armonías potentes del mismo Beethoven resbalaban por sus oídos.

Recogió de todas partes del mundo los más raros instrumentos que pudo encontrar, bien en los sepulcros de los pueblos desaparecidos, bien entre las pocas tribus salvajes que han sobrevivido al contacto con las civilizaciones de Occidente, y gustaba de estudiarlos y tañerlos. Poseía el misterioso *juruparis* de los indios de Río Negro, que no se permite mirar a las mujeres, y que, a los mismos mancebos, sólo después de haber sido sometidos al ayuno y la flagelación, les es dado contemplar; y las orzas de barro de los peruanos, que imitan el chillar de los pájaros; y las flautas de huesos humanos, que Alonso de Ovalle oyera en Chile; y los verdes jaspes sonoros, que se encuentran en las cercanías del Cuzco y exhalan una nota de singular dulzura. Tenía pintadas calabazas rellenas de guijarros, que sonaban como crótalos al ser sacudidas; el largo clarín de los mejicanos, en el que no se toca soplando, sino aspirando el aire; la ruda *tura* de las tribus del Amazonas, que tocan los centinelas, encaramados todo el día en los árboles altos, y dicen que puede oírse a tres leguas de distancia; el *teponaztli*, que tiene dos lengüetas vibrantes de madera, y se percute con palillos impregnados en una goma elástica, que se obtiene del jugo lechoso de unas plantas; los cascabeles llamados *yotl*, agrupados en racimos como de uva, y un enorme tambor cilíndrico, hecho con la piel de grandes serpientes, semejante a aquel que viera Bernal Díaz, cuando fue con Cortés al templo de Méjico, y de cuyo

lúgubre son nos ha dejado una descripción tan viva. El carácter fantástico de estos instrumentos le fascinaba, y sentía un deleite especial al pensar que el arte, como la naturaleza, tiene sus monstruos, objetos de forma bestial y voces horrendas. Sin embargo, al poco tiempo se cansaba de ellos y volvía a su palco de la Ópera, donde, solo o con Lord Henry, escuchaba extasiado *Tannhaüser*, viendo en el preludio de esta obra maestra como una introducción a la tragedia de su propia alma.

Aficionóse también al estudio de las joyas, y una noche apareció en un baile de trajes disfrazado de Anne de Joyeuse, almirante de Francia, con un vestido que llevaba quinientas sesenta perlas. Esta afición le duró bastantes años, y puede decirse que jamás le abandonó. A menudo se pasaba el día combinando en sus estuches las piedras preciosas que había coleccionado: los crisoberilos verde oliva, que se tornan rojos a la luz artificial; la cimófana, veteada de hebras de plata; el peridoto, color de alfóncigo; los topacios, rosados como rosas y amarillos como vino; los carbúnculos, en cuyo fondo se encienden estrellitas parpadeantes de cuatro puntas; los granates cinamomos, rojos como la llama; las espinelas, moradas y anaranjadas, y las amatistas, con sus visos alternos de rubí y zafiro. Amaba el oro rojizo de la piedra del sol, y la blancura nacarina de la piedra de la luna, y el quebrado arco iris del ópalo lactescente. De Ámsterdam le trajeron tres esmeraldas de tamaño y fulgor extraordinarios, y consiguió

una turquesa *de la vieille roche*[29], que era la envidia de todos los entendidos.

Descubrió también historias maravillosas de joyas. En la *Clericalis Disciplina*, de Alfonso, se habla de una serpiente que tenía los ojos de jacinto; y en la novelesca historia de Alejandro se dice que el conquistador de Emathia encontró en el valle del Jordán culebras "con collares de esmeraldas, que les crecían en el dorso". Los dragones, nos cuenta Filóstrato, recelaban en el cerebro una gema, y "mostrándoles unas letras de oro y una túnica de púrpura" podía adormírseles y darles muerte. Según el gran alquimista Pierre de Boniface, el diamante hacía invisible a un hombre, y el ágata de la India le hacía elocuente. La cornalina apaciguaba la ira, y el jacinto provocaba el sueño, y la amatista disipaba los vapores de la embriaguez. El granate ahuyentaba a los demonios, y la hidrofana privaba de su color a la luna. La selenita crecía y menguaba al par que la luna, y el méloceus, que descubre a los ladrones, sólo podía ser atacado por la sangre del cabrito. Leonardo Camilo había visto una piedra blanca extraída del cerebro de un sapo recién muerto, que era un antídoto seguro contra los venenos. El bezoar, que se encontraba en el corazón del ciervo árabe, era un remedio para la peste. En los nidos de algunas aves de Arabia se hallaba el aspilates, que, según Demócrito, preserva a quien lo lleva de toda injuria del fuego.

El rey de Ceilán, cuando se dirigía a su coronación, atravesaba a caballo su ciudad con un enorme rubí en la mano.

[29] Turquesas de las antiguas minas de Oriente, rarísimas por su belleza y de gran precio.

Las puertas del palacio del Preste Juan estaban "hechas de sardios, con el cuerno de la víbora cornuda, incrustado en ella, de suerte que hombre alguno que llevase consigo veneno podía franquearla". En el gablete veíanse "dos manzanas de oro, con dos carbúnculos engastados en ellas", a fin de que el oro brillara por el día, y los carbúnculos por la noche. En la singular novela de Lodge *Una perla de América*, se dice que en la cámara de la reina podían verse a "todas las honestas damas del mundo entero, cinceladas en plata, mirando a través de unos hermosos espejos de crisólitos, carbúnculos, zafiros y verdes esmeraldas". Marco Polo había visto a los habitantes de Zipango colocar perlas rosadas en la boca de los muertos. Un monstruo marino se había enamorado de la perla que un buzo trajo al rey Perozes, y en castigo mató al ladrón, y lloró durante siete lunas la pérdida. Cuando los hunos atrajeron al rey a la gran cárcava, éste salió volando de ella –Procopio nos cuenta el sucedido-, y no pudo ser hallado, a pesar de haber ofrecido el emperador Anastasio cinco quintales de monedas de oro a quien diese con él. El rey de Malabar había enseñado a un cierto veneciano un rosario de trescientas cuatro perlas, una por cada dios que adoraba.

Cuando el duque de Valentinois, hijo de Alejandro VI, visitó a Luis XII de Francia, su caballo, según Brantôme, iba materialmente cubierto de hojas de oro, y su sombrero guarnecido con una doble hilera de rubíes, que refulgían extraordinariamente. Carlos de Inglaterra cabalgaba con estribos que llevaban engastados cuatrocientos veintiún diamantes. Ricardo II tenía una casaca tasada en treinta mil marcos, cuajada de rubíes balajes. Hall describe a Enrique VIII diri-

giéndose hacia la Torre antes de su coronación, vestido con "un jabón de tisú de oro, la pechera bordada de diamantes y otras piedras preciosas, y un gran collar de enormes balajes sobre los hombros". Los favoritos de Jacobo I llevaban pendientes de esmeraldas, engastadas en filigrana de oro. Eduardo II regaló a Piers Gaveston una armadura completa de oro rojo, con incrustaciones de jacintos, un collar de rosas de oro y turquesas, y un birrete sembrado de perlas. Enrique II llevaba guantes gemados hasta el codo, y tenía uno de cetrería con doce rubíes y cincuenta y dos grandes perlas. El sombrero ducal de Carlos el Temerario, último duque de Borgoña de su linaje, estaba tachonado de perlas periformes y zafiros.

¡Qué deliciosa había sido en otros tiempos la vida! ¡Cuán magnífica en su pompa y ornato! La sola lectura del fausto de antaño era ya maravillosa.

Luego dirigió su atención hacia los bordados y las tapicerías que en las heladas salas de los pueblos septentrionales de Europa hacían las veces de frescos. Investigando la cuestión –siempre había tenido él una facilidad extraordinaria para absorberse por completo en cuanto tomaba entre manos- casi se sintió entristecido al pensar en la ruina a que el tiempo llevaba a todo lo que era bello y prodigioso. Él, por lo menos, había escapado a la regla. Los estíos se sucedían, y el junquillo florecía y se mustiaba, y noches de horror repetían la historia de su vergüenza, pero él no cambiaba. Ningún invierno dejó huella en su rostro, ni marchitó su lozanía de flor. ¡Qué diferencia de lo que ocurría con las cosas materiales! ¿Qué había sido de ellas? ¿Dónde estaba la gran túnica color de azafrán, por la cual lucharon los dioses contra los

titanes, tejida por morenas doncellas para placer de Atenea? ¿Dónde el enorme velario que Nerón tendiera sobre el Coliseo de Roma, aquella gigantesca vela de púrpura sobre la cual estaba representado el cielo constelado y Apolo conduciendo su carro tirado por blancos corceles embridados de oro? Le habría gustado ver aquellos singulares manteles, trabajados para el Sacerdote del Sol, sobre cuya superficie aparecían todas las viandas y golosinas que podían apetecerse para un festín; el paño mortuorio del rey Chilperico, con sus trescientas abejas de oro; los trajes fantásticos que provocaron la indignación del obispo del Ponto, representando "leones, panteras, osos, perros, selvas, peñascos, cazadores; en una palabra, cuanto un pintor podía copiar de la naturaleza"; y el jubón que Carlos de Orleans lució una vez, sobre cuyas mangas veíanse bordados los versos de una canción que comienza: *Madame, je suis tout joyeux*, bordado el acompañamiento musical de las palabras con hilo de oro, y cada nota, cuadrada en aquel tiempo, formada con cuatro perlas. Leyó la descripción de la estancia que había sido preparada en el palacio de Reims para la reina Juana de Borgoña, decorada con "mil trescientos veintiún papagayos, bordados en realce y blasonados con las armas del rey, y quinientas sesenta y una mariposas, cuyas alas estaban parejamente ornamentadas con las armas de la reina, todo ello en oro". Catalina de Médicis tenía un lecho de duelo, hecho para ella, de terciopelo negro, salpicado de medias lunas y soles. Las cortinas eran de damasco, con coronas de hojas y festones, labrados sobre un fondo de oro y plata, y fresadas de perlas; estaba en un aposento tapizado con divisas de la reina, en

terciopelo negro sobre tisú de plata. Luis XIV tenía cariátides de quince pies de altura, vestidas de oro. El lecho de aparato de Sobieski, rey de Polonia, estaba hecho de brocado de oro de Esmirna, bordado de turquesas con versículos del Corán. Los soportes eran de plata dorada, delicadamente cincelada, y con profusión de medallones esmaltados y de pedrería. Había sido apresado en el campamento turco, delante de Viena, y bajo el oro de su dosel se había alzado el estandarte de Mahoma.

Así, durante un año entero, se esforzó en acumular los más raros ejemplares que pudo hallar del arte textil y del bordado: las deliciosas muselinas de Delhi, entretejidas con palmas de hilo de oro y alas irisadas de escarabajo; las gasas de Dacca, conocidas en Oriente por su transparencia con los nombres de "aire tejido", "agua que corre" y "rocío de la tarde"; extrañas telas historiadas de Java; amarillos tapices de China, sabiamente trabajados; libros encuadernados en rasos fulvos y sedas azules, estampados con flores de lis, pájaros y figuras; velos de punto, de Hungría; brocados sicilianos y rígidos terciopelos españoles; encajes del tiempo de los Jorges, con sus esquinas doradas; y *fukusas* japonesas, con sus oros verdosos y sus pájaros de plumaje fantástico.

También sentía una pasión especial por las vestiduras eclesiásticas, como por todo cuanto se relacionaba con el servicio de la Iglesia. En los grandes arcones de cedro, que se alineaban a lo largo de la galería a poniente de su casa, había reunido muchos raros y magníficos ejemplares de lo que realmente constituye el atavío de la Prometida de Cristo, que debe vestirse de púrpura y lienzos finos y joyas, que

oculten el pálido cuerpo macerado por el sufrimiento voluntario y lacerado por las torturas a que se condenó ella misma. Poseía una suntuosa capa pluvial, labor italiana del siglo XV, de seda carmesí y damasco de oro, con diseño de granadas doradas sobre flores de seis pétalos y franja de piñas bordadas en aljófar. La cenefa estaba dividida en cuadros representando escenas de la vida de la Virgen, y sobre el capillo se veía la coronación de la misma en sedas de colores. Otra capa era de terciopelo verde, bordado con grupos en forma de corazón de hojas de acanto, de los que se elevaban largos tallos con flores blancas, sombreadas con hilo de plata y cristales de color. En el capillo, la cabecita de un serafín en realce; y la cenefa, adamascada en oro y seda roja, con medallones de santos y mártires, entre los cuales se contaba San Sebastián. Tenía también casullas de seda ambarina y seda azul y brocado de oro y damasco amarillo y tisú de oro, con escenas de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, y leones, pavos reales y otros emblemas bordados; dalmáticas de seda blanca y ormesí rosado, decoradas con tulipanes, delfines y flores de lis; frontales de altar, de terciopelo, carmesí y lino azul; y un sin fin de corporales, cubre cálices y purificadores. Algo había, en los Oficios místicos que requerían estos objetos, que excitaba su imaginación.

Pues estos tesoros, y cuanto había conseguido reunir en su casa, eran para él medios de olvido, maneras de escapar, por algún tiempo, al espanto que con frecuencia le atenazaba. De los muros de la estancia desierta y cerrada donde pasara casi toda su infancia, él había colgado, con sus propias manos, el terrible retrato cuyas facciones cambiantes le

mostraban la verdadera degradación de su vida, tendiendo sobre él, a modo de cortina, el paño mortuorio de oro y púrpura. Semanas enteras se pasaba sin subir hasta allí, dando al olvido aquella cosa horrenda, recobrados su buen humor y su frivolidad maravillosa, absorbiéndose de nuevo por entero en la felicidad de vivir. Luego, súbitamente y con gran sigilo, salía una noche de su casa, dirigíase a uno de aquellos antros de Blue Gate Fields, y allí se estaba, un día y otro, hasta que le echaban de él. De vuelta en su casa, sentábase frente al retrato, lleno a veces de odio contra él y contra sí mismo, pero sintiendo, otras, ese orgullo de individualismo que entra por mitad en la fascinación del pecado, y sonriendo, con secreto agrado, a la sombra deforme que soportaba el fardo que a él correspondía.

Al cabo de unos cuantos años encontró que no podía estar mucho tiempo fuera de Inglaterra, y vendió la *villa* que compartía con Lord Henry en Trouville y la casita de tapias encaladas de Argel, donde más de una vez fuera a pasar el invierno. No podía resignarse a estar separado del retrato que así participaba de su vida, temiendo también que durante su ausencia pudiera alguien entrar en la habitación, a pesar de la complicada cerradura que había mandado colocar en la puerta.

Bien sabía él que el retrato no podría decirles nada.

Verdad es que conservaba bajo la monstruosidad de sus facciones una marcada semejanza con él; pero, aunque así fuera, ¿qué iba a revelar a quienes le viesen? El se reiría en las barbas de quien tratase de vilipendiarle. ¿Acaso lo había él pintado? ¿Qué podía, pues, importarle aquella apariencia de

degradación y de vicio? Y aunque les dijese la verdad, ¿podrían, acaso, creerla?

No obstante, tenía miedo. Más de una vez, en su quinta de Nottinghams-hire, rodeado de sus invitados, siempre jóvenes a la moda, que le reconocían por jefe, asombrando la comarca con su lujo extravagante y la suntuosidad de su tren de vida, había abandonado, súbitamente, a sus huéspedes y corrido a la ciudad a asegurarse con sus propios ojos de que la puerta no había sido forzada y el retrato continuaba en su sitio. El solo pensamiento de que podían robarlo le horrorizaba. Seguramente el mundo penetraría entonces su secreto. Acaso ya lo sospechaba.

Pues, aunque fascinara a muchos, no eran pocos los que desconfiaban de él. Una vez estuvo a punto de no ser admitido, por mayoría de votos, en un club de West End, al cual su nacimiento y posición parecían darle pleno derecho a pertenecer, y se dijo que en otra ocasión, al entrar en compañía de sus amigos en el *fumoir* del Churchill, el duque de Berwick y otro socio se levantaron muy ostensiblemente y salieron del salón. Apenas cumplidos los veinticinco años, empezaron a circular extrañas historias sobre él. Susurrábase que le habían visto querellándose con marineros extranjeros en uno de esos antros equívocos de Whitechapel, y que frecuentaba la compañía de ladrones y monederos falsos y conocía los misterios de su arte. Sus inexplicables ausencias comenzaron a ser notadas, y cuando reaparecía en sociedad, la gente cuchicheaba en los rincones, o pasaban ante él con una sonrisita burlona, o le examinaban con ojos fríos y escrutadores, como decididos a descubrir su secreto.

Claro que él no prestaba la menor atención a aquellos desprecios e impertinencias; y, a juicio de la mayoría, su aire de afabilidad y de franqueza, su encantadora sonrisa infantil y la gracia infinita de aquella juventud maravillosa que parecía no abandonarle, eran respuestas más que suficiente a las calumnias –pues de tal las calificaban- que sobre él corrían. Sin embargo, no dejó de observarse que algunos de los que le habían tratado más íntimamente, al cabo de cierto tiempo parecían rehuirle. Mujeres que le adoraran con frenesí, y por él afrontaran todas las críticas sociales, desafiando las conveniencias, palidecían visiblemente, de vergüenza o de horror, al entrar él.

Pero estos escándalos, contados al oído, servían sólo para acrecentar, a los ojos de muchos, su hechizo extraño y peligroso. Su gran fortuna era también un elemento seguro de defensa. La sociedad –la sociedad civilizada al menos-, nunca se siente demasiado dispuesta a creer nada en detrimento de las personas ricas y sugestivas. Comprende, por instinto, que los modales son de más importancia que las costumbres y, a juicio suyo, la más acendrada respetabilidad vale mucho menos que el tener un buen cocinero. Al fin y al cabo, es muy pobre consuelo saber que la persona que acaba de darle a uno mal de comer, o un vino mediocre, es de una vida privada irreprochable. Las mismas virtudes teologales no pueden servir de excusa a un plato casi frío, como en una ocasión hacía observar Lord Henry, discutiendo el tema; y es muy posible que tuviera razón. Pues los cánones de la buena sociedad eran, o deberían ser, los mismos que los cánones del arte. La forma es absolutamente esencial en ello. Debe-

rían tener la dignidad de un ceremonial, y también su irrealidad, combinando el carácter insincero de una comedia romántica con el ingenio y la belleza que nos hacen deliciosas tales comedias. ¿Acaso la insinceridad es tan terrible cosa? ¿No sería simplemente un método merced al cual podemos multiplicar nuestra personalidad?

Por lo menos, tal pensaba Dorian Gray. Maravillábase de la psicología superficial de quienes conciben el Yo en el hombre como una cosa simple, permanente, segura y homogénea. Para él, el hombre era un ser con millares de vidas y millares de sensaciones, una criatura compleja y multiforme que llevaba en sí extraños legados de pensamiento y pasión, y cuya carne misma estaba inficionada por las monstruosas dolencias de los muertos.

Gustaba de pasear por la desierta y fría galería de retratos de su casa de campo, contemplando las efigies de aquellos cuya sangre corría por sus venas. Allí estaba Philip Herbert, del que Francis Osborne dice, en sus *Memorias sobre los reinados de la Reina Isabel y del Rey Jacobo*, que fue "mimado por la corte a causa de la hermosura de su semblante, que no le hizo compañía largo tiempo". ¿Sería acaso la vida del joven Herbert la que él, a veces llevaba? ¿Se habría transmitido algún extraño germen venenoso de cuerpo a cuerpo, hasta alcanzar el suyo? ¿No sería alguna vaga supervivencia de aquella gracia destruida lo que le indujera tan repentinamente, y casi sin motivo, a formular en el estudio de Basil Hallward aquel deseo insensato, que de tal modo cambiara su vida? Allí, en ropilla escarlata bordada en oro, sobreveste cubierta de pedrería, y gorguera y puños ribeteados de oro,

erguíase sir Anthony Sherard, con su armadura nielada a los pies. ¿Cuál sería la herencia de aquel hombre? ¿Le habría dejado el amante de Giovanna de Nápoles algún legado de vicio y de ignominia? ¿Serían sus propias acciones simplemente los sueños que aquel muerto no se había atrevido a llevar a cabo? Allí, desde el lienzo empañado sonreía Lady Elizabeth Devereux, con su toca de gasa, peto de perlas y mangas acuchilladas de color rosa. En la mano derecha sostenía una flor, y con la izquierda se cogía el collar, de rosas blancas y encarnadas. Sobre una mesa, a su lado, se veían una mandolina y una manzana, y dos rosetones verdes en sus chapines puntiagudos. Él conocía su vida, y las singulares historias que se habían contado de sus amantes. ¿Tendría él algo del temperamento de ella? Aquellos ojos ovales de párpados pesados parecían mirarle curiosamente. ¡Pues y aquel George Willoughby, con su cabello empolvado y sus lunares postizos! ¡Qué equívoca catadura la suya! El rostro era atezado y saturnino, y los labios sensuales parecían torcidos por el desdén. Delicados vuelillos de encaje caían sobre las manos amarillentas y descarnadas, cargadas de sortijas. Había sido un pisaverde del siglo XVIII, y el amigo, en su juventud, de Lord Ferrars. ¿Y aquel segundo Lord Beckenham, compañero del Príncipe Regente en sus días más frenéticos y testigo del matrimonio secreto con Mrs. Fitzherbert? ¡Cuán altivo y arrogante, con sus bucles castaños y su ademán de insolencia! ¿Qué pasiones le habría legado? El mundo le había tachado de infamia. Él era quien conducía aquellas famosas orgías de Carlton House. La estrella de la Jarretera brillaba sobre su pecho. Junto a él pendía el retrato de su esposa,

muy pálida, de labios enjutos, toda vestida de negro. También la sangre de ella corría por sus venas. ¡Qué extraño parecía todo aquello! Y su madre, de rostro tan semejante al de Lady Hamilton, con sus labios húmedos y rojos como el vino... ¡Ah, él sabía lo que heredara de ella! Su belleza, y su pasión por la belleza ajena. Vestida de bacante, con los cabellos trenzados de hojas de viña, le sonreía desde el cuadro. La copa que sostenía en la mano desbordaba de zumo purpurino. La carnación del retrato se había marchitado, pero los ojos eran aún maravillosos en su profundidad y resplandor. Parecían seguirle de un lado a otro.

Pero también en la literatura tiene uno sus antepasados, lo mismo que en su propio linaje, más cercanos quizás, muchos de ellos, en tipo y en temperamento, y desde luego con una influencia más perceptible. Momentos había en que la historia entera se le antojaba a Dorian Gray como una simple crónica de su misma vida, no como si la hubiese vivido en acción y circunstancia, sino como si su imaginación la hubiese creado para él y hubiera sido así en su cerebro y en sus pasiones. Sentía como si hubiese conocido a todas aquellas extrañas y terribles figuras que cruzaron el escenario del mundo e hicieron tan maravilloso el pecado y el mal tan sutil. Le parecía como si de un modo misterioso sus vidas hubieran sido la suya propia.

El protagonista de la maravillosa novela que tanto influyera en su vida, también había conocido estos sueños extraños. En el capítulo séptimo dice cómo, coronado de laurel para evitar el rayo, se había sentado, a imitación de Tiberio, en un jardín de Caprea, leyendo los libros obscenos de Ele-

fantina en tanto que a su alrededor se contoneaban pavos reales y enanos y el tañedor de flauta hacía burla del turibulario; y, como Calígula, se había embriagado con los cocheros de túnicas verdes en sus cuadras y comido en un pesebre de marfil en compañía de un caballo de enjoyada frontalera; y, como Domiciano, había vagado por una galería cubierta de espejos de mármol, mirando en torno suyo con ojos extraviados, a la idea del puñal que debía poner fin a sus días, y enfermo de ese hastío, de ese terrible *tædium vitæ* que salta a quienes la vida no ha negado nunca nada; y había contemplado a través de una clara esmeralda las rojas matanzas del circo, y luego, en una litera de púrpura y perlas tirada por mulas herradas de plata, había sido llevado por la Vía de las Granadas a la Casa de Oro, oyendo gritar a su paso: ¡*Nero Cæsar!*; y, como Heliogábalo, habíase pintado las mejillas e hilado la rueca en el gineceo y traído la Luna de Cartago para unirla en místicas bodas al Sol.

Dorian Gray no se cansaba de leer este capítulo fantástico, y los otros dos que le seguían, en los cuales, como en una extraña tapicería de medallones sutilmente trabajados, aparecían las figuras terribles y seductoras de aquellos a quienes el Vicio, la Sangre y el Tedio habían llevado a la monstruosidad o la demencia; Filippo, duque de Milán, que asesinó a su mujer e impregnó sus labios con un veneno escarlata, a fin de que su amante bebiera la muerte cuando besara al ser adorado; Pietro Barbi, el Veneciano, conocido por Paulo II, que intentó en su soberbia asumir el título de Formosus, y cuya tiara, valorada en doscientos mil florines, fue comprada a costa de un terrible pecado; Gian María Vis-

conti, que cazaba hombres con sabuesos, y cuyo cadáver, cuando le asesinaron, fue cubierto de rosas por una cortesana que le amaba; el Borgia, jinete en su corcel blanco, con el Fratricidio cabalgando a su lado, la capa teñida por la sangre de Perotto; Pietro Riario, el joven cardenal arzobispo de Florencia, hijo y favorito de Sixto IV, cuya hermosura sólo fue igualada por su libertinaje, y que recibió a Leonor de Aragón en una tienda de campaña, de seda blanca y carmesí, llena de ninfas y centauros, acariciando a un mozuelo que en los festines le servía de Ganimedes o Hylas; Ezzelino, cuya melancolía sólo podía ser curada por el espectáculo de la muerte, y que tenía la pasión de la sangre, como otros tienen la del vino, el hijo del Diablo, según dijeron, que hizo trampa a su padre jugando con él a los dados su propia alma; Giambattista Cibo, que tomó por mofa el nombre de Inocencio, y en cuyas venas exhaustas transfundió un doctor judío la sangre de tres mancebos; Sigismondo Malatesta, el amante de Isotta y señor de Rimini, cuya efigie fue quemada en Roma como enemigo de Dios y de los hombres, que estranguló a Polissena con una servilleta, y dio un veneno a Ginevra de Este en una copa de esmeralda, y en honor de una nefanda pasión levantó una iglesia pagana para el culto de Cristo; Carlos VI, que tan frenéticamente idolatró a la mujer de su hermano, a quien un leproso advirtiera de la próxima insanía, y que, cuando enfermó y se extravió su espíritu, sólo podía aliviarle la vista de unos naipes sarracenos que tenían pintada la imagen del Amor, la Locura y la Muerte; y, en su ceñido jubón y su birrete enjoyado y rizos como hojas de acanto, Grifonetto Baglioni, que mató a Astorre y su prometida, y a

Simonetto y su paje, pero cuya gracia y gentileza eran tales que cuando le hallaron moribundo en la plaza amarillenta de Perusa, sus mismos enemigos no pudieron menos de llorar, y Atalanta, que le había maldecido, le bendijo.

De todos ellos emanaba una fascinación terrible. Él los veía en sueños, por la noche; y durante el día turbaban su imaginación. El Renacimiento conoció raras formas de envenenamiento: envenenamiento por un casco o una antorcha encendida, por unos guantes bordados o un abanico de pedrería, por una dorada bujeta, por un collar de ámbar... Dorian Gray había sido emponzoñado por un libro. Momentos había en que el mal le parecía simplemente un medio de realizar su concepción de la belleza.

CAPÍTULO XII

Era un nueve de noviembre, la víspera del día en que cumplía sus treinta y ocho años, como a menudo recordó más tarde.

Había salido a eso de las once de casa de Lord Henry, donde cenara, y se dirigía a la suya, envuelto en un gran gabán de pieles, a causa de lo frío y brumoso de la noche. Al llegar al cruce de la plaza de Grosvenor con la calle de South Audley, pasó junto a él, en medio de la niebla, un hombre que caminaba muy deprisa, con el cuello de su abrigo gris levantado y un maletín en la mano. Dorian le reconoció enseguida. Era Basil Hallward. Una extraña sensación de miedo, que no podía explicarse, se apoderó de él. Hizo como si no le reconociera y apretó el paso en dirección a su casa.

Pero Hallward también le había visto. Dorian le oyó detenerse en medio de la calle y luego precipitarse para darle alcance. A los pocos momentos, una mano se apoyaba en su brazo.

–¡Dorian! ¡Qué dichosa casualidad! Te he estado esperando en tu casa desde las nueve. Al fin, me compadecí de tu criado, que se caía de sueño, y le dejé que se fuera a la cama.

Salgo para París en el tren de las doce, y tenía especial empeño en verte antes. Me pareció que eras tú, o, mejor dicho, tu gabán de pieles, cuando pasaste junto a mí. Pero no estaba seguro. ¿Y tú, no me reconociste?

–¿Con esta niebla, querido Basil? ¡Si apenas reconozco la plaza de Grosvenor! Me parece que mi casa debe estar por aquí, pero tampoco estoy seguro. ¡Cuánto siento que te vayas! Hace un siglo que no nos vemos. Pero supongo que volverás pronto, ¿verdad?

–No; pienso estar fuera de Inglaterra seis meses. Tengo intención de tomar un estudio en París, y de encerrarme en él hasta que haya concluido un gran cuadro que tengo en proyecto. Pero no era de mí de quien quería hablarte. Ya hemos llegado a tu casa. Permíteme que entre un momento. Tengo algo que decirte.

–Encantado. Pero... ¿no perderás el tren? –preguntó Dorian Gray negligentemente, subiendo los escalones y abriendo la puerta con su llavín. La luz del farol luchaba contra la neblina, iluminando vagamente la escena. Hallward sacó su reloj.

–Tengo tiempo de sobra –contestó-. El tren no sale hasta las doce y cuarto, y no son más que las once. Cuando nos cruzamos me dirigía al club a ver si te encontraba. Además, no tengo que preocuparme del equipaje.

Los bultos grandes los he enviado ya por delante. No llevo conmigo más que este maletín, y de aquí a la estación puedo ir perfectamente en veinte minutos.

Dorian le miró sonriendo.

–¡Qué indumentaria de viaje para un pintor a la moda! ¡Un maletín Gladstone y un *ulster*! Entra, o va a llenarse la casa de niebla. Y procura no hablar de cosas serias. Hoy día no hay nada serio. Por lo menos, no debería de haberlo.

Hallward sacudió la cabeza y siguió a Dorian hasta la biblioteca. Un buen fuego de leña ardía en la gran chimenea. Las lámparas estaban encendidas, y sobre un velador de marquetería veíanse una licorera holandesa de plata, varios sifones y unas cuantas copas de cristal tallado.

–Ya ves que tu criado me ha tratado bien, Dorian. Me trajo todo lo necesario, incluso tus mejores cigarrillos de boquilla dorada. Es un individuo muy hospitalario. Me gusta mucho más que aquel francés que tenías antes. Por cierto, ¿qué ha sido de él?

Dorian se encogió de hombros.

–Creo que se ha casado con la doncella de Lady Radley, y que la ha establecido en París como modista inglesa. Me han dicho que la anglomanía está ahora allí muy de moda. Parece mentira, ¿verdad? Pero, mira, distaba mucho de ser un mal ayuda de cámara. A mí tampoco me era muy simpático, pero la verdad es que nunca tuve queja de él. Uno a veces se figura cosas absurdas; que no son. Me era muy adicto, y pareció sentir mucho el tener que irse. ¿Quieres otro *brandy-and-soda*? ¿O prefieres vino del Rhin con seltz? Es lo que yo tomo siempre. Seguramente que en el cuarto de al lado debe de haber.

–Gracias, no quiero nada más –dijo el pintor, quitándose el sombrero y el abrigo, y arrojándolos encima del maletín, que había dejado en un rincón.

–Y ahora, querido Dorian, necesito que hablemos en serio. No frunzas el ceño. Si te pones así, me va a costar más trabajo decirte lo que debo decirte.

–¿De qué se trata? –inquirió Dorian, malhumorado, dejándose caer en el sofá-. Espero que no será de mí. Esta noche me siento cansado de mi persona. Me gustaría ser otro cualquiera.

–Se trata de ti –repuso Hallward, con su voz grave y profunda-; y es mi deber decírtelo. ¡Oh!, no te molestaré más de media hora.

Suspirando, Dorian encendió un cigarrillo.

–¡Media hora! –murmuró.

–No es demasiado pedir, Dorian; y únicamente en tu propio interés lo hago. Creo conveniente que sepas los horrores que se dicen de ti en Londres.

–Pues yo no tengo el menor interés en saberlos. Me gusta enterarme de los escándalos ajenos; pero ¿los míos? No me preocupan lo más mínimo. Ni siquiera tienen el encanto de la novedad.

–Pues deben preocuparte, Dorian. Todo hombre debe preocuparse de su buena fama. Tú no querrás que la gente hable de ti como de un ser infame y degradado, ¿verdad? Cierto que tú tienes posición y dinero, y no dependes de nadie. Pero el dinero y la posición no lo son todo. No necesito decirte que yo no creo ninguno de esos rumores. Por lo menos, cuando te veo, no puedo creerlos. El vicio es algo que el hombre siempre lleva escrito en el rostro. Nada hay que lo oculte. La gente suele hablar de vicios secretos. No hay tal cosa. En cuanto un hombre tiene un vicio cualquiera,

éste se delata a sí propio, en las líneas de la boca, en el caer de los párpados, en el mismo modelado de las manos. Alguien –cuyo nombre no diré; pero tú lo conoces- vino a mi estudio el año pasado a encargarme su retrato. Yo no le conocía ni de vista, ni había oído decir nada de él, aunque desde entonces a la fecha he oído no poco. Me ofreció un precio exorbitante. No obstante, rehusé. Había algo en la forma de sus dedos que me desagradó profundamente. Luego he sabido que había acertado en mis suposiciones. Su vida es un verdadero horror. Pero tú, Dorian, con ese rostro tan puro e inocente, y esa juventud maravillosa y perenne... No, no me es posible creer nada contra ti. Y, sin embargo, apenas te veo ahora; nunca vienes a mi estudio, y cuando no estoy a tu lado y oigo todas esas abominaciones que se cuchichean de ti, no sé qué contestar. ¿Cuál es la causa, Dorian, de que un hombre como el duque de Berwick salga del salón de un club cuando tú entras en él? ¿Por qué hay tantas personas en Londres que no vienen a tu casa ni te invitan a las suyas? Tú fuiste amigo de Lord Staveley, ¿verdad? Pues la otra noche me encontré con él en una comida. Casualmente, en la conversación, se pronunció tu nombre a propósito de las miniaturas que enviaste a la exposición Dudley. Staveley torció el gesto, y dijo que es posible que fueras muy artista, pero que no eras hombre para ser presentado a ninguna muchacha decente ni que pudiera estar en la misma habitación que una mujer honrada cualquiera. Le recordé, entonces, que yo era amigo tuyo, y le rogué que se explicase. Lo hizo, claramente, sin ambages, delante de todo el mundo. ¡Fue horrible! ¿Por qué es tu amistad tan fatal a los jóvenes? ¿Te

acuerdas de aquel infeliz muchacho que servía en la Guardia y que se suicidó? Tú eras su gran amigo. ¿Y Sir Henry Ashton, que tuvo que irse de Inglaterra, deshonrado para siempre? Ambos erais inseparables. ¿Y aquel Adrián Singleton, que acabó tan trágicamente. ¿Y el único hijo de Lord Kent, con su carrera perdida? Ayer me encontré a su padre en la calle de St. James. Parecía destrozado por el dolor y la vergüenza. ¿Y el duque de Perth? ¿Cuál es su vida ahora? ¿Qué persona honorable le querría por amigo?

–¡Basta, Basil! Estás hablando de cosas que no sabes –interrumpió Dorian Gray, mordiéndose los labios, y con acento de infinito desdén-. Me preguntas por qué Berwick sale de un salón cuando yo entro. Pues porque yo sé toda su vida, y no él algo de la mía. Con una sangre como la que corre por sus venas, ¿cómo podría ser limpia su historia? Me preguntas por Henry Ashton y el joven Perth. ¿Le enseñé yo, acaso, al uno sus vicios, y su desenfreno al otro? ¿Y qué tengo yo que ver con que el hijo idiota de Kent busque mujer en el arroyo? Si Adrián Singleton firma un pagaré con el nombre de un amigo, ¿soy yo su guardián, para impedirlo? Ya sé lo aficionada que es la gente en Inglaterra a maldecir del prójimo. Las clases medias airean sus prejuicios morales en sus groseras sobremesas, y murmuran sobre lo que ellos llaman el libertinaje de sus superiores, con el fin de imaginarse que están en la alta sociedad y en las más íntimas relaciones con la gente que denigran. En este país, basta tener entendimiento y distinguirse de algún modo para que todas las lenguas del vulgo se desaten contra uno. ¿Y qué vida llevan esas personas que tanto se las echan de morales? Tú

olvidas, querido, que estamos en la tierra natal de los hipócritas.

–Dorian –exclamó Hallward-; no se trata ahora de eso. Ya sé que Inglaterra deja bastante que desear, y que la sociedad inglesa es lamentable. Por eso mismo deseaba que tú fueras una excepción. Y, ¡ay!, tú no lo has sido. Uno tiene derecho a juzgar a un hombre por la influencia que ejerce en sus amigos. Los tuyos parecen haber perdido todo sentimiento del honor, de la bondad, de la rectitud. Tú les has inspirado la locura del placer. Todos han rodado al abismo, y en él los has dejado. Sí; tú no has hecho nada por sacarles, y, sin embargo, puedes seguir sonriendo, como sonríes ahora. Todavía hay algo peor. Sé que tú y Harry sois inseparables. Aunque sólo fuera por esto, no deberías haber hecho del nombre de su hermana un objeto de burla.

–Ten cuidado con tus palabras, Basil. Vas demasiado lejos.

–Mi deber es hablar, y el tuyo escucharme. Y me escucharás. Cuando conociste a Lady Gwendolen, la reputación de ésta era intachable. ¿Hay en Londres, hoy, una sola mujer decente que se atreviese a pasear con ella por el Parque? Hasta han tenido que separarla de sus hijos. Y no es eso lo único que cuentan. Dicen también que te han visto salir al alba de ciertas casas abyectas y entrar furtivamente, disfrazado, en los más infames burdeles. ¿Es cierto esto? ¿Puede acaso ser cierto? La primera vez que lo oí me eché a reír. Ahora, cuando lo oigo, me estremezco. Pues ¿y de tu casa de campo, y de lo que allí ocurre? Dorian, tú no sabes las cosas que cuentan de ti. Yo no te diré que no entra en mi inten-

ción el sermonearte. Recuerdo que Harry decía una vez que todo el que se erige en predicador empieza por decir esto, y falta luego enseguida a su palabra. No, yo quiero sermonearte. Quiero que tu vida sea tal que el mundo te respete. Quiero que tengas un nombre sin mácula y una historia limpia. Quiero que te desembaraces de toda esa gentuza que tratas. No, no te encojas de hombros. No seas tan despreocupado. Tú ejerces una extraordinaria influencia. Que sea para el bien, y no para el mal. Dicen que corrompes a cuantos intiman contigo, y que basta que entres en una casa para que la vergüenza y la desgracia te sigan. Yo no sé si es verdad. ¿Cómo podría yo saberlo? Pero eso dicen de ti. Yo he oído cosas que parecía imposible poner en duda. Lord Gloucester fue uno de mis mejores amigos de Oxford. Él me enseñó una carta que su mujer le había escrito, casi agonizante, desde su villa de Menton. Tu nombre sonaba en la más terrible confesión que he leído nunca. Yo le dije que era absurdo, que yo te conocía a fondo y sabía que era totalmente incapaz de una villanía semejante. ¿Conocerte? ¿Te conozco yo en realidad? Antes de hablar de aquel modo hubiera sido preciso que yo viese tu alma.

–¡Ver mi alma! –murmuró Dorian Gray, levantándose trémulo y casi lívido de terror.

–Sí –repuso Hallward gravemente, y con voz impregnada de tristeza-; ver tu alma. Pero sólo Dios puede hacerlo.

Una amarga risa de burla brotó de labios de Dorian.

–¡Tú también la verás esta noche! –exclamó, cogiendo de la mesa una lámpara-. Ven; obra tuya es. ¿Por qué no ibas a verla? Luego, si quieres, podrás contárselo a todo el mun-

do. Nadie te creerá. Si te creyesen, aun me adorarían más. Yo conozco nuestra época mejor que tú, a pesar de todas tus palabras ociosas. Ven, te digo. Ya has disertado bastante sobre la corrupción. Vamos ahora a verla cara a cara.

En cada palabra que profería había como una locura de orgullo. Con su infantil impaciencia de costumbre golpeaba con el pie en tierra. Sentía una terrible alegría a la idea de que iba a compartir con alguien su secreto, y de que el hombre que había pintado el retrato origen de su vergüenza iba a quedar abrumado para el resto de sus días con el espantoso recuerdo de lo que había hecho.

–Sí –prosiguió, acercándose a él y mirándole fijamente en sus ojos severos-; te mostraré mi alma. Verás lo que crees que sólo puede ser visto por Dios:

Hallward dio un paso atrás.

–¡Eso es una blasfemia, Dorian! –exclamó-. No debes decir esas cosas, que son impías y absurdas.

–¿Tú crees?

Y Dorian se echó a reír nuevamente.

–Estoy seguro. En cuanto a lo que te he dicho esta noche, lo dije por tu bien. Tú sabes que siempre fui para ti un amigo devoto.

–¡No me toques! Acaba lo que tenías que decir. Una sombra de pesadumbre nubló el rostro del pintor. Se detuvo un instante, y un hondo sentimiento de piedad se apoderó de él. Después de todo, ¿qué derecho tenía él a inmiscuirse en la vida de Dorian Gray? Con una décima parte sólo que hubiera hecho de lo que le atribuían, ¡qué no habría sufrido! Levantóse, se acercó a la chimenea, y allí permaneció, en pie,

contemplando los leños encendidos con sus cenizas como escarcha y sus palpitantes corazones de llama.

–Estoy aguardando, Basil –dijo Dorian, con voz dura y seca.

Hallward se volvió hacia él.

–Acabaré pronto –dijo-. Lo único que tenía que pedirte es que me des una respuesta concreta a esas horribles acusaciones que murmuran contra ti. Dime que son completamente falsas, desde el principio hasta el fin, y te creeré. ¡Desmiéntelas, Dorian, desmiéntelas! ¿No ves el daño que me hacen? ¡No me digas que eres un ser perverso y corrompido y cubierto de oprobio!

Dorian Gray sonrió, con una leve mueca de desprecio en los labios.

–Sígueme, Basil –dijo sosegadamente-. Llevo un diario de mi vida, día por día, y arriba lo tengo. Jamás sale del cuarto en que lo escribo. Te lo enseñaré, si vienes conmigo.

–Iré, Dorian, si así lo deseas. Veo que ya he perdido el tren. No importa. Me iré mañana. Pero no me pidas que lea nada esta noche. Una respuesta terminante es lo único que necesito.

–Arriba la tendrás. No me sería posible dártela aquí. ¡Oh!, no será muy larga la lectura.

CAPÍTULO XIII

Seguido de Basil Hallward salió de la biblioteca y empezó la ascensión. Caminaban despacio, sin hacer ruido, como instintivamente se camina de noche. La lámpara proyectaba sobre las paredes y la escalera sombras fantásticas. Un viento naciente sacudía algunas de las persianas.

Al llegar al rellano de arriba, Dorian depositó la lámpara en el suelo y, sacando la llave, la introdujo en la cerradura.

–¿Insistes en saber la verdad, Basil? –preguntó en voz queda.

–Insisto.

–Encantado –replicó Dorian, sonriendo.

Luego, un tanto ásperamente, añadió:

–Tú eres el único hombre con derecho a saber todo lo que a mí se refiere. Tú has tenido más importancia en mi vida de la que crees.

Y, cogiendo de nuevo la lámpara, abrió la puerta y entró. Una corriente fría de aire les envolvió, y la luz se alargó por un momento en una llamarada naranja. Dorian se estremeció.

–Cierra la puerta –susurró, dejando la lámpara sobre una mesa.

Hallward paseó en torno suyo la vista con expresión perpleja. La habitación parecía como deshabitada desde hacía muchos años. Un mustio tapiz flamenco, un cuadro cubierto con una tela, un antiguo *cassone* italiano y una estantería casi vacía: esto era todo lo que parecía contener, a más de una mesa y una silla. Al encender Dorian Gray una bujía medio consumida que había encima de la chimenea, vio el pintor que todo ello estaba cubierto con una espesa capa de polvo, y la alfombra hecha harapos. Un ratón corrió a esconderse en su agujero. Había un olor húmedo a moho.

–¿Conque crees que sólo Dios puede ver el alma, Basil? Descorre esa cortina, y verás la mía.

La voz que hablaba era fría y cruel.

–¿Estás loco, Dorian, o te burlas de mí? –murmuró el pintor entre dientes, frunciendo el ceño.

–¿No te atreves? Lo haré yo entonces –dijo Dorian.

Y arrancó bruscamente la cortina, arrojándola en tierra.

Un grito de horror brotó de labios del pintor, al distinguir en la penumbra el rostro abominable que desde el lienzo parecía hacerle una mueca. Había en su expresión algo que le llenó de repugnancia y de espanto. ¡Santo cielo! ¿No era el rostro de Dorian Gray el que estaba viendo? La catástrofe, fuera cual fuera, no había conseguido arruinar por completo aquella milagrosa belleza. Aún quedaba un poco de oro en el cabello ya ralo, y una pincelada de rojo en los labios sensuales. Los ojos lacrimosos habían conservado algo de la pureza de su azul, la línea noble de la nariz aún no se había borrado

del todo, y el cuello guardaba vestigios del firme modelado de antaño. Sí, no cabía duda de que era Dorian. Pero, ¿quién lo habría pintado? Le pareció reconocer su propia factura, y el marco era el que él dibujara. La idea era monstruosa. No obstante sintió miedo. Cogiendo la bujía encendida se aproximó al retrato. En el ángulo de la izquierda estaba su nombre, trazado en altas letras de bermellón puro.

¡Era una asquerosa caricatura, una sátira innoble e infame! Él no había hecho nunca aquello... Sin embargo, sí, aquel era el retrato que él pintara. Tampoco cabía duda. Sintió, de pronto, como si la sangre, de fuego que era, se volviese de hielo en sus venas. ¡Su obra! ¿Qué significaba aquello? ¿Cómo se había alterado de aquel modo? Volviéndose, contempló a Dorian con ojos dementes. Sus labios se crisparon, y su lengua, seca, parecía incapaz de articular una sola palabra. Se pasó la mano por la frente, empapada en un sudor viscoso.

Dorian, en tanto, permanecía apoyado en la chimenea, mirándole con esa extraña expresión que se advierte en el rostro de los que están absortos viendo representar un drama a un gran actor. No había en ella ni verdadero dolor ni alegría verdadera. Simplemente la pasión del espectador, y acaso una llamita de triunfo en los ojos.

Se había quitado del ojal la flor que llevaba, y la olía, o, por lo menos, fingía olerla.

–¿Qué quiere decir esto? –exclamó Hallward al fin, con una voz que, a él mismo, le sonó extrañamente.

–Hace años, siendo yo casi un niño –dijo Dorian, estrujando la flor entre sus dedos-, tú me conociste, me ro-

deaste de halagos y me enseñaste a envanecerme de mi belleza. Un día me presentaste a uno de tus amigos, que me explicó el milagro de la juventud, y concluiste un retrato mío, que me reveló el milagro de la belleza. En un momento de locura, que, hoy mismo, no sé si lamentar o no, formulé un deseo, que acaso tú llamases una plegaria...

–¡Me acuerdo! ¡Oh, ya lo creo que me acuerdo! ¡Pero no, no es posible! Esta habitación es muy húmeda. Seguramente la humedad ha atacado el lienzo. Los colores que usé debían contener algún maldito veneno mineral. ¡Repito que es imposible!

–¡Bah!, ¿qué hay de imposible? –murmuró Dorian, yendo al balcón y apoyando la frente contra el frío cristal, esmerilado por la niebla.

–¿No me dijiste que lo habías destruido?

–Me equivoqué. Ha sido él quien me destruyó a mí.

–No puedo creer que ése sea mi cuadro.

–¿No puedes ver en él tu ideal, eh? –dijo Dorian amargamente.

–Mi ideal, como tú lo llamas...

–Como tú lo llamabas.

–Nada malo había en él, nada vergonzoso. Tú eras para mí un ideal, como ya no volveré a encontrar otro. Este es el rostro de un sátiro.

–Es el rostro de mi alma.

-¡Dios mío! ¡Qué cosa he adorado! Tiene los ojos de un demonio.

–Todos tenemos en nosotros un cielo y un infierno, Basil –exclamó Dorian, con un gesto de desesperación.

Hallward se volvió de nuevo hacia el retrato y lo contempló largamente.

–¡Santo Dios, si es verdad –dijo-, y esto es lo que has hecho de tu vida, indudablemente debes ser peor de lo que imaginan aquellos que te acusan!

Y, levantando de nuevo la luz, examinó el lienzo con detenimiento. La superficie parecía no haber sufrido el menor cambio, y estaba tal como él la dejara. Aparentemente, toda aquella abominación provenía de adentro. Una extraña vida interior hacía que aquella lepra del pecado fuera devorando lentamente la imagen. El pudrirse de un cadáver en el fondo de una fosa húmeda, no era tan espantoso como aquello.

Le tembló la mano, y la bujía cayó del candelero al suelo, donde quedó chisporroteando. La apagó, poniendo el pie encima. Luego se dejó caer en la silla desvencijada que había junto a la mesa y escondió el rostro entre las manos.

–¡Santo Dios, Dorian, qué lección! ¡Qué tremenda lección!

No hubo respuesta, pero pudo oír a Dorian sollozando junto al balcón.

–Recemos, Dorian, recemos –murmuró-. ¿Qué es lo que nos enseñaron a decir cuando niños? "No nos dejes caer en la tentación. Perdónanos nuestros pecados. Líbranos de todo mal." Repitámoslo juntos. La oración de tu soberbia fue oída. También puede serlo la oración de tu arrepentimiento. Yo te adoré demasiado, y me veo castigado por ello. Tú te adoraste también demasiado. Ambos hemos sido castigados.

Dorian Gray se volvió lentamente hacia él y le miró, con los ojos empañados por las lágrimas.

–Es demasiado tarde, Basil –balbuceó.

–Nunca es demasiado tarde, Dorian. Arrodillémonos y probemos a acordarnos de alguna oración. ¿No hay un versículo que dice: "Aunque tus pecados sean cual la escarlata, yo los haré blancos como la nieve".

–Esas palabras carecen ya para mí de sentido.

–¡Oh, no digas eso! Ya llevas hecho bastante mal en tu vida. ¡Santo Dios! ¿No ves cómo nos miran de soslayo esos ojos malditos?

Dorian Gray contempló el retrato; y, de pronto, un sentimiento irrefrenable de odio a Basil Hallward se apoderó de él, como si le hubiese sido sugerido por la imagen del lienzo y murmurado a su oído por aquellos labios crispados. La rabia frenética del animal acosado se despertaba en él, y aborreció súbitamente a aquel hombre, sentado junto a la mesa, con mayor fuerza que aborreciera nada en su vida. Con ojos de locura miró en torno suyo. Sobre el pintado arcón, enfrente de él, brillaba un objeto. Sus ojos tropezaron con él. Recordó lo que era: un cuchillo que, pocos días antes, subiera para cortar una cuerda, y que olvidara llevarse. Despacio, sin hacer ruido, se dirigió hacia él, pasando al lado de Hallward. Apenas se encontró detrás de éste, cogió el cuchillo y volvióse. Hallward hizo un movimiento, como si fuera a levantarse. Dorian se precipitó entonces sobre él y le hundió el cuchillo en la gran arteria que hay detrás de la oreja, sujetando la cabeza contra la mesa y clavando una y otra vez el cuchillo.

Hubo un gemido ahogado, y un horrible gorgoteo de sangre en la garganta. Tres veces se levantaron los brazos, agitando grotescamente en el aire las manos rígidas. Él volvió a clavar otras dos veces el cuchillo, pero el cuerpo estaba ya inmóvil. Algo empezó a gotear sobre el suelo. Aguardó todavía un momento, manteniendo la cabeza contra la mesa. Luego arrojó encima el cuchillo y quedó escuchando.

No se oía más ruido que el lento gotear sobre la alfombra andrajosa. Abrió la puerta y salió al rellano. La casa permanecía completamente en silencio. Nadie andaba por ella. Estuvo unos segundos inclinado sobre la barandilla, acechando en el negro pozo de sombra. Luego retiró de la cerradura la llave, y, volviendo a la estancia, encerróse por dentro.

El cuerpo continuaba sentado en la silla, con la cabeza caída sobre la mesa, encorvada la espalda y unos brazos fantásticamente largos. Si no hubiese sido por aquella grieta roja del cuello y por el charco de coágulos negros que paulatinamente iba ensanchándose bajo la mesa, hubiérase dicho que aquel hombre estaba simplemente dormido.

¡Qué rápido había sido todo! Sentíase extrañamente tranquilo, y, dirigiéndose al balcón, lo abrió y salió afuera. El viento había disipado la niebla y el cielo semejaba una gigantesca cola de pavo real, constelada de innumerables pupilas de oro. Mirando hacia abajo vio al policía haciendo su ronda y proyectando el largo rayo de luz de su linterna sobre la puerta de las casas silenciosas. La mancha roja del farol de un coche brilló en una esquina y se desvaneció enseguida. Una mujer, envuelta en un chal flotante, se desliaba lenta-

mente junto a las verjas, haciendo eses. De cuando en cuando deteníase y miraba hacia atrás. Una vez, rompió a cantar, con una voz agria. El policía se llegó a ella y le dijo algo. Ella echó a andar de nuevo, dando traspiés y riendo. Una ráfaga helada barrió la plaza. Los mecheros de gas oscilaron, poniéndose azules, y los árboles, desnudos de hojas, entrechocaron sus ramas de aspecto metálico. Estremeciéndose, cerró el balcón.

Después se dirigió a la puerta, que abrió, sin una mirada siquiera al muerto. Comprendía que el quid de todo aquello estaba en no prestar demasiada realidad a la situación. El amigo que pintara aquel retrato fatal, causa de toda su desgracia, había desaparecido del escenario de su vida. ¿No bastaba esto acaso?

Luego se acordó de la lámpara. Era de un curioso trabajo morisco, en plata mate, incrustada de arabescos de acero bruñido y tachonada de turquesas bastas. Acaso el criado la echara de menos y preguntase por ella. Vaciló unos segundos; al fin, volvió atrás y la cogió de la mesa. No tuvo más remedio que ver el cadáver. ¡Que quieto estaba! ¡Qué espantosamente blancas parecían las manos! Era como una horrenda imagen de cera.

Cerrando la puerta tras sí, empezó a bajar sigilosamente la escalera. La madera crujía, pareciendo quejarse. Varias veces se detuvo y aguardó. No; todo estaba tranquilo. No era más que el resonar de sus propios pasos.

Al llegar a la biblioteca vio la maleta y el abrigo en un rincón. Era preciso ocultarlos. Abriendo un armario secreto, disimulado por el zócalo de madera, donde guardaba sus

extraños disfraces, escondió aquellos objetos. Más tarde podría quemarlos fácilmente. Luego miró el reloj. Eran las dos menos veinte.

Tomó asiento y se puso a reflexionar. Todos los años –todos los meses casi- ahorcaban a hombres en Inglaterra por lo mismo que él había hecho. Una locura de crimen flotaba, sin duda, en el aire. Algún rojo planeta se había acercado demasiado a la tierra... Pero, por otra parte, ¿qué pruebas había en contra suya? Basil Hallward salió de su casa a las once. Nadie le había visto entrar en ella de nuevo. Casi todos los criados estaban en Selby Royal. Su ayuda de cámara se había acostado... ¡París! Sí, a París era donde Basil se había ido, y en el tren de las doce, como pensaba. Dada su habitual reserva, pasarían meses antes de que nadie sospechase nada. ¡Meses! Todo podía hacerse desaparecer mucho antes.

Ocurriósele, de pronto, una idea. Se puso de nuevo el sombrero y su gabán de pieles y salió al hall. Allí se detuvo, escuchando el paso lento y pesado del policía en la acera, y viendo la reverberación de la linterna en la ventana. Aguardó conteniendo el aliento.

Al cabo de unos instantes descorrió el cerrojo y se deslizó fuera, cerrando la puerta con mucha cautela. Luego llamó, tirando de la campanilla. A los cinco minutos, próximamente, apareció su ayuda de cámara, a medio vestir, y apenas despierto.

–Siento haber tenido que despertarte, Francis –dijo Dorian, entrando-, pero me olvidé el llavín. ¿Qué hora es?

–Las dos y diez, señor -contestó el criado mirando el reloj y parpadeando.

–¿Las dos y diez? ¡Qué horriblemente tarde! Es preciso que me despiertes a las nueve. Tengo mucho que hacer.

–Como el señor mande.

–¿Vino alguien esta noche?

–Mr. Hallward, señor. Estuvo aquí hasta las once y se fue para no perder el tren.

–¡Caramba, siento no haberle visto! ¿Dejó algún recado?

–Ninguno, señor. Dijo solamente que ya le escribiría al señor desde París, si no le encontraba en el club.

–Está bien, Francis. No te olvides de llamarme a las nueve.

–Descuide el señor.

Y el criado desapareció por el pasillo, tambaleándose de sueño y arrastrando las zapatillas.

Dorian Gray arrojó el sombrero y el abrigo encima de la mesa, y entró en la biblioteca. Durante un cuarto de hora estuvo paseando de arriba abajo por el aposento, mordiéndose los labios y cavilando. Al fin, cogió del estante la Guía y empezó a hojearla. "Alan Campbell, calle de Hertford, 52, Mayfair". Sí, aquel era el hombre que él necesitaba.

CAPÍTULO XIV

A las nueve de la mañana siguiente entró el criado con una taza de chocolate en una bandeja, y abrió las maderas. Dorian dormía apaciblemente sobre el lado derecho, con la mejilla apoyada en una mano. Parecía un niño cansado del juego o del estudio.

Dos veces tuvo que tocarle el criado en el hombro para que se despertara, y apenas abiertos los ojos, una vaga sonrisa cruzó por sus labios, como si hubiese estado perdido en algún país delicioso del ensueño. Sin embargo, él no había soñado. Ninguna imagen aflictiva o gozosa había venido a turbarle. Pero la juventud sonríe sin motivo. Es uno de sus mayores encantos.

Dio media vuelta y, apoyado en el codo, empezó a sorber su chocolate. El blando sol de noviembre inundaba la estancia. El cielo estaba despejado, y había una confortable tibieza en el aire. Parecía casi una mañana de mayo.

Gradualmente, los sucesos de la noche pasada se deslizaron con pies silenciosos y teñidos de sangre en su espíritu, reconstituyéndose con terrible claridad. Estremecióse al recuerdo de todo lo que había sufrido, y durante un momento

volvió a apoderarse de él aquel extraño sentimiento de odio contra Basil Hallward, que le había invadido la noche antes, al verle sentado en frente del cuadro, y que le impulsara irresistiblemente a matarlo. Un calofrío le sacudió todo el cuerpo. Arriba continuaría el cadáver, iluminado ahora por el sol. ¡Qué espantoso era todo aquello! Semejantes horrores estaban hechos para la oscuridad, no para la luz del día.

Comprendió que, si continuaba cavilando en lo hecho, acabaría por enfermar o volverse loco. Había pecados cuya fascinación más estaba en el recuerdo que en la comisión de ellos, singulares triunfos que halagan el orgullo más que las pasiones, y dan a la inteligencia un vivo sentimiento de gozo, mayor que el que procuran, o pueden procurar nunca, a los sentidos. Pero éste no era uno de ellos. Era algo que debía apartarse enseguida del espíritu ser narcotizado con adormideras, estrangulado a fin de que no le estrangulara a uno.

Al dar la media se pasó la mano por la frente y, levantándose luego apresuradamente, se vistió con más esmero aún que de costumbre, eligiendo cuidadosamente la corbata y el alfiler con que había de prenderla, y cambiando más de una vez de sortijas.

También empleó un buen rato en almorzar, probando de todos los platos, hablando con su ayuda de cámara de la nueva librea que tenía en proyecto para sus criados de Selby, y abriendo las cartas recibidas. Algunas de ellas le hicieron sonreír. Tres parecieron molestarle bastante. Otra la releyó varias veces, y al fin la rompió con una leve mueca de hastío. "¡Qué cosa terrible es la memoria de las mujeres!", como Lord Henry dijera en una ocasión.

Cuando hubo apurado su taza de café y enjugado lentamente sus labios con una servilleta, se levantó y, mandando que aguardase al criado, sentóse a la mesa de despacho y escribió dos cartas. Una de ellas se la metió en el bolsillo; la otra, la entregó al criado:

–Lleva esto al número 52 de la calle de Hertford, Francis; y si Mr. Campbell no estuviese en Londres, que te den su dirección.

En cuanto se quedó solo, encendió un cigarrillo, y maquinalmente se puso a dibujar sobre una hoja de papel, trazando primero flores, motivos arquitectónicos después, y al fin perfiles humanos. De pronto, observó que todas las caras que dibujaba parecían tener una fantástica semejanza con Basil Hallward. Frunciendo el ceño, se levantó y fue a la librería a coger al acaso un volumen. Estaba resuelto a no pensar en lo sucedido hasta que fuera absolutamente preciso.

Una vez echado en el diván, miró el título del libro. Eran los *Émaux et Camées* de Gautier, un ejemplar de la edición Charpentier en papel Japón, con las aguas fuertes de Jacquemart. Estaba encuadernado en piel verde limón, estampada con un enrejado de oro, y unas granadas minúsculas. Adrián Singleton se lo había regalado. Volviendo las hojas, tropezó su vista con la poesía sobre la mano de Lacenaire[30], la helada mano amarilla, "*du supplice encore mal lavée*",

[30] Pierre François Lacenaire, ejecutado en París el 19 de enero de 1836 por diversos asesinatos. Uno de los criminales más favorecidos por la atención del público, que siguió ávidamente su proceso. Escritor fracasado en vida, poco después de su muerte apareció una recopilación de sus obras (muchas de ellas apócrifas), titulada *Mémoires, révélations et poésies de Lacenaire*, (1836, 2 vols.)

con su vello rojizo y sus dedos de fauno. Instintivamente, se miró los dedos, afilados y blancos, estremeciéndose ligeramente a pesar suyo. Continuó hojeando el volumen, hasta que llegó a aquellas deliciosas estancias sobre Venecia:

Sur une gamme chromatique,
Le sein de perles ruisselant,
La Venus de l Adriatique
Sort de I eau son cops rose et blanc.

Les dômes, sur l azur des ondes
Suivant la phrase au pur contour,

S enflent comme des gorges rondes
Que soulève un soupir d amour.

L esquif aborde et me dépose,
Jetant son amarre au pilier,
Devant une façade rose,
Sur le marbre d un escalier[31]

¡Qué exquisitas eran! Leyéndolas, parecía bajarse flotando por los verdes canales de la ciudad de rosa y de nácar, sentado en una góndola negra con proa de plata y cortinas

[31] En una gama cromática, –el seno goteando perlas, –la Venus del Adriático –saca del agua su cuerpo blanco y rosado. –Las cúpulas, sobre el azul de las olas –siguiendo la frase de contorno puro, –se hinchan como redondos senos –que levanta un suspiro de amor. –El esquife aborda y me deposita, –lanzando su amarra al pilar, –ante una fachada rosa, –sobre el mármol de una escalinata". –Esmaltes y Camafeos.

arrastrando sobre el agua. Las simples líneas de los versos le recordaban estas estelas azul turquesa que se dejan detrás al acercarse al Lido. Los destellos súbitos de color le traían a la memoria el relámpago de iris y ópalo de los pájaros que revoloteaban en torno del Campanile, color de panal, o pasean, con gracia tan solemne, bajo las umbrosas y polvorientas arcadas. Reclinado en el diván y entornando los ojos, se repetía una y otra vez:

Devant une façade rose,
Sur le marbre d un escalier.

Toda Venecia estaba en estos dos versos. Recordó el otoño que había pasado allí, y un amor maravilloso que le arrastrara a toda suerte de deliciosas locuras. En habían conservado el fondo propio a lo novelesco; y, para el verdadero romántico, el fondo lo es todo, o casi todo. Basil había pasado con él parte del tiempo, y se había vuelto loco con el Tintoretto. ¡Pobre Basil! ¡Qué muerte espantosa!

Suspiró, y volviendo al volumen trató de olvidar. Leyó de las golondrinas que entran y salen volando en el cafetín de Esmirna, donde los santones yacen en cuclillas repasando sus rosarios de ámbar, y los mercaderes, tocados con sus grandes turbantes, fumando sus largas pipas adornadas con borlas, y hablando gravemente entre sí; leyó del obelisco de la plaza de la Concordia, que llora lágrimas de granito en un solitario destierro sin sol, con la nostalgia de las cálidas riberas del Nilo, cubierto de lotos, donde hay esfinges, ibis rosa-

(Variaciones sobre el carnaval de Venecia. –En las lagunas).

dos, blancos buitres con garras doradas, cocodrilos de ojuelos de esmeralda, que se arrastran entre el limo verdoso y humeante; se dejó llevar por aquellos versos que, trasponiendo en música un mármol empañado por los besos, hablan de aquella estatua enigmática que Gautier compara a una voz de contralto, el *monstre charmant* que yace acostado en la sala de pórfido del Louvre...[32]. Pero, al cabo de unos momentos, le cayó de las manos el libro. Se sentía nervioso, y un horrible acceso de miedo se apoderó de él. ¿Y si Alan Campbell no se encontrase en Inglaterra? Tendrían que pasar varios días antes de que pudiese estar de vuelta. Eso si accedía a venir, que no era seguro. ¿Qué hacer entonces? Cada instante era de una importancia vital.

Ellos habían sido muy amigos en otro tiempo, cinco años antes; casi inseparables; realmente. Luego, la intimidad se había roto bruscamente. Ya, cuando se encontraban en sociedad, Dorian Gray era el único de los dos que sonreía; jamás Alan Campbell.

Éste era un hombre joven, muy inteligente, a pesar de su escaso sentido de las artes plásticas, y de su afición, igualmente moderada, y ésa inculcada por Dorian, a la belleza literaria. Su pasión dominante era la ciencia. En Cambridge se pasaba la mayor parte del tiempo en el laboratorio, y a fin de curso había siempre conseguido el máximum de puntos en Ciencias Naturales. Luego, había continuado fiel al estudio de la Química, y tenía un laboratorio particular, en el que acostumbraba a encerrarse todo el día, con gran de-

32 Ce que disent les hirondelles, chanson d'automne. –Nostalgies d'obelisques. I. L'obelisque de París. –Contralto.

sesperación de su madre, que se había hecho la ilusión de verle en el Parlamento y tenía una vaga idea de que un químico era un hombre que hacía recetas. No obstante, era un músico excelente, y tocaba el piano y el violín mejor que la mayoría de los aficionados. Realmente, la música había sido el punto de partida de su amistad con Dorian; la música, y esa indefinible sugestión que Dorian parecía ejercer cuando se lo proponía, y que hasta sin darse cuenta ejercía muchas veces. Se habían conocido en casa de Lady Berkshire, una noche que tocaba allí Rubinstein, y desde entonces, siempre se les veía juntos de la Ópera y dondequiera que se hacía buena música. Año y medio duró esta intimidad. Campbell estaba siempre en Selby Royal o en la plaza de Grosvenor. Para él, como para tantos otros, Dorian Gray era el arquetipo de cuanto había de extraordinario y de fascinador en la vida. Nadie supo nunca si habían tenido entre sí algún motivo de disensión y habían reñido; pero el caso es que la gente observó que ya apenas cruzaban la palabra al encontrarse, y que Campbell no tardaba en irse de toda reunión en que estaba Dorian. Además, parecía haber cambiado; sufría de cuando en cuando extrañas melancolías; había perdido casi su afición a la música, y nunca quiso volver a tocar en público, dando como excusa, cuando le instalaban a ello, que sus estudios científicos le absorbían de tal modo que no le dejaban tiempo de hacer dedos. Y esto, realmente, era cierto. Cada día parecía interesarse más en la biología, y su nombre apareció una o dos veces en algunas revistas científicas, asociado a ciertos curiosos experimentos.

Éste era el hombre a quien aguardaba Dorian. A cada momento miraba el reloj. A medida que pasaban los minutos crecía su agitación. Al fin tuvo que ponerse en pie y pasear de arriba abajo por la estancia, como una hermosa fiera enjaulada. Su paso era vacilante. Sus manos estaban heladas.

La incertidumbre se hacía intolerable. Le parecía que el tiempo se arrastraba con pies de plomo, mientras el viento maligno le empujaba a él hacia el borde de un negro abismo. Sabía lo que allí le esperaba; lo veía, y, estremeciéndose, se apretaba con manos húmedas los párpados quemantes, como si quisiera privar de la vida a su mismo cerebro y volver las pupilas a su cueva. Era inútil. El cerebro tenía su propio alimento en que cebarse, y la fantasía, que el terror tornaba grotesca, se contorsionaba y retorcía como un ser vivo, bailaba como un maniquí repugnante sobre un tablado, y gesticulaba atrozmente. Luego, de pronto, detúvose el tiempo. Sí: aquella cosa ciega y jadeante cesó de arrastrarse, y horribles pensamientos, una vez muerto el tiempo, acudieron corriendo y sacaron de su tumba un futuro espantoso, que le mostraron. Quedó sin poder apartar de él los ojos. El mismo exceso de horror le convirtió en piedra.

Al fin la puerta se abrió, y entró el criado. Dorian volvió hacia él los ojos vidriosos.

–Mr. Campbell, señor –anunció el ayuda de cámara.

Un suspiro de alivio brotó de sus labios secos, y el color volvió a sus mejillas.

–Que pase enseguida, Francis.

El acceso de cobardía había pasado. Se sentía ya otro hombre.

El criado saludó, retirándose. Un instante después, entraba Alan Campbell, muy serio y muy pálido, acentuada aún más su palidez por el cabello negrísimo y las cejas oscuras.

–¡Gracias, Alan, gracias por haber venido!

–No pensaba volver a poner los pies en tu casa, Gray. Pero como decías en tu carta que se trataba de una cuestión de vida o muerte...

Su voz era dura y glacial. Hablaba lentamente, pesando las palabras. Había un no sé qué de desprecio en la mirada firme y escrutadora que fijaba en Dorian. Conservaba las manos en los bolsillos de su gabán de astracán, sin parecer haber advertido el ademán efusivo de Dorian.

–Sí, es una cuestión de vida o muerte, Alan; y no para mí sólo. Siéntate.

Campbell se sentó en una mesilla, junto a la mesa, y Dorian enfrente. Los ojos de ambos se encontraron. En los de Dorian había una infinita compasión. Sabía que lo que iba a hacer era horrible.

Al cabo de unos penosos momentos de silencio, se inclinó hacia adelante, y dijo, muy despacio, pero acechando el efecto de cada palabra sobre el rostro del recién llegado.

–Alan, en una habitación cerrada que hay arriba, habitación en que sólo yo entro, hay un hombre muerto sentado junto a una mesa. Hará unas diez horas que ha muerto. No te muevas, ni me mires de ese modo. Quien es ese hombre, por qué y cómo murió, son extremos que no te conciernen. Lo que es preciso que hagas...

–¡Basta, Gray! No quiero saber más. Si lo que me has dicho, es o no cierto, allá tú. Me niego terminantemente a

intervenir de nuevo en tu vida. Guarda para ti tus horribles secretos. No me interesan ya.

–Pues tendrán que interesarte, Alan. Éste, por lo menos. Lo siento infinito por ti, Alan; pero no tengo otro remedio. Tú eres el único hombre que puedes salvarme, y me veo obligado a acudir a ti. Tú eres un sabio, Alan; para ti la Química no tiene secretos; tú has hecho un sin fin de experimentos... Lo que tienes que hacer ahora es destruir ese cuerpo que está arriba... destruirlo por completo, sin que quede el menor vestigio de él. Nadie lo vio entrar en la casa. Todo el mundo le supone a estas horas en París. Antes de que se advierta su desaparición, pasarán meses. Y, para entonces, no debe quedar aquí huella de él. Tú, Alan, es preciso que lo conviertas, a él y cuanto a él pertenece, en un puñado de cenizas que yo pueda fácilmente aventar.

–¡Estás loco, Dorian!

–¡Ah! Esperaba que me llamases Dorian.

–Estás loco, te digo; loco, al imaginar que yo iba a mover un dedo en tu ayuda; loco, al hacerme esa monstruosa confesión. Repito que no quiero intervenir para nada en tu vida. ¿Crees que voy a arriesgar mi reputación por tu causa? ¿Qué me importa a mí esa obra diabólica que intentas llevar a cabo?

–Fue un suicidio, Alan.

–Lo celebro. Pero, ¿quién lo trajo hasta aquí? Tú, supongo.

–¿Te niegas, pues, a hacer esto por mí?

–Naturalmente que me niego. Yo no tengo que ver lo más mínimo en ello. Y se me da un ardite la vergüenza y el

deshonor que te aguarden. Todo lo mereces. No creas que me apenaría verte cubierto de ignominia, públicamente deshonrado. ¿Y te atreves a dirigirte a mí para hacerme cómplice en un horror semejante? Creí que conocías mejor a los hombres. Tu amigo Lord Henry Wotton, que ha sido tu maestro en tantas cosas, no te enseñó mucha psicología que digamos. Nada en el mundo podría decidirme a ayudarte. Te equivocaste de hombre. Acude a alguno de tus amigos; y olvida que existo.

–Fue un asesinato, Alan. Yo fui quien le maté. Tú no sabes lo que me había hecho sufrir. Sea cual sea mi vida, más culpa ha tenido él de ella que el pobre Harry. Aunque no fuera esa su intención, el resultado es el mismo.

–¡Un asesinato! ¡Santo Dios, es posible que hayas llegado a eso!... Yo no te delataré. Eso no es cosa mía. Además, ya, sin que yo intervenga, te detendrán; puedes estar seguro. Nadie comete un crimen sin caer en alguna torpeza. Pero yo no quiero tener nada que ver con esto.

–Sí, tendrás que ver. Espera, espera un momento; escúchame sólo, Alan. Todo lo que yo te pido es que lleves a cabo un experimento científico. Tú vas a hospitales y a depósitos de cadáveres, y me parece que los horrores que allí haces no te afectan en lo más mínimo, ¿verdad?. Si en una sala de disección o en un fétido laboratorio encontrases a este hombre sobre una mesa de zinc, con goteras para dejar escurrir la sangre, te limitarías a considerarlo como un simple motivo de experiencia. Ni un solo cabello se erizaría en tu cabeza. No pensarías que ibas a hacer algo malo. Antes bien: es muy probable que pensases que estabas trabajando en

beneficio de la humanidad, o acrecentando la suma de conocimientos del mundo, o satisfaciendo una curiosidad intelectual, o cualquier cosa por el estilo. Lo que yo te pido que hagas ahora es simplemente lo que has hecho tantas veces. Realmente, destruir un cuerpo debe ser mucho menos horrible que tus experimentos habituales. Y ten en cuenta que es la única prueba contra mí. Si lo descubren, estoy perdido; y, si tú no me ayudas, es seguro que acabarán por descubrirlo.

–Olvidas que no tengo el menor deseo de ayudarte. Me es absolutamente indiferente lo que pueda ocurrirte. Allá tú.

–Te lo suplico, Alan. Piensa en la situación en que me encuentro. Precisamente antes de que llegases estuve a punto de desmayarme de terror. Algún día sabrás lo que es eso. ¡No, no pienses en ello! Considera la cuestión desde un punto de vista puramente científico. Tú no preguntas de dónde provienen los cadáveres que te sirven para tus experimentos. Tampoco preguntes ahora. Ya te he dicho bastante. Pero te suplico que lo hagas. En otros tiempos fuimos muy amigos, Alan.

–No me recuerdes esos tiempos, Dorian. Ya murieron.

–Los muertos, a veces, tardan en irse. El que está arriba no quiere marcharse. Continúa sentado a la mesa, con la cabeza inclinada y los brazos caídos. ¡Alan! ¡Alan! ¡Si tú no me ayudas, estoy perdido! ¡Me ahorcarán, Alan! ¿No me comprendes? ¡Me ahorcarán por lo que he hecho!

–Es inútil prolongar esta escena. Me niego en absoluto a intervenir. Es una locura que te empeñes en ello.

–¿Te niegas?

–Sí.

–¡Te lo suplico, Alan!

–Es inútil.

La misma sombra de compasión pasó por los ojos de Dorian. Extendiendo la mano cogió una hoja de papel y trazó en ella unas cuantas palabras. Leyó dos veces lo escrito, dobló el papel cuidadosamente y lo empujó hacia Campbell. Hecho esto, se levantó y fue a la ventana.

Campbell le miró sorprendido; luego cogió el papel y lo abrió. A medida que leía su rostro iba poniéndose lívido. Al terminar, desplomóse en la silla. Una horrible sensación de malestar se apoderó de él. Le parecía como si su corazón latiese descompasadamente en el vacío.

Al cabo de dos o tres minutos de un terrible silencio, Dorian se volvió y vino a colocarse detrás de él, poniéndole una mano en el hombro.

–Lo siento infinito, Alan, puedes creerme –murmuró-; pero tú no me has dejado otra alternativa. Ya tenía escrita una carta. Aquí está. Mira la dirección. Si tú no me ayudas, la enviaré a su destino. Ya sabes cuál será el resultado. Pero tú me ayudarás, ¿verdad? No es posible que ahora te niegues. Yo no quería recurrir a esto. Espero que me harás la justicia de reconocerlo. Tú estuviste duro, despectivo, insultante. Me trataste como nadie se ha atrevido nunca a tratarme... nadie vivo, al menos. Yo lo soporté todo. Ahora, a mí me toca dictar condiciones.

Campbell se escondió el rostro entre las manos, y un estremecimiento le sacudió de pies a cabeza.

–Sí, a mí me toca dictar condiciones, Alan. Tú sabes cuáles son. La cosa es muy sencilla. Vamos, no te agites así. No hay más remedio que hacerlo. Ten calma, y hazlo.

Escapóse un gemido de labios de Campbell, que se puso a dar diente con diente. El tic tac del reloj sobre la chimenea le parecía dividir el tiempo en átomos separados de agonía, demasiado terrible de soportar cada uno de ellos. Sentía como si un aro de hierro le fuese apretando lentamente las sienes, como si el deshonor que le amenazaba hubiera ya caído sobre él. La mano que se había posado encima de su hombro pesaba como una mano de plomo. Era insostenible. Parecía aplastarle.

–Vamos, Alan, decídete enseguida.

–No puedo –dijo Campbell maquinalmente, como si las palabras pudiesen cambiar las cosas.

–Es preciso. No puedes elegir. ¿A qué tardar, pues?

Campbell titubeó un momento.

–¿Hay fuego arriba?

–Sí, un aparato de gas.

–Tendré que ir a casa para traer algunas cosas del laboratorio.

–No, Alan, no saldrás de esta casa. Escribe en un papel lo que necesitas, y mi criado tomará un coche y te lo traerá todo.

Campbell garrapateó unas cuantas líneas, pasó el secante sobre ellas y escribió en un sobre el nombre de su ayudante. Dorian cogió la nota y la leyó atentamente. Luego tiró de la campanilla y la entregó a su criado, con orden de estar de vuelta con todo aquello lo antes posible.

Al oír cerrarse la puerta de la calle, levantóse nerviosamente Campbell y se dirigió hacia la chimenea. Tiritaba como en un acceso de fiebre. Cerca de veinte minutos transcurrieron sin que ninguno de los dos hablase. Una mosca zumbaba ruidosamente en la estancia, y el tic tac del reloj sonaba como el golpear de un martillo en el yunque.

Al dar la campana la una, Campbell se volvió y, mirando a Dorian, vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Algo había en la pureza y distinción de aquel rostro entristecido que pareció exasperarle.

–¡Eres un ser abyecto, completamente abyecto! –murmuró.

–¡Calla, Alan! Me has salvado la vida –dijo Dorian.

–¿Tu vida? ¡Santo cielo, qué vida! Tú has ido de corrupción en corrupción, hasta terminar ahora en el crimen. Al hacer lo que voy a hacer, lo que tú me obligas a hacer, puedes creer que no es en tu vida en lo que pienso.

–¡Ay, Alan! –murmuró Dorian, con un suspiro-. ¡Ojalá tuvieses por mí la centésima parte de lástima que yo siento por ti!

Y, al decir esto, le volvió la espalda y permaneció en pie delante de la ventana, como si mirase hacia el jardín.

Campbell no replicó nada.

Al cabo de otros diez minutos llamaron a la puerta y entró el criado con un cofre de caoba lleno de drogas, un rollo de hilo de acero y platino y dos grapas de hierro de forma un tanto extraña.

–¿Dejo aquí estas cosas, señor? –preguntó a Campbell.

–Sí –dijo Dorian-. Y me parece, Francis, que tengo otro recado que mandarte. ¿Cómo se llama ese hombre de Richmond que surte Selby de orquídeas?

–Harden, señor.

–Eso es, Harden. Pues bien: vas a ir inmediatamente a Richmond a ver a Harden en persona, y le dirás que envíe el doble de las orquídeas que había encargado, incluyendo el menor número posible de blancas. Y, mejor aún, ninguna. Hace un día soberbio, Francis, y Richmond es un sitio precioso; de otro modo no me hubiera permitido molestarte con esa comisión.

–Ninguna molestia, señor. ¿A qué hora quiere el señor que esté de vuelta?

Dorian consultó con los ojos a Campbell.

–¿Cuánto tiempo emplearás en tu experimento, Alan? –preguntó con voz tranquila e indiferente, como si la presencia de una tercera persona le infundiese un valor extraordinario.

Campbell frunció el ceño y se mordió los labios.

–Unas cinco horas –repuso.

–Entonces será conveniente que estés de regreso a las siete y media, Francis. O mira: déjame todo preparado para vestirme, y vete después adonde quieras. Como ceno fuera de casa no te necesitaré.

–Gracias, señor –dijo el criado, saliendo de la habitación.

–Ahora, Alan, no hay un momento que perder. ¡Cómo pesa esta caja! Yo la llevaré. Carga tú con las otras cosas.

Hablaba de prisa y en tono autoritario, Campbell se sintió dominado por él. Salieron juntos del cuarto.

Al llegar al rellano de arriba, Dorian sacó la llave y la introdujo en la cerradura. Luego, se detuvo, estremecido y turbado.

–Me parece que no voy a poder entrar, Alan –murmuró.

–No entres, me es igual. No te necesito para nada dijo Campbell fríamente.

Dorian entreabrió la puerta. Al hacerlo pudo ver, iluminado por el sol, el rostro de su retrato, que parecía mirarle de soslayo. En el suelo, frente a él, yacía la cortina desgarrada. Recordó que la noche anterior se había olvidado, por primera vez en su vida, de tapar el lienzo fatal, y estaba ya a punto de precipitarse hacia él cuando dio un paso hacia atrás, espantado.

¿Qué horrible rocío rojo era aquel que brillaba, húmedo y reluciente, sobre una de las manos, como si el lienzo hubiese sudado sangre? ¡Qué cosa espantosa! Más espantosa le pareció en aquel momento que el cuerpo inerte y mudo que sabía caído contra la mesa, aquella masa cuya sombra grotesca sobre la alfombra manchada le mostraba que no se había movido, y seguía allí tal como él la dejara.

Lanzó un profundo suspiro, abrió un poco más la puerta y, con los ojos a medio cerrar y apartando la cabeza, entró rápidamente, resuelto a no dirigir una sola mirada al muerto. Luego, deteniéndose y recogiendo la cortina de púrpura y oro, la arrojó sobre el cuadro.

Allí permaneció, temiendo volverse, con los ojos fijos en los arabescos del bordado. Oyó cómo Campbell entraba

el pesado cajón, y los hierros y todas las demás cosas necesarias a su horrible trabajo. Pensó si él y Basil Hallward se habrían encontrado alguna vez en sociedad y, en ese caso, qué opinión habrían formado uno de otro.

–Déjame solo –dijo una voz dura detrás de él.

Dio media vuelta y salió apresuradamente, habiendo sólo entrevisto el cadáver, echado ahora hacia atrás sobre el respaldo de la silla, y a Campbell examinando aquel rostro amarillo y luciente. Al bajar la escalera oyó girar la llave en la cerradura. Bastante más de las siete eran cuando Campbell entró de nuevo en la biblioteca. Estaba pálido, pero muy tranquilo.

–Hice lo que me pediste que hiciera –murmuró–. Adiós, pues. ¡Y ojalá que no volvamos a vernos!

–¡Tú me has salvado de la ruina, Alan! Jamás lo olvidaré –dijo Dorian simplemente.

Apenas hubo salido Campbell, subió. Había un espantoso olor a ácido nítrico en la habitación. Pero aquella cosa sentada a la mesa había desaparecido.

CAPÍTULO XV

Aquella misma noche, a las ocho y media, muy acicalado, con una gran *boutonnière* de violetas en el frac, Dorian Gray era anunciado en el salón de Lady Narborough. Las sienes le latían febrilmente, y todo él se encontraba terriblemente excitado; pero, no obstante, la reverencia que hizo a la dueña de la casa, al besarle la mano, fue tan natural y graciosa como de costumbre. Quizá nunca se siente uno con mayor naturalidad que cuando se ve obligado a fingir. Seguramente que nadie que hubiese visto aquella noche a Dorian Gray habría creído que acababa de pasar por una de las más horribles tragedias que puedan encontrarse en nuestros días. No era posible que aquellos dedos tan finamente modelados hubiesen empuñado un cuchillo, para matar, ni que aquellos labios sonrientes blasfemaran de Dios y de Su misericordia. Él mismo no podía menos de sorprenderse de su tranquilidad, y por un instante sintió agudamente el terrible placer de una doble vida.

Era una reunión íntima, improvisada por Lady Narborough, mujer inteligentísima, que, al decir de Lord Henry, todavía conservaba restos de una notable fealdad. Se había

mostrado esposa excelente de uno de nuestros más concienzudos embajadores, y habiéndolo ya enterrado convenientemente en un mausoleo de mármol, dibujado por ella misma, y casadas ya sus hijas con hombres ricos y un tanto maduros, consagrábase ahora a los deleites de la novela francesa, la cocina francesa y el *esprit* francés, cuando estaba a su alcance.

Dorian era uno de sus favoritos, y con frecuencia le decía que se alegraba mucho de no haberle conocido en su juventud.

–Sé, amigo mío, que me habría enamorado locamente de usted –agregaba-, y que no habría vacilado en cometer por su causa los mayores disparates. Afortunadamente, en aquel tiempo usted apenas existía. Por otra parte, me parece que jamás tuve ningún *flirt* con nadie. Culpa, al fin y al cabo, del pobre Narborough. Era tan corto de vista, que realmente no valía la pena de engañarle.

Sus invitados aquella noche eran poco pintorescos. El caso era, como explicó a Dorian, detrás de un abanico muy usado, que una de sus hijas casadas había caído súbitamente sobre ella, con intención de pasar una temporadita a su lado, y, como si aún fuera poco, se había traído a su marido con ella.

–Un verdadero abuso, amigo mío –cuchicheó-. Verdad es que yo voy a su casa todos los veranos, a mi regreso de Homburg; pero hay que tener en cuenta que una vieja como yo necesita oxigenarse de cuando en cuando. Además, yo les despierto de la modorra campestre. No puede usted figurarse la vida que hacen allí. La vida de campo ideal. Se levantan

temprano, porque tienen tanto que hacer, y se acuestan temprano, porque tienen tan poco en qué pensar. En toda la comarca no ha habido un solo escándalo desde el tiempo de la reina Isabel; de modo que, en cuanto acaban de cenar, se quedan dormidos. Tenga usted cuidado de no sentarse junto a ninguno de los dos. Siéntese usted aquí, conmigo, y entreténgame.

Dorian murmuró un gracioso cumplido y paseó la mirada por el salón. Sí, la reunión se presentaba aburrida. Dos de los invitados le eran desconocidos, y el resto consistía en: Ernest Harrowden, una de esas medianías entre dos edades, tan comunes en los *clubs* londinenses, que no tienen enemigos, pero que son sinceramente detestados por sus amigos; Lady Ruxton, mujer muy emperifollada, frisando en los cuarenta y siete, con nariz de loro, que continuamente estaba tratando de comprometerse, pero que era tan irremediablemente fea que, con gran desesperación suya, nadie quería nunca creer nada contra ella; Mrs. Erlynne, una activísima insignificancia, con un delicioso ceceo y cabellos rojo veneciano; Lady Alice Chapman, hija de la dueña de la casa, muchacha desaliñada e insulsa, con una de esas características fisonomías británicas, que, una vez vistas, no se recuerdan jamás, y su marido, un ser de carrillos colorados, y patillas blancas, que, como tantos de su especie, se figuran que una excesiva jovialidad puede compensar una carencia absoluta de ideas.

Sentía casi haber venido cuando Lady Narborough, echando una mirada al gran reloj de bronce dorado que so-

bre la chimenea vestida de malva exhibía sus curvas aparatosas, exclamó:

–¡Qué malvado ese Henry Wotton en retrasarse de este modo! Le avisé esta mañana, por si acaso, y me prometió venir sin falta.

Fue para Dorian un consuelo saber que Harry iba a venir, y apenas se abrió la puerta y oyó su voz queda y musical prestando su encanto a una insincera lisonja, disipóse su tedio.

Pero en la mesa apenas comió bocado. Plato tras plato pasaron sin que él los probase. Lady Narborough no cesó de quejarse de lo que ella llamaba "un insulto a ese pobre Adolfo, que había compuesto el menú exclusivamente para él", y de cuando en cuando Lord Henry clavaba los ojos en él, sorprendido de su silencio y de su aire abstraído. El mayordomo llenaba con frecuencia su copa de *champagne*. Él bebía ávidamente, y su sed parecía ir en aumento.

–Dorian –dijo al fin Lord Henry, cuando sirvieron el *chaudfroid*-, ¿qué te ocurre esta noche? No pareces tú.

–Debe estar enamorado –gritó Lady Narborough-, y teme decírmelo, por miedo a que me sienta celosa. Y tiene razón que le sobra. Seguramente me sentiría.

–Querida Lady Narborough –murmuró Dorian, sonriendo-, hace toda una semana que no me he enamorado. Sí, desde que madame de Ferrol se fue de Londres.

–¡Cómo podrán los hombres enamorarse de semejante mujer! –exclamó la anciana señora-. Realmente no lo comprendo.

–Simplemente porque madame de Ferrol le recuerda a usted aquellos tiempos en que era usted una niña, Lady Narborough –dijo Lord Henry-. Es el único lazo de unión entre nosotros y los vestiditos cortos de usted.

–Madame de Ferrol no me recuerda ni poco ni mucho mis vestiditos cortos, Lord Henry. Pero yo la recuerdo en cambio a ella perfectamente cuando estaba en Viena, hace ya treinta años, y los escotes que llevaba.

–Y que sigue llevando –replicó él, cogiendo una aceituna con sus dedos afilados-. Cuando va bien vestida parece una edición de lujo de una mala novela francesa. Realmente, es maravillosa, y llena de sorpresas. Su capacidad de amor familiar es extraordinaria. Cuando murió su tercer marido, sus cabellos se volvieron completamente rubios de dolor.

–¡Harry! –exclamó Dorian.

–¡Es una explicación romántica! –dijo riendo Lady Narborough-. ¡Pero su tercer marido, Lord Henry!

–¿Eso quiere decir que Ferrol es el cuarto?

–Exactamente, Lady Narborough.

–No puedo creerlo.

–Bueno, pregúnteselo usted a Mr. Gray, que es uno de sus amigos más íntimos.

–¿Es cierto, Mr. Gray?

–Así me lo ha asegurado ella, Lady Narborough –contestó Dorian-. Yo le pregunté si, como Margarita de Navarra, conservaba sus corazones embalsamados y los llevaba colgados de la cintura, y me dijo que no, puesto que ninguno de los tres lo tenía.

–¡Cuatro maridos! ¡Palabra, es *trop de zéle*![33]

–*Trop d audace*, le dije yo –añadió Dorian.

–¡Oh!, ella tiene audacia para eso y para mucho más. Y ¿cómo es Ferrol? No le conozco.

–Los maridos de las mujeres tan bonitas pertenecen a las clases criminales –dijo Lord Henry, bebiendo a sorbitos su copa de vino.

Lady Narborough le dio un golpecito con su abanico.

–No me extraña, Lord Henry, que el mundo diga que es usted muy malo.

–Pero, ¿qué mundo dice eso? –preguntó Lord Henry, levantando las cejas-. Debe ser el mundo próximo. El actual y yo estamos en la mejor armonía.

–Todas las personas que conozco dicen que es usted muy malo –exclamó la anciana señora, meneando la cabeza.

Lord Henry pareció ponerse serio un momento.

–Es verdaderamente monstruosa –dijo al fin- la manera que tiene hoy la gente de conducirse, diciendo, a espaldas de uno, cosas que son absolutamente exactas.

–¡Es incorregible! –exclamó Dorian, recostándose en la silla.

–Esperémoslo así –dijo la dueña de la casa, riendo-. Pero, realmente, si todos ustedes adoran tan absurdamente a esa madame de Ferrol, no voy a tener más remedio, para estar a la moda, que casarme otra vez.

–Usted no puede volver a casarse, Lady Narborough –interrumpió Lord Henry-. Fue usted demasiado feliz. Cuando una mujer se vuelve a casar es porque aborrecía a su primer marido. Cuando un hombre se vuelve a casar es

[33] Sic en el texto.

marido. Cuando un hombre se vuelve a casar es porque adoraba a su primera mujer. Las mujeres prueban su suerte; los hombres arriesgan la suya.

–Narborough no fue perfecto –gritó la anciana señora.

–Si lo hubiese sido no le habría usted querido tanto, amiga mía –replicó Lord Henry-. Las mujeres nos aman por nuestros defectos. Si tuviésemos bastantes nos lo perdonarían todo, hasta nuestra inteligencia. Temo que, después de esto, no vuelva usted a invitarme a comer, Lady Narborough; pero es la pura verdad.

–Naturalmente que es verdad, Lord Henry. Si las mujeres no les amásemos a ustedes por sus defectos, ¿dónde estarían todos ustedes? No habría hombre que se casase. Serían ustedes una colección de desdichados solteros. Claro que esto no influiría en ustedes gran cosa. Hoy todos los hombres casados viven como solteros, y todos los solteros como casados.

–*Fin de siécle*[34] –murmuró Lord Henry.

–*Fin du globe* –repuso Lady Narborough.

–¡Ojalá fuera el *fin du globe*! –dijo Dorian, suspirando-. La vida es una gran desilusión.

–¡Por favor, Mr. Gray –exclamó Lady Narborough, poniéndose los guantes-, no vaya usted a decirme que ha agotado la vida! Cuando un hombre dice eso ya se sabe que es la vida la que le ha agotado a él. Lord Henry es muy malo, y yo siento a veces no haberlo sido también; pero usted ha nacido para ser bueno... ¡es usted tan guapo! Ya le buscaré yo a us-

[34] Sic en el texto, como todas las palabras francesas que figuran en este capítulo.

ted una mujer bonita. ¿No le parece a usted, Lord Henry, que Mr. Gray debería casarse?

–Es lo que yo siempre le estoy diciendo –contestó Lord Henry, inclinándose.

–Bueno, pues ya le buscaremos un buen partido. Esta noche me dedicaré a estudiar el Debrett[35], y haré una lista de todas las muchachas elegibles.

–¿Con mención de sus edades, Lady Narborough? –preguntó Dorian.

–Naturalmente que sí; con sus edades, escritas a vuela pluma. Pero no hay que precipitarse demasiado. Quiero que sea lo que *The Morning Post* llama una alianza adecuada, y deseo que ambos sean ustedes muy felices.

–¡Cuántas tonterías se dicen sobre los matrimonios felices! –exclamó Lord Henry-. Cualquier hombre puede ser feliz con una mujer, mientras no se enamore de ella.

–¡Ay, es usted un cínico tremendo! –dijo la anciana señora, echando hacia atrás su silla, y haciendo una señal con la cabeza a Lady Ruxton-. Vuelva usted pronto a comer conmigo. Es usted un tónico maravilloso; mucho mejor que el que Sir Andrew me ha recetado. Pero hágame usted una nota de invitados, de personas del agrado de usted. Quiero que la reunión sea perfecta.

–¡Oh!, a mí me agradan los hombres que tienen un futuro y las mujeres que tienen un pasado –contestó Lord Hen-

35 Guía de la aristocracia. De John Debrett, primer autor del *Peerage of England, Scotland and Ireland, y The Baronetage of England*, continuados hasta nuestros días.

ry-. ¿O cree usted que predominarían demasiado has mujeres?

–Lo temo –dijo ella riendo y poniéndose en pie- Mil perdones, mi querida Lady Ruxton –añadió-. No advertí que aún no había terminado usted su cigarrillo.

–No se preocupe usted Lady Narborough. Ya, sin eso, fumo demasiado. No voy a tener más remedio que limitarme en lo futuro.

–No haga usted semejante cosa, Lady Ruxton –dijo Lord Henry-. La moderación es una cosa fatal. Bastante, es tan malo como una comida. Más que bastante, es tan bueno como un festín.

Lady Ruxton le miró con curiosidad.

–Venga usted a casa una tarde a explicarme eso, Lord Henry. La teoría parece seductora –susurró, saliendo del comedor.

–Ahora, mucho ojo con tardar demasiado hablando de política y de escándalos –gritó Lady Narborough desde la puerta-. ¡Qué reñimos, si no!

Los hombres se echaron a reír, y Mr. Chapman se levantó solemnemente del extremo de la mesa para venir a sentarse en la cabecera. Dorian Gray también cambió de sitio y fue a colocarse al lado de Lord Henry. Mr. Chapman empezó a hablar en voz muy sonora de la situación en la Cámara de los Comunes, riéndose a carcajadas de sus adversarios. La palabra doctrinario –palabra preñada de terrores para el espíritu británico– reaparecía de cuando en cuando entre sus explosiones. Un prefijo reiterado servía de adorno

oratorio. Izaba el *Union Jack*[36] sobre las cumbres del pensamiento. La estupidez hereditaria de la raza –que él jovialmente llamaba el profundo sentido común de los ingleses– era mostrada como el verdadero baluarte de la sociedad.

Por los labios de Lord Henry pasó una sonrisa, y volviéndose miró a Dorian.

–¿Te sientes mejor, querido? –preguntó–. Me pareció, durante la cena, que no te encontrabas bien.

–Pues me encuentro perfectamente, Harry. Un poco cansado, si acaso.

–Anoche estuviste delicioso. La duquesita se quedó fascinada. Me dijo que iría a Selby.

–Sí, me prometió venir hacia el veinte.

–¿Irá también Monmouth?

–¡Naturalmente, Harry!

–Me aburre de un modo horrible el tal Monmouth; casi tanto como a la duquesa. Ésta es muy inteligente, demasiado inteligente para una mujer. Carece de ese encanto indefinible que tienen los débiles. ¡Ah!, los pies de arcilla es lo que hace tan precioso el oro de la estatua. Los pies de ella son lindísimos, no cabe duda; pero no son de arcilla. Pies de porcelana blanca, si quieres. Han pasado a través de las llamas, y lo que el fuego no destruye, lo endurece. ¡Ah!, lo que es experiencia no le falta.

–¿Desde cuándo está casada? –preguntó Dorian.

–Ella me ha dicho que desde hace una eternidad. Según el *Perage*, desde hace diez años. Pero diez años con Mon-

[36] Nombre familiar que se da al pabellón de la Gran Bretaña.

mouth deben haber sido como la eternidad; sin contar el tiempo. ¿Quién más irá?

–¡Oh!, los de costumbre: los Willoughby, Lord Rugby y su mujer, Lady Narborough, Geoffrey Clouston... También he invitado a Lord Grotrian.

–Este me agrada –dijo Lord Henry-. A mucha gente no le es simpático; pero yo lo encuentro encantador. Su educación siempre perfecta excusa su *toilett* a veces rebuscada. Es un tipo absolutamente moderno.

–No sé si podrá venir, Harry. Es muy posible que tenga que acompañar a su padre a Montecarlo.

–¡Los parientes siempre inoportunos! Procura que venga. Y a propósito, Dorian, ¿por qué te fuiste anoche tan temprano? Aún no eran las once. ¿Qué hiciste después? ¿Te fuiste a tu casa enseguida?

Dorian frunció el ceño, y pareció titubear un momento.

–No, Harry –dijo al fin-; no volví a casa hasta eso de las tres.

–¿Estuviste en el club?

–Sí –contestó Dorian. Enseguida, mordiéndose los labios, se apresuró a añadir-: Es decir, no. No estuve en el club. Estuve paseando. No recuerdo a punto fijo lo que hice... ¡Qué curioso eres, Harry! ¡Cuánto te gusta enterarte de lo que uno hace! Yo, en cambio, daría cualquier cosa por olvidar lo que hago... Volví a casa a las dos y media, si te interesa saber la hora exacta. Me había olvidado el llavín, y tuvo que abrirme el criado. Si necesitas prueba de ello, puedes preguntárselo.

Lord Henry se encogió de hombros.

–¡Como si a mí me importase eso algo, querido! Subamos al salón... No, gracias, Mr. Chapman, no quiero jerez... Algo te ha ocurrido a ti, Dorian. Cuéntamelo. Esta noche, no estás en caja.

–No te preocupes por mí, Harry. Me siento un poco nervioso, irritable; eso es todo. Mañana o pasado iré por tu casa. Ahora, despídeme de Lady Narborough y preséntale mis excusas. Me molesta subir. Prefiero irme a casa. Sí, debo irme a la cama.

–Como quieras, Dorian. Espero que mañana te veré en el té. Ya sabes que irá la duquesa.

–Procuraré no faltar, Harry –contestó Dorian Gray, saliendo de la habitación.

Volviendo hacia su casa, en el coche, sintió que el terror, que creía estrangulado, se había apoderado de él nuevamente. La pregunta casual de Lord Henry le había hecho perder un momento su sangre fría, y él necesitaba conservar muy tranquilos sus nervios. Había algunos objetos peligrosos que destruir. Sintió un calofrío, sólo a la idea de tocarlos.

Sin embargo, no había más remedio. Comprendiéndolo así, en cuanto hubo cerrado la puerta de la biblioteca abrió el armario secreto en que guardara el maletín y el abrigo de Basil Hallward. En la chimenea ardía un gran fuego. Echó en él otro leño. El olor del cuero quemado y de las telas ardiendo era horrible. Tres cuartos de hora tardó en consumirse todo. Al final, se sentía mareado y desfallecido, y tuvo que quemar, en un afiligranado braserillo de cobre, unas cuantas pastillas de Argel, y que refrescarse las manos y la frente con un vinagre almizclado.

De pronto, se estremeció. Sus ojos brillaron extrañamente, y sus dientes mordiscaron nerviosamente el labio inferior. Entre dos de las ventanas había un ancho escritorio florentino de ébano, con incrustaciones de marfil y lapislázuli. En él tenía Dorian fijos los ojos, como si le fascinase y espantara, como si encerrase algo que a la vez deseara y temiese. Su respiración se hizo más precipitada. Un loco anhelo se apoderó de él. Encendió un cigarrillo, que arrojó enseguida. Sus párpados fueron cerrándose, hasta que los largos flecos de sus pestañas tocaron casi las mejillas. Pero sus ojos continuaban clavados en el escritorio. Al fin, se levantó del sofá en que estaba echado, dirigióse hacia él y, después de abrirlo, tocó un oculto resorte. Un cajoncito triangular salió lentamente. Sus dedos se hundieron instintivamente en él y apresaron algo. Era una cajita china, de laca negra espolvoreada de oro, sutilmente trabajada, con un dibujo de olas en los costados, y cuentas de cristal y borlas de hilos metálicos colgando de los cordones de seda. La abrió. Dentro había una pasta verde con aspecto de cera y un olor penetrante.

Vaciló unos momentos, con una extraña sonrisa de éxtasis en los labios. Luego, estremeciéndose, a pesar de que la atmósfera del cuarto estaba terriblemente recalentada, se desperezó y miró la hora. Faltaban veinte minutos para las doce. Volvió a dejar la cajita en su sitio, cerró el escritorio y pasó a su alcoba.

La medianoche hacía sonar sus doce campanadas de bronce en el aire fosco, cuando Dorian Gray, vestido pobremente, con una bufanda enrollada al cuello, salía sigilo-

samente de su casa. En la calle de Bond encontró un *hansom* con un buen caballo. Lo llamó, y en voz baja dio una dirección al cochero.

Este sacudió la cabeza, refunfuñando:

–Es demasiado lejos para mí.

–Aquí tienes una libra esterlina –dijo Dorian-, y si vas deprisa tendrás otra.

–Puede estar seguro el señor de que dentro de una hora estará allí.

Y embolsando la propina hizo dar media vuelta al caballo, que arrancó a paso largo en dirección al río.

CAPÍTULO XVI

Una lluvia fría empezaba a caer, y los reverberos empañados brillaban mortecinamente entre la niebla. Los cafés iban cerrándose, y a sus puertas se formaban grupos confusos de hombres y mujeres. De algunas tabernas llegaba el eco de innobles risotadas. En otras vociferaban y gritaban los borrachos.

Reclinado dentro del *hansom*, con el sombrero calado hasta las cejas, Dorian Gray miraba con ojos indiferentes la vergüenza sórdida de la gran ciudad, repitiéndose de cuando en cuando a sí mismo las palabras que le dijera Lord Henry el primer día que habló con él: "Curar el alma por medio de los sentidos, y los sentidos por medio del alma". Sí, ése era el secreto. Más de una vez lo había ensayado, y ahora lo ensayaría de nuevo. Había fumaderos de opio donde se podía comprar el olvido; antros de horror, donde la memoria de los pecados pretéritos podía ser anulada por la locura de los pecados presentes.

La luna pendía muy baja en el horizonte, como una amarilla calavera. De cuando en cuando, una vasta nube informe extendía un brazo y la ocultaba. Los mecheros de gas

se hacían cada vez más escasos, y las calles cada vez más estrechas y oscuras. El cochero se perdió en aquel dédalo y tuvo que retroceder media milla para encontrar el camino. Del caballo, chapoteando en los charcos, se elevaba una especie de vaho. Los cristales laterales del *hansom* parecían forrados de huata gris por la bruma.

"Curar el alma por medio de los sentidos, y los sentidos por medio del alma..." ¡Cómo sonaban aquellas palabras en sus oídos! Sí, su alma se sentía mortalmente enferma. ¿Sería verdad que los sentidos podían curarla? Él había derramado sangre inocente. ¿Cómo expiar aquello? ¡Ay!, para aquello no había expiación alguna; pero, aunque el perdón fuera imposible, aún era posible el olvido, y él estaba resuelto a olvidar, a abolir aquello, a aplastarlo como se aplasta la víbora que nos ha mordido. Realmente, ¿qué derecho tenía Basil a hablarle del modo que lo hizo? Le había dicho cosas atroces, abominables, que no podían tolerarse.

El coche avanzaba, cada vez más despacio. Por lo menos, tal le parecía. Abrió la trampilla y gritó al cochero que fuese más deprisa. Una terrible necesidad de opio empezó a remorderle. Le ardía la garganta, y sus manos delicadas se crispaban nerviosamente. Como un loco se puso a golpear al caballo con su bastón. El cochero se echó a reír, y fustigó al animal. Él, entonces, rió contestando, y el hombre calló.

El camino parecía interminable, y las calles como la tela negra de una araña invisible. La monotonía se hacía insoportable, y sintió miedo al ver espesarse la niebla.

Luego pasaron junto a unos tejares desiertos. La bruma era allí menos densa, y dejaba ver los extraños hornos en

forma de botella con sus lenguas de fuego naranja en abanico. Un perro ladró al paso de ellos, y lejos, en la oscuridad, chilló una gaviota errante. El caballo tropezó en un releje, se desvió a un lado bruscamente y salió luego al galope.

Al cabo de poco tiempo salieron del camino arcilloso y volvieron a rodar estrepitosamente sobre una calle mal empedrada. La mayoría de las ventanas estaban a oscuras; pero de cuando en cuando se proyectaban sobre algunas persianas iluminadas siluetas de sombras fantásticas. Él las miraba con curiosidad. Movíanse cual fantoches grotescos, y accionaban como seres vivos. Los detestó con toda su alma. Una rabia sorda había invadido su corazón. Al volver una esquina, una mujer les gritó algo desde el umbral de una puerta, y dos hombres echaron a correr detrás del *hansom* cerca de doscientas yardas. El cochero les azotó con la fusta.

Dicen que las pasiones nos hacen pensar en círculo. Y la verdad es que los labios mordidos de Dorian, una y otra vez repetían, con horrible insistencia, aquellas palabras especiosas sobre el alma y los sentidos, hasta haber encontrado en ellas la expresión absoluta, por decirlo así, de su estado de espíritu, y justificado, con su asentimiento intelectual, pasiones que, sin esa justificación, le habrían dominado lo mismo. De célula en célula se arrastraba en su cerebro un solo pensamiento; y un frenético deseo de vivir, el más terrible de todos los apetitos humanos, avivaba y encendía cada nervio y cada fibra de su ser. La fealdad que antaño aborreciera, por prestar realidad a las cosas, le era ahora preciosa por la misma razón. La fealdad era lo único real. Las disputas y pendencias groseras, los burdeles infectos, la cruda violencia de

una vida de desorden, la misma vileza del ladrón y el proscrito, eran más vivas, en su intensa actualidad de impresión, que todas las formas graciosas del arte y las sombras de ensueño de la poesía. Eran lo que él necesitaba para olvidar. En tres días se vería libre.

De pronto, con un brusco tirón de riendas, paró el coche a la entrada de un sombrío callejón. Por encima de los tejados y de las chimeneas asomaban los mástiles negros de los barcos. Espirales de neblina se adherían, como velas espectrales, a las vergas.

–¿Es por aquí, verdad? –preguntó con voz ronca el cochero a través de la trampilla.

Dorian despertó sobresaltado de su abstracción y miró en torno suyo.

–Sí, aquí es –contestó, bajando apresuradamente del coche.

Y después de pagar lo ofrecido al cochero, encaminóse rápidamente hacia el muelle.

De trecho en trecho brillaba una linterna en la popa de algún enorme navío mercante. La luz se quebraba y desmenuzaba en las aguas. A bordo de un trasatlántico, de escala hacia un puerto extranjero, que estaba carboneando, veíase un resplandor rojo. El pavimento, resbaladizo, parecía un mojado capote.

Apretando el paso torció hacia la izquierda, mirando atrás, de cuando en cuando, para ver si le seguían. Al cabo de siete u ocho minutos llegó frente a una casucha, de aspecto sórdido, enclavada entre dos fábricas miserables. En una de

las ventanas superiores brillaba una lámpara. Se detuvo y llamó a la puerta de un modo especial.

Al poco tiempo oyó pasos en el portal y desenganchar la cadena. La puerta se abrió nuevamente, y Dorian entró sin decir palabra a la vaga figura inclinada que pareció incorporarse a la sombra para dejarle paso. Al extremo del aposento colgaba una cortina verde en jirones, que el viento que había entrado con él de la calle movía y agitaba. La apartó a un lado y entró en una habitación, baja de techo y muy larga, que parecía haber sido en otro tiempo un salón de baile de tercer orden. Todo alrededor ardían numerosos mecheros de gas, con una luz resplandeciente, que apagaban y deformaban los espejos, sucios de moscas, que tenían enfrente. Los mugrientos reflectores de estaño acanalado semejaban discos rutilantes de luz. El piso estaba cubierto de un aserrín ocre, salpicado en muchos sitios de barro y con manchones oscuros de licores derramados. Unos cuantos malayos, en cuclillas junto a un hornillo encendido de carbón vegetal, jugaban con fichas de hueso, enseñando al hablar los dientes blancos. En un rincón, sobre una mesa, con la cabeza escondida entre los brazos, yacía un marinero, y delante del mostrador, bárbaramente pintado, que ocupaba todo un lado, estaban dos mujeres demacradas haciendo burla de un viejo que cepillaba las mangas de su gabán con expresión de repugnancia.

–Cree que está lleno de hormigas rojas –exclamó una de ellas, riendo, al pasar Dorian.

El viejo la miró aterrado, y se puso a lloriquear.

Al extremo de la habitación había una escalera que conducía a otro cuarto en penumbra. Subiendo los tres peldaños

desvencijados, llegó hasta él el olor pesado del opio. Respiró profundamente, y las aletas de su nariz palpitaron de placer. Al entrar, un joven de finos cabellos rubios, que estaba inclinado sobre una lámpara encendiendo una pipa larga y delgada, levantó hacia él los ojos, y después de titubear un instante, le hizo una leve inclinación de cabeza.

–¿Tú aquí, Adrián? –murmuró Dorian.

–¿Y dónde iba a estar? –contestó el mozo con indiferencia-. Nadie quiere tratarme ya...

–Creí que te habías marchado de Inglaterra.

–Darlington no quiere hacer nada... Mi hermano al fin aceptó el pagaré... Jorge tampoco me dirige la palabra... Me tiene sin cuidado –añadió con un suspiro-. Teniendo esta droga, no hacen falta amigos. Demasiados amigos he tenido...

Dorian dio un paso atrás y miró a su alrededor aquellos seres grotescos que yacían sobre las sucias colchonetas. Los miembros retorcidos, los labios caídos, los ojos fijos y opacos, le fascinaban. Él sabía en qué extraños paraísos estaban padeciendo, y qué tenebrosos infiernos les enseñaban el secreto de algún nuevo goce. Todos ellos eran más dichosos que él. Él estaba aprisionado en su pensamiento. La memoria, como una horrible enfermedad, le iba carcomiendo el alma. A veces le parecía ver los ojos de Basil Hallward mirándole. Sin embargo, comprendía que no podía quedarse allí. La presencia de Adrián Singleton le turbaba. Deseaba estar donde nadie supiese quién era. Deseaba escapar de sí mismo.

–Me voy a otro sitio –dijo al fin, después de un silencio.

–¿Al del muelle?

–Sí.

–Allí debe estar esa loca. Aquí no la quieren ya.

Dorian se encogió de hombros.

–Estoy cansado de las mujeres que le aman a uno. Las mujeres que nos odian son mucho más interesantes. Además, el opio es mejor.

–Igual.

-Pues me gusta más. Ven a beber lo que quieras. Tengo sed.

–No me apetece nada –murmuró el mozo.

–No importa.

Adrián Singleton se levantó con trabajo, y siguió a Dorian hasta el mostrador. Un mulato, con un gabán raído y un turbante hecho harapos, les saludó con una mueca innoble, y colocó ante ellos una botella de aguardiente y dos vasos. Las mujeres se acercaron y se pusieron a hablar. Dorian les volvió la espalda, y dijo algo en voz baja a Adrián Singleton.

Una sonrisa aviesa como un cris malayo, contrajo el rostro de una de las mujeres.

–¡Qué orgullosos nos sentimos esta noche, amigos! -exclamó en tono burlón.

–¡Ten la bondad de no dirigirme la palabra! –gritó Dorian, dando una patada en tierra-. ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? Ahí va. Pero no vuelvas a hablarme.

Dos chispas rojas centellearon por un momento en los ojos mortecinos de la mujer; pero enseguida se apagaron, dejándolos tan helados y opacos como antes. Inclinó la ca-

beza, y recogió del mostrador las monedas con dedos ávidos. Su compañera la miró con envidia.

–Es inútil –suspiró Adrián Singleton-. No tengo interés en desandar lo andado. ¿Para qué? Aquí me siento completamente feliz.

–¿Me escribirás, si necesitas algo? –preguntó Dorian, después de una pausa.

–Acaso.

–Buenas noches, pues.

–Buenas noches –contestó el joven, subiendo la escalerilla y secándose los labios con el pañuelo.

Dorian se dirigió hacia la puerta con una expresión dolorida. Ya levantaba, para salir, la cortina, cuando una risa soez brotó de los labios pintados de la mujer que había cogido el dinero.

–¡Ahí va el contrato del diablo! –aulló con voz ronca.

–¡Maldita! contestó él -. ¡No me llames así!

–¡Bueno; te llamaremos entonces el *Príncipe*! ¿No es así como te gusta que te llamen? –chilló ella, chasqueando los dedos.

El adormilado marinero se puso en pie de un salto al oírla, y miró salvajemente a su alrededor. A sus oídos llegó el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. Sin vacilar, se precipitó corriendo hacia ella.

Dorian Gray caminaba deprisa, a lo largo del muelle, a través de la llovizna. Su encuentro con Adrián Singleton le había singularmente conmovido, y empezaba a preguntarse si realmente la ruina de aquella vida podría cargarse en su cuenta, como Basil Hallward le dijera de un modo tan insul-

tante. Mordióse los labios, y por un momento se entristecieron sus ojos. Pero, después de todo, ¿qué podía importarle aquello? La vida es demasiado corta para cargar sobre nuestros hombros los errores ajenos. Cada hombre vive su propia vida, y paga su precio por vivirla. La lástima es tener que pagar tan a menudo por una sola falta. Una y otra vez, y siempre, nos vemos obligados a pagar. En sus tratos con el hombre, el Destino jamás cierra sus cuentas.

Hay momentos, nos dicen los psicólogos, cuando la pasión del vicio –o lo que el mundo llama vicio- domina de tal modo nuestra naturaleza, en que cada fibra del cuerpo, como cada célula del cerebro, parecen animarse con terribles impulsos. Hombres y mujeres, en esos momentos, pierden la libertad de su albedrío. Caminan como autómatas hacia su horrible fin. Les es arrebatada toda facultad de elección, y la conciencia misma queda muerta, o, si vive, es sólo para dar su atractivo a la rebeldía, y a la desobediencia su encanto. Pues todos los pecados, como no se cansan de recordarnos los teólogos, son pecados de desobediencia. Cuando aquel espíritu soberbio, aquella estrella matutina del mal cayó del cielo, cayó por rebelde.

Endurecido, concentrado en el mal, con el espíritu impuro y el alma sedienta de rebelión, Dorian Gray caminaba, apretando cada vez más el paso, cuando al entrar en un sombrío pasaje cubierto, que a menudo le había servido de atajo para ir hacia aquel tugurio, se sintió bruscamente cogido por detrás, y antes de que pudiera defenderse se veía lanzado contra el muro, y una mano brutal le apretaba la garganta.

Dorian Gray luchó desesperadamente por su vida, y con un terrible esfuerzo consiguió zafarse de aquellos dedos que le ahogaban. Inmediatamente oyó el ruido que hace el gatillo de un revólver al montarse, y vio el destello de un cañón bruñido apuntando a su cabeza, y la forma oscura de un hombre bajito y fornido frente a él.

–¿Qué quiere usted? –balbuceó.

–¡Quieto! –ordenó el hombre-. ¡Como te muevas, te mato!

–Usted está loco. ¿Qué le he hecho yo a usted?

–Tú destruiste la vida de Sibyl Vane –fue la respuesta-, y Sibyl Vane era mi hermana. Sibyl se suicidó. Lo sé. Su muerte es obra tuya. Juré matarte, en castigo, si algún día te encontraba. Llevo años buscándote. Pero no tenía el menor indicio, la menor huella. Las dos personas que te conocían de vista habían muerto. Yo no sabía de ti más que el nombre con que ella acostumbraba a llamarte: *¡el Príncipe*! Por casualidad lo he oído pronunciar esta noche. Ponte bien con Dios, que te juro que vas a morir esta noche.

Dorian Gray estuvo a punto de desmayarse de miedo.

–Yo no he conocido a esa mujer que usted dice –tartamudeó-. En mi vida oí hablar de ella. Usted está loco.

–Más te valdría confesar tu crimen; pues tan cierto como me llamo James Vane que vas a morir.

El momento era terrible. Dorian no sabía qué hacer ni qué decir.

–¡De rodillas! –gruñó aquel hombre-. Un minuto te doy para que reces; ni uno más. Me embarco esta noche para la

India, y antes tengo que dejar saldada esta cuenta. ¡Un minuto! ¡Ni uno más!

Los brazos de Dorian cayeron inertes. Paralizado de terror, no se le ocurría nada. De pronto, una insensata esperanza fulguró en su espíritu.

–¡Un momento! –gritó-. ¿Cuánto tiempo hace que murió su hermana? ¡Pronto!

–Dieciocho años –repuso el hombre-. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué tienen que ver los años?

–¡Dieciocho años! –exclamó Dorian con una risa de triunfo- ¡Dieciocho años! Vamos hasta un farol, y vea usted mi cara.

James Vane vaciló un instante, sin comprender qué quería decir aquello. Al fin, cogió a Dorian Gray y lo arrastró fuera del pasadizo.

A pesar de lo débil y oscilante, la luz del reverbero, que el viento azotaba, le sirvió al marinero para mostrarle el terrible error (tal le pareció, al menos) que había cometido, pues el rostro de aquel hombre que estuviera a punto de matar, conservaba toda la frescura de la adolescencia, toda la pureza inmaculada de la juventud. Parecía un mancebo de poco más de veinte abriles, apenas mayor que debía ser su hermana cuando se separó de ella hacía tantos años. Era evidente que aquel no podía ser el hombre que él buscaba.

Le soltó, y retrocedió tambaleándose.

–¡Santo Dios! ¡Santo Dios! –exclamó-. ¡Y pensar que he estado a punto de matarle!

Dorian Gray respiró.

–Sí; ha estado usted a punto de cometer un crimen espantoso, amigo mío –dijo, mirándole con severidad-. Que esto le sirva de advertencia para no tratar de tomarse por sí mismo la venganza.

–Perdón, perdón, caballero –balbuceó James Vane-. Me han engañado. Una palabra que oí por casualidad en esa maldita taberna, me lanzó sobre esta pista falsa.

–Haría usted bien en irse a su casa y en guardar ese revólver, que podría traerle a usted algún disgusto –dijo Dorian, dando media vuelta y alejándose despacio.

James Vane se quedó aterrado, en medio de la calle. Un temblor convulsivo le sacudía de pies a cabeza. Al cabo de un breve rato, una sombra negra, que había venido arrastrándose pegada a la pared, avanzó hacia la luz y se acercó a él a paso de lobo. De pronto, James Vane sintió una mano que se posaba en su brazo, y volvióse sobresaltado. Era una de las mujeres que estaban antes bebiendo en la taberna.

–¿Por qué no lo mataste? –silbó ella entre dientes, acercando su cara desencajada a la de él-. Comprendí que le seguías cuando saliste corriendo. ¡Idiota! Deberías haberle matado. Es rico, y más malo que la tiña.

–No es el hombre que yo buscaba –replicó él-, y no necesito el dinero de nadie. ¡La vida de un hombre es lo que necesito! Pero el hombre que yo busco debe andar cerca de los cuarenta, y éste casi es un niño. A Dios gracias, no he llegado a mancharme las manos con su sangre.

La mujer rió amargamente.

–¡Casi un niño! –exclamó con una risita sardónica-. ¡Sí, sí! ¡Pronto hará dieciocho años que *el Príncipe* me convirtió en lo que soy ahora!

–¡Mientes! –rugió James Vane.

Ella levantó hacia el cielo las manos, y gritó:

–¡Juro ante Dios que digo la verdad!

–¿Ante Dios?

–¡Que me deje muda si miento! ¡Es el más infame de los seres que vienen aquí! ¡Dicen que ha hecho un pacto con el diablo para conservar su hermosura! Pronto hará dieciocho años que le conocí, y está casi lo mismo que entonces. ¡En cambio, yo!... –añadió con una mirada de tristeza.

–¿Lo juras?

–Lo juro –profirieron roncamente los labios sumidos de la mujer-. Pero no vayas a delatarme a él –gimió-. Le tengo miedo... Dame algo para pasar la noche...

James Vane se separó de ella con una blasfemia, y echó a correr hacia la esquina próxima; pero ya Dorian Gray no estaba a la vista. Al volverse, vio que la mujer también había desaparecido.

CAPÍTULO XVII

Una semana más tarde se encontraba sentado Dorian Gray en el invernadero de Selby Royal, conversando con la bellísima duquesa de Monmouth, que con su marido, un sesentón de aspecto cansado, formaba parte de sus invitados. Era la hora del té, y la luz suave de la enorme lámpara velada de encajes que había encima de la mesa iluminaba las porcelanas delicadas y la plata repujada del servicio, que presidía la duquesa.

Las blancas manos de ésta se movían graciosamente entre las tazas, y sus labios purpurinos sonreían a unas palabras que Dorian le había susurrado al oído. Lord Henry yacía recostado en un sillón de mimbre tapizado de seda, contemplándoles atentamente. Sentada en un diván color de albérchigo, Lady Narborough aparentaba escuchar la descripción que le estaba haciendo el duque del último escarabajo brasileño con que había enriquecido su colección. Tres jóvenes, vestidos de smoking y un tanto exagerados en su *toilette*, ofrecían las pastas a las señoras. La partida se componía de doce personas, y se esperaban algunas más para el día siguiente.

–¿De qué hablan ustedes? ¿Puede saberse? –preguntó Lord Henry, acercándose a la mesa y dejando en ella su taza–. Supongo que Dorian te habrá dicho mi proyecto de rebautizarlo todo, Gladys. ¿Verdad que es una idea admirable?

–Pero yo no necesito que vuelvan a bautizarme, Harry –replicó la duquesa, mirándole con sus ojos maravillosos-. Estoy muy contenta con mi nombre, y me parece que Mr. Gray tampoco está descontento del suyo.

–Por nada del mundo querría yo, mi querida Gladys, cambiar el nombre de vosotros dos. Ambos son perfectos. No, yo pensaba sobre todo en las flores. Ayer corté una orquídea para mi ojal. Era una maravilla de flor, toda moteada, tan vistosa como los siete pecados capitales. En un momento de irreflexión pregunté su nombre a uno de los jardineros, que me dijo que era un hermoso ejemplar de *Robinsoniana*, u otro horror por el estilo. Es una triste verdad; pero no cabe duda de que hemos perdido el don de dar nombres bellos a las cosas. Y los nombres son todo. Yo no discuto ni me irrito nunca por los hechos. Mi caballo de batalla son siempre las palabras. Por eso detesto en literatura el realismo vulgar. El hombre capaz de llamar azada a una azada debería verse condenado a usarla. Seguramente es lo único para que sirve.

–Y a ti, ¿cómo quieres que te llamemos, Harry? –preguntó la duquesa.

–Su nombre es: el príncipe Paradoja –dijo Dorian.

–¡Imposible confundirle! –exclamó ella.

–¡No, no, de ningún modo! –protestó riendo y dejándose caer en un sillón Lord Henry-. ¡Nada de etiquetas! No hay quien se salve de una etiqueta. Rehúso el título.

–¡Las Majestades no pueden abdicar! –advirtieron los labios purpurinos.

–¿Quieres, entonces, que defienda mi trono?

–Sí.

–Yo digo las verdades de mañana.

–Prefiero los errores de hoy –repuso ella.

–Me desarmas, Gladys –exclamó él, prosiguiendo el juego.

–Del escudo, Harry; pero no de la lanza.

–Yo no puedo justar contra la belleza –protestó él de nuevo, agitando las manos.

–Mal hecho, Harry, créeme. Colocas la belleza demasiado alta.

–¿Cómo es posible que digas eso? Confieso que me parece preferible ser hermoso a ser bueno. Pero, por otra parte, nadie más dispuesto que yo a reconocer que es preferible ser bueno a ser feo.

–¿Entonces la fealdad es uno de los siete pecados capitales? –exclamó la duquesa-. ¿A qué queda entonces reducida la comparación que hiciste de la orquídea?

–La fealdad es una de las siete virtudes mortales, Gladys. Tú, como buena conservadora, no debes menospreciarlas. La cerveza, la Biblia y las siete virtudes mortales han hecho a nuestra Inglaterra lo que es.

–¿De modo que no amas a tu país? –interrogó ella.

–En él vivo.

–Para poder censurarlo mejor.

–¿Querrías, entonces, verme compartir el veredicto que Europa ha dictado sobre él?

–¿Qué dicen de nosotros?

–Que Tartufo ha emigrado a Inglaterra y ha puesto tienda en ella.

–¿Es tuya la frase, Harry?

–Te la regalo.

–Gracias, no podría usarla. Es demasiado cierta.

–No tengas miedo. Nuestros compatriotas nunca reconocen nada.

–Son prácticos.

–Más astutos que prácticos. Cuando hacen su balance compensan la estupidez con la riqueza y el vicio con la hipocresía.

–Sin embargo, hemos hecho grandes cosas.

–Esas grandes cosas nos las echaron encima, Gladys.

–Pero llevamos su peso.

–Hasta la Bolsa nada más, amiga mía.

Ella sacudió la cabeza, y exclamó:

–Yo creo en la raza.

–Representa la supervivencia de los activos.

–Va en progreso.

–Me interesa más la decadencia.

–Y el Arte, ¿qué es?

–Una enfermedad.

–¿Y el Amor?

–Una ilusión.

–¿Y la Religión?

–El sustitutivo a la moda de la fe.

–Tú eres un escéptico.

–¡Jamás! El escepticismo es el comienzo del credo.

–¿Qué eres entonces?

–Definirse es limitarse.

–Dame algún hilo que me sirva de guía.

–Los hilos se rompen. Te perderías en el laberinto.

–Me aturdes. Hablemos de otra cosa.

–Nuestro anfitrión es un tema delicioso. Hace años le pusieron el nombre de: *el Príncipe de los cuentos de hadas*.

–¡Ay, no me recuerdes eso! –exclamó Dorian Gray.

–El anfitrión no está de humor esta noche –dijo la duquesa, ruborizándose levemente-. Me parece que piensa que Monmouth se casó conmigo exclusivamente por motivos científicos, como el mejor ejemplar que pudo encontrar de la mariposa moderna.

–Pero espero que no tendrá la intención de clavarla a usted con un alfiler, duquesa –replicó riendo Dorian.

–¡Oh!, ya se encarga mi doncella de pincharme cuando la molesto.

–¿Y cómo puede usted molestarla, duquesa?

–Por las cosas más insignificantes, Mr. Gray, se lo aseguro. Generalmente porque llego a las nueve menos diez y le digo que tengo que estar vestida para las ocho y media.

–¡Qué poco razonable! Debería usted regañarla.

–No me atrevo, Mr. Gray; además, me inventa sombreros. ¿Recuerda usted aquel que llevaba en la *gardenparty* de Lady Hilstone? No, no se acuerda usted; pero es una delica-

deza el aparentarlo. Bueno, pues estaba hecho con nada. Todos los buenos sombreros están hechos con nada.

–Como todas las buenas reputaciones, Gladys –interrumpió Lord Henry-. Cada éxito nos trae un enemigo. Para ser popular es preciso ser mediocre.

–No con las mujeres –dijo la duquesa, moviendo negativamente la cabeza-. Y las mujeres gobiernan al mundo. Te aseguro que nosotras no podemos soportar a los mediocres. Las mujeres, como ha dicho alguien, amamos con los oídos, así como ustedes los hombres, aman con los ojos si es que realmente aman...

–Me parece que nunca hacemos otra cosa –susurró Dorian.

–¡Ah!, entonces no debe usted haber amado de verdad nunca –replicó la duquesa, fingiendo tristeza.

–Mi querida Gladys –exclamó Lord Henry-, ¿cómo es posible que digas eso? Lo romántico vive a fuerza de repetirse, y la repetición convierte un apetito en un arte. Además, cada vez que se ama es la única vez que se ha amado. La diferencia de objeto no altera la unidad de la pasión. La intensifica, simplemente. En la vida podemos tener, a lo sumo, una sola gran experiencia, y el secreto de la vida consiste en reproducir esta experiencia tan a menudo como sea posible.

–¿Hasta cuando le ha dejado a uno maltrecho, Harry? –preguntó la duquesa, después de un momento de pausa.

–Especialmente cuando le ha dejado a uno maltrecho - contestó Lord Henry.

La duquesa se volvió y miró a Dorian con una singular expresión en los ojos.

–¿Qué dice usted a eso, Mr. Gray? –preguntó.

Dorian vaciló un instante. Luego, echando hacia atrás la cabeza, repuso riendo:

–Yo siempre estoy de acuerdo con Harry, duquesa.

–¿Hasta cundo no tiene razón?

–Harry siempre tiene razón.

–¿Y le hace a usted dichoso su filosofía?

–Yo nunca he buscado la felicidad. ¡Qué importa la felicidad! Yo he buscado el placer.

–¿Y encontrado, Mr. Gray?

–Muchas veces. Demasiadas.

La duquesa suspiró.

–Yo busco ahora la paz –dijo-, y si no voy enseguida a vestirme, no podré tenerla esta noche.

–Permítame usted que le ofrezca unas orquídeas, duquesa –exclamó Dorian, poniéndose en pie y dirigiéndose a un extremo del invernadero.

–No estás muy acertada en tu *flirt* –dijo Lord Henry a su prima-. Deberías tener cuidado. Es demasiado sugestivo.

–Si no lo fuera, no habría lucha.

–¿Griegos contra griegos, entonces?

–Yo estoy del lado de los troyanos. Luchaban por una mujer.

–Fueron vencidos.

–Hay cosas peores que la derrota –contestó ella.

–Galopas a rienda suelta.

–La velocidad nos da vida.

–Lo apuntaré en mi diario esta noche.

–¿El qué?

–Que el niño que se quema ama el fuego.

–Yo, ni siquiera me he chamuscado. Mis alas permanecen intactas.

–Las usas para todo, menos para huir.

–El valor ha emigrado de los hombres a las mujeres. Una nueva experiencia para nosotras.

–Tienes una rival.

–¿Quién?

–Lady Narborough –murmuró él riendo-. Está locamente enamorada de él.

–Me das miedo. El culto de la antigüedad nos es fatal a los que somos románticos.

–¿Románticas vosotras? ¡Si tenéis todos los métodos de la ciencia!

–Los hombres nos han educado.

–Pero no explicado.

–Defínenos como sexo –le desafió ella.

–Esfinges... sin enigma.

Ella le miró sonriendo.

–¡Cómo tarda Mr. Gray! –dijo, al cabo de un momento-. Vamos a ayudarle. Se me olvidó decirle el color de mi traje.

–¡Ah!, tú debes acomodar tu traje a sus flores, Gladys.

–Eso sería una rendición prematura.

–El arte romántico comienza por el fin.

–Tengo que conservar una posibilidad de retirada.

–¿A la manera de los Parthos?

–Estos encontraron refugio en el desierto. Yo no podría hacerlo.

–No siempre podéis elegir las mujeres –contestó él.

Pero apenas había acabado la sentencia cuando del fondo del invernadero llegó un grito ahogado, seguido del ruido que hace al caer un cuerpo pesado. Todo el mundo se puso en pie. La duquesa quedó petrificada de horror. Y Lord Henry, con ojos de susto, se precipitó a través de las palmeras y halló a Dorian Gray, que yacía sobre las baldosas, con el rostro contra tierra, sin dar señales de vida.

Inmediatamente fue llevado al saloncito azul y depositado sobre uno de los divanes. Al poco rato volvió en sí y miró en torno suyo con ojos extraviados.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó-. ¡Ah!, ya recuerdo. ¿Estoy en salvo aquí, Harry?

Y empezó a temblar febrilmente.

–Mi querido Dorian –le tranquilizó Lord Henry-; fue un simple desmayo. No hay por qué asustarse. Acaso un exceso de cansancio. No deberías bajar a cenar. Yo haré tus veces.

–No; bajaré –replicó Dorian, levantándose con un esfuerzo–. Prefiero bajar. No quiero quedarme solo.

Y fue a vestirse a su cuarto.

Toda aquella noche, en la mesa, dio muestras de un buen humor despreocupado y casi frenético; pero, de cuando en cuando, un calofrío de terror le sacudía todo el cuerpo, al recordar que, pegada a un cristal del invernadero, como un blanco pañuelo, había visto la cara de James Vane espiándole.

CAPÍTULO XVIII

Al día siguiente no salió de la casa, pasando casi todo el tiempo en su cuarto, enfermo de miedo a morir, y, no obstante, indiferente a la vida en sí misma. El saberse perseguido, acechado, espiado, le aterraba. Si el viento movía las cortinas, ya estaba temblando. Las hojas secas que revolaban contra los cristales le evocaban sus bríos pasados, sus ardientes remordimientos. En cuanto cerraba los ojos, volvía a ver el rostro del marinero, mirándole a través del cristal empañado, y una vez más hacía presa el miedo en su corazón.

Pero quizá sólo fuera su imaginación la que había suscitado el espectro de la venganza y traído a sus ojos las formas odiosas del castigo. La vida actual era un caos; pero en la imaginación había algo terriblemente lógico. La imaginación es la que pone al remordimiento sobre la pista del pecado. La imaginación es la que da a cada crimen su prole deforme. En el mundo común de los hechos los malos no eran castigados, ni recompensados los buenos. El éxito se entregaba al fuerte, el fracaso correspondía a los débiles. Esto era todo.

Por otra parte, si algún extraño hubiese estado rondando la casa, los criados o los guardas no habrían podido menos de verle. Se habrían encontrado huellas sobre las platabandas; los jardineros habrían venido a decírselo.

Sí, no cabía duda de que era una simple ilusión. El hermano de Sibyl Vane no había venido allí para matarle. Se había embarcado en su barco, para ir a naufragar en algún mar lejano. No tenía por qué temer nada. Además, aquel hombre no sabía, ni podía saber, quién era él. La máscara de la juventud le había salvado.

No obstante, aunque aquello no hubiese sido más que una ilusión, ¿no era terrible pensar que la conciencia podía suscitar semejantes fantasmas, y darles forma visible y hacerlos mover ante uno? ¡Qué vida la suya si, día y noche, las sombras de su crimen venían a acecharle desde los callados rincones, a hacerle burla desde sus escondrijos, susurrando a su oído al sentarse a la mesa, despertándole de su sueño con dedos glaciales! A esta idea, que se insinuó en su espíritu, palideció de terror, y el aire se le antojó de pronto más frío. ¡Ah; en qué maldita hora de locura había matado a su amigo! ¡Qué horrendo el simple recuerdo de la escena! ¡Todavía la estaba viendo! Cada espantoso detalle volvía a su memoria, aumentado en horror.

De la negra caverna del tiempo, terrible y vestida de escarlata, surgía la imagen de su crimen.

Cuando Lord Henry vino a las seis, le encontró llorando.

Hasta el tercer día no se atrevió a salir afuera; había algo en el aire claro y saturado de olor a pino de aquella mañana

de invierno que pareció devolverle su alegría y su ansia de vivir. Pero no fueron sólo las condiciones físicas del medio ambiente la causa del cambio. Su misma naturaleza acababa por rebelarse contra el exceso de angustia que había tratado de perturbar y corromper la perfección de su sosiego. En los temperamentos sutiles, y de una sensibilidad experimentada, siempre ocurre esto. Las pasiones violentas aniquilan o ceden. O matan al hombre, o mueren ellas. Los dolores superficiales o los amores someros son los que viven. Los grandes amores y los grandes dolores, su propia plenitud los destruye. Además, había acabado por convencerse de que había sido víctima de su imaginación sobreexcitada, y consideraba ahora sus terrores pasados con cierta compasión y un poco de desprecio.

Después de almorzar estuvo paseando cerca de una hora por el jardín, en compañía de la duquesa. Luego montó en su tílburi y atravesó el parque en dirección al coto, para ver la cacería. La escarcha quebradiza parecía sal sobre la hierba. El cielo era como una copa invertida de metal azul. Una tenue película de hielo orlaba el lago sembrado de juncos.

En una esquina del pinar vio a Sir Geoffrey Clouston, hermano de la duquesa, extrayendo de su escopeta dos cartuchos descargados. Saltando de su carricoche, y diciendo al lacayo que volviera a la casa, se dirigió hacia su huésped a través de los helechos secos y la maleza espinosa.

–¿Ha cazado usted mucho, Geoffrey?

–No mucho, Dorian. Me parece que casi toda la caza se ha ido al llano. Espero que después de comer, cuando cambiemos de terreno, habrá más.

Dorian siguió andando junto a él. El aire vivo y aromático, las luces obscuras y rojizas del bosque, los gritos roncos de los ojeadores que retumbaban de cuando en cuando, y las detonaciones secas de las escopetas, absorbían su atención, llenándole de un delicioso sentimiento de libertad. Se sintió dominado por la despreocupación del bienestar, por la suprema indiferencia del gozo.

Súbitamente, de un montecillo de hierba, a unas veinte yardas de distancia, tiesas las orejas rematadas de negro y extendidas las largas patas traseras, saltó una liebre, que se precipitó a buscar refugio en un bosquecillo de olivos. Sir Geoffrey se echó la escopeta a la cara, pero había tal gracia en los movimientos del animal, que Dorian Gray se sintió seducido y le gritó:

–¡No tire usted, Geoffrey! Déjela vivir.

–¡Qué tontería, Dorian! –contestó riendo su compañero.

Y disparó en el preciso momento en que la liebre alcanzaba el bosquecillo.

Se oyeron dos gritos: el grito de una liebre herida, que es espantoso, y el grito de un hombre en agonía, que es peor aún.

–¡Santo cielo! ¡He herido a un ojeador! –exclamó Sir Geoffrey-. ¿Cómo habrá venido ese asno a ponérseme delante de la escopeta? ¡Alto el fuego! –gritó a voz en cuello-. ¡Un hombre herido!

El ojeador mayor acudió corriendo con un palo en la mano.

–¿Dónde, señor? ¿Dónde está? –gritó.

Al mismo tiempo cesó el fuego.

–Aquí –indicó Sir Geoffrey, encolerizado, precipitándose hacia el bosquecillo- ¿Cómo demonios no coloca usted mejor a sus hombres? Ya me han estropeado el día.

Dorian les miró entrar en la espesura, apartando a un lado las ramas. A los pocos momentos volvieron a aparecer, trayendo entre los dos un cuerpo. Apartó los ojos, horrorizado. Oyó cómo Sir Geoffrey preguntaba si el hombre estaba muerto, y la respuesta afirmativa del ojeador. El bosque le pareció animarse bruscamente de rostros. Se oía el pisar de innumerables pies, y un vago zumbido de voces. Un gran faisán, de buche dorado, pasó volando por encima de ellos.

Al cabo de unos instantes, que, en su estado de turbación, fueron para él como horas interminables de sufrimiento, sintió posarse una mano en su hombro. Volvióse con un estremecimiento.

–Dorian -dijo Lord Henry-. ¿No crees que debería darse por terminada la cacería de hoy? No parece bien proseguirla.

–¡Ojalá se diera por terminada para siempre, Harry! –contestó amargamente-. Ha sido espantoso. ¿Está?... –y no se atrevió a concluir la frase.

–Mucho lo temo –repuso Lord Henry-. Recibió toda la carga en mitad del pecho. La muerte debió ser instantánea. Vamos a la casa.

Caminaron uno junto al otro, en dirección a la alameda, por espacio de unas cincuenta yardas, sin hablar. Al fin, Dorian miró a Lord Henry, y exclamó con un suspiro:

–¡Mal agüero, Harry, mal agüero!

–¿El qué? –preguntó Lord Henry-. ¡Ah!, ese incidente... ¡Qué se le va a hacer, querido! La culpa fue suya. ¿Quién le

mandó colocarse delante de la escopeta? Además, ni tú ni yo tenemos nada que ver en ello. Claro que para Geoffrey no deja de ser desagradable. Siempre es molesto el cazar a un ojeador. La gente se figura que uno es un tirador aturdido. Y, realmente, no es éste el caso; Geoffrey tira de un modo excelente. Pero, en fin, ¿a qué hablar más de ello?

Dorian sacudió la cabeza.

–Mal agüero, Harry. Me da el corazón que a alguno de nosotros va a ocurrirnos una desgracia. Quizás a mí mismo –añadió, pasándose la mano por los ojos, con un gesto de dolor.

Lord Henry se echó a reír.

–La única desgracia de este mundo, es el hastío, Dorian. Este es el solo pecado para el que no hay remisión. Afortunadamente, ambos estamos libres de él. A no ser que se empeñen en comentar lo sucedido en la mesa. Les advertiré que queda prohibido el tema. En cuanto a agüeros, te diré que no existen. El destino no nos envía heraldos. Es demasiado prudente o demasiado cruel para hacerlo. Por otra parte, ¿qué es lo que podría sucederte de malo, Dorian? Todo lo que un hombre puede desear en el mundo, lo tienes. No creo que haya nadie que no se cambiase de buena gana por ti.

–No hay nadie con quien yo no me cambiaría, Harry. No te rías así. Te estoy diciendo la verdad. Ese infeliz aldeano que acaba de morir es más feliz que yo. No es que yo tema la muerte. No; lo que me aterra son sus preliminares. ¡Sus alas monstruosas parecen agitarse en el aire pesa-

do!...¡Santo cielo! ¿No ves a un hombre escondido, allí, detrás de los árboles? ¡Me espía, me aguarda!...

Lord Henry miró en la dirección que indicaba la trémula mano enguantada.

–Sí, en efecto –dijo sonriendo-, allí veo al jardinero aguardándote. Supongo que querrá preguntarte qué flores pone esta noche en la mesa. ¡Qué desatados tienes hoy los nervios, querido! Debes ir a consultar a mi médico, cuando regreses a Londres.

Dorian exhaló un suspiro de alivio al ver acercarse al jardinero. Este se llevó la mano al sombrero, miró un momento hacia Lord Henry, pareció titubear, y, al fin, sacó una carta que tendió a Dorian.

–La señora duquesa me ha dicho que esperase la contestación –murmuró.

Dorian se guardó la carta en el bolsillo.

–Dile a la señora duquesa que allá voy –dijo fríamente.

El jardinero dio media vuelta y se alejó rápidamente en dirección a la casa.

–¡Qué afición tienen las mujeres a hacer cosas arriesgadas! –exclamó riendo Lord Henry-. Es una de las cualidades que más admiro en ellas. Una mujer flirteará con quien sea, mientras la estén mirando.

–¡Y qué afición tienes tú a decir cosas arriesgadas, Harry! En este caso, por ejemplo, vas completamente descaminado. Yo estimo mucho a la duquesa; pero no la quiero.

–Y la duquesa te quiere mucho; pero te estima menos. De modo que os equilibráis y haréis una excelente pareja.

–Eso ya entra en el terreno de la maledicencia, Harry, y la maledicencia siempre carece de base.

–La base de toda maledicencia es una certidumbre inmoral –replicó Lord Henry, encendiendo un cigarrillo.

–Por un epigrama sacrificarías a tu mejor amigo, Harry.

–La gente va al ara por su propio pie –contestó Lord Henry.

–¡Ojalá pudiese yo amar! –exclamó Dorian Gray, con acento hondamente patético–. Pero me parece haber perdido toda pasión, y olvidado el deseo. Estoy demasiado concentrado en mí mismo. Mi personalidad ha llegado a convertirse en una carga para mí. Necesito huir, irme lejos, olvidar. Ha sido una tontería al venir aquí. Voy a telegrafiar a Harvey para que tenga preparado el yate. En un yate se está a salvo...

–¿A salvo de qué, Dorian? Algo te pasa. ¿Por qué no decírmelo? Bien sabes que te ayudaría en lo que fuese.

–No puedo decírtelo, Harry –contestó Dorian con tristeza-. Por otra parte, es muy posible que todo sean aprensiones. Este desdichado accidente me ha trastornado. No sé por qué, tengo el presentimiento de que algo parecido va a ocurrirme a mí.

–¡Qué tontería!

–Así espero; pero no por eso puedo dejar de sentirla. ¡Ah!, ahí viene la duquesa, semejante a Artemisa en traje sastre. Ya ve usted que hemos vuelto, duquesa.

–Sé todo lo ocurrido, Mr. Gray –contestó ella-. ¡Pobre Geoffrey! Está disgustadísimo. Y, según parece, usted le rogó que no tirase, ¿verdad? ¡Qué curioso!

–Sí, muy curioso. No sé por qué se lo dije. Un capricho supongo. ¡Estaba tan graciosa, tan bonita, la liebre!... Siento que le hayan contado a usted el suceso. Es un tema de conversación lamentable.

–Aburridísimo –interrumpió Lord Henry-, no tiene el menor interés psicológico. ¡Otra cosa sería si Geoffrey lo hubiese hecho a propósito! Me gustaría conocer a alguien que hubiese cometido un verdadero crimen.

–¡Qué horrores estás diciendo, Harry! –exclamó la duquesa-. ¿Verdad, Mr. Gray? ¡Harry, Mr. Gray vuelve a sentir mal! ¡Va a desmayarse!

Dorian se rehizo, con un gran esfuerzo, y sonrió, murmurando:

–No es nada, duquesa. Los nervios, que andan un poco desquiciados. Simplemente... Me parece que anduve demasiado esta mañana... No oí lo que decía Harry. ¿Era algo malo? Ya me lo contará usted en otra ocasión... Quizás hiciera bien en ir a acostarme. Ustedes me dispensarán, ¿verdad?

Habían llegado ante la gran escalinata que comunicaba al invernadero con la terraza.

Apenas se hubo cerrado tras Dorian la puerta de cristales, Lord Henry se volvió hacia la duquesa, fijando en ella sus ojos adormilados.

–¿Estás muy enamorada de él? –preguntó.

Ella tardó unos instantes en contestar, absorta en la contemplación del paisaje.

–¡Me gustaría saberlo! –dijo al fin.

Él sacudió la cabeza.

–El conocimiento sería fatal. La incertidumbre es lo que subyuga. La bruma hace parecer todo maravilloso.

–Pero puede hacerle perder a uno el camino.

–Todos los caminos conducen al mismo fin, mi querida Gladys.

–¿Y es?

–La desilusión.

–Esa fue mi entrada en la vida –suspiró ella.

–Pero vino a ti coronada.

–Estoy cansada en las hojas de fresa[37].

–Te sientan bien.

–En público sólo.

–Las echarías de menos –advirtió Lord Henry.

–No pienso desprenderme ni de un solo pétalo.

–Monmouth tiene oídos.

–La vejez es un poco sorda.

–¿Nunca se ha sentido celoso?

–¡Ojalá se hubiera sentido!

Lord Henry miró en torno suyo, por el suelo, como buscando algo.

–¿Qué buscas? –preguntó ella.

–El botón de tu florete –contestó él -. Se te ha caído.

La duquesa se echó a reír.

–Aún conservo la careta.

–Que presta mayor encanto a tus ojos –replicó él.

Ella rió de nuevo, mostrando los dientes, que semejaban las pepitas blancas de un fruto escarlata.

[37] Adorno heráldico de las coronas ducales.

Arriba, en su cuarto, yacía Dorian Gray sobre un diván, temblando de miedo con todas las fibras de su cuerpo. La vida se había vuelto de pronto una carga demasiado pesada para él. La muerte espantosa de aquel infortunado ojeador, matado en el bosquecillo como un animal agreste, se le antojaba una prefiguración de su muerte. Poco le había faltado para desmayarse al oír lo que dijera Lord Henry bromeando un tanto cínicamente.

A eso de las cinco llamó al criado, y le dio orden de que tuviera listo el equipaje para el expreso de la noche, y de que estuviese el coche enganchado a las ocho y media. Estaba resuelto a no pasar una noche más en Selby Royal. Era un lugar de mal agüero. La muerte rondaba por él libremente, sin temer siquiera la luz del sol. La hierba del bosque había sido manchada de sangre.

Luego puso unas líneas a Lord Henry, diciéndole que se iba a Londres a consultar a su médico, y rogándole que hiciera los honores de la casa en su ausencia. Metiéndola estaba en el sobre cuando llamaron a la puerta, y el ayuda de cámara le informó de que el ojeador mayor deseaba verle. Frunció el ceño y se mordió los labios.

–Que entre –dijo al cabo de unos momentos de duda.

Apenas entró el ojeador, sacó Dorian de un cajón de la mesa su libro de cheques y lo abrió.

–Supongo que vendrá usted con motivo del desgraciado accidente de esta mañana, ¿no es eso, Thornton? –preguntó, cogiendo una pluma.

–El señor lo ha dicho –contestó el guarda.

–¿Estaba casado el infeliz? ¿Tenía familia? –preguntó Dorian con aire de hastío-. Si es así, querría que no quedasen en la miseria, y estoy dispuesto a entregarles la cantidad que usted estime necesaria.

–El caso es que no sabemos quién es el muerto. Por eso me he permitido venir a molestar al señor.

–¿Que no saben ustedes quién es? –dijo Dorian con indiferencia-. ¿Cómo es posible? ¿No le había tomado usted?

–No, señor. En mi vida le había visto. Más bien me parece que tiene aspecto de marinero.

La pluma resbaló de los dedos de Dorian, que sintió como si el corazón le cesase de latir súbitamente.

–¿De marinero? –gritó-. ¿Dice usted que de marinero?

–Sí, señor. Parece como si hubiera sido marinero. Tiene tatuados los brazos.

-¿Y no se le ha encontrado nada? –interrogó Dorian, inclinándose hacia adelante y clavando en el hombre los ojos anhelantes-. ¿Algo que revelase su nombre?

–Un poco de dinero, nada más... No mucho; y un revólver de seis tiros. Pero nada que indicase su nombre. El aspecto no parecía malo; un poco ordinario, pero de persona decente. Un marinero seguramente.

Dorian se puso en pie de un salto. Una esperanza terrible se le había presentado; y él se aferraba a ella desesperadamente.

-¿Dónde está el cadáver? –preguntó con voz entrecortada-. ¡Pronto! Es preciso que yo lo vea enseguida.

–Está en uno de los establos vacíos de la granja. A nadie le gusta tener un cuerpo desconocido en su casa. Dicen que los muertos traen mala sombra.

–¿En la granja? Vaya usted inmediatamente, y espéreme allí. Diga usted al salir, a uno de los criados, que me ensillen, sin perder un minuto, el caballo... O no; déjelo usted. Mejor será que vaya yo mismo a la cuadra. Así ganaremos tiempo.

Menos de un cuarto de hora después bajaba Dorian Gray a todo galope la extensa avenida. Los árboles parecían pasar junto a él en una procesión de espectros, y sombras extrañas venían a cortarle el camino. Una vez, la yegua se asustó de un poste pintado de blanco, y estuvo a punto de despedirle. Él le cruzó el cuello con el látigo. Cortaban el aire de la noche como una flecha. La grava del camino volaba bajo sus cascos.

Al fin llegaron a la granja. Dos hombres vagabundeaban por el patio. Saltando a tierra, le arrojó las riendas a uno. En el establo más apartado brillaba una luz. Algo pareció advertirle de que allí estaba el cuerpo. Precipitándose hacia la puerta, puso la mano en el cerrojo para descorrerlo.

Vaciló entonces un momento, comprendiendo que estaba al borde de un descubrimiento del que dependía su vida. Pero, reuniendo sus fuerzas, abrió la puerta y entró.

Sobre un montón de sacos vacíos, en un rincón del fondo, yacía el cadáver de un hombre, vestido con una camisa ordinaria y un pantalón azul. Un pañuelo todo sucio le cubría el rostro. A su lado chisporroteaba una vela de sebo sujeta en una botella.

Dorian Gray se estremeció. No sintiéndose capaz de levantar por sí mismo el pañuelo, llamó a uno de los mozos de la granja para que lo hiciera.

–Quita eso. Quiero verle la cara –ordenó, buscando apoyo en el quicio de la puerta.

Cuando hubo hecho el mozo lo que le mandaban, Dorian dio un paso adelante. Un grito de alegría irrumpió en sus labios. ¡El hombre que habían matado en el bosquecillo era James Vane!

Permaneció todavía unos minutos contemplando el cadáver. Al regresar a la casa, tenía los ojos llenos de lágrimas. ¡Sabía que estaba salvado!

CAPÍTULO XIX

–No comprendo a qué viene el decirme que quieres volverte bueno –exclamó Lord Henry, sumergiendo sus dedos blancos en un bol de cobre rojo lleno de agua de rosas- ¿No eres acaso, perfecto? Ten, pues, la bondad de no cambiar.

Dorian Gray sacudió negativamente la cabeza.

–No, Harry; tú no sabes las maldades que llevo hechas en mi vida. He resuelto no hacer ninguna más. Ayer comencé mis buenas acciones.

–¿Dónde estuviste ayer?

–En el campo, Harry; en una posada.

–Mi querido Dorian –dijo Lord Henry sonriendo-; todo el mundo puede ser bueno en el campo, donde no se encuentra la menor tentación. Esa es la causa de que la gente que habita fuera de las ciudades sea tan absolutamente incivilizada. La civilización no es, ni mucho menos, una cosa fácil de alcanzar. No hay más que dos caminos que lleven al hombre a ella. Uno, la cultura; otro, el vicio. La gente que vive en el campo no encuentra nunca ocasión de seguir ninguno de ellos, y tiene forzosamente que estancarse.

–Cultura y vicio –replicó Dorian- ambas cosas las he conocido. Y ha llegado a parecerme terrible que ambas vayan siempre unidas. Ahora tengo un nuevo ideal, Harry. Me dispongo a cambiar. Hasta me parece haber cambiado ya.

Todavía no me has dicho qué buena acción era ésa. ¿O es que has hecho más de una? –preguntó Lord Henry, sirviéndose una pequeña pirámide carmesí de fresas y espolvoreándolas de azúcar con una cuchara agujereada, en forma de concha.

–Voy a contártela, Harry. Es una historia que sólo a ti me atrevería a contar... Tuve compasión de una mujer; eso es todo. Dicho así, no parece nada; pero tú comprendes lo que quiero decir. Era preciosa y se parecía de un modo increíble a Sibyl Vane. Acaso fuera esto lo que me atrajo primero en ella. ¿Te acuerdas de Sibyl? Qué lejos parece ya eso, ¿verdad?... Claro que Hetty no era una muchacha de nuestra clase, sino una simple chica del pueblo. Pero la quería de verdad. Sí, estoy seguro de que la quería. Durante todo este maravilloso mes de mayo que hemos tenido, he estado yendo a verla dos o tres veces por semana. Ayer nos encontramos en una huertecilla. Las flores de los manzanos se deshojaban sobre su cabeza, mientras ella reía. Lo habíamos arreglado todo para escaparnos juntos esta mañana, al amanecer. Súbitamente, decidí abandonarla, tan pura como la había encontrado.

–Supongo que la novedad de la emoción debió causarte un verdadero placer, Dorian –interrumpió Lord Henry-. Pero puedo acabar tu idilio por ti. Le diste buenos consejos,

y le destrozaste el corazón. Tal ha sido el comienzo de tu regeneración.

–¡Qué malo eres, Harry! No deberías decir mis cosas. El corazón de Hetty no se ha quedado destrozado, como tú supones. Claro que ha llorado; pero eso era inevitable. El caso es que no ha caído sobre ella ninguna deshonra. Puede vivir, como Perdita, en su jardín de menta y de caléndulas.

–Y llorar a su ingrato Florizel[38] –agregó Lord Henry, riendo y recostándose en su silla-. Mi querido Dorian, permíteme que te diga que tienes las ocurrencias más infantiles del mundo. ¿Es que de buena fe crees que esa muchacha va a sentirse ya satisfecha con un galán de su clase? Es de suponer que un día u otro acabará por casarse con un rudo carretero, o un labriego cazurro. Pero el hecho de haberte conocido y amado la enseñará a despreciar a su marido, y será desgraciada. Desde un punto de vista puramente moral, no puedo aprobar con demasiado calor tu gran sacrificio. Hasta como comienzo es un tanto pobre. Además, ¿quién te dice que a estas horas no está Hetty flotando en alguna alberca iluminada por las estrellas, rodeada de nenúfares, como Ofelia?

–¡Eres insoportable, Harry! Te burlas de todo, y encima le sugieres a uno las tragedias más horribles. Siento ya habértelo contado. Y me tiene sin cuidado lo que puedas decirme. Sé que hice bien en hacer lo que hice. ¡Pobre Hetty! Al pasar esta mañana a caballo por delante de la granja vi su carita blanca asomada a la ventana, como un ramo de jazmi-

38 *Perdita* y el príncipe *Florizel de Bohemia*, protagonistas del *Cuento de invierno*, de Shakespeare.

nes. Bueno, no hablemos más de ello, ni trates de convencerme de que la primera buena acción que he cometido en mi vida, el primer asomo de sacrificio que he tenido desde hace una porción de años, es casi un pecado. Quiero ser mejor. Y lo seré... Cuéntame, ahora, algo de ti. ¿Qué novedades hay? Hace días que no voy por el club.

–La gente continúa hablando de la desaparición del pobre Basil.

–Creí que ya se habrían cansado del tema –dijo Dorian, sirviéndose vino y frunciendo el ceño levemente.

–¡Pero, hijo mío, si no llevan hablando de él más que seis semanas! El público inglés no tiene la fuerza mental necesaria para soportar más de un tema de conversación cada tres meses. Sin embargo, en estos últimos tiempos han tenido demasiada suerte. Primero, mi divorcio y, luego, el suicidio de Alan Campbell. Y, por si fuera poco, se encuentran ahora con la misteriosa desaparición de un artista. En Scotland Yard siguen empeñados en que el individuo del *ulster* gris que salió para París el 9 de noviembre en el tren de la noche era el pobre Basil; pero la policía francesa afirma rotundamente que Basil no llegó a París. Espero que dentro de quince días nos dirán que le han visto en San Francisco de California. Es curioso, pero todos los desaparecidos acaban por ser vistos en San Francisco. Debe ser una ciudad encantadora y poseer todas las atracciones del mundo futuro.

–¿Y tú, qué crees que ha sucedido a Basil? –preguntó Dorian, contemplando al trasluz su copa de Borgoña, asombrado él mismo de poder hablar de aquel asunto tan tranquilamente.

–No tengo la menor idea. Si Basil prefiere ocultarse, allá él. Si ha muerto, prefiero a mi vez no pensar en ello. La muerte es la única cosa que me aterra. La detesto.

–¿Por qué? –interrogó Dorian perezosamente.

–Pues porque, hoy día, se puede sobrevivir a todo, menos a ella –dijo Lord Henry, oliendo una cajita de sales y dejándola de nuevo sobre la mesa-. La muerte y la vulgaridad son los únicos hechos, en el siglo XIX, que no pueden explicarse. Vamos a tomar el café en la sala de música, Dorian. Tienes que tocarme algo de Chopin. El individuo con el que se escapó mi mujer tocaba Chopin deliciosamente. ¡Pobre Victoria! Yo la quería mucho. Sin ella, la casa parece desierta. Claro que la vida conyugal no es más que una costumbre; una mala costumbre. Pero hasta las peores costumbres siente uno perderlas. Sí, acaso sean las que más se echan de menos. ¡Son una parte tan esencial de nuestra personalidad!

Dorian no dijo nada; pero, levantándose de la mesa, pasó al aposento contiguo y se sentó al piano, dejando errar los dedos sobre el marfil blanco y negro de las teclas. Cuando hubieron traído el café se detuvo y, volviéndose hacia Lord Henry, le dijo:

–¿No has pensado nunca, Harry, que acaso Basil fuera asesinado?

Lord Henry bostezó.

–Basil era muy conocido, y llevaba siempre un reloj Waterbury[39]. ¿A qué santo le iban a asesinar? No era lo bastante inteligente para tener enemigos. Lo que no quiere decir

[39] Ciudad industrial del estado de Connecticut (Estados Unidos). Gran manufactura de relojes baratos.

que no fuera un genio en la pintura. Pero un hombre puede pintar como Velázquez y ser un completo majadero. Basil era un tanto insípido. Sólo una vez consiguió interesarme, y fue cuando me dijo, hace ya años, que sentía por ti una verdadera idolatría y que tú eras el motivo dominante de su arte.

–Yo también lo quise mucho a él –respondió Dorian, con una nota de tristeza en la voz-. Pero ¿no se dice por ahí nada de haber sido asesinado?

–Claro que algunos periódicos lo dicen. Pero no me parece ni remotamente probable. Ya sé que en París hay algunos antros peligrosos, pero no creo que Basil fuera hombre capaz de haber ido a ninguno de ellos. No tenía la menor curiosidad. Era su principal defecto.

–¿Qué dirías tú, Harry, si yo declarase que he asesinado a Basil? –dijo Dorian, mirándole fijamente.

–Pues diría que la tal actitud no te sentaba bien, querido Dorian. Todo crimen es vulgar; lo mismo que toda vulgaridad es crimen. No, no eres tú hombre para cometer un asesinato. Sentiría lastimar tu vanidad con esta afirmación, pero la tengo por exacta. El crimen pertenece exclusivamente a las clases inferiores. Cosa que yo no les echo en cara lo más mínimo. Supongo que el crimen es para ellos lo que para nosotros el arte: un método, simplemente, de procurarnos sensaciones extraordinarias.

-¿Un método de procurarse sensaciones? ¿Crees, entonces, que el que ha cometido un crimen podría cometer otros? ¿Simplemente por gusto?

-¡Oh!, todo lo que se hace muy a menudo llega a convertirse en placer –exclamó Lord Henry, riendo- Este es uno

de los secretos más importantes de la vida. No obstante, me atrevería casi a asegurar que el asesinato es un error. Jamás debería de hacerse nada de que no se pudiera hablar de sobremesa. Pero dejemos al pobre Basil. ¡Ojalá pudiese yo creer que ha tenido un fin tan novelesco como el que tú sugieres! Pero, realmente, no me es posible. Más bien estoy por decir que se cayó al Sena, desde un ómnibus, y que el conductor lo calló, para evitar el escándalo. Sí; ése debe haber sido su fin. Desde aquí lo estoy viendo, tendido bajo aquellas aguas verdosas y opacas, con los cabellos entrelazados de hierbajos, y las barcazas pasando por encima... Por otra parte, te diré que no creo que hubiera pintado ya gran cosa. En estos últimos diez años había perdido mucho.

Dorian exhaló un suspiro, y Lord Henry, atravesando la estancia, fue a rascarle la cabeza a una gran cacatúa de Java, de plumas grises, con la cresta y la cola rosadas, que se balanceaba sobre una percha de bambú. Apenas la tocaron los dedos dejó caer la blanca telilla de sus párpados arrugados y empezó a columpiarse atrás y adelante.

–Sí –continuó Lord Henry, volviéndose y sacando el pañuelo del bolsillo-, había perdido mucho. Como que me hacía la impresión de haber, perdido su ideal. Desde el momento en que tú y él dejasteis de ser amigos íntimos, dejó él de ser un gran artista. ¿A qué obedeció aquel alejamiento? Supongo que a aburrimiento tuyo, ¿verdad? En ese caso no ha debido perdonártelo. Es la costumbre de las personas latosas. Y, a propósito, ¿qué fue de aquel maravilloso retrato que te hizo? Me parece que, desde que lo terminó, no he vuelto a verlo. ¡Ah!, sí, recuerdo que hace años me dijiste que

lo habías enviado a Selby, y que en el camino se había perdido o lo habían robado. ¿No has vuelto a saber de él? ¡Lástima grande! Era una obra maestra. Recuerdo que quise comprarlo. ¡Ojalá lo hubiese hecho! Pertenecía a la mejor época de Basil. Desde entonces, toda su obra fue esa curiosa mezcla de mala pintura y buenas intenciones, que permite a un hombre ser llamado un artista inglés representativo. ¿No pusiste ningún anuncio? Deberías haberlo hecho.

–No sé –replicó Dorian-. Supongo que así lo haría. Pero nunca fue de mi agrado ese retrato. Y siento haber posado para él. Hasta recordarlo me molesta. ¿A qué hablar de ello? Siempre me traía a la memoria aquellos extraños versos... de Hamlet, me parece... que dicen:

Like the painting of a sorrow,
A face without a heart... [40]

Sí, eso parecía.

Lord Henry se echó a reír.

–Cuando un hombre trata la vida artísticamente, su cerebro es su corazón –contestó, sumergiéndose en un sillón.

Dorian Gray movió la cabeza dubitativamente y ejecutó algunos acordes en el piano, repitiendo entre dientes:

Like the painting of a sorrow, a face without a heart...

Lord Henry se recostó en el sillón y le miró con los ojos entornados.

[40] "Como la pintura de un dolor, una faz sin corazón". Hamlet Acto IV, escena VII.

–Entre paréntesis, Dorian –dijo al cabo de unos momentos–, "¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si pierde -¿cómo era la cita? Sí, eso es-; si pierde su propia alma?"

Dorian tuvo un estremecimiento, dio unas cuantas notas falsas y, volviéndose, miró fijamente a su amigo.

–¿Por qué me preguntas eso, Harry?

–¿Que por qué te lo pregunto? –dijo Lord Henry, levantando las cejas con aire de sorpresa-. Pues porque creí que podrías contestarme. Simplemente. El domingo pasado me fui a dar una vuelta por el Parque, cuando, junto a Marble Arch, me encontré con un grupo de gente desarrapada escuchando a uno de esos predicadores callejeros. Al pasar oí gritar a aquel energúmeno la pregunta citada. Me causó una impresión bastante dramática, Londres es muy rico en defectos de este género. Un domingo lluvioso, un cristiano zafio en impermeable, un corro de caras pálidas y enfermizas al abrigo de unos paraguas chorreando agua, y una frase maravillosa lanzada al viento por unos labios histéricos; no me negarás que, en su género, el espectáculo era bastante sugestivo. Estuve a punto de decirle a aquel profeta que el Arte tenía alma, pero no el hombre. Temo, sin embargo, que no me hubiese comprendido.

–No, Harry. El alma es una terrible realidad. Puede ser comprada, y vendida, y malbaratada. Puede ser emponzoñada o perfeccionada. En todos nosotros hay un alma. Yo lo sé.

–¿Estás muy seguro de ello, querido Dorian?

–Completamente seguro.

–¡Ah!, entonces no cabe duda de que es una ilusión. Las cosas de que uno está absolutamente seguro nunca son ciertas. Tal es la fatalidad de la Fe, y la lección de la Novela... ¡Qué serio estás! No te pongas tan grave. ¿Qué tenemos que ver tú ni yo con las supersticiones de nuestra época? No; nosotros nos hemos desembarazado de la creencia en el alma... Toca algo. Un nocturno, Dorian, y, mientras tocas, dime, en voz muy baja, cómo has conseguido conservar tu juventud. Debes de tener algún secreto. Yo no te llevo más que diez años, y estoy arrugado, y gastado, y amarillo. Realmente eres algo maravilloso, Dorian. Nunca te he visto mejor que esta noche. Me haces recordar el primer día en que te vi. Parecías casi un niño, tímido y caprichoso al mismo tiempo, absolutamente extraordinario. Claro que, desde entonces, has cambiado; pero no en la apariencia. Anda, dime tu secreto. Para recobrar mi juventud, no hay nada en el mundo que yo no fuera capaz de hacer, menos levantarme temprano, hacer ejercicio o parecer respetable. ¡Juventud, juventud! Nada hay como ella. Es absurdo hablar de la ignorancia de la juventud. Las únicas personas cuyas opiniones escucho ahora con algún respeto, son mucho más jóvenes que yo. Parecen precederme. La vida les ha revelado su última maravilla. En cambio, a los viejos, siempre les contradigo. Lo hago ya sistemáticamente. Si, por casualidad, se le ocurre a uno preguntarles su opinión sobre algo sucedido el día antes, contestan siempre solemnemente lo que se pensaba en 1820, cuando la gente llevaba aún calzón corto, creía en todo y no sabía absolutamente nada... ¡Qué delicioso es eso que estás tocando! Acaso lo escribiera Chopin en Mallorca, con el mar

gimiendo en torno de la casa y la salada espuma salpicando los cristales. Es de un romanticismo maravilloso. ¡Qué felicidad que nos quede un arte que no sea imitativo! No te detengas. Continúa. Necesito oír música esta noche. Me parece como si tú fueras Apolo adolescente, y yo Marsyas escuchándote. Me siento triste, Dorian. Tristezas que ni tú mismo conoces. La tragedia de la vejez no es ser viejo, sino continuar siendo joven. A veces hasta me asusto de mi sinceridad. ¡Ah Dorian, qué dichoso eres! ¡Qué vida deliciosa la tuya! Tú has bebido hasta saciarte de todos los vinos, y has estrujado contra tu paladar las uvas maduras. Nada te ha permanecido oculto. Y todo ha sido para ti como el sonar de la música. Nada logró hacerte daño. Siempre eres el mismo.

–No soy el mismo, Harry.

–Sí; eres el mismo. ¿Cómo será ya el resto de tu vida? No la eches a perder con sacrificios ni renunciaciones. Actualmente eres un ser perfecto. No te limites ni mutiles. Puede decirse que no tienes una sola tacha. Sí; no muevas la cabeza, de sobra lo sabes. Sin embargo, Dorian, no vayas a engañarte. La vida no la gobiernan ni la voluntad ni la intención. La vida es una cuestión de nervios, de fibras, de células lentamente construidas, en que el pensamiento se esconde y la pasión tiene sus sueños. Tú puedes creerte en salvo e imaginarte fuerte. Pero yo te digo, Dorian, que nuestra vida depende de una porción de pequeñas cosas a las que, aparentemente, no concedemos importancia. ¡Qué sé yo! De un tono de color en una habitación, de un cielo matinal, de un perfume particular que en un tiempo quisimos y que nos trae consigo recuerdos inefables, de un verso, de un poema

olvidado que leímos casualmente, de una frase musical que ya hemos dejado de tocar... Browning ha escrito algo sobre esto; pero nuestros sentidos bastan a comprenderlo. Hay momentos en que el aroma de las lilas blancas me penetra de pronto, haciéndome revivir el mes más extraño de mi existencia. ¡Ojalá pudiera yo cambiarme por ti, Dorian! El mundo ha vociferado contra nosotros dos, pero siempre te ha adorado. Tú eres el arquetipo que busca nuestra época, y que teme haber encontrado. No sabes cuánto me alegro de que nunca hayas hecho nada, ni modelado una estatua, ni pintado un cuadro, ni producido otra cosa que a ti mismo. La vida ha sido tu arte. Tú te has puesto a ti mismo en música. Tus días son tus sonetos.

Dorian se levantó del piano, y, pasándose la mano por los cabellos, murmuró:

–Sí, la vida fue deliciosa; pero no puedo vivir ya la misma vida, Harry. Y tú no debes decirme esas extravagancias. Tú no sabes todo de mí. Me parece que, si lo supieras, te apartarías de mí. ¿Te ríes? No, no te rías.

–¿Porqué has dejado de tocar, Dorian? Continúa y repite ese nocturno. Mira esa gran luna de color de miel que pende en el aire obscuro. Está aguardando que tú la hechices, y si tocas, verás cómo se acerca más a la tierra. ¿No quieres? Vamos, entonces, al club. Ha sido una velada deliciosa y debemos terminarla deliciosamente. Hay una persona en el *White* que tiene mucho interés en conocerte: Lord Poole, el hijo mayor de Bournemouth. Ya te ha copiado las corbatas, y me ha pedido que le presente a ti. Es un muchacho encantador, que me recuerda bastante a ti hace años.

–Espero que no –dijo Dorian, con una expresión de tristeza en los ojos-. Pero me siento cansado esta noche, Harry. Prefiero no ir al club. Son casi las once y desearía acostarme temprano.

Como quieras. Nunca has tocado tan bien como esta noche. Ha sido algo maravilloso; con una expresión que no te conocía.

–Es porque me dispongo a ser bueno –contestó él sonriendo-. Me encuentro ya un poco cambiado.

–Tú no puedes cambiar para mí Dorian –dijo Lord Henry-. Tú y yo siempre seremos amigos.

–Sin embargo, tú fuiste quien me envenenó hace tiempo con un libro. No debería perdonártelo. Prométeme que no prestarás ya a nadie ese libro, Harry. Es pernicioso.

–Veo, querido Dorian, que estás ya empezando a moralizar. Pronto irás por esos mundos, como los convertidos y los predicadores, poniendo en guardia a la gente contra aquellos pecados de que ya estás harto. Pero tú eres demasiado sutil para imitarles. Además, sería inútil. Tú y yo somos lo que somos, y seremos lo que seremos. En cuanto a lo de ser envenenado por un libro, permíteme que te diga que no hay tal cosa. El arte no tiene la menor influencia sobre las acciones. Anula el deseo de obrar. Es magníficamente estéril. Los libros que el mundo llama inmorales, son libros que le muestran su propia vergüenza. Simplemente. Pero no discutamos de literatura. Ven mañana a buscarme. Saldré a dar una vuelta a caballo a las once. Podemos pasear juntos, y luego te llevaré a comer con Lady Branksome. Es una mujer encantadora, y desea consultarte sobre unos tapices que

piensa comprar. No te olvides de venir. ¿O prefieres que comamos con nuestra duquesita? Dice que ahora apenas te ve. ¿O es que te has cansado ya de Gladys? Lo esperaba. Habla demasiado, y demasiado bien. Tanto ingenio acaba por atacarle a uno los nervios. Bueno, sea lo que sea, procura estar aquí a las once.

–¿Te parece imprescindible que venga?

–Naturalmente que sí. El Parque está ahora delicioso. No creo que haya habido unas lilas tan hermosas desde el año en que te conocí.

–Perfectamente. Aquí estaré a las once –dijo Dorian- Buenas noches, Harry.

Al llegar a la puerta titubeó un momento, como si tuviera algo más que decir. Luego suspiró, y se fue.

CAPÍTULO XX

Hacía una noche deliciosa, tan tibia, que llevaba el gabán al brazo y ni siquiera se puso al cuello su toquilla de seda. Se dirigía hacia su casa, fumando un cigarrillo, cuando pasaron junto a él dos jóvenes en un traje de *soirée*. Oyó como uno de ellos susurraba al otro:

–Es Dorian Gray.

Recordó cuánto le complacía antes que le señalasen al pasar, o le mirasen curiosamente, o hablaran de él. Pero, ahora, hasta oír pronunciar su nombre le cansaba. La mitad del encanto de la aldea que tanto frecuentara en aquellos últimos tiempos, era que nadie sabía quién era. Muchas veces le había dicho a aquella pobre muchacha de quien se hiciera querer que era pobre, y ella le había creído. Una vez le dijo que era malo, y ella se echó a reír, y le contestó que los hombres malos eran siempre muy viejos y muy feos. ¡Qué risa la suya! Hubiérase dicho el canto de un tordo. ¡Y qué bonita estaba con su trajecito de percal y su enorme pamela! Ella no sabía nada; pero, en cambio, tenía todo lo que él había perdido.

Cuando llegó a su casa, encontró a su criado esperándole. Lo envió a acostar y se echó sobre el diván de la biblioteca, poniéndose a meditar en algunas de las cosas que Lord Henry le había dicho.

¿Sería cierto, realmente, que nadie puede cambiar? Sintió un anhelar frenético de la inmaculada pureza de su infancia, su infancia blanca y rosada, como Lord Henry la llamara en una ocasión. Sabía que él mismo la había empañado, llenando su espíritu de corrupción, y de horror su pensamiento; que había sido una influencia nociva en los demás, experimentando una terrible complacencia en ser así, y que de las vidas que se cruzaran con la suya habían sido precisamente las más nobles y llenas de promesas las que había llevado a la vergüenza y la ruina. Pero, ¿sería irreparable todo aquello? ¿No habría para él ninguna esperanza?

¡Ah!, en qué monstruoso momento de exaltación y de orgullo había implorado que el retrato llevase el peso de sus días, conservando él en cambio el inmaculado esplendor de su juventud eterna. Toda su catástrofe provenía de aquello. Mejor hubiera sido para él que cada pecado de su vida hubiese traído consigo su pena segura e inmediata. El castigo es una purificación. No "perdónanos nuestros pecados", sino "castíganos por nuestras iniquidades", debería ser la plegaría del hombre a un Dios justo.

El espejo cincelado que Lord Henry le regalara hacía ya tantos años, yacía sobre la mesa, y los blancos amorcillos de marfil jugueteaban entorno de la luna como antaño. Lo cogió, como hiciera aquella noche de espanto, cuando observó por vez primera el cambio del retrato fatal, y con los ojos

nublados por las lágrimas se contempló en su óvalo azogado. Una vez, una persona que le había amado con locura le había escrito una carta absurda, que terminaba con estas palabras de idolatría: "El mundo ha cambiado por estar hecho tú de marfil y de oro. La línea de tus labios escribe de nuevo la historia". La frase volvió a su memoria, y una y otra vez se la repitió a sí mismo. De pronto sintió asco de su belleza, y arrojando a tierra el espejo, lo desmenuzó en añicos de cristal y plata bajo sus talones. Su belleza había sido lo que arruinara su vida; su belleza y la juventud implorada. Si no hubiera sido por ambas cosas, su vida se habría visto libre de toda mácula. Su belleza sólo había sido para él una máscara, y su juventud una irrisión. ¿Qué era, al fin y al cabo, la juventud? Un tiempo acerbo y prematuro, de superficialidad y pensamientos malsanos. ¿Por qué había querido él llevar su librea? La juventud le había perdido.

Más valía no pensar en el pasado. Nada podía ya cambiarlo. Era en sí mismo, en su propio futuro, en lo que debía pensar: James Vane yacía enterrado en una tumba anónima del cementerio de Selby. Alan Campbell se había suicidado una noche en su laboratorio, pero sin revelar el secreto que se viera obligado a conocer. La emoción que había suscitado la desaparición de Basil Hallward no tardaría en calmarse. Ya iba en descenso. Por esta parte no tenía nada que temer. Ni, realmente, era la muerte de Basil Hallward el peso mayor que llevaba sobre su espíritu. La muerte en vida de su propia alma, es lo que le preocupaba. Basil había pintado el retrato que arruinara su vida. Él no podía perdonárselo. El retrato era la causa de todo. Basil le había dicho cosas intolerables y,

sin embargo, él las había tolerado pacientemente. El crimen había sido una simple demencia del momento. Y por lo que se refería a Alan Campbell, si se había suicidado, es porque así lo había querido. ¿Qué tenía él que ver con aquello? Él no era responsable.

¡Una vida nueva! A esto aspiraba. Esto era lo que él aguardaba. Seguramente ya la había empezado. Por lo menos acababa de salvar a un ser inocente. Nunca más volvería a tentar a la inocencia. Quería ser bueno.

Pensando en Hetty Merton, se le ocurrió preguntarse si el retrato habría experimentado algún cambio. ¿Habría perdido ya algo de su horror? Acaso, si su vida se volvía pura, podría esperar que todas las huellas de las malas pasiones llegaran a borrarse de aquel rostro. Quizás ya habían empezado a desaparecer. Iría a verlo.

Cogió la lámpara de la mesa y subió cautelosamente la escalera. Mientras abría la puerta, una sonrisa de satisfacción cruzó su rostro juvenil, demorándose un momento en sus labios. Sí, sería bueno; y aquella cosa abominable que había escondido dejaría de ser para él un objeto de espanto. Sintióse ya como aliviado del peso.

Entró despacio, cerrando tras de sí la puerta, como era su costumbre, y descorrió la cortina de púrpura que cubría el retrato. Un grito de dolor y de indignación se escapó de sus labios. No veía ningún cambio, a no ser en los ojos cierta expresión taimada, y en la boca la blanda crispatura del hipócrita. El rostro continuaba repugnante –más repugnante aun si cabe-, y el rocío escarlata que manchaba la mano parecía más brillante, más como sangre recién derramada. Empezó a

temblar. ¿Habría sido, simplemente, la vanidad lo que le indujera a cometer su buena acción? ¿O el deseo de una sensación nueva, como indicara Lord Henry con su risita burlona? ¿O esa afición a representar papeles que a veces nos impulsa a hacer cosas superiores a nosotros? ¿O, acaso, todo ello junto? Y ¿por qué se veía mayor que antes la mancha roja? Parecía haberse desarrollado como una horrible enfermedad sobre los dedos engarfiados. Y en los pies de la imagen había sangre, como si ésta hubiese goteado, y sangre también en la mano que no había empuñado el cuchillo... ¿Confesar su crimen? ¿Querría decir aquello que iba a confesar? ¿Entregarse, para ser condenado a muerte? Se echó a reír. La idea sólo era monstruosa. Además, aunque él confesara, ¿quién hubiera podido creerle? Del hombre asesinado no quedaba el menor rastro. Todo lo que le pertenecía había sido destruido. El mismo lo había quemado. La gente diría, simplemente, que se había vuelto loco. Y le recluirían, si se empeñaba en su historia... No obstante, su deber era confesar, sufrir la vergüenza pública y hacer penitencia a los ojos de todos. Había un Dios que exhortaba a los hombres a decir sus pecados, lo mismo en la tierra que en el cielo. Hasta que hubiese dicho su crimen, nada podría purificarle... ¿Su crimen? Se encogió de hombros. La muerte de Basil Hallward le parecía una cosa sin importancia. Él pensaba ahora en Hetty Merton. Pues aquel espejo de su alma que tenía delante, era un espejo injusto. ¿Vanidad? ¿Curiosidad? ¿Hipocresía? ¿No había habido otra cosa que aquello en su sacrificio? No; algo más había habido. Por lo menos, así lo creía él. Pero ¿quién hubiera podido decirlo?... No. No había

habido nada más. Por vanidad había renunciado a ella. Por hipocresía, se había colocado la careta de la bondad. Por curiosidad había intentado aquel sacrificio. Ahora se daba cuenta de ello.

Pero aquel asesinato... ¿iría a perseguirle toda la vida? ¿Iría siempre a verse con su pasado a cuestas? ¿O se decidiría, realmente, por confesar? ¡Nunca! Sólo una prueba podía haber contra él, y era el retrato. Él lo destruiría. ¿Cómo se le habría ocurrido conservarlo tanto tiempo? Al principio le interesaba ver cómo iba cambiando y envejeciendo. Pero hacía ya años que no le proporcionaba semejante placer. Al contrario, muchas noches el pensar en él le mantenía despierto. Cuando estaba fuera, el temor de que otros ojos que los suyos pudieran verlo, le llenaba de espanto. Él había teñido de hipocondría sus pasiones. Su simple recuerdo le había echado a perder muchos momentos de alegría. Había sido para él algo semejante a la conciencia. Sí; la conciencia realmente. Pero él la destruiría. Mirando en torno suyo vio el cuchillo con que había apuñalado a Basil Hallward. Lo había limpiado tantas veces, que no quedaba en él la menor huella de sangre. Estaba bruñido y resplandeciente. Del mismo modo que matara al pintor, así mataría su obra y todo lo que significaba. ¡Mataría el pasado; y cuando éste estuviera muerto, él se vería libre! ¡Mataría aquella imagen monstruosa del alma, y lejos de sus odiosas advertencias, recobraría el sosiego! Levantando el brazo, armado con el cuchillo, lo descargó sobre el lienzo.

Se oyeron un grito y un crujido. El grito fue tan horrible en su agonía, que los criados despertaron sobresaltados y

salieron de sus cuartos. Dos transeúntes, que pasaban por la plaza, se detuvieron a mirar la casa. Luego, siguieron hasta encontrar un policía y lo trajeron consigo. El policía llamó repetidamente a la puerta, sin que nadie le contestara. Excepto una luz que brillaba en una de las últimas ventanas, toda la casa estaba a obscuras. Al cabo de un rato se retiró a un portal cercano, desde el cual quedó vigilando.

–¿De quién es esta casa? –preguntó el caballero de más edad.

–De Mr. Dorian Gray –contestó el policía.

Los dos transeúntes se miraron uno a otro, y se alejaron sonriendo sarcásticamente. Uno de ellos era el tío de Sir Henry Ashton.

Dentro, en las habitaciones de la servidumbre, los criados, a medio vestir, cuchicheaban entre sí. La anciana Mrs. Leaf sollozaba, retorciéndose las manos. Francis estaba pálido como un muerto.

Al cabo de un cuarto de hora, el ayuda de cámara reunió al cochero y a uno de los lacayos, y subió con ellos por la escalera.

Al llegar arriba llamaron a la puerta, sin obtener respuesta. Gritaron entonces. Todo continuó en silencio. Al fin, después de tratar inútilmente de forzar la puerta, salieron al tejado y se descolgaron al balcón. Las maderas cedieron sin dificultad; la falleba esta comida de herrumbre.

Al entrar se encontraron, colgado del muro, un soberbio retrato de su amo, tal como le habían visto por última vez, en todo el esplendor de su juventud y su belleza. Caído en el suelo, había un hombre muerto, vestido de etiqueta, con un

cuchillo clavado en el corazón. Era un hombre caduco, arrugado y de rostro repulsivo hasta que se fijaron en las sortijas que llevaba no pudieron identificarle.